

**Nuevas Aventuras de Robinson
Crusoe**

Por

Daniel Defoe

***Free*editorial** 

CAPÍTULO I

El sencillo proverbio que afirma que «no puede borrarse de la carne lo que está impreso en el hueso», de uso tan común en Inglaterra, nunca fue tan cierto como en la historia de mi vida. Cualquiera habría pensado que, tras cincuenta y cinco años de aflicciones y de toda una variedad de infelices circunstancias que pocos hombres, si no ninguno, habían sufrido jamás; tras siete años de paz y regocijo en la plenitud de todas las cosas; envejecido y dispuesto, si es que alguna vez fue posible, a disfrutar de la posibilidad de experimentar todas las circunstancias de la vida mediana hasta averiguar cuál era la que más se adaptaba a la obtención de la completa felicidad del hombre; tras todo eso, digo, cualquiera habría pensado que aquella propensión a deambular, de la cual en el relato de mi primera salida al mundo ya advertí que se imponía en mis pensamientos, debería haberse gastado, evacuada por completo su parte volátil, o condensada al menos, de modo que, a los sesenta y un años de edad, yo podría haberme inclinado por permanecer en casa y por poner fin a mi tendencia a arriesgar la vida y la fortuna.

Más aún, me había quedado sin el motivo más común para las aventuras viajeras, pues no tenía necesidad de hacer fortuna, ni andaba en busca de nada; ganar diez mil libras no me hubiera hecho más rico, pues cuanto tenía era suficiente para mí y para quienes debían heredarlo, aparte de que crecía a ojos vista; al no tener una gran familia, no podía gastar todo lo que ingresaba, salvo que me hubiera entregado a un costoso estilo de vida con una familia numerosa, sirvientes, equipajes, grandes alegrías y cosas por el estilo, de las que apenas tenía noción, y por las que no sentía inclinación alguna. De modo que no tenía nada que hacer, salvo permanecer sentado, disfrutar plenamente de cuanto poseía y ver cómo crecía a diario entre mis manos.

Y sin embargo todo eso no tenía efecto en mí, o al menos no el suficiente como para resistir la fuerte inclinación por viajar de nuevo, que pendía sobre mí como un moquillo crónico; en particular, el deseo de ver mi nueva plantación en la isla, así como la colonia que allí había dejado, invadía de continuo mi mente. Soñaba con ello noches enteras y lo repasaba todo el día con mi imaginación; ocupaba el primer lugar en mis pensamientos y mi cerebro se centraba con tal fuerza y regularidad en ello que hasta hablaba de eso en mis sueños; en resumen, nada podía quitármelo de la mente; incluso irrumpía con tal violencia en todos mis discursos que volvía cansina mi conversación, pues no hablaba de otra cosa y toda mi charla se centraba en eso hasta el extremo de la impertinencia, según yo mismo podía apreciar.

A menudo he oído a personas de juicio sensato decir que todo el revuelo

que causan en el mundo los fantasmas y las apariciones se debe a la fuerza de la imaginación y al poder del capricho en las mentes de la gente; que no se aparece ningún espíritu, ni camina fantasma alguno, ni nada por el estilo. Cuando alguien recuerda con extremo afecto las conversaciones mantenidas en el pasado con sus amigos difuntos, estas se vuelven reales y la gente es capaz de imaginar extrañas circunstancias en las que ve a dichos amigos, habla con ellos y hasta obtiene de ellos respuesta, cuando, en verdad, no hay más que sombras y vapores; y en realidad no saben nada del asunto.

Por mi parte, a día de hoy no sé aún si existen las verdaderas apariciones, los espectros, si la gente camina después de muerta o si en las historias de ese tipo que se nos cuentan hay algo más que el producto de los vapores, de las mentes enfermizas y las fantasías peregrinas. Sin embargo, sí sé que mi imaginación se calentó en tal medida, y me generó tal exceso de vapores, o como se les quiera llamar, que en verdad me supuse a menudo trasladado al lugar, a mi viejo castillo parapetado tras los árboles, vi a mi viejo español, al padre de Viernes y a los marinos castigados que abandoné en la isla. Más aún, inventé que hablaba con ellos y que, pese a estar completamente despierto, los miraba con la misma fijeza con que miro a quienes tengo delante; y así seguí hasta que empecé a asustarme con frecuencia por las visiones que la imaginación me representaba; una vez, mientras dormía, el primer español y el padre de Viernes me contaron las villanías de los tres marinos piratas con tal viveza que llegué a sorprenderme; me contaron que habían protagonizado bárbaros intentos de asesinar a todos los españoles, habían incendiado todas las provisiones que estos tenían preparadas, con el propósito de molestarles y hacerles pasar hambre; cosas que en verdad jamás oí y que, sin embargo, resultaron ser ciertas; mas aparecían con tal calidez en mi imaginación y se me aparentaban tan reales que, en el momento de verlas, no podía sino persuadirme de que eran verdaderas o terminarían por serlo. Lo mismo ocurría con respecto a mi enfado al oír las quejas del español y mi decisión de someter a los marinos a la justicia: hice que fueran juzgados delante de mí y ordené que los colgaran a los tres. Lo que había de cierto en esto se sabrá en su momento; ignoro cómo esas cosas llegaron a formar parte de mis sueños y qué cháchara de espíritus las inyectaron, mas debo decir que buena parte de ellas eran ciertas. Sé que no había en mi sueño nada que fuera literal y específicamente verdadero; mas era tan cierta la parte general, el comportamiento abyecto y malvado de aquellos tres granujas envilecidos, tanto peor fue con respecto a cualquier descripción mía, que el sueño conservaba una gran similitud con los hechos; y como más adelante tuve que castigarles severamente, si los hubiera hecho colgar a todos habría sido en pleno derecho, un acto justificable tanto por las leyes de Dios como por las de los hombres.

Mas debo regresar a mi historia. Llevaba ya algunos años con ese ánimo,

sin disfrute alguno en la vida, sin ratos placenteros, sin ninguna diversión agradable que no tuviera algo de esto o de aquello; así que mi esposa, que veía cómo mi mente se cernía de tal modo en el asunto, me dijo una noche, con gran seriedad, que creía que yo era objeto de algún impulso secreto y poderoso de la Providencia; que eso me había decidido a marchar me de nuevo; y que el único obstáculo eran mis ataduras con esposa e hijos. Me dijo que, ciertamente, no podía ni pensar en separarse de mí. Sin embargo, estaba segura de que si ella moría, lo primero que yo haría sería partir; como además le parecía que ya estaba decidido, no quería convertirse en mi único obstáculo, de modo que, si a mí me parecía apropiado y decidía irme... Aquí se dio cuenta de que yo seguía con gran atención sus palabras y la miraba con toda solemnidad, así que se desconcertó un poco y se detuvo. Le pregunté por qué no seguía y decía cuanto había pensado decir. Mas me di cuenta de que tenía el corazón henchido y había lágrimas en sus ojos.

«Habla, querida mía —le dije—, ¿acaso deseas que me vaya?».

«No —contestó ella con cariño—. Lejos estoy de desearlo. Mas si estás resuelto a partir —añadió—, antes que convertirme en el único obstáculo me iré contigo; aunque me parece absurdo para alguien de tu edad, y en tu condición, si ha de ser así... —insistió, en pleno llanto—, no te dejaré. Si así lo quieren los cielos, debes hacerlo; no hay modo de resistirse. Y si el cielo te dicta la obligación de partir, también me obligará a acompañarte pues, en caso contrario, dispondrá de mi ser de tal modo que no me convierta en un obstáculo».

Este comportamiento tan amoroso por parte de mi esposa me sacó un poco de mis vapores y empecé a reconsiderar lo que estaba haciendo. Corregí mis peregrinas tendencias y empecé a argumentar conmigo mismo en calma qué sentido tenía, después de tres veintenas y tras una vida de tan tediosos sufrimientos y desastres, por otra parte cerrada de modo tan cómodo y feliz, qué sentido tenía, digo, lanzarme en pos de nuevos riesgos y someterme a aventuras válidas sólo para alguien más joven y más pobre que yo.

Con esos pensamientos reconsideraré mis nuevos compromisos: tenía una esposa, un hijo y otro en camino en el vientre de mi mujer; tenía todo lo que el mundo podía darme y ninguna necesidad de correr riesgos en busca de beneficio alguno; estaba ya en el declinar de los años y debía pensar más en repartir mis ganancias que en acrecentarlas. En cuanto a lo que había dicho mi esposa acerca de que pudiera tratarse de un impulso de los cielos y, por tanto, partir fuera mi obligación, no era esa mi idea. De modo que, tras dichas cavilaciones, luché contra el poder de mi imaginación, me convencí por medio de la razón, tal como creo que debería hacer siempre la gente en estos casos, si así lo tiene a bien; en pocas palabras, vencí al capricho.

Me serené con los razonamientos que se me iban ocurriendo, para los que mi situación presente me brindaba plenitud de ocasiones; como método más eficaz decidí entretenerme con otras cosas e involucrarme en algún asunto que me atara fehacientemente para evitarme más devaneos como aquellos; había descubierto que el asunto retornaba a mí sobre todo cuando estaba ocioso, cuando no tenía qué hacer, o cuando no había delante de mí nada que me interesase.

Con ese propósito compré una pequeña granja en el condado de Bedford y decidí mudarme allí. Había en ella una casa muy apropiada y me pareció que la tierra que la rodeaba era susceptible de grandes mejoras y que se adaptaba a mis apetencias en muchos sentidos, pues me gustaba cultivar, controlar, plantar y mejorar la tierra; en particular, al tratarse de tierra firme, me evitaba las conversaciones sobre barcos, marinos y cosas relacionadas con la parte remota del mundo.

En pocas palabras, fui a mi granja, instalé a mi familia, compré arados, rastras, una carreta y un carro, caballos, vacas, ovejas; luego me puse a trabajar en serio y en medio año me convertí en todo un caballero de campo; mi pensamiento estaba ocupado por completo en dirigir al servicio, cultivar la tierra, cercar, plantar, etcétera; y me parecía vivir la vida más agradable que la naturaleza era capaz de brindar, o a la que podía retirarse un hombre acostumbrado de siempre a padecer desgracias.

Trabajaba mi propia tierra, no tenía que pagar renta alguna ni me veía limitado por ningún artículo: podía cosechar o segar a voluntad; lo que plantaba era para mi propio consumo y los beneficios que obtuviera eran para mi familia; como así logré abandonar los pensamientos peregrinos, no sentía ni la menor incomodidad con respecto a ninguna parte de mi vida, al menos de este mundo. Entonces sí me parecía que de verdad disfrutaba de la estación media de la vida que tan solemnemente me había recomendado mi padre, una especie de vida celestial, algo similar a lo que describe el poeta a propósito de la vida campestre: «Libre de vicios, libre de preocupaciones, sin los dolores de la edad ni las trampas de la juventud».

Sin embargo, en medio de tanta felicidad, un golpe de la impredecible Providencia me desquició al instante; y no sólo logró quebrarme de modo inevitable e incurable, sino que me llevó, por sus consecuencias, a una profunda recaída en la actitud peregrina; debo decir que esta, por habitar en mi misma sangre, recuperó enseguida su dominio sobre mí y, como las recidivas de una enfermedad violenta, me cayó encima con una fuerza irresistible; ya nada podía volver a impresionarme. Ese golpe fue la pérdida de mi esposa.

No pretendo escribir aquí la elegía a mi esposa, ni describir sus virtudes particulares y cortejar a las de su género con el halago de un sermón funerario.

En pocas palabras, ella era el sostén de todos mis asuntos, el centro de todas mis empresas, el motor que, gracias a su prudencia, me reducía al alegre estado en que me hallaba, lejos del proyecto más extravagante y ruinoso que, como se ha contado más arriba, aleteaba en mi mente; hizo más ella por guiar mi errático talante que cuanto pudieran hacer las lágrimas de una madre, las instrucciones de un padre, el consejo de un amigo o el poder de mis propios razonamientos. Me hacía feliz escuchar su llanto y emocionarme con sus súplicas y su pérdida me dejó desolado y descolocado en este mundo en grado máximo.

Al irse ella, el mundo que me rodeaba se volvió incómodo y me sentía tan extraño en él con mis pensamientos como me sentí cuando desembarqué por primera vez en Brasil; y tan solitario, salvo por la ayuda de los sirvientes, como lo había estado en mi isla. No sabía ni qué hacer, ni qué dejar de hacer; veía cómo se ajetreaba el mundo alrededor, una parte trabajando para ganarse el pan y la otra despilfarrando en perversos excesos de placeres vacíos, igual de desgraciados porque el fin que perseguían también se les escapaba: pues los hombres de vida placentera se excedían a diario en su vicio y se les amontonaba el trabajo de penas y arrepentimientos, mientras que los hombres de vida laboriosa gastaban sus fuerzas en la lucha diaria por mantener la fuerza vital que les permitía trabajar, habitando así en un círculo cotidiano de pesadumbre, pues vivían sólo para trabajar y sólo trabajaban para vivir, como si el pan de cada día fuera el único fin de una vida agotadora, y la vida agotadora el único medio para la obtención del pan de cada día.

Eso me hacía pensar en la vida que llevaba en mi reino de la isla, donde no plantaba más cereal porque no lo necesitaba; no criaba más cabras porque no tenía qué hacer con ellas; el dinero permanecía en un cajón hasta criar mohos y apenas recibió el don de una sola mirada en veinte años.

De todas esas cosas, si las hubiera elaborado como debía, y como dictaban la razón y la religión, habría aprendido a buscar más allá de los placeres humanos para una plena felicidad, y habría sabido que había algo que era ciertamente la razón y el fin de la vida, superior a todo eso, algo que debemos poseer a este lado de la tumba, o al menos alimentar esa esperanza.

Sin embargo, mi sabia consejera ya no estaba y yo era como un barco sin piloto que sólo puede navegar a merced del viento; todos mis pensamientos huyeron de nuevo hacia el viejo asunto, mi mente se excitó con el capricho de las aventuras viajeras; y todos los entretenimientos placenteros e inocentes de mi granja y mi jardín, mi ganado y mi familia, que antes me dominaban por entero, pasaron a no significar nada para mí, no me deparaban goce alguno y eran como música para quien carece de oído, o comida para quien ha perdido el gusto; en pocas palabras, decidí abandonar las tareas domésticas, dejar la granja para volver a Londres, y eso fue lo que hice a los pocos meses.

Al llegar a Londres me sentía tan incómodo como antes: el lugar no me aportaba goce alguno, ni dedicación, nada que hacer más que dar vueltas como los ociosos, de quienes se puede afirmar que son perfectamente inútiles en la creación de Dios y al resto de la humanidad no ha de importarle ni un comino que vivan o mueran. De todas las circunstancias de la vida también fue esa la que me generó más aversión, pues había pasado todos mis días en plena actividad y a menudo me decía: «La inactividad es la auténtica escoria de la vida». Y desde luego consideraba mucho mejor empleado mi tiempo cuando me costaba veintiséis días hacer una tabla de madera.

Empezaba ya el año 1693 cuando mi sobrino, a quien —según he observado ya con anterioridad— di una educación en el mar y convertí en comandante de un barco, regresó de un corto viaje a Bilbao, el primero que hacía. Vino a verme y me dijo que algunos comerciantes, conocidos suyos, le habían propuesto viajar por encargo a las Indias Orientales y a China, como mercaderes particulares. «Y ahora, tío —me dijo—, si os hacéis a la mar conmigo me comprometo a desembarcaros en vuestra vieja residencia en la isla, pues hemos de pasar por Brasil».

Nada demuestra con tanta claridad la llegada del futuro, y la existencia de un mundo invisible, como la coincidencia de causas secundarias con las ideas que se han formado en nuestra mente con perfecta discreción y sin habérselas contado a nadie en el mundo.

No sabía mi sobrino en qué medida había regresado a mí la inquietud viajera, ni yo lo que él tenía previsto decirme cuando, aquella misma mañana, antes de que viniera a verme, había tomado una decisión, en un estado de gran confusión mental y tras resolver cada una de mis circunstancias particulares: ir a Lisboa y consultar con mi viejo capitán. Luego, si era razonable y podía llevarse a la práctica, iría a ver la isla de nuevo para saber qué se había hecho de mi gente. Me había complacido también con las ideas de poblar el lugar llevando algunos habitantes desde aquí, registrar la propiedad de la isla a mi nombre y no sé cuántas cosas más; en medio de todo eso, entra mi sobrino, como ya he contado, con su proyecto de llevarme hasta allí de camino a las Indias Orientales.

Al oír sus palabras me detuve un momento y lo miré fijamente: «¿Qué diablo —le pregunté— te envía con esta desgraciada misión?».

Mi sobrino se sobresaltó, como si al principio lo hubiera asustado, mas al darse cuenta de que su propuesta no me desagradaba del todo, se recuperó: «Espero que no sea una propuesta desgraciada, señor —añadió—. Me atrevería a decir que os complacerá ver vuestra nueva colonia, aquella en la que antaño reinasteis con más felicidad que los demás camaradas-monarcas del mundo».

En resumidas cuentas, su plan golpeó con tal exactitud mi estado de ánimo, es decir, el estado de enajenación previa en que me hallaba y del cual ya he hablado mucho, que le dije, en pocas palabras, que si llegaba a un acuerdo con los comerciantes iría con él. Mas le advertí que no le prometía ir más allá de mi propia isla.

«Pero, señor —dijo él—, espero que no penséis en volver a quedaros allí abandonado, ¿eh?».

«¿Por qué? —le pregunté—. ¿Acaso no puedes recogerme en tu viaje de vuelta?».

Me dijo que no le parecía posible que los mercaderes le permitieran regresar por ese rumbo con una carga tan valiosa en el barco, pues el desvío implicaba un mes más de navegación, o tal vez hasta tres o cuatro: «Además, señor, si yo sufriera un accidente —dijo— y no pudiera volver, quedaríais reducido a la misma condición en que vivíais antes». Era muy razonable: sin embargo, entre los dos encontramos un remedio que consistía en transportar a bordo, previamente desmontado en piezas para poderlo cargar, un balandro que, con la ayuda de unos cuantos carpinteros que acordamos llevar con nosotros, podría montarse de nuevo en la isla y, una vez terminado, estaría listo para hacerse a la mar en cuestión de pocos días.

No tardé en decidirme, pues efectivamente la insistencia de mi sobrino se sumó con tanta eficacia a mi propia inclinación que nada podía oponerme resistencia: por otro lado, al haber muerto mi esposa, nadie iba a preocuparse tanto por mí como para convencerme a toda costa, salvo mi vieja y buena amiga, la viuda, que luchó seriamente por hacerme considerar mis años, la cómoda circunstancia en que me hallaba, el riesgo innecesario que implicaba el largo viaje y, sobre todo, la escasa edad de mis hijos. Mas todo fue en vano. Mi deseo de viajar era irresistible y le dije que me parecía que había algo tan extraordinario en cómo la idea de viajar impresionaba mi mente que tratar de permanecer en casa equivalía a resistirse a la Providencia. A continuación dejó ella de reconvenirme y se sumó a mí, no sólo a la hora de preparar las provisiones para el viaje, sino también para ocuparse de los asuntos familiares en mi ausencia y asegurar la educación de mis hijos.

Con tal propósito hice testamento y organicé mis propiedades para mis hijos de tal manera y en tales manos que me quedé absolutamente tranquilo y convencido de que, ocurriera conmigo lo que ocurriese, se haría justicia con ellos. En cuanto a su educación, la dejé por completo en manos de la viuda, con una dotación aparte para ella misma. Todo merecido con creces, pues ninguna madre podría haberse ocupado de la educación de mis hijos mejor que ella, ni con más entendimiento; y como vivió hasta mi regreso, también viví yo para podérselo agradecer.

Mi sobrino estaba listo para zarpar a principios de enero de 1694, así que subí a bordo con mi Viernes en los Downs el día 8, llevando, además del ya mencionado balandro, un muy considerable cargamento de toda clase de objetos necesarios para mi colonia, que había decidido dejar si no la encontraba en buena situación.

En primer lugar, llevaba unos cuantos sirvientes que pretendía dejar como habitantes, o al menos ponerlos a trabajar a mi cuenta mientras yo estuviera allí para luego dejarlos en la isla, o bien llevármelos conmigo según fuera su voluntad; llevaba dos carpinteros, un herrero y un tipo muy ingenioso y útil, tonelero de profesión, pero también mecánico en general; tenía gran destreza para hacer ruedas, y molinillos de mano para trillar el grano, era un buen tornero y calderero; también sabía hacer lo que hiciera falta, ya fuera con tierra o con madera. En pocas palabras, lo llamábamos «Chico para Todo».

Con ellos venía también un sastre que se había ofrecido como pasajero hasta las Indias Orientales con mi sobrino, pero luego accedió a quedarse en nuestra plantación nueva, y resultó ser un tipo tan útil y necesario como era de desear en otros muchos asuntos más allá de su profesión. Y es que, como ya he observado con antelación, la necesidad nos arma para todos los usos.

Mi cargamento, hasta donde alcanzo a recordar, pues no conservo registro de los detalles, consistía en una cantidad suficiente de lino y algunas telas finas de Inglaterra para vestir a los españoles que esperaba encontrar allí, en cantidad suficiente para, según mis cálculos, proveerlos con comodidad durante siete años. Si recuerdo bien, los materiales que llevaba para vestirlos, con guantes, sombreros, zapatos, calcetines y todo cuanto pudieran desear, pesaban más de doscientas libras, aunque semejante carga incluía camas, sábanas y artículos del hogar, de cocina en particular, como ollas, cacerolas, cazuelas y casi cien libras más de herrajes, clavos, toda clase de herramientas, grapas, ganchos, bisagras y cualquier artículo de necesidad que se me ocurriera.

Llevaba también un centenar de armas de repuesto, mosquetes y bengalas, aparte de algunas pistolas, una cantidad considerable de munición de todos los calibres, tres o cuatro toneladas de plomo y dos cañones de latón. Como ignoraba para qué situaciones extremas y para cuánto tiempo debía aprovisionarme, llevé cien barriles de pólvora, además de espadas, machetes y la parte metálica de los picos y alabardas. De modo que, en resumen, teníamos una gran colección de toda clase de armas. Además, hice que mi sobrino cargara dos cañones pequeños para el alcázar, más de lo que aquel barco necesitaba, para dejarlos atrás si se presentaba la ocasión. Al llegar allí podríamos construir un fuerte y defenderlo contra toda clase de enemigos: y al principio, desde luego, yo estaba convencido de que haría buena falta, y aún más si aspirábamos a mantener la posesión de la isla, tal como se verá en el

decurso de esta historia.

En ese viaje no tuve la mala suerte a que me había acostumbrado y, en consecuencia, tendré menos ocasión de interrumpir al lector, que acaso esté impaciente por oír cómo fueron las cosas en mi colonia; sin embargo, algunos extraños accidentes, vientos cruzados e inclemencias sí acaecieron en esa primera salida, de modo que el viaje resultó más largo de lo que había esperado. Y como yo sólo había hecho un viaje en el que el regreso se produjera tal como se había previsto, el de mi expedición a Guinea, empecé a pensar que me esperaba el mismo mal fario de siempre: que había nacido para no darme jamás por contento en tierra y sin embargo sería siempre desafortunado en el mar.

Los vientos contrarios nos orientaron primero rumbo al norte y luego nos obligaron a guarecernos en Galway, Irlanda, donde nos mantuvimos al paio treinta y dos días. Sin embargo, en medio del desastre teníamos la satisfacción de contar con provisiones extremadamente baratas y en absoluta abundancia; de modo que mientras estuvimos allí ni siquiera tocamos las reservas del barco, más bien las aumentamos; allí me quedé con varios cerdos y dos vacas con sus respectivos terneros, que decidí, en el caso de que tuviéramos un buen viaje, desembarcar al llegar a mi isla, aunque luego tuve ocasión de disponer de ellas de otro modo.

El 5 de febrero salimos de Irlanda con una agradable ventolera que duró unos cuantos días. Según recuerdo, podría ser en torno al 20 de febrero, a última hora de la tarde, cuando el oficial de cubierta que estaba de guardia entró en los camarotes del alcázar y nos contó que había visto un fogonazo y había oído un disparo de arma de fuego; y mientras nos contaba cuanto sabía de eso, llegó un chico y nos dijo que el contraestre había oído otro tiro. Eso nos forzó a todos a salir al alcázar, donde estuvimos un rato sin oír nada, mas al cabo de unos minutos vimos una luz muy fuerte y descubrimos que a lo lejos había un fuego grande y muy terrible. De inmediato recurrimos a nuestros cálculos, por los que estuvimos de acuerdo en concluir que en el lugar en que se apreciaba el fuego no podía haber tierra alguna, ni siquiera a quinientas leguas de distancia, pues aparecía entre el oeste y el noroeste. Por ello llegamos a la conclusión de que tenía que ser algún barco incendiado; y como justo antes habíamos oído algunos disparos, concluimos que no podía ser demasiado lejos y hacia allí pusimos rumbo, convencidos de que lo íbamos a aclarar, pues cuando más navegábamos mayor se veía el fuego, si bien durante un rato no pudimos percibir más que aquella luz, pues era un día de niebla; tras una media hora de navegar con buen viento a favor, pudimos al fin discernir que se trataba de un barco grande incendiado en plena mar.

Aquel desastre me afectó con gran sentimiento, por mucho que no tuviera relación personal con la gente implicada en el mismo. Me hizo recordar de

inmediato mis circunstancias anteriores, la situación en que me hallaba cuando me rescató el capitán portugués; las circunstancias de aquella gente debían de ser mucho peores, salvo que hubieran contado con la compañía de algún otro barco; entonces, ordené de inmediato que disparasen cinco cañones, seguidos y sin pausa, para hacerles saber que disponían de ayuda y que podían intentar salvarse en su bote; y es que, aunque nosotros veíamos las llamas del barco, ellos, por ser de noche, no podían ver nada del nuestro.

Nos quedamos un rato por allí, siguiendo la misma deriva en que se mecía el barco incendiado, esperando la luz del día; de repente, para nuestro gran terror, pese a que no teníamos razón alguna para esperarlo, el barco saltó por los aires y se hundió de inmediato. Fue algo terrible y, desde luego, una visión dolorosa, porque aquellos pobres hombres, según concluí, tenían que estar destrozados en el barco o viviendo el peor de los desánimos en sus botes, en medio de un océano que en aquel momento, a causa de la oscuridad, yo no alcanzaba a ver. En cualquier caso, para orientarlos mandé que se colgaran luces en todas las partes posibles del barco, siempre que nos quedaran antorchas para meter en su interior, y que no dejásemos de disparar los cañones en toda la noche. Así, les hacíamos saber que había un barco no muy lejos de ellos.

Hacia las ocho de la mañana descubrimos los botes de aquel barco con ayuda de nuestros catalejos; así supimos que eran dos, ambos atestados de gente y bastante sumergidos; nos dimos cuenta de que remaban contra el viento; así vieron ellos nuestro barco e hicieron cuanto pudieron por conseguir que los viéramos.

De inmediato desplegamos nuestra enseña para que supieran que los habíamos visto. Luego avanzamos más, hasta quedar justo a su lado. En menos de media hora estábamos a su altura y, en pocas palabras, los recogimos a todos, no menos de sesenta y cuatro hombres, mujeres y niños; y es que había muchos pasajeros.

En resumen, averiguamos que se trataba de un barco mercante francés de trescientas toneladas que regresaba a Francia desde Quebec, en el río de Canadá. El patrón nos brindó un extenso relato de las desgracias sufridas por su barco, cómo había empezado el fuego en la cubierta intermedia por una negligencia del timonel; sin embargo, como este había pedido ayuda, todo el mundo creyó que ya estaba apagado por completo; pronto descubrieron que algunas chispas del primer fuego se habían diseminado por alguna parte del barco de tan difícil acceso que no pudieron sofocarlas; luego se metieron entre los troncos y después en el techado de las estancias, hasta que el fuego se coló en la bodega y desde allí se impuso a todos sus esfuerzos para apagarlo.

Ya no les quedó más que meterse en los botes, que, para su gran consuelo,

eran bastante espaciosos, pues se trataba del auxiliar y de una chalupa grande, además de un esquife pequeño que no había de servirles de gran cosa, aparte de llenarlo de agua dulce y provisiones después de ponerse a salvo del fuego. Sin duda, alimentaban pocas esperanzas de salvar la vida al meterse en aquellos botes, pues estaban muy lejos de tierra; sólo, como ellos mismos dijeron, habían huido del incendio y ahora cabía la posibilidad de que algún otro barco pasara por allí y pudiera recogerlos. Tenían velas, remos y brújulas y se preparaban ya para intentar acercarse lo máximo posible a Newfoundland con un viento bastante favorable, pues soplaba una buena brisa de sur sureste. Las provisiones y el agua que tenían, si eran capaces de racionarlas hasta casi la vecindad del hambre, les podían durar unos doce días, al cabo de los cuales, si no tenían mal tiempo y no les soplaba el viento en contra, según el capitán, esperaban llegar a la costa de Newfoundland y tal vez pescar algo con lo que mantenerse hasta que alcanzaran la orilla. Sin embargo, en todas esas opciones eran muchas las posibilidades que jugaban en su contra: podían volcar y hasta hundirse por culpa de las tormentas; sus extremidades podían entumecerse y perecer por el frío y la lluvia; los vientos en contra podían mantenerlos alejados y hacer que murieran de hambre; de modo que escapar de todo eso habría sido prácticamente milagroso.

En medio de sus discusiones, con todo el mundo ya desesperanzado y dispuesto a sucumbir al desánimo, me contó el capitán con lágrimas en los ojos, los había sorprendido de pronto la alegría de oír un cañonazo, seguido de otros cuatro; eran los cinco que yo había mandado disparar nada más ver la luz; eso les reavivó los corazones y les transmitió el aviso que, como se ha explicado antes, yo pretendía darles: es decir, que había un barco cerca, dispuesto a ayudarles.

Al oír aquellos cañonazos habían arriado mástiles y velas y, como el sonido les llegaba de barlovento, habían decidido permanecer parados hasta el amanecer. Al rato, como no oían más cañonazos, dispararon tres mosquetes, bastante separados entre sí, mas como soplaba el viento en dirección contraria nosotros no los oímos.

Algún tiempo después se llevaron una sorpresa aún más agradable al ver nuestras luces y oír las salvas que, como ya he explicado, yo mandé seguir disparando durante toda la noche. Eso los animó a ponerse a remar para mantener los botes en marcha, de modo que al menos pudiéramos rescatarlos antes; al fin, para su inexpressable alegría, comprobaron que los habíamos visto.

Me resulta imposible explicar los distintos gestos, los extraños éxtasis, la variedad de poses a que se entregó aquella pobre gente para expresar la alegría que invadía sus almas ante tan inesperada salvación; es fácil describir el dolor y el miedo: con suspiros, lágrimas, quejidos y unos pocos movimientos de

cabeza y manos se agota la suma de sus variedades. En cambio, un exceso de alegría, una alegría por sorpresa, contiene un millar de extravagancias: algunos estaban llorando, otros se daban a la ira y se arañaban como si sufrieran la más penosa agonía; algunos deliraban directamente, o se comportaban como puros lunáticos; unos bailaban, unos cuantos cantaban, algunos reían, los más lloraban; había bastantes que iban alelados, incapaces de pronunciar palabra; otros parecían enfermos y vomitaban; algunos se desvanecían y estaban ya a punto de marearse; y unos pocos se santiguaban y daban gracias a Dios.

Tampoco yo se lo afearía: muchos de ellos mostrarían su gratitud más adelante, pero al principio la pasión era demasiado fuerte para ellos y no conseguían dominarla; se lanzaban al éxtasis y a una especie de frenesí; de modo que eran apenas unos pocos los que mantenían la compostura y la seriedad en su alegría.

Quizás habría algo que añadirle al caso, a cuenta de la nacionalidad a la que pertenecían: me refiero a los franceses, a quienes se les permite un temperamento más volátil, apasionado y brioso, y un espíritu más fluido, que a los de otras naciones. No soy un filósofo para determinar la causa, pero nada de cuanto había visto anteriormente podía compararse con aquello: el éxtasis en que se sumió el pobre Viernes, mi fiel salvaje, cuando encontró a su padre en aquel bote, era lo más parecido; y la sorpresa del patrón a quien, junto con sus dos compañeros, libré de los dos villanos que los habían desembarcado en la isla, se acercaba un poquito; pero nada podía compararse con aquello, ni lo que había visto en Viernes, ni en ningún otro lugar a lo largo de la vida.

Es digno de señalarse que aquellas extravagancias no se mostraban sólo en función de las diferencias que he mencionado, según las distintas personas: toda la variedad podía aparecer en una breve sucesión de instantes en una misma persona. El hombre al que en un momento veíamos alelado y, según parecía, estúpido y confundido, podía estar al siguiente bailando y haciendo reverencias como un bufón; y al momento siguiente se estaba tirando de los pelos, o desgarrándose las vestiduras y pisoteándolas como un loco; unos pocos instantes más tarde nos lo encontrábamos hecho un mar de lágrimas, luego mareado y al fin desvanecido: y si no hubiera recibido ayuda de modo inmediato, habría muerto a los pocos minutos. Y así ocurrió no con uno o dos, ni con diez o veinte, sino con la mayor parte de ellos; y, si lo recuerdo bien, nuestro cirujano se vio obligado a sangrar a más de treinta.

Entre ellos había dos sacerdotes: uno era un anciano y el otro un joven. Y lo más extraño era que el peor era el mayor. En cuanto plantó el pie en nuestro barco y se supo a salvo, cayó fulminado, muerto en apariencia; no se percibía en él ni la menor señal de vida. De todos los hombres que había en el barco, nuestro médico fue el único que no creyó que estuviera muerto y le aplicó de inmediato los remedios adecuados para recuperarlo: al fin le abrió una vena

del brazo, tras frotar y refregar la zona, para que entrara en calor en la medida de lo posible; tras ello la sangre, que al principio apenas goteaba, fluyó con más libertad; tres minutos después, el hombre abrió los ojos y al cabo de un cuarto de hora habló, se encontró algo mejor y, enseguida, mucho mejor: cuando paró de sangrar echó a caminar, nos dijo que se encontraba perfectamente bien, se bebió un trago de cordial que le ofreció el médico y, como solemos decir, volvió en sí. Al cabo de un cuarto de hora llegaron corriendo al camarote del médico, que estaba sangrando a una francesa que se había desmayado, y le dijeron que el sacerdote había enloquecido por completo. Al parecer, se había puesto a dar vueltas en su mente al cambio de circunstancias que acababa de experimentar, y eso le había provocado un éxtasis de alegría; su espíritu se arremolinaba con tal velocidad que los vasos sanguíneos no podían transportarlo; la sangre se le volvió caliente y febril. Estaba más listo que nadie para ingresar en el manicomio de Bedlam; el cirujano no quería sangrarlo de nuevo en ese estado, así que le dio algo para calmarlo y ponerlo a dormir y, al cabo de un rato, lo operó y el sacerdote se despertó a la mañana siguiente en buen estado y perfecta compostura.

El sacerdote joven se comportó con gran dominio de su pasión y dio un verdadero ejemplo de una mente seria y bien gobernada; nada más subir a bordo del barco se tiró para pegar la cara al suelo, postrado en agradecimiento por su salvación. Yo lo interrumpí de manera desafortunada y extemporánea, convencido de que se desmayaba; sin embargo, él habló con clama, me dio las gracias, me dijo que agradecía a Dios su salvación y me suplicó que lo dejara a solas un momento y que, junto al Señor, también a mí me mostraba su gratitud.

Yo lamenté de veras haberlo molestado y no sólo lo dejé a solas, sino que impedí también que otros lo interrumpieran; permaneció en aquella postura unos tres minutos, o algo más, desde que lo dejé; luego regresó a mí, tal como había dicho, y con gran seriedad y afecto, aunque con lágrimas en los ojos, me agradeció que, con la ayuda de Dios, le hubiera salvado la vida a él y a tantas criaturas desgraciadas. Le dije que no tenía argumentos para decirle que diera las gracias a Dios y no a mí, pues ya veía que eso mismo era lo que acababa de hacer; sin embargo, añadí que no se trataba sino de lo que la razón y la humanidad dictaban a cualquier hombre, y que nosotros teníamos tantos motivos como él para dar gracias a Dios, pues nos había bendecido al elegirnos como instrumentos de su compasión por todas aquellas criaturas.

Después de eso el joven sacerdote se dedicó a sus compatriotas: se esforzó por calmarlos; persuadió, suplicó, argumentó, razonó con ellos e hizo cuanto pudo para mantenerlos en el ejercicio de la razón; con algunos tuvo cierto éxito, aunque otros fueron, durante un tiempo, incapaces de gobernarse.

No puedo sino dejar esto por escrito, pues tal vez resulte útil a aquellos en

cuyas manos caiga a modo de guía en las extravagancias de sus pasiones; pues si un exceso de alegría puede llevar a los hombres más allá del alcance de la razón hasta semejante extremo, qué no conseguirán las extravagancias de la ira, la rabia y la provocación de la mente. Desde luego, ahí encontré razones para mantener bajo vigilancia exagerada nuestras pasiones de todo tipo, tanto si proceden de la alegría y la satisfacción como de la pena y la rabia.

Padecimos un cierto desconcierto por dichas extravagancias entre nuestros invitados el primer día; mas en cuanto se retiraron a los aposentos que les ofrecimos, en la medida de las posibilidades que permitía el barco, y pudieron dormir profundamente, como así ocurrió en la mayoría de los casos, pues estaban fatigados y asustados, al día siguiente parecían gente distinta por completo.

No les faltó nada en materia de modales, ni de gratitud por la amabilidad con que se les había tratado; los franceses, ya se sabe, tienden por naturaleza a excederse en ese sentido. El capitán y uno de los sacerdotes se me acercaron al día siguiente y, tras mostrar su deseo de hablar conmigo y con mi sobrino, el comandante, se pusieron a debatir qué debía hacerse con ellos; al principio nos dijeron que, como habíamos salvado sus vidas, ni siquiera bastaban todas sus propiedades para compensarnos por la bondad recibida. El capitán dijo que habían conservado en los botes algo de dinero y algunos objetos de valor, rescatados a toda prisa de las llamas; si lo aceptábamos, tenían órdenes de ofrecérselo entero: a cambio, sólo deseaban que los depositáramos en la orilla en algún lugar que nos cogiera de camino, desde el cual, a ser posible, pudieran encontrar una ruta hasta Francia.

Mi sobrino era partidario de aceptar su dinero de entrada y ver qué hacíamos con ellos después: sin embargo, en esa parte, yo discrepé porque sabía qué significaba que te desembarcaran en un país desconocido; y si el capitán portugués que me recogió en el mar me hubiera tratado así y se hubiera quedado con todas mis posesiones en pago de mi salvación, yo habría muerto de hambre, o hubiera sido tan esclavo en Brasil como lo había sido en Barbaria, con la única salvedad de que no me habrían vendido a un mahometano; y tal vez un portugués no sea mejor patrón que un turco, cuando no, en muchos casos, algo peor.

En consecuencia, dije al capitán francés que era cierto que los habíamos recogido en plena desgracia; mas también lo era que lo habíamos hecho en cumplimiento de nuestro deber, pues éramos criaturas como ellos, y como tales habríamos deseado también la salvación en caso de encontrarnos en una situación como la suya, o en cualquier otro caso extremado; que no habíamos hecho por ellos sino lo que creíamos que ellos habrían hecho por nosotros si nos hubiéramos encontrado en su situación y ellos en la nuestra; que los habíamos subido a bordo para servirlos, no para saquearlos; que sería bárbaro

en extremo quedarnos lo poco que hubieran podido salvar del fuego para luego llevarlos a la orilla y abandonarlos; que eso equivalía a salvarlos de la muerte para luego matarlos nosotros mismos; salvarlos de hundirse y matarlos de hambre. En cuanto a la posibilidad de desembarcarlos, le dije que para nosotros se trataba ciertamente de algo difícil en extremo, pues el barco se dirigía a las Indias Orientales; y aunque nos habíamos desviado un largo trecho hacia el oeste, acaso dirigidos a propósito por los cielos para procurar su salvación, se nos hacía imposible cambiar a voluntad nuestro viaje por aquel suceso particular; ni podía tampoco mi sobrino, el capitán, responder ante los armadores, para quienes trabajaba en condición de flete con el fin de seguir viaje hacia Brasil; hasta donde yo sabía, lo único que podíamos hacer con ellos era navegar de modo que nos encontrásemos con otros barcos que regresaran de las Indias Orientales y conseguirles pasaje, si era posible, hacia Inglaterra o Francia.

Esta primera parte de nuestra propuesta era tan generosa y amable que no podían sino estar agradecidos; sin embargo, quedaron consternados en gran medida, sobre todo los pasajeros, al enterarse de que los llevábamos hasta las Indias Orientales; entonces me suplicaron que, ya que tanto me había desviado hacia el oeste antes de dar con ellos, mantuviera al menos el mismo rumbo hacia la costa de Newfoundland, donde cabía la posibilidad de que me cruzara con algún barco o balandro al que acaso pudieran contratar para que los llevara de vuelta a Canadá, de donde procedían.

Me pareció una petición razonable por su parte y, en consecuencia, me incliné por aceptarla; ciertamente, consideraba que llevar a toda aquella panda hasta las Indias Orientales no sólo supondría una intolerable severidad para aquella pobre gente, sino también una ruina para nuestro viaje, pues se agotarían las provisiones. De modo que no lo consideré como una quiebra de las obligaciones contratadas para el viaje, sino algo que se volvía absolutamente necesario por un accidente imprevisto y del que nadie podría afirmar que éramos culpables, pues tanto las leyes de Dios como las de la naturaleza nos hubieran prohibido negarnos a rescatar aquellos dos botes llenos de gente en situación tan desesperada: la naturaleza del asunto, por respeto a nosotros mismos y a aquella pobre gente, nos obligaba a desembarcarlos en una costa u otra para salvarlos; por eso consentí en llevarlos hasta Newfoundland, si el viento y el tiempo lo permitían; en caso contrario, los llevaría a la Martinica, en las Indias Orientales.

Seguía soplando un viento fresco del este, pero con condiciones meteorológicas bastante buenas. Como había soplado de continuo entre el noreste y el sureste durante un largo tiempo, perdimos varias oportunidades de enviarlos a Francia, pues nos cruzamos con diversos barcos que iban a Europa, dos de ellos franceses de Saint Christopher; sin embargo, llevaban luchando

contra el viento tanto tiempo que no se atrevían a tomar pasajeros por miedo a quedarse sin provisiones a lo largo del viaje, tanto para ellos como para aquellos a quienes acogieran. Por ello, no tenían más remedio que seguir adelante. Habría pasado así una semana cuando llegamos a las cercanías de Newfoundland, donde, por acortar la historia, metimos a todos los franceses en un barco que habían conseguido alquilar en alta mar, para llegar hasta la costa y más adelante marcharse a Francia, suponiendo que consiguieran provisiones para avituallarse. Cuando, como digo, estuvieron todos los franceses en tierra, recordé que el sacerdote joven de quien antes he hablado, al oír que nos dirigíamos a las Indias Orientales había manifestado su deseo de viajar con nosotros y desembarcar en la costa de Coromandel. Accedí enseguida, pues me encantaba aquel hombre y tenía otras buenas razones, como se verá más adelante: también se integraron en nuestro barco cuatro marineros que demostraron ser muy útiles.

Desde allí retomamos el rumbo a las Indias Orientales, dirigiéndonos hacia el sur y sureste durante unos veinte días seguidos, a veces con poco o nada de viento, hasta que dimos con otro posible objeto del ejercicio de nuestra humanidad, casi tan deplorable como el anterior.

CAPÍTULO II

Fue a 27 grados y 5 minutos de latitud norte, el día 19 de marzo de 1684, cuando en nuestro rumbo, entre el sureste y el sur, alcanzamos a ver una vela. Enseguida comprendimos que se trataba de una embarcación grande y que se nos estaba acercando, mas al principio no supimos qué hacer al respecto hasta que, al encontrarnos un poco más cerca, vimos que habían perdido el mastelero, el trinquete y el bauprés. En aquel momento, desde el barco dispararon un cañón para advertirnos de que corrían peligro. Hacía bastante buen tiempo, con un viento del norte noroeste, una ventolera suave, y tardamos poco en poder hablar con ellos.

Averiguamos que era un barco de Bristol, que regresaba a casa desde las Barbados, de donde habían sido expulsados por un terrible huracán unos cuantos días antes de estar listos para viajar, en un momento en que el capitán y el contraestre habían bajado a tierra; así, además del terror de la tempestad, se encontraban sin ningún buen artesano capaz de llevar el barco a puerto; llevaban ya nueve semanas en el mar y, al terminar el huracán, los había sorprendido otra tormenta terrible que los había empujado hacia el oeste, superada ya su capacidad de saber dónde estaban, además de arrancarles los mástiles, como se ha dicho más arriba. Nos contaron que esperaban ver las

Bahamas, pero entonces habían derivado hacia el sureste por culpa de una fuerte galerna procedente del norte, noroeste, la misma que soplaba en aquel momento, y como no tenían velas con que mover el barco, aparte de la mayor y una especie de vela cuadrada instalada en un mástil de fortuna que habían improvisado, apenas podían ceñir y estaban luchando por mantener el rumbo que los llevaba a las Canarias.

Sin embargo, lo peor de todo era que estaban casi muertos de hambre por falta de provisiones, además de las fatigas que habían sufrido; habían desaparecido el pan y la carne, de los que no quedaba ni una onza en el barco, y ya llevaban once días sin probarlos; su único consuelo era que no habían gastado toda el agua y les quedaba cerca de un barril de harina; al principio tenían suficiente azúcar, algunos dulces y confituras, pero ya los habían devorado; y les quedaban siete barriles de ron.

Había a bordo un joven, con su madre y una sirvienta, convencidos de que el barco estaba listo para navegar.

Por desgracia, habían embarcado la noche antes de que empezara el huracán. Como no tenían provisiones propias, estaban en una situación más deplorable que los demás, pues los marinos, reducidos a un estado de extrema necesidad, no tenían compasión, de esto podemos estar seguros, de los pobres pasajeros: y desde luego vivían en tal estado que resulta difícil describir su desgracia.

Acaso yo no habría conocido esta parte si mi curiosidad no me hubiera llevado, cuando empezó a hacer buen tiempo y amainó el viento, a abordar su barco: el segundo oficial, que en esta ocasión pilotaba el navío, había subido al nuestro y me había dicho que llevaban tres pasajeros en el camarote principal, en unas condiciones deplorables.

«Aún más —me dijo—. Creo que están muertos, pues hace más de dos días que no los oigo. Y me daba miedo averiguar, pues no tengo con qué aliviarlos».

De inmediato nos aplicamos a darles cuanto alivio pudiéramos permitirnos; desde luego, yo había incumplido ya en tal medida los acuerdos con mi sobrino que los hubiera avituallado aun si eso hubiese implicado ir hasta Virginia, o a cualquier lugar de la costa de América, para cargar provisiones; mas no fue necesario.

Sin embargo, ahora se enfrentaban a un nuevo peligro, pues les daba miedo comer demasiado, aun con lo poco que les dábamos. El primer oficial, o comandante, vino en su bote con otros seis hombres, pero aquellos pobres desgraciados parecían esqueletos y estaban tan débiles que apenas podían sentarse a los remos; incluso el oficial estaba muy enfermo y medio muerto de

hambre, pues declaró que no se había reservado nada y había compartido con aquellos hombres, a partes iguales, cada bocado que comían.

Le advertí que comiera con precaución, pero enseguida le puse la carne delante y no llevaba ni tres bocados cuando empezó a enfermar y a marearse; así que se detuvo un momento y nuestro médico le mezcló algo con un poco de caldo y le dijo que haría las veces de medicamento y comida al mismo tiempo; después de tomárselo, mejoró. Mientras tanto, yo no me olvidé de los otros hombres: ordené que se les dieran víveres y las pobres criaturas, más que comérselos, los devoraron. Era tan excesiva su hambre que se comportaban con voracidad y no eran capaces de controlarse; dos de ellos comieron con tanta avidez que a la mañana siguiente sus vidas corrieron peligro.

La visión de la desgracia de aquella gente me conmovió y me hizo recordar el terrible respeto que había sentido en mi primera llegada a la orilla de mi isla, donde no tenía ni un bocado de comida, ni esperanza alguna de conseguirla; además del constante temor a convertirme en comida de otras criaturas. Sin embargo, mientras el oficial me iba contando la desgraciada situación en que se encontraba la tripulación del barco, yo no podía apartar de mi pensamiento la historia que me había explicado de las tres pobres criaturas del camarote principal: es decir, la madre, el hijo y la criada, de quienes nada había oído durante dos o tres días. Parecía confesar que se habían olvidado por completo de ellos ante la gravedad de sus propias penurias; así, entendí que no les habían dado absolutamente nada de comer y que, en consecuencia, habrían perecido y estarían todos muertos, tal vez, en el suelo, en la cubierta del camarote.

A continuación conservé a bordo al oficial, a quien desde entonces llamamos capitán, junto con sus hombres para recuperarlos, pero no olvidé la hambrienta tripulación que había quedado en su barco, y ordené que se acercara a ellos mi bote con mi contramaestre y doce hombres para llevarles un saco de pan y cuatro o cinco trozos de carne de buey para hervir. Nuestro médico encargó a los hombres que se ocuparan ellos mismos de hervirla, y que montaran guardia en la cocina para evitar que se la comieran cruda, o que la sacaran de la olla antes de que estuviera bien cocida, y que luego la repartieran entre todos, pero bien poco a poco; con dicha precaución protegió a aquellos hombres, pues de otro modo, se habrían matado con la misma comida que se les daba con el propósito de salvarles la vida.

Al mismo tiempo ordené a mi contramaestre que entrara en el camarote principal y viera en qué condición se hallaban los pobres pasajeros y, si estaban vivos, los consolara y les diera un refrigerio apropiado; el médico le dio una jarra grande con parte del caldo que había preparado para el oficial que había subido a nuestro barco, sin dudar que aquello los iría recuperando gradualmente.

No me di por satisfecho con eso: al contrario, como ya he dicho antes, estaba decidido a ver el desgraciado escenario que, bien lo sabía, me iba a encontrar, con mas viveza que en cualquier relato; así que tomé al capitán del barco, como lo llamábamos ahora, y me fui con él poco después en un bote.

Me encontré a los pobres hombres de a bordo casi en pleno tumulto para sacar los víveres del caldo cuando aún no estaban listos; sin embargo, mi oficial cumplió sus órdenes y mantuvo una buena guardia ante la puerta de la cocina. El hombre allí apostado, tras usar toda su persuasión para pedirles paciencia, los mantuvo a raya a la fuerza; de todas formas, permitió que echaran algunos trozos de pan a la olla y los ablandó con el licor de la carne, una combinación que llaman «brewis», y dio un pedazo a cada uno para aquietarles el estómago y les dijo que estaba obligado a darles sólo a poquitos por su propia seguridad. Mas todo fue en vano y, si no llega a ser porque subí yo a bordo, acompañado de su comandante y de los oficiales, con buenas palabras y algunas amenazas de no darles más comida, creo que hubieran entrado por la fuerza en la cocina y hubieran sacado la carne de los fogones, pues las palabras tienen sin duda poca fuerza ante un estómago hambriento; en cualquier caso, logramos calmarlos y los fuimos alimentando paulatinamente, con cautela al principio, y la segunda vez les dimos más y al fin les llenamos la tripa y les fue bastante bien a todos.

Sin embargo, la desgracia de los pobres pasajeros que iban en el camarote era de naturaleza distinta y mucho peor que la de los demás: al principio, la tripulación tenía tan pocas provisiones que, efectivamente, habían tenido que mantenerlos muy racionados y luego olvidarlos por completo. Así que durante seis o siete días, podría decirse que no habían probado nada de comida en absoluto y durante los días anteriores, bien poca.

La pobre madre, que, tal como había informado el primer oficial, era una mujer de buen sentido y buena cuna, había guardado todo lo que con tanto cariño conseguía para su hijo, de modo que al final sucumbió y, cuando el oficial de nuestro barco entró en el camarote, la encontró sentada en el suelo con la espalda apoyada en el mamparo lateral, encajada entre dos sillas atadas con firmeza, con la cabeza caída entre los hombros, como un cadáver, aunque no muerta del todo. Mi oficial hizo cuanto pudo para revivirla y animarla y, con una cuchara, le llevó algo de caldo a la boca: ella abrió los labios y alzó una mano, mas no pudo hablar: en cambio, sí entendió lo que él le decía y le hizo señas que indicaban que ya era demasiado tarde para ella; señaló hacia el hijo, como si quisiera pedirle que se ocupara de él.

De todos modos, el oficial, conmovido en gran medida por aquella visión, se esforzó por meterle algo de caldo en la boca y dijo que había llegado a hacerle tragar dos o tres cucharadas, aunque me pregunto si podía estar seguro de eso. En cualquier caso, era demasiado tarde ya y la mujer murió esa misma

noche.

El muchacho, por cuya salvación había entregado la vida su muy amorosa madre, no estaba tan ido como ella. Aun así, permanecía tumbado en el catre del camarote como si se hubiera acostado y apenas le quedaba algo de vida; tenía en la boca un trozo de un guante viejo, pues se había comido el resto. De todos modos, como era joven y tenía más fuerza que su madre, el oficial consiguió hacerle tragar algo de comida y él empezó a recuperarse visiblemente, aunque, cuando al cabo de un rato le dio tan sólo dos o tres cucharadas de más, le sentaron muy mal y las devolvió.

La siguiente preocupación fue la pobre criada: estaba tirada en el suelo duro junto a su señora y parecía que hubiera tenido un ataque de apoplejía y hubiera luchado por la vida: las extremidades estaban retorcidas, tenía una mano aferrada al borde de una silla y la agarraba con tanta fuerza que no nos resultó fácil obligarla a soltarse; el otro brazo estaba por encima de la cabeza y los pies estaban juntos, apretados con fuerza contra el borde de la mesa del camarote. En resumen, estaba como si se encontrara en los últimos estertores. Y sin embargo, también estaba viva.

La pobre criatura no sólo estaba muerta de hambre y aterrada por la idea de la muerte, sino, según nos contaron los hombres más adelante, con el corazón partido por su señora, a la que había visto morir dos o tres días antes y a la que amaba con toda la ternura.

No sabíamos qué hacer con aquella pobre chica, pues cuando nuestro médico —hombre de gran conocimiento y experiencia— logró salvarle la vida con gran aplicación, llegó a temer que perdiera el sentido, pues durante un buen rato quedó poco menos que distraída, como se verá a continuación.

Es deseable que quien lea estos memorandos tenga en consideración que las visitas en el mar no son como una jornada en el campo, donde la gente se queda a veces en el mismo lugar durante una semana, o hasta una quincena. Nuestra misión consistía en ayudar a la desgraciada tripulación de aquel barco, no en quedarnos con ellos; y aunque ellos estaban dispuestos a seguir nuestro rumbo durante unos días, nosotros no teníamos ninguna vela que nos permitiera adaptarnos a la velocidad de un barco sin mástiles. De todos modos, como su capitán nos suplicó que le ayudáramos a instalar una vela secundaria del palo mayor y algo parecido a una segunda vela en el mástil de fortuna, nos quedamos con ellos, efectivamente, tres o cuatro días. Entonces, después de darles cinco toneles de buey y cerdo, dos hogazas de bizcocho y una buena cantidad de guisantes y harina, más todo aquello de lo que pudimos prescindir, aceptamos a cambio tres barriles de azúcar, algo de ron y unas monedas de a ocho y los dejamos, llevándonos a bordo, a petición de ellos, al chico y la criada y todas sus pertenencias.

El muchacho tendría unos diecisiete años y era un joven hermoso, bien criado, modesto y sensato; estaba muy desanimado por la pérdida de su madre y resultó que había perdido a su padre apenas unos meses antes en las Barbados. Suplicó al médico que hablara conmigo para que lo sacara de aquel barco, pues decía que aquella gente cruel había asesinado a su madre. Y era ciertamente así, es decir, en un sentido pasivo; podrían haber reservado una mínima manutención para la pobre viuda desesperada, que así se hubiera salvado, aunque fuera apenas lo justo para mantenerla con vida. Mas el hambre no conoce amigos, ni parientes ni justicia ni derecho; en consecuencia, carece de remordimientos y no es capaz de compasión.

El médico le contó lo lejos que íbamos y le explicó que eso lo distanciaría de todos sus amigos y lo dejaría en circunstancias casi tan malas como aquellas en que lo habíamos encontrado: es decir, muerto de hambre. Él dijo que no importaba adónde fuera, siempre y cuando lo liberásemos de la terrible tripulación que lo acompañaba: que el capitán (y con eso se refería a mí, pues no sabía nada de mi sobrino) le había salvado la vida y él estaba seguro de que no le iba a causar ningún mal; en cuanto a la criada, estaba convencido de que, si recuperaba el sentido, estaría tan agradecida que nos dejaría llevarla a donde fuera. El médico me presentó el caso con tanto cariño que cedí y los aceptamos a ambos a bordo con todas sus pertenencias, salvo once canastos de azúcar que no podían moverse; y como el joven tenía una licencia de porte para llevarlos, obligué a su comandante a firmar un escrito en el que se comprometía a acudir, en cuanto llegara a Bristol, a un tal señor Rogers, comerciante que allí vivía y con quien el joven afirmaba tener algún parentesco, y entregarle una carta escrita por mí, así como todas las pertenencias de la viuda fallecida que le quedaban. Supongo que nunca lo hizo, pues nunca tuve constancia de que el barco llegara a Bristol; lo más probable es que se perdiera en el mar, pues estaba muy incapacitado y tan lejos de cualquier tierra que soy de la opinión de que la primera tormenta que encontrara a partir de entonces lo hundiría al fondo del mar; cuando yo me crucé con ellos, hacían aguas y tenían daños en la bodega.

Yo me encontraba ya en la latitud de 19 grados, 32 minutos y hasta entonces el viaje era tolerable en cuanto concierne al tiempo, pese a que al principio habíamos navegado con el viento en contra. No molestaré a nadie con las pequeñas incidencias de viento, tiempo, corrientes y etcétera durante el resto del viaje. Sin embargo, para abreviar mi historia en beneficio de lo que viene a continuación, anotaré que llegué a mi vieja residencia, la isla, el 10 de abril de 1695. Me enfrenté a no pocas dificultades para encontrar el lugar, pues la primera vez, tanto al llegar a sus costas como al abandonarlas, lo había hecho por el sur y por el este, en la dirección de Brasil; ahora, en cambio, al llegar navegando entre el continente y la isla y no disponer de ningún mapa del litoral ni de algún punto de referencia, no la reconocía al verla, y en

realidad ni siquiera sabía si la estaba viendo.

Dimos muchos rodeos y desembarcamos en varias islas de la desembocadura del gran río Orinoco, pero sin alcanzar mi propósito; sin embargo, con la navegación costera descubrí que anteriormente había cometido un gran error: a saber, que lo que yo veía desde mi isla y tomaba por continente no era tal, sino una isla grande o, mejor dicho, un archipiélago de islas que se extendían de un extremo a otro de la gran desembocadura del río; y que los salvajes que acudían a mi isla no eran exactamente esos que llamamos caribes, sino isleños y otros bárbaros de la misma calaña, que habitaban más cerca de nosotros que los demás.

En resumen, visité varias islas para nada; algunas resultaban estar deshabitadas y otras no. En una encontré a unos españoles y me pareció que debían de vivir allí; sin embargo, al hablar con ellos supe que tenían un balandro amarrado en un pequeño riachuelo y que habían ido hasta allí para hacer sal y capturar algunas ostras de perla, si podían. Pero eran de la isla de Trinidad, que queda al norte, entre 10 y 11 grados de latitud.

Así, costeando de una isla a otra, unas veces con el barco y otras con la chalupa de los franceses (que nos había parecido muy práctica como bote auxiliar y por eso nos la habíamos quedado, contando con la buena voluntad de aquellos hombres), al fin llegué a la costa sur de mi isla y enseguida reconocí la apariencia del lugar: hice anclar el barco en perpendicular al arroyo que quedaba junto a mi antigua residencia.

En cuanto vi el lugar llamé a Viernes y le pregunté si sabía dónde estaba. Él oteó un poco y enseguida se puso a dar palmas y gritó: «¡Oh, sí, allí. Oh, sí, allí!», señalando nuestra antigua residencia. Luego se puso a bailar y dar saltos como un loco: mucho me costó impedir que saltara al agua para ganar la orilla a nado.

«Bueno, Viernes —le dije—, ¿crees que encontraremos a alguien allí, o no? Y qué te parece, ¿veremos a tu padre?». El hombre se quedó mudo como una piedra un buen rato. Mas cuando nombré a su padre, la pobre criatura amorosa pareció desanimarse y vi que le caían abundantes lágrimas por la cara. «¿Qué ocurre, Viernes? —pregunté—. ¿Estás inquieto porque puedes ver a tu padre?».

«No, no —contestó él, meneando la cabeza—. No verlo nunca más, nunca jamás volver a ver».

«¿Por qué? —quise saber—. ¿Cómo lo sabes, Viernes?».

«Ah, no, no —insistió él—. Hace mucho morir; mucho, él ser viejo mucho».

«Bueno, bueno —le dije—. Viernes, vete a saber. Entonces, ¿veremos a alguien más?».

Al parecer, el hombre tenía mejores ojos que yo, así que señaló hacia la colina que quedaba por encima de mi vieja casa y, aunque estábamos a más de media legua de distancia, exclamó: «¡Yo ver! ¡Yo ver! Sí, sí, yo ver allí mucho hombre y allí y allí». Miré, mas no pude ver a nadie sin mi catalejo. Supongo que era porque no acertaba con el lugar. Porque el tipo tenía razón, según pude comprobar al investigar al día siguiente, y había cinco o seis hombres juntos mirando nuestro barco, y sin saber qué pensar de nosotros.

En cuanto Viernes me dijo que había visto gente, mandé desplegar el estandarte inglés y disparé tres cañonazos para advertirles de que éramos amigos; al cabo de un cuarto de hora vimos que se alzaba un poco de humo desde una orilla del riachuelo; entonces ordené de inmediato que bajaran un bote en el que iríamos Viernes y yo. Ondeando una bandera blanca, o de alto el fuego, me fui directo hasta la orilla y me llevé al cura joven que ya he mencionado antes, a quien había contado toda la historia de que había vivido allí y de cómo había acontecido todo, con todos los detalles sobre mí mismo y sobre la gente que allí dejé. A consecuencia de esas historias, él tenía un gran deseo de ir conmigo. Llevábamos con nosotros a unos dieciséis hombres bien armados por si encontrábamos nuevos inquilinos de cuya existencia no tuviéramos noticia, pero no nos hicieron falta las armas.

Como llegamos a la orilla con la marea casi en su ciclo más alto, entramos en el riachuelo directamente remando. El primer hombre al que eché el ojo fue el español cuya vida salvé antaño y a quien reconocí perfectamente por su rostro: cuanto concierne a su vestimenta ya lo contaré más adelante. Ordené que al principio no desembarcara nadie más que yo, pero no hubo manera de mantener a Viernes en el bote: la amorosa criatura había distinguido a su padre desde la distancia, bastante separado de los españoles, donde yo no había sido capaz de verlo; si le hubieran impedido bajar a la orilla, habría saltado al mar. En cuanto pisó la orilla salió volando hacia su padre como la flecha lanzada por un arco. Cualquier hombre habría derramado unas cuantas lágrimas por mucho que se esforzara en contenerlas al ver los primeros arrebatos de alegría de aquel hombre al llegar junto a su padre: cómo lo abrazaba, lo besaba, le acariciaba la cara, lo tomaba en sus brazos para instalarlo junto a un árbol y tumbarse a su lado; luego se levantó y lo miró como miraría cualquiera un extraño retrato durante un cuarto de hora seguido. Después se tiró al suelo y le acarició las piernas y se las besó y entonces se levantó de nuevo y se lo quedó mirando: cualquiera hubiera pensado que estaba hechizado, pero hasta un perro hubiese reído al ver cómo al día siguiente la pasión le dio por otro lado: por la mañana se puso a caminar por la playa arriba y abajo con su padre durante varias horas, llevándolo siempre de la mano como si fuera una

damisela, y de vez en cuando acudía hasta el bote a buscar algo para él, ya fuera un terrón de azúcar, un trago, una galleta o cualquier otra cosa buena. Por la tarde le entró un jugueteo distinto, pues instaló al anciano en el suelo y se puso a bailotear en torno a él y adoptó un millar de posturas y gestos extravagantes; y mientras tanto, en todo momento le hablaba y le contaba una historia tras otra sobre sus viajes y sobre lo que le había ocurrido por ahí, para entretenerlo. En pocas palabras, si el mismo amor filial se diera entre los cristianos hacia sus padres en nuestras partes del mundo, cabría la tentación de decir que el quinto mandamiento apenas sería necesario.

Mas estoy en plena digresión. Vuelvo a mi desembarco. Si diera aquí noticia de todas las ceremonias y cortesías con que me recibieron los españoles, no terminaría nunca. El primero de ellos, a quien, como ya he dicho, reconocí enseguida, era aquel cuya vida había salvado: se acercó al bote acompañado de otro hombre y llevando también una bandera blanca. No sólo no me reconoció al principio, sino que no tuvo idea ni noción de que pudiera ser yo quien llegaba hasta que me dirigí a él:

«Seignior —le dije en portugués—, ¿no me conocéis?».

No dijo entonces ni palabra, mas entregó el mosquete al hombre que iba con él, abrió los brazos y, diciendo en español algo que no oí del todo, se adelantó, me dio un abrazo y me dijo que no tenía perdón por no haber reconocido aquella cara que había visto antaño en una ocasión como si perteneciera a un ángel enviado por el cielo para salvar su vida. Dijo abundantes lindezas, como siempre saben hacer los españoles de buena crianza; luego, llamando por gestos a la persona que lo acompañaba, le pidió que fuera a convocar a sus camaradas. Entonces me preguntó si quería ir andando hasta mi antigua residencia, donde me haría tomar posesión de mi vieja casa otra vez y donde podría ver que se habían producido grandes mejoras. Así que caminé con él pero, ay, no fui capaz de encontrar la casa, como si jamás hubiera estado allí, porque habían plantado tantos árboles y los habían colocado de tal manera, tan juntos y con tanto espesor, y en diez años habían crecido tanto que, en pocas palabras, el lugar era inaccesible salvo por una serie de recovecos y caminos a tientas que sólo podía encontrar quien los había trazado.

Le pregunté qué les había impulsado a levantar semejante fortificación. Me contestó que yo mismo lo estimaría necesario cuando me contaran cómo habían pasado el tiempo desde su llegada a la isla, sobre todo tras la desgracia de saber que yo me iba; me dijo que no había podido sino encontrar cierta satisfacción por mi buena fortuna al saber que me había ido contento y en un buen barco y que a menudo había sentido una fuerte convicción de que un día u otro me volvería a ver. Mas nada de cuanto le había ocurrido en la vida, me dijo, había sido tan sorprendente y le había afectado tanto como la decepción

que se había llevado al regresar a la isla y descubrir que yo no estaba.

En cuanto a los tres bárbaros (pues así los llamó) que había dejado atrás, dijo que tenía una larga historia que contarme: todos los españoles creían estar mejor entre los salvajes, sólo que lamentaban ser tan pocos. «Y —me dijo— si ellos llegan a tener la fuerza suficiente hace tiempo que estaríamos todos en el purgatorio. —Al decir eso se santiguó con la mano en el pecho—. Mas, señor —añadió—, espero que no os desagrade si os cuento que, forzados por la necesidad, nos vimos obligados, por el bien de nuestra propia salvación, a desarmarlos y a convertirlos en nuestros súbditos, pues no contentos con dominar nos moderadamente pretendían asesinarlos». Le contesté que al irme de allí había temido eso en gran medida y que nada me había preocupado tanto al partir de la isla como la posibilidad de que ellos no regresaran, que yo los había hecho dueños de todo desde el principio y había dejado a los otros convertidos en súbditos, como merecían. Mas si al fin los habían obligado, bien me parecía y lejos estaba de encontrar en ello la menor falta, pues me constaba que se trataba de una panda de villanos tercos e ingobernables, dispuestos a cometer cualquier clase de diablura.

Mientras le decía eso regresó el hombre a quien él había despedido, acompañado de otros once: por su manera de vestir resultaba imposible adivinar a qué nación pertenecían; mas él lo aclaró tanto para ellos como para mí. Primero se volvió hacia mí y, señalándolos, dijo: «Estos, señor, son algunos de los caballeros que le deben la vida». Luego se volvió a ellos, me señaló y les informó de quién era yo. Entonces se me acercaron de uno en uno, no como si ellos fueran marinos y gente corriente y yo otro tanto, sino como si fueran embajadores o nobles y yo un monarca o gran conquistador. Su comportamiento era educado y cortés en máximo grado, y mezclado además con una gravedad viril y majestuosa que les sentaba muy bien. En resumen, tenían muchos más modales que yo, que apenas sabía cómo recibir sus cortesías y mucho menos cómo devolverlas del mismo modo.

La historia de su llegada a la isla y de cómo se habían desenvuelto tras mi partida es muy notable y llena de incidentes y la parte anterior de mi relato es de gran ayuda para entenderla, pues en muchos de sus detalles necesita referirse a dicho relato ya acometido, y no puedo evitar ponerla por escrito con gran placer para que la lean quienes vengan detrás de mí.

Ya no entorpeceré la historia con un relato en primera persona, que me obligaría a usar diez mil «dije» y «dijo», y «entonces me contó y yo le dije» y glosas por el estilo. Al contrario, recojo los hechos históricamente, con la mayor exactitud con que pueda sacarlos de la memoria según me los contaron, en función de mis conversaciones con ellos y de mi visita a los lugares.

Para poderlo hacer de manera sucinta y tan inteligible como pueda, debo

regresar a las circunstancias en que abandoné la isla y a las personas que había en ella, de quienes voy a hablar. Al principio es necesario repetir que había enviado al padre de Viernes y al español, tras rescatar sus vidas de manos de los salvajes; digo que los había enviado en la canoa grande a la península, pues entonces me parecía que lo era, para que buscaran a los compañeros que aquel había dejado atrás, con la intención de salvarlos de la calamidad que él mismo había sufrido y de socorrerlos en el presente y, si era posible, encontrar la manera de salvarnos juntos más adelante.

En el momento en que los mandé con la canoa, las apariencias visibles, o al menos la esperanza, de mi posible liberación eran tan escasas como durante los veinte años anteriores, y yo no tenía posibilidad alguna de predecir lo que iba a ocurrir: es decir, que llegaría un barco inglés para salvarme; y ellos no podían más que llevarse una gran sorpresa al regresar y descubrir que yo me había ido y en mi lugar había tres extraños, dueños de todo lo que yo dejaba y que, de otro modo, hubiera sido para ellos.

En cualquier caso, lo primero que quise saber, para empezar donde lo había dejado, fue qué había sido de ellos; le pedí un recuento pormenorizado de su viaje de vuelta hacia sus compañeros en el bote que yo le había prestado para irlos a buscar. Me dijo que esa parte no era nada entretenida, pues por el camino no les había ocurrido nada extraordinario: habían tenido buen tiempo y un mar en calma. En cuanto a sus compatriotas, dijo que, si bien no podía dudarse de que se habían llevado una alegría extrema al verle (parece que él era el principal entre ellos, pues el capitán del barco en que habían naufragado llevaba algún tiempo muerto), estaban sobre todo sorprendidos, pues sabían que había caído en manos de los salvajes y estaban convencidos de que lo iban a devorar, como habían hecho con el resto de los prisioneros. Cuando les contó la historia de su salvación y les explicó cómo se había aprovisionado para sacarlos de allí, les pareció como un sueño: dijeron que su asombro era como el de los hermanos de José cuando les dijo quién era y les contó la historia de su exaltación en la corte del faraón; mas cuando les mostró las armas, la pólvora, la munición y las provisiones que les había llevado para el viaje, volvieron en sí, se llevaron la justa alegría por su liberación y de inmediato se prepararon para marchar con él.

Su primera tarea fue conseguir canoas; a tal efecto, se vieron obligados a no aferrarse demasiado a la honestidad y saquear a sus amistosos salvajes, a quienes pidieron prestadas dos canoas grandes, o piraguas, bajo la pretensión de salir a pescar, o a dar una vuelta por puro placer.

Con ellas salieron a la mañana siguiente: al parecer no habían necesitado nada de tiempo para prepararse, pues no tenían equipaje, ni ropa ni provisiones ni nada en este mundo más que cuanto llevaban puesto y unas pocas raíces para comer, con las que solían hacer pan.

En total, estuvieron ausentes tres semanas y durante ese tiempo, por desgracia para ellos, se me presentó la ocasión de escapar, como ya expliqué en mi primera parte, y abandonar la isla, dejando tras de mí a tres de los villanos más insolentes, endurecidos, ingobernables y desagradables que ningún hombre desearía encontrarse, para mayor decepción y dolor del pobre español, con toda seguridad.

El único acto de nobleza de esos villanos fue, cuando los españoles llegaron a la isla, darles mi carta y provisiones y otros materiales, tal como yo había ordenado; también les dieron la larga lista de directrices que yo había dejado y que contenía los métodos particulares que había adoptado para desarrollar cada parte de mi vida allí: cómo horneaba el pan, criaba las cabras y plantaba el grano; cómo curaba la uva y hacía mis vasijas y, en pocas palabras, todo lo que hacía. Como lo había dejado todo escrito, ellos se lo dieron a los españoles, dos de los cuales entendían el suficiente inglés: tampoco se negaron a ayudar a los españoles en todo lo demás, pues durante un buen tiempo se llevaron muy bien. Los admitieron en la casa, o cueva, en condición de igualdad y empezaron a vivir en buena sociedad. El cabecilla de los españoles, que había visto bastante de mi método, junto con el padre de Viernes, se encargaron de todos los asuntos, pues los ingleses no hacían más que deambular por la isla, disparar a los loros, capturar tortugas y al volver a casa por la noche se encontraban con que los españoles les habían preparado la cena.

A los españoles esto último les hubiera parecido satisfactorio si al menos los otros los hubiesen dejado en paz; sin embargo, estos no fueron capaces de hacerlo durante mucho tiempo y, como el perro del hortelano, ni comían ni dejaban comer: las diferencias, en cualquier caso, al principio eran tan triviales que ni siquiera merece la pena contarlas; sin embargo, al final estalló una guerra abierta que empezó con toda la rudeza e insolencia que se pueda imaginar, sin razón, sin provocación, al contrario de lo natural y, por supuesto, del sentido común. Y sin embargo, es cierto que el primer relato me llegó por los propios españoles, a quienes podría considerar como los acusadores, y cuando fui a examinar a los compatriotas estos no pudieron negar ni una sola palabra.

Mas antes de entrar en los detalles de esta parte debo corregir un defecto de mi anterior relato: se trata de que olvidé contar entre todo lo demás que, justo cuando levábamos anclas para zarpar, hubo una pequeña pelea a bordo de nuestro barco y yo temí que se convirtiera en un segundo motín: no conseguimos que se apaciguara hasta que el capitán, haciendo acopio de valor y reclamando nuestra ayuda, los separó a la fuerza y tomó como prisioneros a dos de los tipos más tercos y les puso grilletes; como habían participado en los desórdenes previos y, en esta segunda ocasión, dejaron caer unas cuantas

palabras bien feas y peligrosas, amenazó con llevarlos engrilletados hasta Inglaterra y allí hacerlos colgar por amotinamiento y por huir con el barco.

Al parecer, aunque no era la intención del capitán, eso acobardó a otros hombres del barco, algunos de los cuales habían metido en la cabeza a los demás que el capitán les había dado buenas palabras sólo hasta que llegaran a algún puerto inglés, y que entonces los meterían a todos en la cárcel y los condenarían a muerte.

Eso llegó a oídos del oficial de cubierta, quien nos lo hizo saber; entonces nos pareció deseable que yo, que todavía pasaba por gran hombre entre ellos, bajara con el oficial y calmase a los hombres y les dijera que podían estar seguros de que, si se portaban bien durante el resto del viaje, se les perdonaría todo lo que habían hecho en el pasado. Así que fui y tras darles mi palabra de honor parecieron calmarse, más todavía cuando conseguí que los dos hombres sometidos a los grilletes fueran liberados y perdonados.

Sin embargo, aquel motín nos había obligado a pasar la noche anclados y el viento había quedado en calma. A la mañana siguiente descubrimos que los dos hombres de los grilletes habían conseguido robar cada uno un mosquete y algunas armas más; no sabíamos cuánta pólvora y munición tenían. Habían robado el bote auxiliar, aún por izar, y lo habían usado para irse a la orilla, en busca de sus compañeros de maldades.

En cuando nos enteramos, hice mandar la chalupa a la playa, con doce hombres y el oficial, y se fueron de inmediato en busca de los villanos. Mas no los encontraron. Ni a ellos, ni a los demás; pues todos habían huido al bosque al ver que la chalupa se acercaba a la orilla. El oficial estaba decidido, en justo pago de sus maldades, a destruirles las plantaciones, quemar todos los muebles y los objetos de la casa y dejar que se fastidiaran sin ellos; mas, como no tenía órdenes, lo dejó todo tal como lo había encontrado y regresó a bordo sin ellos, pero trayéndose el bote auxiliar.

Con esos dos, eran cinco los villanos; sin embargo, los otros tres eran mucho más perversos que estos y, en cuanto pasaron dos o tres días juntos, echaron de la casa a los dos recién llegados para que se las arreglaran solos y no quisieron tener nada que ver con ellos; durante un buen tiempo, ni siquiera hubo modo de persuadirlos para que les dieran algo de comida. En cuanto a los españoles, todavía no habían regresado.

Cuando los españoles llegaron a la orilla, el asunto empezó a avanzar. Los españoles quisieron convencer a los tres brutos ingleses para que acogieran de nuevo a sus dos compatriotas y les decían que debían vivir como una sola familia. Pero aquellos no querían saber nada, así que los dos pobres desgraciados vivieron solos y, al comprender que sólo podrían acomodarse con trabajo y dedicación, instalaron sus tiendas en la costa norte de la isla,

pero algo más al oeste para librarse del peligro de los salvajes, que siempre desembarcaban en el lado este.

Allí construyeron dos chozas, una para alojarse en ella y la otra para acoger sus provisiones. Como los españoles les habían dado algo de cereal para que lo usaran como semilla y, sobre todo, también parte de los guisantes que yo les había dejado, cavaron y plantaron y cercaron según el patrón que yo había descrito para todos y empezaron a vivir bastante bien. Llegó su primera cosecha y, aunque se trataba tan sólo de un pequeño trozo de tierra que habían cavado al principio, sin tener apenas tiempo, produjo lo suficiente para aliviarlos y darles la posibilidad de hacer pan y otros comestibles; como uno de ellos había sido el ayudante del cocinero del barco, se le daba muy bien hacer sopa, postres y otros preparados como el arroz y la leche, así como la poca carne que pudieran conseguir.

Habían conseguido una cierta prosperidad cuando los tres villanos desnaturalizados, que encima eran compatriotas suyos, de pura broma y por ofenderlos, fueron a acosarlos y les dijeron que la isla era suya; que el gobernador, refiriéndose a mí, les había dado posesión de la misma y que nadie más tenía ningún derecho sobre ella. También, los muy malditos, que no podían construir ninguna casa en sus dominios si no les pagaban una renta.

Al principio los dos hombres creyeron que se trataba de una chanza y contestaron que fueran y se sentaran y vieran las bellas casas que habían construido y les confirmaran qué renta exigían; uno de ellos les dijo alegremente que, si eran propietarios del suelo, confiaba en que por construir viviendas en el solar y hacer mejoras les concederían, como es costumbre entre propietarios, un alquiler de larga duración: hasta les pidió que fueran a buscar un escribano para redactar los acuerdos. Uno de los tres, preso de la ira y maldiciendo, les advirtió que verían que no iba en broma: se alejó un poco hasta el lugar en que los dos hombres honestos habían encendido un fuego para cocinar sus víveres, cogió un tizón y lo pegó al exterior de la choza, que enseguida empezó a arder; se hubiera quemado entera en pocos minutos si no llega a ser porque uno de los dos corrió hacia aquel hombre, lo apartó de un empujón y apagó el fuego a pisotones, no sin cierta dificultad.

El tipo se enrabietó tanto porque el otro lo hubiera empujado que se volvió hacia él con una vara en la mano y, si no fuera porque aquel esquivó el golpe con gran agilidad y corrió a meterse en la choza, hubiera terminado allí mismo sus días. Su camarada, al ver el peligro que acechaba a ambos, echó a correr tras él y salieron ambos de inmediato con sus mosquetes. El que había recibido el primer ataque con la vara tumbó con la culata del mosquete al que había empezado la pelea antes de que pudieran acudir los otros dos en su ayuda; luego, al ver que los otros se les echaban encima, permanecieron juntos y, apuntándolos con sus armas, les ordenaron que se apartasen.

Los otros también tenían armas de fuego. Sin embargo, uno de los dos hombres honestos, más atrevido que su camarada, y más desesperado por el peligro, les dijo que si intentaban mover una sola mano, o un pie, podían darse por muertos; a continuación, con gran atrevimiento les ordenó deponer las armas. Por supuesto, aquellos no las depusieron, pero al verlo tan decidido, se pusieron a parlamentar y consintieron en llevarse a su hombre herido y desaparecer; y desde luego parece que su compañero había quedado bastante herido por el golpe. En cualquier caso, fue un gran error por parte de los otros no aprovechar la ventaja de que disponían para desarmarlos por completo, como bien podrían haber hecho, para luego irse de inmediato a buscar a los españoles y contarles cómo les habían tratado los malvados; pues los tres rufianes no pensaron más que en vengarse y cada día les daban alguna pista de que pensaban hacerlo.

CAPÍTULO III

Mas, por no atiborrar esta parte del relato con el recuento de sus villanías menores, como aplastarles el cultivo de cereales, disparar a tres cabritos y una cabra que los pobres hombres habían conseguido criar para su aprovisionamiento; en pocas palabras, los acosaron día y noche de tal modo que los dos hombres se vieron llevados a tal desesperación que decidieron enfrentarse a los otros tres a la primera ocasión decente que se les presentara. Con tal propósito resolvieron acudir al castillo, que así lo llamaban, de mi antigua residencia, donde los tres villanos y los españoles vivían juntos en esa época, con la intención de que el enfrentamiento fuera en buena lid y los españoles dieran testimonio de su limpieza. De modo que se levantaron por la mañana antes de romper el alba y acudieron al lugar y llamaron a los ingleses por su nombre y cuando contestó un español le dijeron que querían hablar con ellos.

Resulta que el día anterior, dos españoles habían estado en el bosque y habían visto a uno de los dos ingleses a quienes, para mayor claridad, llamo «hombres honestos»; este había planteado una triste queja a los españoles por el trato bárbaro que recibían de sus tres compatriotas y por cómo estos habían arruinado su plantación y destruido aquellos cultivos que tanto trabajo les había costado plantar, y les habían matado a la cabra que les daba leche y a sus tres criaturas, lo único que tenían para alimentarse; le había dicho que si él y sus amigos, en referencia a los españoles, no les volvían a ayudar, se iban a morir de hambre. Cuando los españoles llegaron a casa esa noche, y se juntaron todos para cenar, se tomó la libertad de reprochar a los tres ingleses, aunque con modos amables y educados, y les preguntó cómo podían ser tan

cruelles con unos tipos tan inofensivos e inocuos que se esforzaban por sobrevivir con el fruto de su trabajo y con las penurias que habían sufrido para manejar sus cosas con tal perfección.

Uno de los ingleses contestó con gran brusquedad que ellos no tenían nada que hacer allí, que habían aparecido en la costa sin permiso y que no debían plantar ni construir nada en la isla; que la tierra no era suya.

«Caramba —dijo el español, con mucha calma—, señor inglés, no puede ser que pasen hambre».

El inglés respondió como un verdadero marino embrutecido: «Que pasen hambre, malditos sean. Pero no pueden plantar ni construir nada allí».

«Pero, entonces, ¿qué han de hacer, señor?», inquirió el español.

Otro de los brutos contestó: «¿Hacer? Malditos sean, deberían ser sirvientes y trabajar para nosotros».

«¿Pero cómo podéis esperar que hagan eso? Ustedes no los han comprado, no tienen ningún derecho de convertirlos en sirvientes». El inglés contestó que la isla era de ellos, que el gobernador se la había dado y que ningún otro hombre, aparte de ellos, tenía nada que hacer allí. Y a continuación juró por su Creador que iría y les quemaría las chozas nuevas: que no construyeran nada en sus tierras.

«Caramba, señor —dijo el español—, según esa regla nosotros también deberíamos ser sus sirvientes».

«Así es —contestó el perro bruto—, y así se hará, antes de que terminemos con vosotros». El hombre intercaló dos o tres maldiciones y blasfemias en las pausas de su fraseo. El español se limitó a sonreír y no contestó. Sin embargo ellos se habían calentado con aquel discursillo: uno se levantó y dijo al otro, creo que al llamado Will Atkins: «Ven, Jack, vayamos a enfrentarnos de nuevo con ellos; te aseguro que les vamos a demoler el castillo. No plantarán ninguna colonia en nuestros dominios».

Acto seguido salieron como una tropa, cada uno con una escopeta, una pistola y una espada y murmurando algunas insolencias entre ellos sobre lo que harían también a los españoles cuando se presentara la oportunidad. Mas los españoles, al parecer, no los entendían tan bien como para enterarse de los detalles: sólo que, en general, los estaban amenazando por haber tomado partido por los otros dos ingleses.

Los españoles dijeron ignorar adónde habían ido, o a qué habían dedicado su tiempo aquella tarde, mas parece que deambularon por el territorio buena parte de la noche y luego se tumbaron en el lugar que yo solía llamar «mi glorieta» y, como estaban agotados, se quedaron dormidos. El caso es como

sigue: habían decidido quedarse allí hasta la medianoche para atacar a los pobres hombres cuando estuvieran dormidos. Más adelante reconocieron que tenían la intención de pegarle fuego a las chozas estando los hombres en ellas, ya fuera para quemarlos dentro o para matarlos cuando salieran; como los malvados no suelen alcanzar un sueño muy profundo, lo raro fue que no se mantuvieran despiertos.

De todos modos, como los dos hombres también tenían un plan, según he contado ya, aunque mucho más noble que el de quemar y asesinar, resultó, con gran fortuna para ellos, que se levantaron y salieron antes de que los malvados, sedientos de sangre, llegaran a sus chozas.

Al llegar vieron que los hombres se habían ido y Atkins, que al parecer era el más activo, llamó a sus camaradas: «¡Ja! Jack, el nido está aquí, pero los pájaros han volado». Cavilaron un poco para pensar con qué motivo habrían salido tan pronto y enseguida se les ocurrió que los españoles les habrían avisado; entonces entrechocaron las manos y se conjuraron para vengarse de los españoles. Una vez determinado ese sangriento acuerdo, pusieron manos a la obra con las viviendas de aquellos pobres hombres: de hecho, no incendiaron nada, pero derribaron las dos casas y lo hicieron de manera tan minuciosa que no dejaron ni un palo en pie, ni señal apenas de que allí se hubiera levantado casa alguna; hicieron añicos todos los objetos de la casa y lo desperdigaron todo de tal manera que luego los pobres hombres se encontraron algunas de sus pertenencias a una milla de la casa.

Terminada esa tarea, arrancaron los pimpollos que los pobres hombres habían plantado; derribaron el cerco que habían instalado para encerrar el ganado y el cultivo; en pocas palabras, lo saquearon y expoliaron todo tan a fondo como hubiera hecho una banda de tártaros.

Mientras tanto, los dos hombres habían ido a buscarlos y habían decidido enfrentarse con ellos dondequiera que estuviesen, aunque eran dos contra tres. O sea que si se hubieran encontrado, ciertamente se habría derramado la sangre, pues eran robustos y estaban decididos a darles su merecido.

Sin embargo, se esforzó más la Providencia por separarlos que ellos por juntarse: como iban unos detrás de los otros, cuando los dos salieron en su busca los tres llegaron aquí; luego, cuando los dos volvieron para encontrarlos, los tres se habían ido de nuevo a la vieja residencia: pronto veremos cómo se comportó cada uno. Cuando regresaron los tres, como criaturas furiosas, sonrojados de ira, soflamados por lo que acababan de hacer, se acercaron a los españoles y les dijeron lo que habían hecho, entre mofas y bravatas, y uno de ellos se plantó ante un español, como si fueran dos niños jugando, le quitó el sombrero que llevaba puesto, lo agitó para mofársele en la cara, y le dijo: «Y usted, señor Jack Español, si no mejora sus modales, terminará probando el

mismo caldo». El español, que pese a comportarse con educación era tan valiente como cualquier hombre podía desear y, por lo general, un tipo fuerte y de buenas hechuras, le sostuvo la mirada un buen rato y luego, como no tenía ningún arma a mano, dio un paso hacia él con expresión grave y lo tumbó de un solo puñetazo, como se tumba a un buey con una vara: entonces uno de los malandros, tan insolente como el primero, disparó al español de inmediato con su pistola: ciertamente falló el tiro, pues las balas pasaron entre el cabello, pero una de ellas le tocó la punta de una oreja, y se puso a sangrar mucho. La sangre hizo que el español creyera que la herida era mayor de lo que en realidad era, y eso lo calentó un poco, pues antes actuaba con perfecta calma, mientras que ahora, decidido a llevar a fin su trabajo, se detuvo y cogió el mosquete del hombre al que acababa de tumbar y estaba a punto de dispararle ya cuando los demás españoles salieron de la cueva en que estaban, le gritaron que no disparase, intervinieron, inmovilizaron a los otros dos y les quitaron las armas.

Cuando se encontraron desarmados y vieron que habían convertido a todos los españoles en enemigos, así como a sus propios compatriotas, empezaron a calmarse. Se dirigieron a los españoles con buenas palabras, creyendo que así recuperarían las armas, pero aquellos, teniendo en cuenta el conflicto que había entre ellos y los otros dos ingleses y pensando que sería el mejor método para mantenerlos separados, les dijeron que no pensaban hacerles ningún daño: que si vivían pacíficamente, estaban dispuestos a prestarles ayuda y asociarse con ellos como antes; sin embargo, ni se les ocurría devolverles las armas mientras parecieran tan decididos a usarlas en perjuicio de sus propios compatriotas, tras haber amenazado incluso con convertirlos a todos en sirvientes.

Los malvados parecían ahora capaces de atender a razones, mas no de comportarse razonablemente. Sin embargo, como les negaron las armas, se fueron indignados, como locos de rabia, insinuando todo lo que iban a hacer aunque no tuvieran armas de fuego. Mas los españoles despreciaron sus amenazas y les dijeron que se cuidaran mucho de causar el menor daño a sus cultivos o a su ganado; porque si lo hacían les dispararían dondequiera que los encontrasen, como si fueran bestias voraces; y si caían vivos en sus manos, sin duda serían colgados. En cualquier caso, eso sirvió para todo menos para calmarlos: se fueron, de todos modos, maldiciendo y rabiosos como las furias del infierno. En cuanto desaparecieron, regresaron los dos hombres, también airados y apasionados, aunque de modo distinto: habían estado en su plantación y habían descubierto que todo estaba demolido y destruido, como se ha explicado antes, y es fácil suponer que se sentían provocados. Apenas hallaban el momento de contar su historia, pues los españoles estaban ansiosos por explicar la suya; resultaba extraño descubrir que tres hombres pudieran molestar así a otros diecinueve sin recibir castigo alguno.

Desde luego, los españoles los despreciaban y, sobre todo tras haberlos desarmado, se tomaron sus amenazas a la ligera, mas los dos ingleses decidieron poner algún remedio contra ellos por mucho trabajo que les costara encontrarlos.

Sin embargo, los españoles intervinieron también en esto y les dijeron que ya estaban desarmados: no podían consentir que ellos (los dos) los persiguieran con armas de fuego y acaso los mataran. «En cambio —dijo el español solemne que hacía las veces de gobernador—, nos esforzaremos por que obtengáis compensación de ellos si dejáis este asunto en nuestras manos; porque, no habiendo duda alguna de que volverán a nosotros cuando se les pase el enfado, pues no pueden subsistir sin nuestra ayuda, os prometemos que no acordaremos la paz con ellos mientras no os compensen a vosotros. Con esa condición esperamos que nos prometáis no practicar la violencia contra ellos, salvo en defensa propia».

Los dos ingleses accedieron con mucha incomodidad y gran reticencia, pero los españoles insistieron en que sólo lo hacían para evitar que se derramara la sangre y para que, en última instancia, todo fuera más fácil. «Es que —dijeron— no somos tantos: aquí hay sitio para todos y es una gran lástima que no seamos todos buenos amigos».

Al fin dieron su consentimiento y esperaron la resolución del asunto viviendo unos cuantos días con los españoles, pues su residencia estaba destruida.

Al cabo de unos cinco días, los tres maleantes, hartos de deambular y casi muertos de hambre tras haber vivido principalmente de huevos de tortuga durante todo ese tiempo, volvieron a la arboleda: se encontraron con mi español, que como ya he dicho les hacía de gobernador, y otros dos que caminaban con él por la orilla del riachuelo; se acercaron con gran humildad y sumisión y suplicaron que la familia los recibiera de nuevo. Los españoles los trataron con corrección, pero les dijeron que habían actuado de manera desnaturalizada con sus compatriotas y muy groseramente con ellos (con los españoles) y no podían llegar a ninguna conclusión sin parlamentar antes con los dos ingleses y con todos los demás; quedaron en que, en cualquier caso, les irían a buscar y hablarían del asunto y les harían saber la conclusión al cabo de media hora. Es fácil adivinar que les costaría mucho aguantar, pues como debían esperar media hora hasta obtener respuesta, suplicaron que les mandaran algo de pan mientras tanto, cosa que los españoles hicieron, acompañando el pan con un buen pedazo de carne de cabra y loro hervido, de lo cual dieron ellos buena cuenta.

Al cabo de media hora de parlamento los llamaron y se produjo una larga discusión, pues sus dos compatriotas les acusaban de haber echado a perder

todo su trabajo y de haber planificado su asesinato, cosa que habían reconocido previamente y por lo tanto no podían negar. Al final, los españoles hicieron de moderadores entre ellos: como habían obligado a los dos ingleses a no atacar a los otros tres cuando estos estaban desnudos y desarmados, ahora obligaron a los tres a ir y reconstruir las dos chozas de sus colegas: una de ellas con las mismas dimensiones que antes y la otra aún más grande; debían también levantar de nuevo la cerca, plantar árboles en lugar de los que habían arrancado, cavar la tierra de nuevo para plantar cereales y, en pocas palabras, dejarlo todo en el mismo estado en que lo habían encontrado; es decir, en la medida de lo posible.

Bueno, aceptaron todo eso: y como mientras tanto les habían dado muchas provisiones se comportaron con mucho orden y empezaron a vivir todos en sociedad de nuevo, de manera agradable y armoniosa, aunque no había modo de persuadir a aquellos tres tipos para que trabajasen, siquiera a beneficio propio, más que un poquito de vez en cuando, según les apetecía. De todas formas, los españoles les dijeron con claridad que si sabían vivir en sociedad y de manera amistosa y pensar en el bien de toda la plantación, estarían dispuestos a trabajar para ellos y dejarles que se pasearan ociosamente como quisieran: así, después de vivir juntos bastante bien durante uno o dos meses, los españoles les permitieron tener armas de nuevo y les concedieron libertad para salir por ahí, como antes.

No llevaban ni una semana en posesión de las armas y con permiso para salir cuando las criaturas ingratas empezaron a ponerse tan insolentes y problemáticas como siempre. De todas formas, a continuación ocurrió un accidente que puso en peligro la seguridad de todos y les obligó a dejar de lado cualquier resentimiento particular y ocuparse de salvar la vida.

Una noche ocurrió que el gobernador, el español cuya vida había salvado yo y que ahora era el gobernador de toda la colonia, se sintió muy inquieto por la noche y no consiguió conciliar el sueño de ninguna manera. Se encontraba perfectamente bien en un sentido corporal, pero parecía tener pensamientos tumultuosos: en su mente, unos hombres peleaban entre sí hasta la muerte, aunque estaba despierto por completo y no conseguía dormir: en resumen, pasó largo rato tumbado pero, cada vez más inquieto, decidió levantarse. Como eran tantos, dormían sobre pieles de cabra apiladas encima del colchón que cada uno era capaz de hacerse, así que cuando querían levantarse no tenían más que ponerse en pie y tal vez echarse por encima una prenda de abrigo y el calzado y ya estaban listos para ir a donde los mandara su pensamiento. O sea que se levantó de ese modo y salió a echar un vistazo: al ser de noche era poco o nada lo que se veía y además los árboles que habían plantado estaban tan crecidos que tapaban la vista, de manera que sólo pudo mirar hacia arriba y comprobar que era una noche estrellada; al no oír nada

volvió a entrar y se acostó de nuevo, mas de nada sirvió: no lograba calmarse para descansar de ningún modo. Sus pensamientos eran inquietos en grado extremo y no sabía por qué.

Como había hecho un poco de ruido al levantarse y caminar para salir y volver a entrar, otro de los suyos se despertó, lo llamó y le preguntó qué le pasaba. El gobernador le contó cómo se encontraba.

«Ah, ¿sí? —dijo el otro español—. No hay que tomar estas cosas a la ligera, se lo aseguro; sin duda, algo malo se está tramando —añadió— por aquí cerca. —Y a continuación le preguntó—: ¿Dónde están los ingleses?».

«Están todos en sus chozas —contestó—. Estamos a salvo». Al parecer, los españoles habían tomado posesión de la residencia principal y habían preparado un lugar en el que los tres ingleses, desde su último motín, se alojaban siempre solos y sin permiso para acudir al resto de la casa.

«Bueno —dijo el español—, algo hay. Estoy convencido por mi propia experiencia. Estoy seguro de que nuestros espíritus corpóreos tienen conversaciones con los espíritus que carecen de cuerpo y habitan en el mundo invisible, y reciben información de ellos; y esta información amistosa se nos entrega como favor, siempre que sepamos usarla bien. Venid —propuso—, salgamos y echemos un vistazo: si no encontramos nada que justifique nuestra inquietud os contaré una historia al respecto que os convencerá de la justicia de mi proposición».

En pocas palabras, subieron a la cima de la colina, adonde solía ir yo; sin embargo, ellos, por ser fuertes y estar en buena compañía, y no en soledad como estaba yo, no mantenían ninguna de mis precauciones al subir la escala y luego retirarla para subir la segunda etapa hasta arriba. Al contrario, subían dando vueltas por la arboleda sin preocuparse ni inquietarse cuando los sorprendió ver una luz, como de un fuego, a bien poca distancia de ellos, y oír voces de hombres, y no uno o dos, sino una gran cantidad.

En todas las ocasiones en que descubrí a los salvajes llegando a la isla mi precaución constante era impedir que descubrieran que en aquel lugar vivía alguien; y si por necesidad llegaban a saberlo, lo sentían de un modo tan eficaz que los que conseguían huir apenas eran capaces de contarlo, pues nosotros desaparecíamos enseguida y, además, nunca uno que hubiera llegado a verme consiguió escapar para contárselo a nadie, salvo los tres salvajes de nuestro último encuentro que saltaron al bote, de quienes ya dije que temía que llegaran a su tierra y volvieran con ayuda.

Al parecer, los españoles no pudieron discernir si la llegada de esa cantidad de hombres era consecuencia de la huida de aquellos tres o si estos acudían ignorantes y por accidente, en sus habituales quehaceres sangrientos. Fuera

cual fuese la causa, tendrían que haberse asegurado de esconderse bien y no verlos; mucho menos aún permitir que los salvajes los vieses y supieran así que la isla tenía habitantes; en caso contrario, caerles encima con tal eficacia que ni uno solo pudiera escapar, algo que sólo podían conseguir si se colocaban entre ellos y sus botes; mas les faltó esa presencia de ánimo y eso arruinó su tranquilidad durante un buen tiempo.

Ni que decir tiene que el gobernador y el hombre que lo acompañaba, sorprendidos ante aquella visión, regresaron corriendo de inmediato y despertaron a sus compañeros para explicarles el peligro inminente que corrían todos; enseguida se generalizó la alerta, mas fue imposible convencerlos de que se quedaran juntos donde estaban; tuvieron que salir todos corriendo a ver qué pasaba.

Mientras duró la noche, estuvieron bien y, durante unas horas, tuvieron ocasión de ver el fulgor de los tres fuegos que habían encendido, bastante separados entre sí; no sabían qué hacían los salvajes, ni qué podían hacer ellos mismos; en primer lugar, los enemigos eran demasiado numerosos; en segundo, no estaban todos juntos, sino divididos en varios grupos por distintos lugares del litoral.

No fue menor la consternación de los españoles al verlo: como veían que aquellos tipos deambulaban por toda la costa, no dudaron de que, antes o después, algunos darían con su residencia, o con cualquier otro lugar en el que encontrarán restos de los habitantes; también los tenía perplejos de miedo el rebaño de cabras, pues su destrucción casi equivalía a morirse de hambre. Así que lo primero que decidieron fue enviar a tres hombres antes de que saliera el sol, dos españoles y un inglés, para que se llevaran todas las cabras al gran valle en que se encontraba la cueva y, si era necesario, llegaran incluso a meterlas todas allí.

Si los veían a todos juntos en un solo grupo, y a cierta distancia de sus canoas, decidieron que los atacarían aunque fueran un centenar; mas eso no era posible, pues entre algunos de ellos había dos millas de distancia y, según se supo más adelante, pertenecían a dos naciones distintas.

Tras mucho cavilar sobre el rumbo a tomar y devanarse los sesos para plantear la situación en que se hallaban decidieron que, al menos mientras fuera oscuro, enviarían al viejo salvaje (el padre de Viernes) como espía, para que averiguase, en la medida de lo posible, cualquier cosa relativa a ellos, como a qué habían venido, qué pretendían hacer y cosas por el estilo. El anciano se entregó de inmediato a la tarea y, tras quedarse prácticamente desnudo, como iban la mayor parte de los salvajes, se alejó. Al cabo de una o dos horas regresó contando que había estado entre ellos sin ser descubierto, había averiguado que eran dos grupos pertenecientes a dos de las diversas

naciones que guerreaban entre sí, que habían librado una gran batalla en su territorio y que, como ambas partes habían reunido prisioneros durante la batalla, por pura casualidad habían acudido a la misma isla para devorar a sus prisioneros y festejarlo. Sin embargo, eso de acudir por casualidad al mismo lugar les había arruinado el júbilo; sentían una gran rabia hacia todos los demás y estaban tan cerca que a él le parecía que se volverían a pelear de nuevo en cuanto empezara a aparecer la luz del día. No le había parecido que tuvieran la menor noción de la existencia de nadie ajeno a ellos en la isla. Apenas terminaba de contar esa historia cuando, por el inusual barullo que armaban, se percataron de que los dos grupos estaban librando una batalla sangrienta.

El padre de Viernes usó todos los argumentos que se le ocurrieron para convencer a nuestra gente de que se encerrara y permaneciera sin ser vista: les dijo que les iba en ello la seguridad y que no tenían más que quedarse quietos para que los salvajes se mataran entre ellos y los que sobrevivieran se marcharían. Y en cierta medida fue así. Sin embargo, era imposible convencerlos, sobre todo a los ingleses, pues su curiosidad se imponía a la prudencia de tal modo que necesitaban salir corriendo a ver la batalla. A pesar de todo, algo de precaución tuvieron: por ejemplo, no se dejaron ver junto a la residencia, sino que se metieron en los bosques y se apostaron con ventaja en lugares desde los que podían contemplar cómo avanzaba la batalla sin ser vistos, según creían. Sin embargo, parece que los salvajes sí los vieron, tal como descubriremos a continuación.

La batalla era muy fiera y, si he de creer a los ingleses, uno de ellos dijo que pudo percibir que, en algunos casos, se trataba de hombres de gran valentía, espíritu invencible y gran estrategia para dirigir la pelea. La lucha, según contaron, se alargó dos horas antes de que pudieran adivinar qué bando saldría derrotado: mas entonces ese bando, que era el que más cerca quedaba de la residencia de nuestra gente, empezó a verse debilitado y, al poco, algunos de sus miembros empezaron a huir; eso causó gran consternación entre los nuestros, pues algunos de aquellos que huían podía meterse en la arboleda que bordeaba la residencia en busca de refugio y, en consecuencia, descubrir involuntariamente aquel lugar, provocando además que sus perseguidores hicieran lo mismo. Por ello, decidieron situarse armados al otro lado del muro y sacar por encima del mismo a cualquiera que se introdujera en la arboleda y luego matarlo, de tal manera que, en la medida de lo posible, de allí no saliera nadie capaz de contarlo; también se dio la orden de hacerlo con las espadas o a golpes de culata, sin disparar, por miedo a que el ruido despertase la alarma.

Salió tal como esperaban: tres miembros del grupo en desbandada huyeron para salvar la vida y, tras cruzar el riachuelo, llegaron corriendo directamente al lugar, sin tener ni la menor idea de dónde estaban, pero buscando refugio

como si se adentraran en un denso bosque. El vigía que habían dejado apostado advirtió de su llegada, con el añadido, para gran satisfacción de nuestros hombres, de que los vencedores no les habían perseguido, o en todo caso no habían visto hacia dónde se dirigían. Entonces, el gobernador español, hombre de gran humanidad, se negó a que mataran a los tres fugitivos: envió a tres hombres a lo alto de la colina y les mandó dar la vuelta para llegar por detrás de los que huían, tomarlos por sorpresa y hacerlos prisioneros. Así se hizo: el resto de los vencidos corrieron hacia sus canoas y se largaron al mar; los vencedores se retiraron y no organizaron ninguna persecución, o bien poca en todo caso. Al contrario, se juntaron todos en un solo grupo, soltaron dos grandes gritos, cabe suponer que en celebración de su triunfo, y así terminó la batalla: aquel mismo día, hacia las tres de la tarde, se fueron también a las canoas. Y así recuperaron los españoles la isla, pasado el miedo, y estuvieron años sin volver a ver a ningún salvaje.

Cuando ya se habían marchado todos, los españoles salieron de la guarida, fueron a ver el campo de batalla y encontraron unos veintidós muertos sobre el terreno: a algunos los habían matado con unas flechas grandes y largas, varias de las cuales asomaban de sus cuerpos, pero la mayoría habían sucumbido a las grandes espadas de madera, de las que aparecieron unas dieciséis o diecisiete en el mismo campo de batalla, así como otros tantos arcos y una gran cantidad de flechas. Dichas espadas eran grandes e inmanejables y los hombres que las usaban debían de ser muy fuertes; la mayoría de los asesinados con esas armas tenían las cabezas hechas añicos, por así decirlo, o como también suele decirse, los sesos aplastados; unos cuantos tenían también las piernas y los brazos rotos: o sea, era evidente que peleaban con una ira y una furia indecibles. No había ningún herido, nadie que no estuviera muerto del todo, pues o bien se quedan junto al enemigo hasta que logran matarlo o bien se llevan consigo a todos los heridos que no han llegado a morir.

Esa revelación amansó a nuestros ingleses durante mucho tiempo: lo visto los había llenado de horror y la consecuencia les parecía terrible en máximo grado: sobre todo, la suposición de que en uno u otro momento pudieran caer en manos de aquellas criaturas que, lejos de contentarse con matar a sus enemigos, lo hacían para conseguir su carne, igual que nosotros con el ganado. Me confesaron que la idea de ser comidos como un ternero o un cordero, aunque se suponía que eso no ocurría hasta que uno estaba ya bien muerto, contenía algo tan horrible que les provocaba verdaderas náuseas, les mareaba sólo de pensarlo y les llenaba la mente de un terror tan inusual que tardaron unas cuantas semanas en volver a ser ellos mismos.

Eso, como decía, amansó a los tres brutos ingleses de los que estaba hablando y durante bastante tiempo estuvieron muy tratables y se dedicaron bastante bien a los asuntos comunes de toda la sociedad; plantaron, sembraron,

podaron y empezaron a naturalizarse con el terreno; sin embargo, algún tiempo después recayeron de nuevo en una serie de simplezas que les causaron gran cantidad de problemas.

Habían tomado tres prisioneros, como ya he explicado, y por tratarse de tres hombres sanos y robustos los habían convertido en sirvientes y les habían enseñado a trabajar para ellos. Como esclavos les funcionaron bastante bien, pero no habían tenido la precaución de empezar como hice yo con mi Viernes: es decir, empezar por el principio de que les habían salvado la vida y luego instruirlos en los principios racionales de la vida, y mucho menos de la religión, para civilizarlos y reducirlos por medio del buen trato y los razonamientos afectuosos. Al contrario, igual que les daban cada día la comida les daban también su trabajo y los mantenían ocupados con tareas penosas, mas en eso se equivocaban, pues nunca consiguieron que pelearan por ellos y les ayudaran como había hecho conmigo mi Viernes, que me era tan fiel como la carne de mis huesos.

Mas lleguemos a la parte de la familia: ahora que eran todos buenos amigos (pues el peligro común, como he dicho antes, había servido para reconciliarlos), empezaron a reconsiderar su situación en general. Lo primero que se plantearon fue si, viendo que los salvajes visitaban en particular aquella parte de la isla, y que había otras zonas más remotas y retiradas, igualmente adaptadas a su forma de vida y manifiestamente ventajosas, no sería mejor trasladar su residencia y, por el bien de su seguridad, y sobre todo la de su ganado y sus cultivos, ubicarla en otro sitio más adecuado.

A continuación, tras largo debate, se decidió que no debían trasladar la residencia, pues creían que antes o después volverían a oír de su gobernador (o sea, de mí); y si yo enviaba gente en su busca, seguro que la instruía para dirigirse a esa parte, donde tal vez concluirían, en caso de encontrarse la residencia demolida, que los salvajes los habían matado a todos y que se habían ido, de modo que también los salvadores se irían.

En cuanto a los cultivos y el ganado, acordaron trasladarlos al valle en que se encontraba mi cueva, donde la tierra era más apropiada para ambas actividades y donde, sin duda, abundaba el espacio disponible; sin embargo, tras volverlo a pensar alteraron también una parte de aquella decisión y resolvieron llevarse sólo parte del ganado y plantar allí sólo una parte del grano; de este modo, si una de las partes se destruía, la otra podía salvarse; y aplicaron algo de prudencia, lo cual estuvo muy bien, pues nunca habían confiado a aquellos tres salvajes, tomados como prisioneros, ninguna información sobre la plantación que tenían en el valle, ni sobre el ganado que allí guardaban; menos aún sobre la cueva, que conservaban por si algún día la necesitaban como refugio seguro; hasta allí llevaron también dos barriles de pólvora que yo les había dejado al partir.

El caso es que decidieron no trasladar la residencia. Sin embargo, estuvieron de acuerdo en que, igual que yo la había tapado cuidadosamente con un muro y una fortificación, y luego con una arboleda, y viendo que toda su seguridad dependía de la capacidad de permanecer ocultos, pues ahora sí estaban plenamente convencidos de ello, pusieron manos a la obra para tapar y esconder el lugar de modo aún más eficaz que antes; con tal propósito, igual que yo había plantado árboles (o, más bien, clavado estacas que con el tiempo crecieron hasta convertirse en árboles) a una buena distancia de la entrada de mi residencia, ellos hicieron lo mismo a partir de allí y llenaron el resto de aquel espacio de tierra, desde los árboles plantados por mí hasta la orilla del riachuelo, donde, como ya he contado, yo había desembarcado mis balsas; llegaron incluso hasta el lodo formado por la marea en la tierra, sin dejar ni un espacio para desembarcar, ni señal alguna de que allí hubiese habido nunca un lugar donde hacerlo. Aquellas estacas, además, eran de una madera que crecía muy deprisa, como ya he comentado anteriormente, y se aseguraron de que fuesen, por lo general, mucho más grandes y largas que las mías, y las colocaron tan juntas y apretadas que, al cabo de tres o cuatro años de crecer no había ya manera posible de mirar entre ellas hacia la plantación. En cuanto a las que había plantado yo, los troncos habían alcanzado el grosor del muslo de un hombre; entre ellos, habían colocado otros más cortos y tan juntos que, en pocas palabras, parecía una empalizada de un cuarto de milla, de modo que resultaba casi imposible penetrar en su interior si no era con un pequeño ejército que se dedicara a talarlo todo; había tan poca separación entre los árboles que incluso a un perro pequeño le hubiera costado avanzar entre ellos.

Y eso no era todo: habían hecho lo mismo en toda la tierra, a derecha e izquierda, e incluso hasta la cima de la colina, sin dejar camino libre ni para salir ellos mismos, salvo que fuera con la escala apoyada en la ladera y luego levantada para subir un segundo tramo: cuando se retiraba dicha escala, nadie podía acercarse a ellos si no tenía alas o contaba con algo de brujería.

Se trataba de una invención excelente y el tiempo demostró que estaba más que justificada; eso me convenció de que, si bien la prudencia de los humanos se justifica con la autoridad de la Providencia, también es indudable que cuenta con la dirección de la misma para ponerse en marcha y, si escucháramos su voz con atención, estoy convencido por completo de que evitaríamos muchos de los desastres a que se someten nuestras vidas por nuestra propia negligencia; pero así son las cosas.

Vuelvo a la historia: después de eso vivieron dos años en retiro absoluto y no recibieron más visitas de los salvajes: cierto que una mañana se llevaron un susto que los sumió en una gran consternación, pues algunos de los españoles habían salido a primera hora hacia el lado, o extremo, oeste de la isla, que — por cierto— era el lado hacia el que yo nunca iba por miedo a ser descubierto,

y se llevaron la sorpresa de ver más de veinte canoas que se acercaban a la orilla.

Recorrieron la mayor parte del camino de vuelta a casa a toda prisa y, tras dar la alarma a sus compañeros, pasaron todo aquel día y el siguiente encerrados, saliendo sólo por la noche para echar un vistazo; sin embargo, por suerte se habían equivocado, pues no se sabe adónde iban aquellos salvajes, pero esa vez no desembarcaron en la isla y siguieron con algún otro propósito.

CAPÍTULO IV

Y entonces tuvieron otra pelea con los tres ingleses, uno de los cuales, un tipo muy turbulento, indignado con uno de los tres esclavos que ya he mencionado porque el hombre había hecho mal algo que él le encargara y parecía algo intratable al enseñárselo, sacó una hachuela que llevaba en un costado, colgada de un cinto, y se echó encima del pobre salvaje, no con la intención de corregirlo, sino de matarlo. Uno de los españoles que había por ahí, al ver cómo apuntaba a la cabeza y le abría en un hombro un corte tan bárbaro que llegó a creer que le había segado un brazo a la pobre criatura, se acercó a él corriendo y, al tiempo que le suplicaba que no matase al pobre hombre, se interpuso entre él y el salvaje para impedir la maldad.

El tipo, más indignado todavía, atacó al español con la hachuela y juró que haría con él lo que había pensado hacerle al salvaje: el español se percató, esquivó el golpe y, con una pala que llevaba en la mano (pues estaban trabajando en el campo, junto a los cultivos de grano) tumbó de un golpe al bruto; otro de los ingleses, que acudía corriendo al mismo tiempo para ayudar a su camarada, tumbó al español y entonces llegaron dos españoles más para ayudar a su hombre y les cayó encima el tercer inglés. Ninguno de ellos llevaba armas de fuego, ni otro tipo de arma aparte de las hachuelas y otros aperos, salvo el tercer inglés; este llevaba uno de mis viejos machetes oxidados, con el que atacó a los españoles recién llegados y los hirió a ambos. Esta pelea causó un alboroto en la familia y cuando llegó más ayuda tomaron presos a los tres ingleses. La siguiente pregunta era qué hacer con ellos. Se habían amotinado con tanta frecuencia y estaban tan furiosos y tan desesperados, y sin embargo tan ociosos, que no sabían qué línea seguir con ellos, pues eran maliciosos en grado extremo y no valoraban el daño que pudieran hacer a ningún hombre; así que, en resumen, no se podía estar seguro en la convivencia con ellos.

El español que gobernaba les dijo exactamente que si llegan a ser compatriotas suyos los mandaba colgar a todos: porque todas las leyes y todos

los gobernadores estaban para preservar la sociedad; y quienes fueran peligrosos para la sociedad debían ser expulsados de la misma; sin embargo, como eran ingleses y ellos debían su salvación a la generosidad de un inglés, los trataría con la mayor indulgencia posible y dejarían que los juzgaran los otros dos ingleses, sus compatriotas.

Uno de los dos ingleses honestos se levantó y dijo que no deseaban que dependiera de ellos: «Porque —aclaró— estoy seguro de que deberíamos sentenciarlos a la horca». A continuación ofreció el relato de cómo Will Atkins, uno de los tres, había propuesto que los cinco ingleses se juntaran para asesinar a todos los españoles mientras dormían.

Cuando el gobernador español oyó eso, llamó a Will Atkins. «¿Cómo, señor Atkins? —le preguntó—. ¿Piensa matarnos a todos? ¿Qué tiene que decir a eso?». El villano empedernido, lejos de negarlo, hasta afirmó que era cierto y, entre maldiciones, insistió en que todavía pensaban hacerlo antes de que acabaran con ellos.

«Pero bueno, señor Atkins —preguntó el español—, ¿qué os hemos hecho para que nos queráis matar a todos? ¿Y qué ganaríais con eso? ¿Y qué hemos de hacer para impedirlo? ¿Mataros para que no nos matéis vos? ¿Por qué nos queréis obligar a eso, señor Atkins?», dijo el español, con mucha calma y sin dejar de sonreír.

El señor Atkins estaba tan furioso por las burlas del español que, si no llega a ser porque lo sujetaron entre tres hombres, y pese a que no llevaba ningún arma, parece que hubiera intentado matar al español delante de todo el grupo.

Ese comportamiento descabellado les obligó a plantearse seriamente qué debían hacer. Los dos ingleses y el español que había salvado al pobre salvaje compartían la opinión de que debían colgar a los tres para dar ejemplo al resto; en particular, a aquel que había intentado matarle dos veces con la hachuela. Desde luego, había razones para creer que lo había intentado, pues el pobre salvaje había quedado reducido a una condición tan miserable por su herida que llegaron a creer que no sobreviviría.

Sin embargo, el gobernador español siguió diciendo que no, que quien había salvado sus vidas era inglés y que él jamás consentiría en mandar a un inglés a la muerte, ni aunque asesinara a la mitad de su gente: qué va, aún decía que si llega a morir él mismo a manos de un inglés, si le dejaban tiempo para hablar, diría que lo perdonasen.

El gobernador español insistió tanto en ello que no hubo modo de llevarle la contraria; y como los consejos compasivos son los que mejor prevalecen cuando se proponen tan en serio, todos accedieron; sin embargo, a

continuación hubo que plantear qué hacer para defenderse de las maldades que aquellos planeaban, pues estuvieron de acuerdo todos, gobernador incluido, en que se usarían los medios necesarios para que la sociedad no corriese peligro. Al cabo de un largo debate se acordó, primero, que debían desarmarlos y no volver a permitirles el uso de pistolas, pólvora, munición, espada ni arma alguna; que serían expulsados de la sociedad y abandonados para que vivieran donde quisieran y como pudieran con sus propios medios; mas que ninguno de los demás, ya fuera inglés o español, podría conversar o tener nada que ver con ellos; que se les prohibiría acercarse a menos de cierta distancia del lugar en que vivían los demás; y que si se les ocurría cometer algún desmán, como estropear, quemar, matar o destrozar cultivos, plantaciones, construcciones, cercados o ganado que perteneciera a la sociedad, se harían merecedores de una muerte sin piedad y ellos les dispararían dondequiera que los encontrasen.

El gobernador, hombre de gran humanidad, caviló la sentencia, se la repensó un poco y, tras volverse hacia los dos ingleses honestos, dijo: «Esperad, debéis pensar que pasará tiempo antes de que consigan tener grano y ganado propios, y no pueden perecer de hambre: por lo tanto, hemos de concederles algunas provisiones». Así consiguió que se añadiera que había que darles una porción de grano suficiente para que les durase ocho meses y también les sirviera de simiente, pues pasado ese tiempo ya cabía suponer que tendrían sus propias provisiones; habían de tener también seis cabras, cuatro machos cabríos y seis crías, para la subsistencia inmediata y también para conservarlas; y había que darles utensilios para trabajar el campo; algo como seis hachuelas, un hacha, una sierra, cosas parecidas; mas no recibirían ninguna de esas herramientas, o provisiones, hasta que jurasen solemnemente que no iban a herir ni atacar a ninguno de los españoles, ni a sus compatriotas.

Así los expulsaron de la sociedad y los echaron para que se espabilaran por su cuenta. Se fueron, tercios y amargados, pues no se contentaban con irse ni con quedarse; mas, como no había otro remedio, se fueron con la intención de escoger un lugar en el que instalarse para plantar y vivir por sí mismos; se les dieron algunas provisiones, mas ningún arma.

Al cabo de unos cuatro o cinco días, regresaron en busca de algunos víveres y contaron al gobernador dónde habían plantado sus tiendas y se habían reservado una zona de residencia, o de plantación. Se trataba, sin duda, de un lugar muy práctico, en la parte más remota de la isla, al noreste, bastante cerca de donde yo desembarqué providencialmente en mi primer viaje, cuando se me llevó el mar, sólo Dios sabe adónde, en mi absurdo intento de dar la vuelta a la isla.

Allí se habían construido dos buenas chozas y las habían concebido de tal manera que, como mi primera residencia, quedaban bajo la ladera de una colina y ya tenían algunos árboles crecidos por tres de sus lados; de modo que,

sólo con plantar algunos más, sería muy fácil esconderlas, salvo que alguien las buscara muy minuciosamente. Querían algunas pieles de cabra para usarlas como lechos y mantas, y se las concedieron; y tras dar su palabra de que no molestarían a los demás, ni causarían mal alguno a sus cultivos, les entregaron hachuelas y otras herramientas de las que podían prescindir; unos guisantes, cebada y arroz para plantar y, en pocas palabras, todo lo que querían menos armas y municiones.

Vivieron en esas condiciones de separación durante unos seis meses y recolectaron su primera cosecha, aunque la cantidad era pequeña, pues la parcela de terreno que habían plantado no era muy grande; sin duda, como disponían de toda su plantación, tenían mucho trabajo entre manos; y cuando les llegó la hora de hacer planchas y vasijas y cosas parecidas se encontraron fuera de su elemento y no fueron capaces; y cuando llegó la estación de las lluvias, al no disponer de una cueva bajo tierra, no pudieron mantener el grano seco y corrieron gran riesgo de perderlo. Eso los volvió muy humildes y entonces regresaron y suplicaron a los españoles que les ayudaran, cosa que estos hicieron de buena voluntad. En cuatro días cavaron un gran agujero en la ladera de la colina, del tamaño suficiente para preservar de la lluvia el grano y otras cosas; sin embargo, comparado con el mío, como mucho era un pobre rincón; sobre todo si se comparaban en ese momento, pues los españoles habían agrandado mi cueva y habían cavado unos cuantos compartimientos nuevos.

Unas tres cuartas partes de año después de la separación, a los tunantes les entró otra villanía que, sumada a sus maldades anteriores, renovó su malicia y estuvo a punto de echar a perder toda la colonia. Al parecer, los tres socios de nuevo cuño empezaron a hartarse de la vida trabajosa que llevaban, en la que tampoco veían esperanzas de mejora, y les entró el antojo de que querían viajar al continente del que procedían los salvajes e intentar capturar algunos nativos y traérselos a casa para que se encargaran ellos de la parte más esforzada del trabajo.

El proyecto no habría sido tan absurdo si no hubiesen perseverado en él; sin embargo, no hicieron ni propusieron nada pero tuvieron desgracia en la planificación, o bien en la ejecución. Si puedo dar mi opinión, parece que estaban bajo una maldición de los cielos. Si no aceptamos que hay una maldición visible en la comisión de delitos visibles, ¿cómo reconciliamos los sucesos con la justicia divina? Sin duda, se trataba de una clara venganza por los delitos de amotinamiento y piratería, que les habían sumido en aquel estado; y como no mostraban ni el menor remordimiento por sus faltas, sino que más bien las agravaban con nuevas villanías, como fue en particular la monstruosa crueldad de herir a un pobre esclavo porque no entendía, o acaso no podía entender cómo se hacía lo que le mandaban, y encima herirlo de un

modo que, sin duda, iba a convertirlo en tullido de por vida, y en un lugar para cuya cura no podía recurrirse a médico o cirujano alguno; aún peor, el intento criminal o, por hacer justicia a su delito, el intento de asesinato, pues de eso se trataba con certeza, como se confirmó posteriormente con el plan formal de asesinar a todos los españoles a sangre fría mientras dormían.

Mas abandono mis observaciones y regreso a la historia. Los tres tipos se acercaron una mañana a los españoles y, en términos muy humildes, expresaron su deseo de ser recibidos para hablar con ellos; los españoles escucharon de buena gana lo que les querían decir, a saber: que estaban cansados de vivir de aquella manera, que no tenían la habilidad suficiente para cubrir sus necesidades; y que, si no contaban con ninguna ayuda, creían que iban a morir de hambre. Sin embargo, si los españoles les daban permiso para tomar una de las canoas en que habían llegado y les prestaban armas y municiones apropiadas para defenderse, irían hasta el continente en busca de su fortuna, librándolos así del problema de tener que darles más provisiones.

Los españoles quedaron contentos de librarse de ellos, mas con gran honestidad les describieron la destrucción certera a la que se abocaban; les dijeron que ellos habían sufrido penurias en aquel mismo lugar, que podían, sin ningún afán profético, asegurarles que morirían de hambre o serían asesinados, y les rogaron que se lo pensarán.

Los hombres contestaron con audacia: si se quedaban allí sí que morirían de hambre, pues no podían trabajar, ni pensaban hacerlo; igual podían morir de hambre si viajaban. Y si los asesinaban habría llegado su fin: no tenían esposas ni hijos que fueran a llorar por ellos y, en pocas palabras, insistieron con vehemencia en sus exigencias y declararon que se irían igualmente, tanto si les daban armas como si no.

Los españoles les dijeron con gran bondad que si estaban decididos a irse, al menos no debían hacerlo como hombres desnudos e incapaces de defenderse y, aunque a duras penas podían prescindir de sus armas de fuego, pues no les alcanzaban para ellos mismos, les dejarían llevarse dos mosquetes, una pistola, un machete y una hachuela para cada hombre, lo cual les parecía suficiente.

En pocas palabras, los tres hombres aceptaron la propuesta y, después de que les dieran pan para un mes y tanta carne de cabra como podrían comer antes de que se les estropeará, y una gran cesta llena de uvas pasas, un pote lleno de agua dulce y un cabrito vivo para que lo mataran, con gran atrevimiento zarparon en la canoa para su viaje por mar, que debía llevarlos al menos a cuarenta millas de distancia.

Desde luego, la canoa era grande y hubieran podido viajar en ella quince o veinte hombres, de modo que les resultaba difícil de manejar por su tamaño;

sin embargo, tanto la brisa como la marea empujaban a su favor, de modo que no les fue mal; se habían hecho un mástil con una vara larga y una vela con cuatro pieles de cabra grandes curtidas, cosidas o anudadas. Se fueron con alegría. «¡Buen viaje!», les gritaban los españoles. Nadie creía que los volvería a ver.

Los españoles solían comentar a menudo entre ellos, y con los dos ingleses honestos que se habían quedado con ellos, lo tranquilas y cómodas que eran sus vidas ahora que aquellos tres tipos tan turbulentos habían desaparecido; en cuanto a la posibilidad de que regresaran, era lo más remoto que podían imaginar. Sin embargo, mira por dónde, tras veintidós días de ausencia, uno de los dos ingleses había salido a plantar algo cuando vio tres hombres extraños que caminaban hacia él en la lejanía, dos de ellos con un arma al hombro.

El inglés salió corriendo como si le hubieran echado un embrujo y, presa del miedo y del asombro, se presentó ante el gobernador español y le dijo que estaban todos acabados, pues en la isla habían desembarcado algunos extraños, no sabía decir quiénes eran.

«¿Cómo que no puedes decir quiénes son? Salvajes, sin duda».

«No, no —dijo el inglés—. Son hombres vestidos y armados».

«Vaya, entonces —dijo el español—, ¿qué te preocupa? Si no son salvajes, han de ser amigos; porque no hay ninguna nación cristiana en la tierra que no prefiera tratarnos bien antes que causarnos algún mal».

Mientras así discutían, llegaron los tres ingleses y, desde fuera de las estacas recién plantadas, les saludaron a gritos; reconocieron sus voces enseguida y así terminó la extrañeza. Mas ahora la admiración se centraba en otra cuestión. A saber: ¿qué podía pasar? ¿Y qué les había hecho volver?

Pasó poco rato antes de que los dejaran pasar. Les preguntaron dónde habían estado y qué habían hecho y los ingleses ofrecieron el relato completo de su viaje en pocas palabras. A saber: que habían llegado al continente en dos días, o algo menos, mas al encontrar gente alarmada por su llegada y preparada para pelear contra ellos con arcos y flechas, no se habían atrevido a desembarcar y habían seguido navegando hacia el norte seis o siete horas, hasta llegar a una gran apertura, momento en que supieron que la tierra que veían desde nuestra isla no era península, sino isla; que al entrar en aquella apertura de mar, habían visto otra isla al norte, a mano derecha, y varias más al oeste; como estaban decididos a desembarcar en algún lado, habían puesto rumbo a una de las islas que quedaban al oeste y se habían acercado sin miedo hasta la costa; descubrieron que la gente los trataba de manera amistosa y cortés y les daban raíces para comer, así como algo de pescado seco, y parecían muy sociables; y las mujeres, igual que los hombres, se esforzaron

mucho por darles cuanta comida pudieran y, para llevársela, la cargaban largo rato sobre las cabezas.

Pasaron allí cuatro días y averiguaron, como buenamente pudieron mediante señas, qué naciones quedaban a uno y otro lado; les hablaron de diversas gentes feroces y terribles que vivían casi en cualquier dirección. Por gestos les hicieron saber que eran comedores de hombres; en cambio ellos, les dijeron, jamás comían hombre o mujer, salvo cuando los capturaban en una guerra. En ese caso, reconocían que hacían grandes banquetes para comerse a sus prisioneros.

Los ingleses les preguntaron cuándo habían celebrado el último de esos banquetes y ellos contestaron que hacía dos meses, señalando la luna y luego mostrando dos dedos, y que ahora su gran rey tenía doscientos prisioneros que habían tomado en una batalla y los estaban alimentando con el propósito de engordarlos para el siguiente banquete. Los ingleses mostraron grandes deseos de ver a esos prisioneros, mas los otros lo entendieron mal y creyeron que deseaban quedarse con algunos para llevárselos y podérselos comer.

Así que gesticularon para señalar la puesta de sol y luego el alba, lo cual significaba que a la mañana siguiente, al salir el sol, les llevarían algunos esclavos. Efectivamente, al llegar la mañana, aparecieron con cinco mujeres y once hombres y se los dieron a los ingleses para que se los llevaran en su viaje, igual que llevaríamos nosotros otras tantas vacas y bueyes a un puerto para avituallar un barco.

Pese a lo brutos y bárbaros que aquellos hombres eran en casa, al ver aquello se les revolvió el estómago y no supieron qué hacer: rechazar los prisioneros hubiera sido la más alta afrenta a los nobles salvajes que se los ofrecían, pero tampoco sabían qué hacer con ellos. En cualquier caso, tras debatirlo, decidieron aceptarlos; a cambio, dieron a los salvajes que se los regalaban una de sus hachuelas, una vieja llave, un cuchillo y seis o siete balas, con las que parecieron quedar encantados en extremo, pese a no entender para qué servían. Luego, aquella gente, tras atar las manos de los esclavos a sus espaldas, los arrastraron hasta la canoa de nuestros hombres.

Los ingleses se vieron obligados a zarpar en cuanto los tuvieron consigo, pues de otro modo quienes les habían hecho aquel noble regalo sin duda esperarían que ellos mataran a dos o tres de los esclavos a la mañana siguiente y tal vez invitaran a comer a los donantes.

Mas se despidieron con todo el respeto y el agradecimiento que podía comunicarse entre gente que, en ambos bandos, no entendía ni una palabra de lo que se les decía y partieron con su bote de vuelta hacia la primera isla, donde, al llegar, soltaron a ocho de los prisioneros, pues eran demasiados.

Durante el viaje se las arreglaron para mantener algo de comunicación con sus prisioneros, pero fue imposible hacerles entender nada: todo cuanto pudieran decirles, darles o hacerles era recibido como muestra de que pensaban asesinarlos. De entrada los desataron, pero las pobres criaturas respondieron aullando, sobre todo las mujeres, como si acabaran de notar un cuchillo en la garganta; habían concluido de inmediato que los desataban para matarlos.

Si les daban algo de comer, ocurría lo mismo; daban por hecho que era por miedo a que perdieran carne y así no tuvieran la grasa suficiente para matarlos; si miraban a uno de manera más particular, el grupo concluía de inmediato que era para ver si se trataba del más gordo, o el más adecuado para matarlo el primero; qué va, después de llevarlos bastante rato, dirigirse a ellos con amabilidad y tratarlos bien, seguían esperando cada día convertirse en comida o cena para sus nuevos amos.

Cuando los tres peregrinos terminaron de contar la inexplicable historia, o diario, de su viaje, los españoles les preguntaron dónde estaba su nueva familia. Y al oír que los habían desembarcado con ellos y los habían metido en una de sus chozas y venían a suplicar algunas provisiones para alimentarlos, ellos (los españoles) y los otros dos ingleses, o sea, toda la colonia, decidieron bajar hasta el lugar para verlos y así lo hicieron, incluido el padre de Viernes.

Al llegar a la choza, se los encontraron a todos sentados y atados, pues los habían llevado hasta la orilla maniatados para que no pudieran coger el bote y escaparse; digo que allí estaban todos desnudos por completo. Primero había tres hombres sanos y bellos, de buena figura, brazos rectos y fuertes, de unos treinta o treinta y un años de edad, y cinco mujeres; de ellas, dos podían estar entre los treinta y los cuarenta, dos no tendrían más de veinticuatro o veinticinco y la quinta, una doncella alta y hermosa, dieciséis o diecisiete. Todas las mujeres eran personas favorecidas, agradables tanto por sus figuras como por sus rasgos, aunque de tez oscura. Dos de ellas, si llegan a ser perfectamente blancas, habrían pasado por bonitas incluso en Londres, pues tenían semblantes muy plácidos y agradables y se comportaban con recato, sobre todo cuando más adelante acudieron en busca de ropa y vestidos, por así llamarlos, aunque debo confesar que los vestidos eran muy del montón, como se verá a continuación.

Pueden estar seguros de que aquella visión fue brutal para nuestros españoles, que (por representarlos con justicia) se comportaban mejor, tenían un temperamento más calmado y tranquilo, y un humor más perfecto que nadie que yo haya conocido. En particular, eran de lo más recatado, como en seguida se verá; digo que para ellos fue brutal ver a tres hombres y cinco mujeres desnudos, todos atados juntos y en las circunstancias más miserables que se le pueden suponer a la naturaleza humana, a saber: esperando el

momento en que los sacarían a rastras para tumbarlos de un golpe en la cabeza y luego comérselos como al ternero que matamos para un banquete delicioso.

Lo primero que hicieron fue pedir al viejo indio, el padre de Viernes, que entrase para ver, primero, si conocía a alguno de ellos; y, segundo, si entendía algo de lo que hablaban. Nada más entrar, el anciano los miró a todos con seriedad pero no reconoció a ninguno; tampoco ellos podían entender ni una palabra de lo que les dijo, o de los signos que hacía, salvo una de las mujeres.

En cualquier caso, fue suficiente para lo que se pretendía, que era hacerles saber que habían caído en manos de cristianos; que estos aborrecían la idea de comerse a hombres o mujeres y que podían estar seguros de que no los iban a matar. En cuanto recibieron esa certeza revelaron tal alegría, y lo hicieron por medio de tan extraños y variados modos, que resulta difícil de describir, pues al parecer pertenecían a diversas naciones distintas.

En primer lugar, pidieron a la mujer que hacía de intérprete que les preguntara si estaban dispuestos a ser sirvientes y trabajar para los hombres que los habían llevado hasta allí con el afán de salvar sus vidas. Al oírlo se pusieron todos a bailar y enseguida uno empezó a levantar esto, el otro aquello, se echaban al hombro cualquier cosa que tuvieran cerca para hacerles saber que estaban dispuestos a trabajar.

El gobernador, pensando que la presencia de mujeres entre ellos provocaría pronto algunas inconveniencias y podía ocasionar alguna lucha, y acaso el derramamiento de sangre, preguntó a los tres ingleses qué pensaban hacer con aquellas mujeres y si pensaban usarlas como tales o como sirvientas. Uno de ellos contestó, atrevido y sin reparos, que las usarían en ambas condiciones. A ello, el gobernador respondió: «No os lo voy a impedir, pues a ese respecto sois dueños de vuestros actos; mas me parece que es de justicia, para evitar desórdenes y peleas entre vosotros, y es mi deseo sólo por esa razón que os comprometáis todos a que, si alguno toma a una de estas mujeres como mujer, o esposa, lo hará tan sólo con una; y que, cuando él la haya tomado, nadie más la toque, pues aunque no podemos casaros, es sencillamente razonable que, mientras estéis aquí, la mujer que cualquiera de vosotros tome sea mantenida por quien la haya tomado y se convierta en su esposa; quiero decir —continuó— mientras sigáis aquí. Y que nadie más tenga nada que ver con ella». Todo eso pareció tan justo que todo el mundo estuvo de acuerdo sin la menor dificultad.

Entonces los ingleses preguntaron a los españoles si querían quedarse con alguna, pero todo el mundo contestó que no. Algunos dijeron que tenían esposa en España, otros que no les gustaban las mujeres que no eran cristianas; y todos declararon que no pensaban tocarlas, lo cual demostraba una virtud que no he encontrado en ninguno de mis viajes. En cambio, por acortar, los

cinco ingleses tomaron esposa; es decir, una esposa temporal. Y así iniciaron una nueva forma de vida: los españoles y el padre de Viernes vivían en mi vieja residencia, que habían agrandado sobremanera por dentro. Con ellos vivían los tres sirvientes apresados en la última batalla con los salvajes; estos se ocupaban de la mayor parte de la colonia y proveían a todos los demás de comida y les ayudaban en cuanto podían, o cuando surgía la necesidad.

Pero lo asombroso de esta historia es que cinco hombres tan tercos y mal avenidos pudieran estar de acuerdo al respecto de las mujeres y que no se diera el caso de que dos escogieran la misma, sobre todo si tenemos en cuenta que dos o tres de ellas eran, sin comparación, más bellas que las otras; mas encontraron un modo bastante bueno de evitar las peleas entre ellos, porque instalaron a las cinco mujeres juntas en una de sus chozas y todos ellos se metieron en la otra y echaron a suertes quién escogería primero.

El que le tocó escoger primero se fue a la choza en que estaban las pobres criaturas desnudas y sacó a su escogida; merece la pena observar que el que escogió primero se quedó con la que se suponía que era la más fea y vieja de las cinco, lo cual generó las burlas de los demás; incluso los españoles se rieron. Sin embargo, el tipo había pensado mejor que todos ellos, pues lo que les iba a servir de ayuda era la aplicación y el trabajo, más que cualquier otra cosa, y al fin resultó ser la mejor esposa de todo el grupo.

Cuando las pobres mujeres se vieron así en fila y sacadas de una en una, recuperaron los terrores propios de su condición y creyeron firmemente que a continuación iban a ser devoradas; en consecuencia, cuando el marino inglés entró a buscar una de ellas, las demás soltaron un grito lastimoso y se echaron encima de ella y se despidieron de ella con tales agonías y tanto afecto como si llorasen la pérdida del corazón más grande del mundo; los ingleses no pudieron garantizarles que no iban a ser devoradas de inmediato hasta que fueron a buscar al anciano, el padre de Viernes, quien les hizo saber al instante que los cinco hombres que las habían ido escogiendo de una en una las iban a tomar por esposas.

Al terminar, y ya un poco superado el terror de las mujeres, los hombres se pusieron a trabajar y los españoles acudieron en su ayuda; en pocas horas habían construido ya una choza o tienda nueva para cada uno, para que pudieran alojarse por separado, pues las que tenían estaban saturadas de utensilios, objetos de la casa y provisiones. Los tres malvados habían escogido una zona más alejada, y los dos honestos la que quedaba más cerca, pero ambos en la parte norte, de modo que seguían tan separados como antes; así, mi isla quedó habitada en tres zonas y podría afirmar que se habían empezado a plantar tres pueblos.

Y aquí merece mucho la pena observar que, como suele ocurrir en el

mundo (aunque no sabría decir qué sabios fines persigue la Providencia con semejante disposición de las cosas), los dos hombres honestos tuvieron las peores esposas; y a los tres canallas, que valían para poco más que la horca, que no servían para nada, que no parecían haber nacido para procurar el bien propio ni ajeno, les tocaron tres esposas listas, diligentes, cuidadosas e ingeniosas; no es que las dos primeras fuesen malas esposas por su temperamento o humor, pues las cinco eran criaturas muy bien dispuestas, tranquilas, pasivas y sometidas, más esclavas que esposas. Lo que quiero decir es que no eran tan capaces, ingeniosas ni trabajadoras como las otras, ni igual de limpias y ordenadas.

Debo hacer otra observación en honor de la diligente aplicación por un lado, y en escarnio del temperamento perezoso, negligente y ocioso por el otro, porque cuando llegué al lugar y vi las diversas mejoras, los cultivos y el manejo de las distintas colonias, los dos hombres habían superado tanto a los otros tres que no había comparación posible; en ambos casos disponían de tanta tierra como quisieran para plantar el grano. Según mi norma, la naturaleza dictaba que no servía de nada plantar más grano del necesario; sin embargo, la diferencia en el cultivo, en la plantación, en los cercados y, desde luego, en todo lo demás, era reconocible a primera vista.

Los dos hombres habían plantado incontables pimpollos en torno a sus chozas, de modo que cuando llegabas al lugar no veías más que bosque; y aunque habían visto demolidas sus plantaciones dos veces, una por sus propios compatriotas y la otra por el enemigo, como ya se mostrará cuando llegue el momento, las habían replantado y todo florecía y crecía en torno a ellos: tenían parras plantadas con orden y organizadas como en un viñedo, aunque ellos mismos jamás habían visto nada parecido; gracias a ese buen orden de las parras, sus uvas eran de nuevo tan buenas como las de cualquiera. También habían creado un retiro en la zona más densa del bosque, donde, pese a no haber allí ninguna cueva natural, según descubrí habían cavado una con el trabajo incesante de sus manos y donde, cuando ocurrió la desgracia que a continuación se contará, pusieron a salvo a sus mujeres e hijos de modo que nadie pudiera encontrarlos: con incontables varas y estacas de esa madera que, como ya he dicho, crecía con gran facilidad, habían creado una arboleda infranqueable, salvo por un lugar en el que escalaban desde fuera para luego entrar por caminos que sólo ellos conocían.

En cuanto a los tres depravados, pues en justicia así los llamo, aunque ahora estaban mucho más civilizados por su nuevo asentamiento, comparado con lo que tenían antes, y ya no eran tan peleones porque tampoco se daba la ocasión, aunque nunca perdieron la ociosidad, uno de los compañeros habituales del temperamento disoluto. Es cierto que plantaron grano y levantaron cercos: pero nunca como en ellos se verificaron las palabras de

Salomón: «Pasé por las viñas del perezoso y estaban llenas de zarzas», pues cuando los españoles se acercaron a contemplar sus cultivos en algunos lugares no alcanzaban a verlos por culpa de las malas hierbas; había varios huecos en el seto, en las zonas en que se habían colado las cabras silvestres para comerse el grano; acaso encajaban aquí y allá algún matorral seco para impedirles el paso de momento, pero era como cerrar la puerta del establo cuando ya se han robado los caballos. En cambio, cuando echaron un vistazo a la colonia de los otros dos se encontraron de cara con la industria y el éxito en todo cuanto habían emprendido: no se veía un solo hierbajo en todo el cultivo de grano, ni un hueco en ninguno de sus setos. Estos, por su lado, hacían ciertas las palabras de Salomón en otra cita: «La mano diligente hace al rico», pues todo crecía y florecía y tenían mucho de todo, dentro y fuera; tenían más ganado domado que los demás, más utensilios y objetos necesarios de puertas adentro y, sin embargo, también más diversión.

Es cierto que las esposas de los tres hombres eran muy aplicadas y limpias de puertas adentro; como habían aprendido la manera inglesa de cocinar y guisar de uno de los ingleses que, como he dicho, era el oficial de cocina de a bordo, preparaban los víveres de sus maridos muy correctamente; las otras, en cambio, eran incapaces de entenderlo. Pero el marido que, como se ha dicho, había sido ayudante del oficial, se lo hacía él; los esposos de las tres mujeres, en cambio, no hacían más que holgazanear, buscar huevos de tortuga y capturar pájaros y pescados; en pocas palabras, cualquier cosa menos trabajar, y así les iba. Los diligentes vivían bien y en plenas comodidades y los perezosos llevaban una vida dura y tenían que pedir; y creo que así, en términos generales, ocurre en todo el mundo.

Mas llego ahora a una escena distinta de cuanto había ocurrido hasta entonces, tanto a mí como a ellos. El origen de esta historia fue el siguiente: una mañana, a primera hora llegaron a la orilla cinco o seis canoas de indios, o salvajes, que cada uno los llame como quiera; no cabía la menor duda de que acudían en su viejo hábito de alimentarse de sus esclavos; sin embargo, esa parte resultaba ya tan familiar a los españoles, y también a nuestros hombres, que ya no se preocupaban como antaño lo hiciera yo: como la experiencia les había enseñado que bastaba con permanecer escondidos y que los salvajes, si no los veían, se irían tranquilamente una vez terminados sus asuntos, sin tener siquiera noción alguna de la existencia de habitantes en la isla; digo que, como la experiencia les había enseñado todo eso, lo único que debían hacer era avisar a las tres plantaciones para que sus miembros se encerrasen en las casas y no se dejaran ver: sólo tenían que poner un vigilante en el lugar apropiado para que avisara cuando los salvajes se hicieran de nuevo a la mar.

Todo eso, sin duda, estaba bien: pero un desastre estropeó todas las medidas y provocó que los salvajes supieran que allí vivía alguien, lo cual

supuso, al fin, la desolación de casi toda la colonia. Cuando se habían ido las canoas de los salvajes, los españoles echaron un vistazo y algunos tuvieron la curiosidad de acercarse al lugar en que habían estado, para averiguar qué habían hecho. Allí, para su gran sorpresa, descubrieron a tres salvajes que se habían quedado, profundamente dormidos en el suelo. Cabía suponer que o bien se habían cebado tanto con el banquete inhumano que, como las bestias, se habían quedado dormidos y no podían ni moverse cuando se fueron los otros, o bien se habían adentrado en el bosque y no habían vuelto a tiempo para subir a las canoas.

Los españoles se llevaron una gran sorpresa al verlos y no supieron qué hacer: resultó que el gobernador español iba con ellos y le pidieron consejo, más él confesó que no sabía qué decir. Si era por esclavos, ya tenían suficientes; tampoco se inclinaban por matarlos. El gobernador español me dijo que ni se les ocurría derramar sangre inocente, pues para ellos aquellas criaturas no habían cometido ningún mal, ni invadido su propiedad. Y les parecía que si les quitaban la vida no sería en buena lid.

Aquí, en justicia con estos españoles, debo observar que, por mucho que se cuente de la crueldad de España en México y Perú, yo nunca he conocido a diecisiete hombres de ninguna nacionalidad, viviendo en país ajeno, tan universalmente recatados, mesurados, virtuosos, afables y corteses como esos españoles; en cuanto a su crueldad, no dieron muestra alguna de poseerla en su naturaleza: ni eran inhumanos, ni bárbaros, ni tenían pasiones indignantes pese a ser todos ellos hombres de gran coraje y espíritu.

Su temperamento y su calma se habían demostrado en la manera de soportar el maltrato insufrible de los tres ingleses; su justicia y su humanidad apareció ahora en el caso de los salvajes antes mencionado. Tras debatirlo entre ellos resolvieron permanecer quietos un poco más, hasta que, si era posible, aquellos tres hombres se marcharan. Sin embargo, entonces el gobernador español se dio cuenta de que aquellos tres salvajes no tenían canoa; y si los dejaban deambular por la isla, sin duda descubrirían que estaba habitada, de modo que debían volver atrás.

Entonces regresaron al lugar y allí seguían los tres, aún dormidos; decidieron despertarlos y hacerlos prisioneros, y así se hizo. Los pobres quedaron extrañamente asustados al ver que se les echaban encima y los ataban, temerosos, como las mujeres, de que fueran a matarlos para comérselos; al parecer, esa gente cree que todo el mundo hace como ellos: comerse la carne de la gente. Pronto los convencieron de lo contrario y se los llevaron de allí.

Felizmente para los nuestros, no se los llevaron al castillo, o sea, a mi palacio bajo la colina, sino que fueron primero a la glorieta, donde tenían lo

más grueso del trabajo campestre, como criar las cabras, plantar el grano, etcétera; luego los llevaron a donde vivían los dos ingleses.

Allí los pusieron a trabajar, aunque no tenían demasiada tarea para ellos. Quizá porque descuidaron la vigilancia, o tal vez porque pensaron que aquellos tipos no se las podrían arreglar solos; no lo sé, pero el caso es que uno de ellos se escapó corriendo, se adentró en el bosque y nunca más volvieron a saber de él.

Tenían buenas razones para creer que se había ido a casa poco después en otros botes o canoas de unos salvajes que llegaron a la orilla al cabo de tres o cuatro semanas y que, tras los mismos banquetes de siempre, se fueron dos días después. Eso los aterró sobremanera, pues concluyeron, y no sin buen fundamento, que si aquel tipo llegaba sano y salvo entre sus camaradas sin duda les contaría no sólo que la isla tenía habitantes, sino también que estos eran pocos y débiles. Porque aquel salvaje, como ya he observado antes, nunca había llegado a saber, y es una bendición que así fuera, ni cuántos eran ni dónde vivían; tampoco había visto ni oído el fuego de sus armas, ni mucho menos le habían mostrado sus otros lugares retirados, como la cueva del valle o el nuevo escondite construido por los dos ingleses u otros parecidos.

El primer testimonio que tuvieron de que aquel hombre había dado noticia de su existencia fue que al cabo de dos meses llegaron seis canoas, con unos siete u ocho salvajes en cada una, remando a lo largo del lado norte de la isla, por donde antes no solían pasar, y desembarcaron una hora después de ponerse el sol, en un lugar cómodo, a una milla de las casas de los dos ingleses, donde habían mantenido al que luego huyó. Como dijo el gobernador español, si hubieran estado todos el daño causado habría sido mucho menor, pues ningún salvaje habría podido escapar; sin embargo, el caso fue bien distinto, pues dos hombres tenían poco que hacer contra cincuenta. Los dos tuvieron la suerte de descubrirlos más o menos a una legua de distancia, es decir, una hora antes de que desembarcaran, y como además lo hicieron a una milla de sus casas, pasó algo de tiempo antes de que pudieran atacarles. Al tener grandes razones para creer que habían sido traicionados, lo primero que hicieron fue vendar los ojos de los esclavos que quedaban y ordenar a dos de aquellos tres que habían traído con las mujeres, y que al parecer les habían demostrado gran fidelidad, que les llevaran con sus dos esposas y con todo lo que pudieran cargar a su retiro en el bosque, del que ya he hablado antes, y allí los dejaran atados de manos y pies hasta que supieran mejor qué estaba pasando.

A continuación, al ver que todos los salvajes desembarcaban, y que se encaminaban sin dudar hacia ellos, abrieron las cercas en que guardaban sus cabras de leche y las echaron a todas para que se abrieran camino por el bosque hacia donde quisieran, de modo que los salvajes pudieran creer que eran montesas. Sin embargo, el pícaro que iba con ellos era demasiado listo

para creérselo, y se lo había contado todo, porque fueron directamente hacia allí.

Cuando los pobres hombres asustados habían puesto a salvo mujeres y provisiones, mandaron al esclavo que les quedaba de los tres, que había ido con las mujeres y que estaba con ellos por pura casualidad, que fuera corriendo en busca de los españoles para dar la alarma y pedir ayuda urgente; mientras tanto, cogieron sus armas y la munición que tenían y se retiraron hacia el rincón del bosque en que habían dejado a sus mujeres, manteniendo la distancia pero intentando ver, en la medida de lo posible, qué camino tomaban los salvajes.

Aún no se habían alejado mucho cuando, desde un promontorio, pudieron ver cómo el pequeño ejército enemigo llegaba directamente a su residencia y, al cabo de un momento más, vieron cómo ardían sus chozas y todos los objetos de las casas en llamas, con gran dolor y mortificación por su parte, pues significaba una gran pérdida, irrecuperable para ellos, al menos durante un tiempo. Permanecieron un rato donde estaban hasta que descubrieron que los salvajes, como auténticas fieras, se desparramaban por todas partes y hurgaban en busca de presas, y en particular de la gente, de cuya existencia, ahora parecía claro, tenían conocimiento.

Al verlo, los dos ingleses pensaron que no estaban a salvo donde se encontraban, pues era probable que alguno de aquellos salvajes se acercara hasta allí y podían llegar demasiados a la vez, de modo que les pareció adecuado retirarse media milla más allá, creyendo, como así resultó más adelante, que cuanto más se alejaran menos numerosos serían los grupos que pudieran encontrarse.

La siguiente parada fue a la entrada de una parte del bosque muy densa, en la que había un viejo tronco de enormes dimensiones, hueco por dentro: dentro del árbol se metieron los dos, decididos a ver qué les ofrecía.

No llevaban mucho rato allí cuando aparecieron dos salvajes corriendo directamente hacia ellos, como si supieran que estaban allí y llegasen para atacarles; un poquito más allá vieron llegar a otros tres, y aún cinco más que los seguían, todos en la misma dirección. Por detrás vieron a siete u ocho que, a lo lejos, corrían hacia otro lado. Y es que, en pocas palabras, corrían en todas direcciones, como cazadores levantando presas.

Los pobres estaban ahora sumidos en una gran perplejidad, dudando de si debían quedarse y mantener la posición, o huir. Sin embargo, tras un muy breve intercambio decidieron que si los salvajes recorrían el territorio así antes de que llegara la ayuda, tal vez acabaran encontrando su escondite del bosque y entonces lo perderían todo. Así que decidieron encararse a ellos allí; y si eran demasiados para enfrentarse a ellos, treparían hasta la copa del árbol,

desde donde no dudaban que podrían defenderse, siempre que no hubiera fuego, mientras les durase la munición, incluso si les atacaban todos los salvajes que habían desembarcado, que eran casi cincuenta.

Habiendo decidido eso, pasaron a plantearse si debían disparar a los dos primeros o esperar a que llegaran los otros tres para atacar así al grupo mediano, de manera que los dos primeros y los cinco que venían al final quedarían separados: al fin decidieron dejar pasar a los dos primeros, salvo que los vieran en su escondite del árbol y los atacaran. Los dos primeros salvajes también les reafirmaron en su resolución porque se alejaron un poco hacia otra parte del bosque; en cambio, los tres siguientes, y los cinco que llegaban detrás, fueron directos hacia el árbol, como si supieran que los ingleses estaban allí.

Al ver que iban tan directamente hacia ellos, resolvieron encararlos en fila, tal como se acercaban, y como habían decidido turnarse para disparar, pensaron que acaso el primer tiro pudiera matarlos a los tres; con esa intención, el hombre que iba a disparar cargó tres o cuatro postas en el arma y, como tenía un buen punto de apoyo en un hueco del árbol, consiguió apuntar bien, sin que le vieran, y esperar hasta que estuvieron a unos treinta metros del árbol para asegurar el tiro.

Mientras así estaban, ellos esperando y los salvajes acercándose, vieron con toda claridad que uno de los tres era el que se les había escapado; los dos lo reconocieron claramente y decidieron que, en la medida de lo posible, debían impedir que se librara, aunque para ello hubieran de disparar ambos. Así que el segundo se quedó listo con el arma para, si no caía al primer tiro, asegurarse de dispararle un segundo. Sin embargo, el primero era demasiado buen tirador para que le fallara la puntería: como los salvajes iban muy juntos, casi formando una fila, al disparar acertó de lleno a dos. El de delante murió al instante porque recibió el tiro en la frente; al segundo, que era el indio escapado, el tiro le atravesó el cuerpo y lo hizo caer, mas no muerto del todo; y el tercero recibió un rasguño en el hombro, tal vez de la misma bala que había atravesado el cuerpo del anterior; muerto de miedo, aunque no malherido, se sentó en el suelo y se puso a gritar y berrear de un modo espantoso.

Los cinco que iban detrás, más asustados por el ruido que conscientes del peligro, se quedaron quietos al principio porque el bosque hizo que el ruido sonara mil veces más fuerte de lo que en realidad era, pues los ecos resonaban de un lado a otro y por todas partes se alzaban las aves, chillando, y cada una hacía un ruido distinto, según su especie: igual que había ocurrido cuando yo disparé el que tal vez fuera el primer tiro que jamás sonó en la isla.

En cualquier caso, todo quedó en silencio de nuevo y como ellos no sabían

qué había pasado se despreocuparon hasta que llegaron al lugar en que yacían sus compañeros, en una condición bastante desgraciada. Allí, las pobres criaturas ignorantes, sin saber que estaban al alcance de la misma desgracia, se plantaron todos junto al herido, hablando y, como puede suponerse, averiguando cómo había recibido aquella herida. Este, como es razonable creer, les dijo que primero un fogonazo e, inmediatamente después, un trueno de los dioses, había matado a los otros dos y lo había herido a él. Digo que eso es razonable, pues no hay nada tan seguro como el hecho de que, al no ver a ningún hombre cerca de ellos, como no habían oído un arma de fuego en su vida, ni sabían siquiera de su existencia, ni de la posibilidad de que algo matara o hiriese desde la distancia, con fuego y balas; si lo llegaron a saber, sería entonces razonable creer que no se habrían quedado tan despreocupados a comprobar qué les había ocurrido a sus compañeros sin temer por su propia seguridad.

A nuestros dos hombres, según me confesaron, les dolía tener que matar a tantas pobres criaturas que ni siquiera tenían noción del peligro que corrían; sin embargo, al tenerlos así a su merced, como el primero había vuelto a cargar ya su arma, decidieron disparar de nuevo los dos; de común acuerdo escogieron a cuáles apuntar y ambos dispararon y mataron, o dejaron muy malheridos, a cuatro salvajes: el quinto, muerto de puro miedo, aunque ni siquiera estaba herido, cayó con los demás; de modo que nuestros hombres, al verlos caer juntos, creyeron que los habían matado a todos.

La convicción de que todos los salvajes estaban muertos hizo que los nuestros se atrevieran a salir del árbol sin haber cargado de nuevo las armas, lo cual fue un paso equivocado; se llevaron una cierta sorpresa al llegar al lugar y encontrarse con nada menos que cuatro salvajes vivos, dos de ellos apenas heridos, o ilesos por completo. Eso les obligó a atacarlos con las culatas de los mosquetes; en primer lugar se aseguraron del que había huido, pues era el causante de aquella desgracia, y de otro que estaba herido en la rodilla: a ambos los aliviaron de su dolor. Luego, el que ni siquiera estaba herido se acercó y se arrodilló ante ellos, con las dos manos en alto y dirigiéndoles unos gemidos penosos, suplicando por su vida con gestos y señales, aun sin poder decirles una sola palabra comprensible. De todos modos, ellos le indicaron por señas que se quedara sentado al pie de un árbol, cerca de allí; uno de los ingleses le ató las manos a la espalda con un cordón de fibras trenzadas que llevaba en el bolsillo por casualidad y lo dejaron allí. Salieron con la mayor velocidad en pos de los otros dos, los que habían pasado primero, temiendo que tanto ellos como algún otro pudieran encontrar el camino que llevaba a su escondite en el bosque, donde estaban sus esposas y las pocas propiedades que les quedaban. En una ocasión llegaron a verlos, mas estaban muy lejos; de todos modos, les satisfizo ver que cruzaban un valle hacia el mar, casi el camino contrario al que llevaba a su escondite; contentos con eso, volvieron

hacia el árbol en que habían dejado a su prisionero y supusieron que lo habrían liberado sus camaradas, pues ya no estaba allí; los dos trozos de cordón que habían usado para atarlo estaban tirados al pie del árbol.

De nuevo estaban tan preocupados como antes, sin saber qué dirección tomar, a qué distancia se encontraba el enemigo o cuán numeroso era; así que decidieron desplazarse hasta donde estaban sus mujeres, para ver si allí todo iba bien y tranquilizarlas, pues sin duda estarían asustadas: aunque los salvajes eran compatriotas suyos, estarían terriblemente asustadas y acaso más aún, pues los conocían bien.

Al llegar allí vieron que los salvajes habían estado en el bosque, y muy cerca del lugar, pero no lo habían descubierto; desde luego, era inaccesible gracias a que los árboles estaban muy juntos, como ya se ha contado, de manera que quienes lo buscaran sólo podían verlo si los dirigía alguien que lo conociera, como no era el caso. En consecuencia, lo encontraron todo a salvo, aunque las mujeres estaban espantadas. Mientras permanecían allí fueron auxiliados por la llegada de siete españoles que acudían en su ayuda; los otros diez, con sus sirvientes y con el viejo Viernes, es decir, el padre de Viernes, se habían ido juntos a defender la glorieta, y el grano y el ganado que allí conservaban, por si acaso los salvajes llegaban deambulando hasta esa parte del territorio. Sin embargo, no llegaron tan lejos. Con los siete españoles acudió uno de los sirvientes que, como ya he dicho, habían sido prisioneros suyos al principio, e iba también el salvaje al que los ingleses habían dejado atado de pies y manos a un árbol; al parecer, habían pasado por allí, habían visto la matanza de los siete hombres y habían desatado al octavo para llevárselo con ellos, aunque luego se habían visto obligados a atarlo de nuevo, igual que lo habían atado los dos primeros.

Los prisioneros se estaban convirtiendo en una carga para ellos; además, tenían miedo de que escaparan y por eso sentían que era absolutamente necesario matarlos en defensa propia; sin embargo, el gobernador español se negaba a dar su consentimiento: al contrario, ordenó que los mandaran a mi vieja cueva del valle y los mantuvieran allí, con dos españoles para montar guardia y darles de comer. Así se hizo, y los tuvieron atados de pies y manos toda la noche.

Cuando llegaron los españoles, los dos ingleses se animaron tanto que ya no pudieron contentarse con quedarse allí; cinco de los españoles, más ellos mismos, con cuatro mosquetes y una pistola entre todos, y dos picas robustas, partieron en busca de los salvajes. Al principio, encontraron a tres de ellos junto a los cuerpos de los que habían muerto; mas era fácil ver que habían pasado otros por allí, pues habían intentado llevarse los cadáveres y habían llegado a arrastrar a dos de ellos un buen trecho antes de renunciar: desde allí avanzaron hasta el primer promontorio, desde donde vieron su asentamiento

destrozado y sufrieron la mortificación de ver todavía algo del humo que de allí salía; en cambio, no pudieron ver a ningún salvaje. Entonces decidieron, aun con todas las precauciones posibles, acercarse a su plantación destrozada. Mas poco antes de llegar allí, cuando ya tenían la costa a la vista, vieron claramente a todos los salvajes, que embarcaban en sus canoas para marcharse.

Al principio les apenó no encontrar la manera de atacarles para darles un buen golpe de despedida; mas en conclusión quedaron bien satisfechos de librarse de ellos.

Como los pobres ingleses estaban ahora doblemente arruinados, con todos sus trabajos destrozados, los demás acordaron acudir en su ayuda para reconstruirlo todo y socorrerlos con las provisiones imprescindibles. Sus tres compatriotas, a quienes aún no se les conocía la menor inclinación por hacer el bien, en cuanto se enteraron (pues, al vivir lejos, no se enteraron hasta que todo hubo pasado) acudieron para ofrecer su ayuda y su asistencia; y trabajaron muy amistosamente durante unos cuantos días para reconstruir sus residencias y cumplir las necesidades básicas; así que en breve tiempo estuvieron en marcha de nuevo.

Al cabo de un par de días obtuvieron la satisfacción añadida de ver que tres de las canoas de los salvajes llegaban a la deriva hasta la orilla; a cierta distancia, dos hombres ahogados. Por ello encontraron razones para creer que los había sorprendido una tormenta en el mar y les había volcado algunas canoas, pues la noche posterior a su partida había soplado el viento con gran fuerza.

De todas formas, aunque algunos hubiesen naufragado, por otro lado una cantidad suficiente había logrado escapar para informar a los suyos de cuanto habían hecho y de cuanto les había sucedido; y para animarlos a embarcarse en una empresa de la misma naturaleza, cosa que aquellos, al parecer, decidieron hacer con las fuerzas suficientes para arrasar con todo. Poco podían decirles de primera mano acerca de los habitantes de la isla, más allá de lo que ya hubiera dicho el primer esclavo huido, pues no habían visto a un solo hombre y, habiendo muerto el único que podía informarles, no tenían ningún otro testigo que confirmara su relato.

CAPÍTULO V

Pasaron cinco o seis meses sin que se supiera nada de los salvajes y durante ese tiempo nuestros hombres tuvieron la esperanza de que aquellos no

hubieran olvidado la mala suerte de su primera incursión, o hubieran renunciado a la esperanza de que les fuera mejor. De pronto los invadió una formidable flota compuesta por no menos de veintiocho canoas abarrotadas de salvajes armados con arcos y flechas, garrotes grandes, espadas de madera y otros ingenios de guerra parecidos; y eran tantos que, por resumir, toda nuestra gente quedó sumida en la mayor de las consternaciones.

Como desembarcaron al atardecer, y en el extremo este de la isla, nuestros hombres tuvieron toda la noche para debatir y pensar qué harían: en primer lugar, sabiendo que su seguridad siempre había pasado por mantenerse escondidos por completo, y que ahora aún sería más así por ser tan grande la cantidad de enemigos, decidieron derruir las chozas que habían reconstruido para los dos ingleses, sacar de allí las cabras y llevarlas a la vieja cueva; pues suponían que los salvajes irían directamente a ese lugar, en cuanto amaneciera, para repetir la misma jugada, pese a que esta vez habían desembarcado a más de dos leguas de allí.

A continuación se llevaron todo el rebaño de cabras que tenían en la glorieta, como yo la llamaba, que pertenecía a los españoles: en pocas palabras, dejaron las mínimas muestras posibles de la presencia de habitantes; a primera hora de la mañana siguiente se presentaron con todas sus fuerzas en la plantación de los dos hombres a esperar su llegada. Ocurrió tal como esperaban: los nuevos invasores dejaron sus canoas en el este de la isla y avanzaron por la costa directamente hacia el lugar; hasta donde pudieron calcular nuestros hombres, sumaban unos doscientos cincuenta. Nuestro ejército, desde luego, era más pequeño: aún peor, no había armas para todos sus miembros. En total, al parecer, valía la siguiente cuenta. En primer lugar, los hombres:

17 españoles

5 ingleses

1 el viejo Viernes, padre de Viernes

3 esclavos, capturados junto a las mujeres, que habían demostrado fidelidad

3 otros esclavos que vivían con los españoles

Para armarlos, contaban con:

11 mosquetes

5 pistolas

3 escopetas de cazar aves

5 mosquetes, o escopetas, confiscadas por mí a los amotinados cuando los

reduje

2 espadas

3 viejas alabardas

No dieron mosquetes ni escopetas a los esclavos, pero a cada uno le tocó una alabarda o una vara larga, como una pica, con una gran punta de hierro atada a cada extremo, más una hachuela para llevarla en el costado; también todos nuestros hombres llevaban hachuelas. No hubo manera de convencer a dos de las mujeres para que se abstuvieran de luchar, y hubo que darles flechas y armas que los españoles habían confiscado a los salvajes en su primer encuentro, del que ya he hablado, en el que los indios se enfrentaban entre sí; también las mujeres tuvieron sus hachuelas.

El gobernador español, a quien he descrito tan a menudo, los dirigía; William Atkins, un tipo de gran valor y atrevimiento pese a ser temible por su perversidad, comandaba bajo su autoridad. Los salvajes llegaron como leones y lo peor del destino de nuestros hombres era que no se hallaban en situación ventajosa. Sólo el tal Will Atkins, que ahora resultaba ser de lo más útil, estaba plantado con seis hombres justo detrás de un pequeño matorral, como avanzadilla, con órdenes de dejar pasar a los primeros y luego disparar al centro del grupo para, después, en cuanto hubieran disparado, retirarse tan ágilmente como pudieran, dar un rodeo por el bosque y llegar por detrás de donde estaban los españoles, que tenían delante un buen grupo de árboles.

Llegaron los salvajes corriendo desarreglados, amontonándose por todas partes sin ninguna clase de orden, y Will Atkins dejó pasar a unos cincuenta; luego, al ver que el resto llegaba en una muchedumbre apretujada, mandó disparar a tres hombres que habían cargado los mosquetes con seis o siete balas cada uno, postas grandes como balas de pistola. No supieron a cuántos habían matado o herido, mas fueron inexpresables la consternación y la sorpresa entre los salvajes, que quedaron asustados en grado mayor al oír un ruido tan terrible y ver que algunos hombres morían y otros caían heridos, sin saber quién lo había hecho. Aún no se habían repuesto del susto cuando William Atkins y sus otros tres hombres dispararon entre lo más denso del grupo y, menos de un minuto después, los tres primeros habían vuelto a cargar y pudieron disparar la tercera andanada.

Si William Atkins y sus hombres se hubiesen retirado de inmediato después de disparar, tal como se les había ordenado, o si los demás hubiesen estado con ellos para seguir disparando sin parar, los salvajes habrían quedado efectivamente aniquilados; el terror que los paralizaba procedía sobre todo de eso, de creer que los mataban los dioses con truenos y rayos, sin poder ver quién los hería; sin embargo, al levantarse para cargar de nuevo, William Atkins desveló la trampa. Algunos salvajes que estaban lejos los vieron y les

atacaron por detrás; aunque Atkins y sus hombres también les dispararon dos o tres veces y mataron a más de veinte antes de retirarse tan rápido como pudieron, ellos consiguieron herir al propio Atkins y matar con sus flechas a uno de sus compatriotas ingleses, igual que hicieron más adelante con un español y uno de los esclavos indios que habían llegado con las mujeres. Aquel esclavo era un tipo muy gallardo y luchó desesperadamente, matando a cinco hombres con sus manos, pues no tenía más armas que una de las picas y una hachuela.

Al encontrarse en mala situación, con Atkins herido y otros dos compañeros muertos, nuestros hombres se retiraron a un promontorio del bosque; los españoles, tras disparar tres andanadas, también se retiraron. Eran tantos los salvajes y tal su desesperación, que, pese a haber muerto más de cincuenta y estar otros tantos heridos, se echaban encima de nuestros hombres, sin temer ningún peligro, y disparaban sus nubes de flechas: alguien observó que sus heridos, si no quedaban incapacitados del todo, se indignaban por sus heridas y luchaban como locos.

Al retirarse, nuestros hombres dejaron atrás al español y al inglés que habían muerto; los salvajes, al llegar junto a ellos, los volvieron a matar de un modo perverso, partiéndoles los brazos, piernas y cráneos con sus palos y sus espadas de madera, como verdaderos brutos. Al descubrir que nuestros hombres se habían marchado, no parecieron inclinarse por perseguirlos, sino que formaron una especie de círculo, según lo que parece ser su costumbre, y soltaron dos gritos en señal de victoria; después, les mortificó ver que algunos de sus heridos caían muertos por la pérdida de sangre.

Como el gobernador español había reunido a su grupito en una zona elevada, Atkins, pese a estar herido, quería que avanzara y cargaran todos a la vez; sin embargo, el español replicó: «Señor Atkins, ya ve cómo pelean sus heridos; dejémoslos en paz hasta la mañana; todos esos heridos estarán rígidos y doloridos, y débiles por la pérdida de sangre, y así nos enfrentaremos a un número menor».

Era un buen consejo, mas Will Atkins replicó con alegría: «Es cierto, señor, pero a mí me pasará otro tanto y por esa razón pienso seguir mientras esté caliente». «Bueno, señor Atkins —dijo el español—, os habéis comportado con gallardía y habéis cumplido con vuestra parte: lucharemos por vos si no conseguís avanzar, aunque creo que es mejor esperar a la mañana». Así que decidieron esperar.

Sin embargo, como era una noche de luna clara y vieron que los salvajes mantenían un gran desorden en torno a sus muertos y heridos, además de comportarse con ruido y grandes prisas, más adelante decidieron atacarles por la noche, sobre todo si eran capaces de dispararles al menos una andanada

antes de que los descubrieran. Dispusieron de una buena ocasión para ello, porque uno de los dos ingleses, en cuya zona había empezado la pelea, los dirigió en un rodeo entre el bosque y la costa, hacia el oeste, para luego acortar hacia el sur y llegar tan cerca del grueso de los enemigos que, antes de que pudieran verlos u oírlos, ocho de nuestros hombres dispararon contra ellos y causaron una terrible ejecución; al cabo de medio minuto otros ocho hombres reanudaron el ataque disparando munición pequeña en tal cantidad que hubo abundantes muertos y heridos; y todo eso mientras aquellos no eran capaces de ver quién los atacaba ni en qué dirección huir.

Los españoles cargaron de nuevo, del modo más expeditivo, y luego se repartieron en tres grupos y decidieron atacar todos a la vez. En cada grupo había ocho personas; es decir, veinticuatro en total, de los que veintidós eran hombres y dos mujeres que, dicho sea de paso, pelearon desesperadamente.

Dividieron las armas de fuego equitativamente entre las tres partes, y otro tanto hicieron con las alabardas y las picas. Ellos querían mantener aparte a las mujeres, mas ellas dijeron que estaban decididas a morir con sus maridos. Tras formar así su pequeño ejército marcharon para salir de entre los árboles y plantarse ante el enemigo, gritando y aullando tan fuerte como podían. Los salvajes permanecieron juntos, pero presa de la mayor confusión al oír el ruido que armaban nuestros hombres, gritando desde tres sitios distintos a la vez: si nos hubieran visto habrían luchado, y alguna flecha tiraron cuando al fin nos vieron suficientemente cerca e hirieron al pobre padre de Viernes, aunque levemente. Pero nuestros hombres no les dieron tiempo y, corriendo hacia ellos, les dispararon desde los tres lados, y luego se les echaron encima con las culatas de los mosquetes, las espadas, las picas y las hachuelas; les atacaron tan bien que, en pocas palabras, los redujeron a un lúgubre gritar y aullar, y los impulsaron a huir hacia donde pudieran para salvar la vida.

La ejecución dejó agotados a nuestros hombres; entre las dos batallas habían matado o herido mortalmente a unos ciento ochenta hombres: los demás, perdida la serenidad de puro miedo, se batieron en retirada cruzando el bosque y subiendo los montes con toda la velocidad que les permitían sus pies ágiles y aterrados; como no nos preocupamos de perseguirlos, llegaron todos juntos a la costa, donde habían desembarcado y donde esperaban sus canoas. Sin embargo, su desastre no había terminado aún, pues un terrible temporal de viento sopló esa noche desde el mar, de modo que les resultó imposible zarpar; como la tormenta duró toda la noche, cuando subió la marea gran parte de sus canoas habían sido empujadas tan lejos de la orilla por la fuerza del mar que para retirarlas tuvieron que aplicar esfuerzos infinitos; algunas incluso se habían hecho añicos contra la playa o al chocar entre sí.

Nuestros hombres, aunque felices por la victoria, durmieron poco esa noche; sin embargo, tras descansar como buenamente pudieron, decidieron

marchar hacia la parte de la isla a la que habían huido los salvajes y ver en qué posición estaban. Eso les obligaba a pasar por el lugar de la batalla, donde encontraron a unas cuantas criaturas no muertas del todo, pero más allá de cualquier posibilidad de recuperar la vida, una visión bastante desagradable para cualquier mente generosa; pues un hombre verdaderamente grande, aunque la ley de la batalla lo obligue a destruir al enemigo, no se regodea en sus miserias.

En cualquier caso no hizo falta dar ninguna orden, pues sus propios salvajes, que les hacían de sirvientes, se encargaron de aquella gente con sus hachuelas.

Al fin llegaron a la vista del lugar en que habían quedado los restos más desgraciados del ejército salvaje, donde parecían quedar todavía un centenar: por lo general estaban sentados en el suelo, con las rodillas alzadas hasta la altura de la boca, la cabeza apoyada en las manos y estas en las rodillas.

Cuando nuestros hombres llegaron a distancia de tiro de mosquete, el gobernador español mandó disparar dos tiros sin munición para asustarlos; lo hizo para así, en función de su semblante, saber qué debía esperar de ellos. Es decir, si seguían con espíritu de lucha o ya estaban tan absolutamente derrotados que se encontraban sin ánimo ni valor para actuar en consecuencia.

La estratagema funcionó: en cuanto los salvajes oyeron el primer disparo y vieron el fogonazo del segundo se levantaron de un salto con la mayor consternación imaginable y, mientras nuestros hombres avanzaban ágilmente hacia ellos, salieron corriendo y gritando, con una especie de aullido que los nuestros no entendían y que jamás habían oído; y así echaron a correr ladera arriba hacia el monte.

Al principio, nuestros hombres hubieran preferido que el tiempo estuviera en calma para que los salvajes se hicieran a la mar; sin embargo, en ese momento no habían tenido en cuenta que probablemente eso habría ocasionado su regreso con una multitud irresistible; o al menos, que volvieran tantos y tan a menudo como para desolar la isla y matarlos de hambre. De modo que Will Atkins, que pese a sus heridas seguía con ellos, resultó en este caso ser el mejor consejero. Su consejo fue aprovechar la ventaja de que disponían e interponerse entre ellos y sus canoas para dejarlos sin posibilidad alguna de regresar jamás a plagar la isla.

Debatieron mucho al respecto y algunos se manifestaron en contra por temor a que los desgraciados huyeran al bosque y se quedaran a vivir allí como desesperados; en ese caso tendrían que cazarlos como si fueran fieras salvajes, vivir con temor a acercarse a ellos y ver sus plantaciones continuamente saqueadas, todas las cabras domésticas destruidas y, en pocas palabras, verse reducidos a una vida de angustia continua.

Will Atkins les dijo que sería mejor enfrentarse a cien hombres que a cien naciones; que debían destruir los botes y, del mismo modo, destruir también a los hombres, so pena de ser ellos mismos los destruidos. En pocas palabras, les mostró la necesidad de hacerlo con tal claridad que todos estuvieron de acuerdo. Así que pusieron manos a la obra de inmediato con las canoas y, tras reunir algo de leña seca de un árbol muerto, intentaron incendiar algunas; sin embargo, estaban tan mojadas que apenas ardían. De todos modos, el fuego sí quemó la parte superior en tal medida que las dejó inhabilitadas para flotar en el mar. Cuando los indios vieron lo que estaban haciendo, algunos salieron del bosque corriendo y, acercándose tanto como pudieron a nuestros hombres, se postraron de rodillas y exclamaron:

«Oa, oa, Waramokoa» y otras palabras en su lengua. Ninguno de los nuestros entendía nada, pero como hacían gestos lastimeros y ruidos extraños resultaba fácil entender que estaban suplicando para que les respetaran los botes, en cuyo caso se irían para no regresar jamás.

Sin embargo, nuestros hombres estaban ya convencidos de que la única manera de mantenerse ellos a salvo, así como la colonia, era evitar efectivamente que ninguno de aquellos salvajes regresara jamás a casa; con toda seguridad, si uno solo de ellos volvía a su país para contar la historia, la colonia quedaría destruida; de modo que para hacerles saber que no encontrarían piedad, se pusieron a trabajar con las canoas y destruyeron todas las que no habían sido inhabilitadas ya antes por la tormenta; al verlo los salvajes alzaron desde el bosque un grito espantoso que nuestros hombres pudieron oír bien y luego corrieron por la isla como hombres desconcertados, de modo que al principio los nuestros no sabían qué hacer con ellos.

Tampoco los españoles, pese a toda su prudencia, habían pensado que mientras desesperaban de tal modo a aquella gente tendrían que haber mantenido alguna vigilancia en sus plantaciones, pues si bien es cierto que habían alejado el ganado y que los indios no habían encontrado su escondite principal, es decir, mi viejo castillo de la colina, ni tampoco la cueva del valle, sin embargo sí habían dado con mi plantación de la glorieta y se la habían cargado entera, así como todo el cerco y el muro que lo rodeaba; pisotearon todo el cereal, arrancaron las parras y la uva, que justo entonces alcanzaba su madurez, e hicieron un daño inestimable a nuestros hombres, sin obtener para sí ni el menor beneficio.

Aunque nuestros hombres estaban listos para luchar contra ellos en toda ocasión, no estaban en condiciones de perseguirlos, ni de darles caza de aquí para allá; pues así como ellos resultaban muy ligeros de pies cuando nuestros hombres los encontraban solos, los nuestros no podían quedarse sin compañía por miedo a que los rodearan en grupo. Lo mejor era que no tenían armas, pues aunque disponían de arcos ya no les quedaban flechas ni material con que

hacerlas, ni contaban tampoco con ninguna herramienta afilada ni con armas de ninguna clase. Era grande su adversidad y su aflicción, y sin duda deplorable, mas también nuestros hombres se veían reducidos a unas circunstancias muy duras por su culpa; aunque mantenían sus escondrijos, sus provisiones estaban destrozadas y sus cosechas arruinadas; no sabían qué hacer ni qué dirección tomar. Lo único que les quedaba era el ganado que habían conservado en el valle, junto a la cueva, y algo de cereal que crecía por allí. Los tres ingleses, William Atkins y sus camaradas, eran ahora dos, pues uno había muerto de un flechazo que lo había acertado en un lado de la cabeza, justo bajo la sien, de modo que no pudo ni pronunciar palabra; y es notable que fuera el mismo bárbaro que le había dado un tajo al pobre salvaje con su hachuela y luego había pretendido que asesinaran a los españoles.

Considero que su situación era peor en ese momento que la mía en cualquier circunstancia desde que descubrí los primeros granos de arroz y de cebada y encontré el método de plantar y cultivar mis cereales y criar ganado; porque ahora, si puedo decirlo así, tenían un centenar de lobos en la isla, dispuestos a devorar cuanto pudieran y, al mismo tiempo, difíciles de encontrar.

Lo primero que concluyeron al ver en qué situación se hallaban fue que debían empujarlos, en la medida de lo posible, hacia la parte más lejana de la isla, al sureste, de manera que si llegaban más salvajes a la costa no se encontrasen con ellos; luego, que les darían caza y acecho a diario y matarían a todos los que encontrasen hasta que hubieran reducido el número; y si al fin podían domarlos y hacer algo de provecho con ellos, les darían cereal y les enseñarían a plantarlo y a vivir de su trabajo diario.

Con esa intención los siguieron y los aterrorizaron de tal modo con las armas que, al cabo de pocos días, si alguien disparaba un arma a un indio y no le acertaba, este caía de puro miedo; tan espantosamente asustados estaban que se mantenían cada vez más fuera de la vista, hasta que al fin nuestros hombres empezaron a seguirlos y a matar y herir casi cada día a alguno, y entonces se mantuvieron en los bosques y en lugares inhóspitos hasta tal punto que se vieron reducidos a la mayor de las miserias por falta de comida; a algunos los encontraron luego muertos en el bosque, sin ninguna herida, muertos de pura hambre.

Cuando lo vieron nuestros hombres, sus corazones se apiadaron y la pena los conmovió; sobre todo el gobernador español, que era el hombre más caballeroso y de mente generosa que he conocido en mi vida; este propuso que, si era posible, tomaran a uno con vida y le hicieran entender lo que pretendían, de tal modo que él pudiera hacer de intérprete, ir entre los suyos y ver si podían establecerse algunas condiciones para que se pudiera confiar en ellos, salvando así sus vidas sin perjuicio para nosotros.

Pasó algo de tiempo sin que pudieran atrapar a uno; mas estaban débiles y medio muertos de hambre y al fin sorprendieron a uno y lo hicieron prisionero: al principio estaba amargado y se negaba a comer y a beber; sin embargo, al ver que lo trataban bien, le daban víveres y no ejercían ninguna violencia contra él, se volvió cuando menos tratable y empezó a calmarse.

Le llevaron al viejo Viernes, que habló con él a menudo y le contó lo amables que serían los demás con todos ellos: que no sólo les salvarían la vida, sino que les concederían una parte de la isla para vivir, suponiendo que actuaran en consecuencia; que deberían mantenerse en su territorio y no salir de él para herir o perjudicar a otros; y que les darían algo de cereal con la intención de que lo plantaran y lo cultivaran para hacer pan, aparte del que se les diera para su subsistencia inmediata; el viejo Viernes le encargó que fuera a hablar con sus demás compatriotas y escuchara lo que dijeran ellos y les asegurase que, si no se mostraban de acuerdo de modo inmediato, serían exterminados.

Los pobres desgraciados, humillados por completo y reducidos a unos treinta y siete hombres, aceptaron la propuesta a la primera y suplicaron que se les diera algo más de comida; a continuación doce españoles y dos ingleses bien armados, así como tres esclavos indios y el viejo Viernes, marcharon hacia donde estaban ellos.

Los tres esclavos indios les llevaron una gran cantidad de pan y pasteles de arroz hervido y secado al sol, además de tres cabras vivas; se les ordenó que se desplazaran a la ladera de una colina, donde se sentaron a comerse sus provisiones con mucha gratitud y fueron tan fieles a la palabra dada como pueda pensarse, pues salvo cuando acudían a pedir víveres o instrucciones, nunca salieron de sus límites. Allí seguían cuando yo llegué a la isla y fui a verlos.

Les habían enseñado a plantar cereales, a hacer pan, a criar cabras domesticadas y ordeñarlas; si llegan a tener esposas, pronto se hubieran convertido en una nación; estaban confinados en un rincón de tierra rodeado de altas rocas por detrás y llano por delante hasta el mar, en la punta sureste de la isla; tenían bastante tierra, buena y fértil, pues se extendía una milla y media a lo ancho, por tres o cuatro millas de largo.

Nuestros hombres les enseñaron a hacer palas de madera como las que yo mismo hacía y les dieron doce hachuelas para todos y tres o cuatro cuchillos. Y allí vivían: jamás se ha oído de criaturas más inocentes y sumisas.

Desde entonces la colonia disfrutó de una tranquilidad absoluta por lo que respecta a los salvajes, hasta que fui yo a visitarlos, cosa que ocurrió unos dos años después. No es que no llegaran de vez en cuando algunas canoas a la orilla para celebrar sus banquetes triunfales y desnaturalizados; mas como

pertenecían a diversas naciones y tal vez nunca habían oído hablar de aquellos que llegaron antes, ni de las razones de cuanto ocurrió, no buscaron a sus compatriotas ni trataron de averiguar su paradero; y si lo hubiesen hecho les habría costado bastante encontrarlos.

Así, creo haber ofrecido el recuento completo de cuanto, a mi regreso, supe que les había ocurrido, o al menos de lo que merece la pena ser contado. Los indios, o salvajes, habían sido maravillosamente civilizados y los nuestros se mezclaban con ellos a menudo; sin embargo, so pena de muerte, los indios tenían prohibido acercarse a los nuestros, pues no iban a permitir que sus asentamientos fueran traicionados de nuevo.

Es muy digno de destacar el hecho de que habían enseñado a los salvajes a hacer cestas de mimbre, pero estos superaron enseguida a sus maestros, pues con el mimbre hacían gran cantidad de cosas ingeniosas; en particular todo tipo de cestas, cedazos, jaulas para pájaros, armarios, pero también sillas para sentarse, taburetes, camas, sillones y muchas otras cosas, pues una vez orientados en ese trabajo resultaron ser muy ingeniosos.

Mi llegada supuso un alivio particular para esa gente, pues les aprovisionamos de cuchillos, tijeras, picos, palas, piquetas y todo cuanto por el estilo necesitaban. Con la ayuda de esas herramientas se volvieron tan diestros que pudieron construir sus chozas, o casas, con gran belleza; entretejían el material, o lo trenzaban como si fuera mimbre en torno a toda la construcción, cosa que exigía un gran ingenio y la dotaba de un aspecto muy extraño; sin embargo, resultaba ser una excelente protección, tanto contra el calor como contra toda clase de bichos; a nuestros hombres les gustaba tanto que incluso hicieron que los salvajes acudieran a hacerlo para ellos, así que cuando fui a ver las colonias de los dos ingleses, desde lejos parecía que vivieran todos como abejas en una colmena; en cuanto a Will Atkins, que se había convertido en un tipo muy trabajador, útil y sobrio, se había hecho una tienda de mimbre como nunca se ha visto, según creo. Por fuera, según yo mismo pude contar, medía ciento veinte pasos en redondo; los muros eran de un trenzado prieto como una cesta, en treinta y dos paneles cuadrados, y muy fuertes, pues se alzaban hasta los siete pies; en medio había otra de menos de veintidós pasos, pero más fuerte, hecha con ocho cuadrados, y con un poste muy fuerte en cada esquina, en torno a cuyas cabezas había puesto unos pedazos muy fuertes, unidos con horquillas de madera de las que se alzaba una pirámide hasta el techo de ocho vigas, muy hermosas, lo aseguro, y muy bien unidas pese a no tener clavos y apenas unas pocas puntas de hierro que él mismo se había hecho con el hierro que yo dejara; desde luego, el tipo demostraba abundancia de ingenio en varias cosas de las que no tenía conocimientos; se había hecho una forja con un par de fuelles de madera para aventar el fuego; se había preparado carbón para trabajar y, con una de las palancas de hierro, había hecho un

unque mediano de buena calidad sobre el que amartillar el material; del mismo modo había hecho muchas cosas, pero sobre todo ganchos, grapas y puntas, pernos y bisagras. Mas por volver a la casa: después de instalar el tejado de su tienda interior, había recubierto el espacio entre las vigas con mimbre de gran firmeza, a su vez recubierto muy ingeniosamente con fibra de arroz y todavía unas grandes hojas de árbol por encima, que lo cubrían desde arriba, de modo que la casa permanecía tan seca como si le hubieran puesto una cubierta de tejas o de pizarra. Por supuesto, reconoció que el trabajo de trenzado se lo habían hecho los salvajes.

El circuito exterior quedaba tapado como un cobertizo, por todo su interior, con largas vigas que partían desde sus treinta y dos ángulos hacia los ocho postes de la choza interna a unos veinte pies de distancia; de ese modo, quedaba un espacio como un pasillo de unos veinte pies entre la pared de mimbre externa y la interna.

La choza interior estaba dividida con el mismo trenzado de mimbre, aunque mucho más ligero, en seis compartimientos, pues tenía seis habitaciones en la misma planta, todas ellas con puerta; primero, en la entrada, al llegar a la tienda principal, y luego otra que daba al pasillo que la rodeaba; por lo tanto, ese corredor quedaba también dividido en seis partes iguales que no sólo servían de lugar de retiro, sino también para almacenar provisiones que la familia pudiera necesitar. Esos seis espacios no ocupaban toda la circunferencia. Los otros compartimientos del círculo exterior estaban ordenados como sigue: al entrar por la puerta que daba al círculo exterior tenías un corto pasaje recto delante que llevaba a la puerta de la casa interior; sin embargo, a cada lado había una mampara de mimbre, con su correspondiente puerta, por la que se entraba a una gran habitación o almacén, de unos veinte pies de ancho y unos treinta de largo y, al otro lado, otra sala no tan larga: así que en el círculo exterior había diez buenas habitaciones, a seis de las cuales se llegaba sólo desde las particiones de la tienda interior, que servían como reservados, o zona de retiro para las correspondientes cámaras del círculo interior; y cuatro almacenes o graneros grandes, o como se les quiera llamar, dos a cada lado del pasillo que llevaba de la puerta exterior a la tienda interior.

Semejante trabajo de cestería, según creo, nunca se ha visto en el mundo: ni una casa o tienda concebida con tal limpieza, y aún menos construida. En esa gran colmena vivían las tres familias: es decir, Will Atkins y sus compañeros: al tercero lo habían matado, pero quedaba su esposa con tres hijos; parece que cuando él murió estaba encinta y los otros dos compatriotas no eran tan retrasados como para no dar a la viuda la parte que le correspondía de todo. Me refiero a su cereal, leche, uvas, etcétera. Y también cuando mataban una cría o encontraban una tortuga en la playa; así que vivían todos

bastante bien, aunque es cierto que no eran tan trabajadores como los otros dos, como ya se ha explicado.

De todos modos, hay algo que no se puede omitir: en cuanto a la religión, no me consta que entre ellos se diera nada parecido. Bastante a menudo se recordaban unos a otros la existencia de un dios, con un método muy común entre marineros: a saber, tomando su nombre en vano. Tampoco es que sus esposas, pobres, ignorantes y salvajes, estuvieran mucho mejor por haberse casado con hombres a los que hemos de llamar cristianos: como ellos mismos sabían bien poco de Dios, eran totalmente incapaces de entablar con sus esposas ninguna conversación sobre Él, o de hablarles de nada relacionado con la religión.

La mayor ventaja que puedo decir que las esposas habían obtenido de ellos era que les habían enseñado a hablar inglés bastante bien; y todos los hijos que tenían, que en total eran casi veinte, habían aprendido también a hablar inglés desde sus primeras palabras, aunque al principio lo hablaban de manera muy entrecortada, como sus madres. Ninguno de esos niños tenía más de seis años cuando llegué yo, pues no había pasado mucho más de siete años desde la captura de aquellas mujeres salvajes, aunque todas habían resultado ser muy fértiles, pues más o menos todas tenían hijos: creo que la esposa del ayudante del cocinero estaba encinta del sexto hijo; y todas las madres eran un buen grupo de mujeres bien portadas, tranquilas, trabajadoras, recatadas y decentes, que se ayudaban entre sí, observaban con gran atención y sumisión a sus amos, pues no puedo llamarlos maridos, y no querían más que recibir buena instrucción en la religión cristiana y casarse legalmente: ambas cosas se cumplieron felizmente más adelante gracias a mi intervención, o al menos como consecuencia de mi llegada.

CAPÍTULO VI

Habiendo expuesto ya el relato de la colonia en general, y bastante sobre mis cinco fugitivos ingleses, he de decir algo de los españoles, que conformaban el cuerpo principal de la familia y en cuya historia se dan algunos incidentes también dignos de destacar.

Tuve muchas conversaciones con ellos acerca de sus circunstancias cuando estuvieron entre los salvajes: me contaron de buena voluntad que no tenían ningún ejemplo que dar de su aplicación o ingenio en esas tierras: que eran un puñado de gente pobre, miserable y desalentada; que aun si hubieran contado con los medios necesarios, estaban tan abandonados a la desesperanza y tan hundidos bajo el peso de sus desgracias que no pensaban más que en morir

de hambre. Uno de ellos, un hombre grave y muy sensato, me dijo que estaba convencido de que se habían equivocado; que no correspondía a un grupo de hombres sabios rendirse a la desgracia, sino aferrarse siempre a los apoyos que ofreciera la razón, tanto para mantenerse en el presente como para salvarse en el futuro. Me dijo que la pena era la pasión más insensata e insignificante del mundo, pues sólo contemplaba los asuntos del pasado, que por lo general no pueden recuperarse o remediarse, sin poner miras en el porvenir ni tener parte alguna en nada que se pareciese a la salvación; antes prefería aumentar la aflicción que proponer remedio. Y a continuación repitió un proverbio español que, si bien no puedo repetir con las palabras exactas que él dijo, sí recuerdo que lo convertí en un proverbio inglés de mi propia creación que vendría a significar: preocuparse ante las preocupaciones significa doblar la preocupación.

Luego se puso a hacer comentarios sobre las mejoras que yo había conseguido estando solo; mi aplicación irredenta, como él la llamaba, y cómo había conseguido una situación que, en circunstancias mucho peores que las suyas al principio, resultaba mil veces más feliz que la de ellos, incluso ahora que estaban todos juntos. Me dijo que le parecía notable que los ingleses tuvieran mayor presencia de ánimo en la desgracia que cualquier otra gente a la que hubiera tratado: que su nación infeliz, y los portugueses, eran los peores del mundo a la hora de luchar contra las desgracias; que su primer paso ante el peligro, una vez terminados los esfuerzos comunes, era desanimarse, dejarse caer bajo el peso y morir sin alzar el pensamiento hacia los remedios apropiados para escapar.

Le dije que su caso y el mío diferían sobremanera; que ellos habían sido lanzados a la orilla sin nada de lo necesario, sin provisiones de comida, o de sustento para mantenerse hasta que pudieran conseguirla. Es cierto que yo tuve la desventaja y el desconsuelo de estar solo; sin embargo, las provisiones que cayeron providencialmente en mis manos gracias a la inesperada deriva del barco hasta la orilla supusieron una ayuda que habría estimulado a cualquier criatura del mundo a aplicarse como lo hice yo. «Señor —dijo el español—, si nosotros, pobres españoles, hubiéramos estado en vuestra situación, no habríamos sacado ni la mitad de cosas que vos de ese barco. Qué va —insistió—, nunca habríamos encontrado los medios para conseguir una balsa en la que cargarlo todo, o de llevar esa balsa a tierra sin un bote o una vela. ¡Y cuánto menos hubiéramos hecho —añadió— si llega a tratarse de cualquiera de nosotros en solitario!». Bueno, le pedí que acallara los cumplidos y que me contara la historia de su llegada a la orilla, donde habían desembarcado. Me dijo que por desgracia habían desembarcado en un lugar en el que vivía gente sin provisiones, de modo que tuvieron el sentido común de echarse de nuevo al mar e ir hasta otra isla, algo más allá, en la que encontraron provisiones aunque no había gente: les habían dicho que en esa dirección había una isla en

la que encontrarían provisiones, aunque no vivía nadie; es decir, los españoles de Trinidad habían acudido allí con frecuencia y habían llenado la isla de cabras y cerdos en varias ocasiones, animales que luego se habían reproducido hasta formar multitudes, además de las tortugas y las aves marinas que por allí había en tal abundancia que no habrían pasado necesidad de carne incluso si no encontraban pan; mientras que aquí sólo se sostenían con unas pocas raíces y hierbas que no conocían bien y que apenas tenían sustancia y que los indígenas les daban con mucho racionamiento, además de tratarlos mal si no se volvían caníbales y comían carne humana, que era la gran exquisitez del país.

Me hablaron de sus muchos esfuerzos por civilizar a los salvajes con los que vivían y por enseñarles las costumbres racionales en un modo de vida ordinario, aunque en vano; y de cómo aquellos les respondían que les parecía injusto que, habiendo acudido en busca de apoyo y ayuda, intentaran convertirse en instructores de quienes les daban alimento; insinuando, al parecer, que nadie debería dar instrucciones a alguien de quien depende para sobrevivir.

Me proporcionaron lúgubres relatos de las penurias que habían sufrido: cómo a veces pasaban muchos días sin nada que comer, pues la isla en que se hallaban estaba habitada por un tipo de salvajes que vivían con la mayor indolencia y por esa razón tenían menos provisiones de las necesarias para vivir que, según podían creer, otros que vivían en la misma parte del mundo; y sin embargo, les parecía que esos salvajes eran menos voraces que aquellos que contaban con mejores provisiones.

También añadieron que no podían más que ver las demostraciones de sabiduría y bondad con que el gobierno de la providencia de Dios dirige los sucesos del mundo, algo que, según afirmaban, se podía apreciar en sus circunstancias, pues si, impulsados por las penurias que pasaban y por la infertilidad del territorio en que se hallaban, se hubieran ido a buscar un lugar mejor donde vivir, se habrían perdido el alivio que les sobrevino por mi llegada.

Luego me contaron que los salvajes con los que vivían esperaban que los acompañasen en sus expediciones de guerra; y era cierto que, como tenían armas de fuego, si no les hubiera ocurrido el desastre de perder la munición, no sólo hubieran resultado muy útiles a sus amigos, sino que se hubieran convertido en el terror de amigos y enemigos; sin embargo, se habían quedado sin pólvora y munición, en una situación que no les permitía negarse razonablemente a salir a guerrear con sus anfitriones; cuando llegaban al campo de batalla estaban en peores condiciones que los propios salvajes, pues no tenían ni arcos ni flechas, ni sabían usar los que les daban los salvajes, de modo que no podían hacer más que quedarse quietos y ser heridos por las

flechas del enemigo hasta que llegaba el momento de enfrentarse a este cuerpo a cuerpo; entonces sí les resultaban útiles las tres alabardas que tenían y a menudo se llevaban por delante todo un pequeño ejército con ellas y con los palos afilados que colocaban en el cañón de los mosquetes; sin embargo, a pesar de ello a veces se veían rodeados por multitudes y corrían grandes peligros por culpa de las flechas; hasta que al fin encontraron el modo de hacerse unos escudos grandes de madera que luego cubrieron con pieles de fieras salvajes cuyos nombres ignoraban, y con eso se protegían de los flechazos de los salvajes; aun así, a veces corrían grandes peligros y hasta una vez cayeron cinco a la vez por los palos de los nativos, en la misma ocasión en que uno de ellos fue hecho prisionero; es decir, el español al que yo había salvado. Al principio creyeron que había muerto, pero cuando más adelante oyeron que había sido apresado, experimentaron la mayor pena imaginable y de buena voluntad habrían arriesgado toda la vida por rescatarlo.

Me dijeron que cuando cayeron los rescató el resto de la compañía, que se quedó a pelear a su lado hasta que recuperaron el sentido todos menos aquel al que daban por muerto; luego se abrieron paso con alabardas y palos, todos juntos y en fila, entre un grupo de más de mil salvajes, tumbando a golpes a todos los que se interponían en su camino hasta conseguir la victoria sobre sus enemigos; mas con gran dolor, pues habían perdido a su amigo; los otros, al descubrir que estaba vivo, se lo habían llevado con algunos más, como ya he contado en mi relato anterior.

Describieron con el máximo afecto la alegría con que les había sorprendido el regreso su amigo y compañero de desgracias, a quien creían devorado por bestias de la peor calaña: o sea, por hombres salvajes. Y sin embargo, más los había sorprendido aún el relato de lo que aquel había encontrado en su periplo y el hecho de que hubiera un cristiano en un lugar cercano, y encima uno que estaba capacitado y tenía la humanidad suficiente para contribuir a su salvación.

Descubrieron el asombro que les había producido ver el auxilio que yo les enviaba y la aparición de las hogazas de pan, algo que no habían visto desde su llegada a aquel miserable lugar; la cantidad de veces que le hicieron la señal de la cruz y lo bendijeron como si el pan fuera enviado por el mismo cielo; cómo degustarlo había supuesto un cordial revivificador para su espíritu, igual que las demás provisiones que les había enviado. Y, al fin y al cabo, me hubieran comentado algo sobre la alegría que les supuso la visión de un bote y de unos pilotos que los iban a llevar hasta la persona y el lugar de donde procedían todas aquellas comodidades nuevas; sin embargo, me dijeron que les resultaba imposible expresarlo con palabras, pues el exceso de alegría los empujaba a cometer extravagancias indecorosas y sólo podían describirlo contándome que habían bordeado la locura; ningún modo de transmitir su

pasión resultaba apropiado a lo que sentían; a unos les afectaba de una manera, a otros de otra y algunos, en medio de la alegría por la sorpresa, estallaban en lágrimas; otros se volvían medio locos y algunos se desmayaban de repente. Esa información me afectó en modo extremo y me hizo recordar el éxtasis de Viernes al encontrarse con su padre y el de aquella pobre gente cuando los recogí en el mar tras haberse incendiado su barco; la alegría del oficial del barco al verse salvado justo cuando esperaba perecer; mi propia alegría cuando, tras veintiocho años de cautividad, encontré un buen barco listo para llevarme a mi país. Todo eso me volvió más sensible al relato de aquellos pobres hombres e hizo que me afectara más.

Ahora que ya he dado una visión del estado de cosas que encontré allí, debo relatar lo fundamental de cuanto hice por esa gente y la condición en que la dejé. Eran de la opinión, compartida por mí, de que los salvajes ya no les importunarían más; o que, en caso contrario, serían capaces de aislarlos aun si doblaban su cantidad con respecto a la última vez; de modo que eso no les preocupaba. Luego entablé una seria conversación con el español al que he llamado gobernador acerca de su estancia en la isla: yo no había ido con la intención de llevarme a nadie, y no parecía justo llevarme a unos y dejar allí a los demás, que tal vez no quisieran quedarse al ver sus fuerzas disminuidas.

Por otro lado, les dije que había ido para establecerlos allí, no para sacarlos; y luego les hice saber que les llevaba provisiones de todas las clases; que había incurrido en grandes gastos para proveerles de todo lo necesario, así como de lo conveniente para su defensa; y que llevaba conmigo personal escogido para aumentar el número de pobladores, pero también en función de lo útiles que fueran las especialidades en que se habían formado, pues eran todos artesanos que podrían ayudarles en aquellas cosas que en ese momento necesitaran solución. Estaban todos juntos cuando así les hablé y antes de entregarles las provisiones que había llevado les pregunté, de uno en uno, si habían olvidado y enterrado por completo las primeras animadversiones entre ellos, y si podían estrecharse las manos y comprometerse en una estricta amistad y comunión de intereses para que no hubiera malentendidos ni celos.

William Atkins, con gran franqueza y buen humor, dijo que habían sufrido aflicciones suficientes para recuperar la sobriedad y se habían enfrentado a tantos enemigos que todos podían ser ahora amigos; que por su parte estaba dispuesto a vivir y morir con ellos; que estaba muy lejos de planear nada contra los españoles, de quienes reconocía que no le habían hecho más que lo obligado por su propio mal humor, lo que él mismo habría hecho, o aún peor, de hallarse en su caso; que estaba dispuesto a pedirles perdón si yo lo deseaba, por las tonterías y brutalidades que les había hecho; y que estaba muy predispuesto y deseoso de vivir en términos de absoluta amistad y unión con ellos y haría cuanto estuviera en su poder para convencerlos: en cuanto a

volver a Inglaterra, lo mismo le daba no regresar en los veinte años siguientes.

Los españoles dijeron que, efectivamente, al principio habían desarmado y excluido a William Atkins y sus dos compatriotas por su mal comportamiento, tal como me habían hecho saber; me suplicaban que entendiera que se habían visto en la necesidad de hacerlo. Sin embargo, William Atkins se había comportado con tanto valor en la gran lucha contra los salvajes, y en diversas ocasiones desde entonces, y se había mostrado tan leal y tan preocupado por el interés general, que ellos habían olvidado ya todo lo pasado y consideraban que merecía tanta confianza como los demás para recibir armas y provisiones; y que ya habían dado testimonio de la convicción que sentían con respecto a él al entregarle el mando, junto al propio gobernador; igual que confiaban por entero en él y en todos sus compatriotas, también reconocían que ellos se habían merecido esa confianza por todos los medios con que cualquier hombre honesto puede hacerse merecedor de valor y confianza; y aprovechaban de todo corazón la oportunidad de transmitirme la certeza de que nunca tendrían intereses opuestos.

Tras esas francas y abiertas declaraciones de amistad decidimos comer todos juntos al día siguiente y, efectivamente, celebramos un espléndido banquete. Mandé al cocinero del barco y su ayudante desembarcar y guisar nuestra comida, con el apoyo del viejo pinche de cocina que vivía en la isla. Bajamos de las provisiones del barco seis piezas de buena carne de res y otras cuatro de cerdo, además de nuestra ponchera y el material necesario para llenarla; en particular, les di diez botellas de clarete francés y diez de cerveza inglesa, bebidas que tanto españoles como ingleses llevaban muchos años sin catar, por lo que cabe suponer que se alegraron sobremanera.

Los españoles contribuyeron al banquete con cinco cabritos que asaron los cocineros, tres de los cuales fueron enviados a bordo, bien tapados, para que los marineros pudieran disfrutar de la comida fresca de la isla mientras nosotros nos comíamos la del barco, conservada en salazón.

Después del banquete, en el que compartimos una inocente alegría, saqué mi cargamento de provisiones y, para que no hubiera disputas al respecto de la partición, les mostré que había suficiente para todos; expresé mi deseo de que cada uno obtuviera la misma cantidad de las prendas de vestir que les había llevado; es decir, la misma cantidad una vez confeccionada. De entrada, repartí suficiente lino para que cada uno se hiciera cuatro camisas y, a petición de los españoles, luego lo aumenté a seis; les resultaba de una enorme comodidad, pues hacía ya tiempo que habían olvidado el uso de tal prenda, por así decirlo, o lo que se sentía al ponérsela.

Repartí las finas telas inglesas que ya he mencionado antes para que cada uno se hiciera un abrigo ligero, como un hábito, que me parecía la prenda más

adecuada para el calor de aquella estación por ser fresca y suelta; ordené que, cuando se les fuera ajando, hicieran tantas como les pareciese oportuno. Lo mismo valía para las zapatillas, zapatos, calcetines, sombreros y etcétera.

No puedo expresar el placer y la satisfacción que se instaló en los semblantes de aquellos pobres hombres cuando vieron cómo me había ocupado de ellos y lo bien que los aprovisionaba; me dijeron que era un padre para ellos y que tener un corresponsal como yo en un lugar tan remoto del mundo les haría olvidar que vivían abandonados en un lugar desolado: todos se comprometieron voluntariamente a no abandonar la isla sin mi consentimiento.

Luego les presenté a la gente que había llevado conmigo, en particular el sastre, el herrero y los dos carpinteros, todos ellos muy útiles; mas, por encima de todo, mi artesano general, pues no se les ocurría nada tan necesario. Para mostrar su interés por ellos, el sastre se puso a trabajar de inmediato y, con mi permiso, lo primero que hizo fue una camisa para cada uno; aún más, no sólo enseñó a las mujeres a coser y hacer punto, y a usar la aguja, sino que las puso a ayudarlo a confeccionar las camisas para sus maridos y para todo el mundo.

En cuanto a los carpinteros, apenas necesito mencionar lo útiles que resultaron, pues desarmaron todas mis torpes construcciones y prepararon mesas prácticas hechas con inteligencia, taburetes, catres, aparadores, armarios, estantes y todos los elementos por el estilo que pudieran necesitar.

Mas para que vieran que se puede nacer artesano, llevé a los carpinteros a ver la casa de cestería de William Atkins, pues yo la llamaba así, y ambos reconocieron que nunca habían visto un ejemplo de semejante ingenio natural, ni objeto alguno construido con tal regularidad y habilidad, al menos de esa clase; uno de ellos, al verla, tras cavilar un buen rato, se volvió a mí: «Estoy seguro —afirmó— de que este hombre no nos necesita; no tiene más que darle las herramientas».

Luego saqué toda mi provisión de utensilios y di a cada hombre una pala para cavar, un pico y un rastrillo, pues no teníamos arados ni rastras. Para cada vivienda separada, una piqueta, una palanca, un hacha y una sierra; siempre con la advertencia de que en cuanto se rompieran, o quedaran desgastadas, debían reponerlas sin reparo gracias al almacén general que yo les dejaría.

Tuvieron clavos, grapas, bisagras, martillos, escoplos, cuchillos, tijeras y toda clase de herramientas y herrajes sin cuenta, tantos como quisieran; ningún hombre iba a usar más de lo necesario y había que ser estúpido para malgastarlo con cualquier excusa. Dejé dos toneladas de hierro en bruto para el herrero.

La reserva de pólvora y armas que les llevé era amplia hasta el extremo de

la profusión, tanto que no pudieron evitar el regocijo; si se daba la ocasión, ahora podrían pasear, como solía hacer yo, cada uno con su mosquete al hombro; estaban capacitados para enfrentarse a un millar de salvajes si contaban con una mínima ventaja posicional, cosa que tampoco se les escaparía si se daban las circunstancias.

Bajé conmigo a tierra al joven cuya madre había muerto de hambre, así como a la criada: ella era una joven formal, bien educada y religiosa y tenía un comportamiento tan inofensivo que todo el mundo tuvo buenas palabras para ella. Desde luego, con nosotros había vivido en desgracia por no haber más mujer que ella en el barco; mas lo sobrellevaba con paciencia. Al cabo de un rato, viendo el buen orden de todas las cosas y el agradable modo en que todo crecía en mi isla, teniendo en cuenta que ellos no tenían nada que hacer, ni nadie conocido, en las Indias Orientales, ni razón alguna para emprender tan largo viaje; digo, teniendo todo eso en cuenta, vinieron ambos a verme y expresaron su deseo de que les concediera permiso para quedarse en la isla y formar parte de mi familia, como ellos mismos la llamaron.

Accedí de buena voluntad y se les concedió una pequeña parcela de tierra en la que instalaron tres tiendas, o casas, rodeadas de una empalizada de mimbre como la de Atkins y adjunta a su plantación. Las tiendas se concibieron de tal modo que cada uno tenía su habitación, una zona en la que convivir y una tienda intermedia, como un gran almacén, en la que dejar todas sus provisiones y en la que comer y beber. Y entonces los otros dos ingleses trasladaron su residencia al mismo lugar, de modo que la isla quedó dividida sólo en tres colonias, a saber: los españoles, con el viejo Viernes y los primeros sirvientes, en mi vieja residencia bajo la colina, que era, en pocas palabras, la capital; allí habían agrandado y extendido las obras de tal manera, tanto bajo la superficie como en el exterior de la colina, que incluso al descubierto vivían perfectamente escondidos. No creo que se haya visto jamás una pequeña ciudad como esta dentro de un bosque, y tan bien escondida; en verdad creo que un millar de hombres podían haber recorrido la isla durante un mes y, salvo que hubieran conocido de antemano la existencia de semejante lugar y lo hubieran buscado a propósito, jamás lo habrían encontrado; los árboles estaban tan juntos y densos y habían crecido tan entretejidos que para descubrir el lugar había que talarlos antes; sólo podían encontrarse las dos estrechas aperturas por las que entraban y salían, y ni siquiera esto era muy fácil. Una de ellas quedaba justo al borde del agua, a la orilla del riachuelo, y a partir de allí había que recorrer más de doscientos metros para llegar al lugar; la otra obligaba a subir dos veces la escala, como ya he descrito con anterioridad; y también habían plantado una arboleda grande y densa en la cima de la colina, de más de un acre de extensión, que crecía deprisa y evitaba cualquier posibilidad de descubrir el asentamiento desde allí, con un solo hueco estrecho entre los árboles, nada fácil de descubrir, para entrar por ese

lado.

La otra colonia era la de Will Atkins, en la que vivían cuatro familias de ingleses: me refiero a los que yo había dejado, con sus esposas e hijos; tres salvajes que eran esclavos; la viuda y los hijos del inglés que había muerto; el joven y la criada, a la que, por cierto, convertimos en esposa antes de marcharnos. También estaban los dos carpinteros y el sastre que yo les había llevado; y también el herrero, que les era muy necesario, sobre todo para hacerse cargo de las armas; y mi otro hombre, a quien llamaba Chico para Todo, que por sí solo valía como veinte hombres, pues no sólo era ingenioso, sino también jovial; antes de marchar, lo casamos con la honesta criada que había llegado con el joven del barco, a los que ya he mencionado antes.

Y ahora que hablo de matrimonios, es natural que cuente algo del sacerdote francés de la tripulación del barco que habíamos salvado en el mar, y que viajaba conmigo. Ciertamente que ese hombre era romano y acaso ofenda a alguien a partir de ahora si olvido algo extraordinario al describir a un hombre a quien, antes de empezar, debo (por pintarlo con los colores justos) representar en términos desventajosos desde la perspectiva de los protestantes: en primer lugar, era papista; en segundo, sacerdote papista; en tercero, sacerdote papista francés.

Mas la justicia exige que lo describa con su verdadero carácter; debo decir que era una persona de lo más grave, formal, pía y religiosa; detallista en su vida, generoso en su caridad y ejemplar en casi todo lo que hacía. ¿Qué puede entonces decirse en contra de que yo tomara conciencia del valor de semejante hombre pese a la fe que profesaba? Por mucho que yo opine, acaso como muchos otros al leer esto, que se equivocaba.

Durante la primera hora que pasé hablando con él cuando accedió a viajar conmigo a las Indias Orientales encontré razones para deleitarme sobremanera en su conversación; y empezó hablando de religión de la manera más complaciente que se pueda imaginar.

«Señor —me dijo—, no sólo me habéis salvado la vida en bien de Dios — y aquí se santiguó—, sino que me habéis admitido en este viaje de vuestro barco y con vuestra solícita educación me habéis aceptado en vuestra familia, dándome la oportunidad de hablar con libertad. Bueno, señor —prosiguió—, veis por mi hábito la fe que profeso y, por vuestra nacionalidad, yo supongo la vuestra. Podría creerme en la obligación, que sin duda tengo, de dedicar los máximos esfuerzos en todo momento a atraer todas las almas posibles al conocimiento de la verdad y a abrazar la doctrina católica; sin embargo, al estar aquí con vuestro permiso y pertenecer a vuestra familia, en justo pago de vuestra bondad, así como por pura decencia y buenos modales, debo someterme a vuestro gobierno; en consecuencia, sin vuestra venia no entraré

en ninguna discusión de aspectos religiosos en los que podamos no estar de acuerdo, salvo que sea con vuestro permiso».

Le dije que su comportamiento era tan recatado que no podía sino reconocerlo; que, ciertamente, nosotros éramos lo que ellos consideraban herejes, pero él no era el primer católico con el que conversaba sin que se siguiera molestia alguna o sin que el debate se calentara en exceso; que no se vería peor tratado por sostener una opinión distinta de la nuestra; y que si dejábamos de conversar sobre tales asuntos sin desagrado, no sería por culpa nuestra, sino suya.

Contestó que le parecía que nuestra conversación podía alejarse fácilmente de cualquier disputa; que no tenía intención de comparar principios cada vez que conversaba con un hombre; y que prefería que yo conversara con él como caballero, antes que como religioso; que si en algún momento yo le daba permiso para conversar sobre asuntos religiosos, lo aceptaría de buena voluntad; y que en ese caso no dudaba de que también le permitiría defender sus opiniones como buenamente pudiera; mas que, sin mi permiso, jamás abordaría él ningún asunto por el estilo. Me dijo además que no dejaría de hacer cuanto le correspondía en su condición de sacerdote, así como de cristiano particular, en procura del bien del barco y de la seguridad de cuanto contenía; y, si bien tal vez nosotros no nos uniríamos a él, ni tampoco él podía rezar con nosotros, sí esperaba poder rezar por nosotros, cosa que haría en toda ocasión. Así era nuestra charla: y si su solícito comportamiento era de lo más caballeroso, también era, si se me permite decirlo, un hombre de buen sentido y, según creo, de gran aprendizaje.

Me hizo un relato divertidísimo de su vida y de los muchos sucesos extraordinarios que esta contenía; de muchas aventuras que le habían ocurrido en los pocos años que llevaba viajando por el mundo, particularmente una muy notable: durante el viaje en que ahora estaba implicado había tenido la desgracia de embarcar y desembarcar cinco veces sin llegar ninguna de ellas al lugar al que el barco correspondiente tenía previsto arribar al principio; la primera intención había sido ir a la Martinica, y con ella subió a bordo de un barco allí destinado en Saint-Malo, mas el mal tiempo los había desviado hacia Lisboa y el barco había recibido algún daño al envarar en la boca del río Tajo y se había visto obligado a deshacerse de su cargamento. Allí había encontrado un barco portugués que se dirigía a Madeira, listo ya para zarpar, y se había enrolado en él dando por hecho que desde allí le sería más fácil encontrar un navío con destino a Martinica; sin embargo, como el capitán del barco portugués era un marino deficiente, se había equivocado en sus cálculos y los había llevado a Fayal; allí, de todos modos, encontró por casualidad un muy buen mercado para su cargamento de grano, y en consecuencia decidió no regresar a Madeira, sino cargar sal en la isla de May para navegar hasta

Newfoundland. En tal situación, él no había tenido más remedio que seguir en el barco y tuvo un buen viaje hasta los bancos (así llaman al lugar donde van a pescar), donde se encontraron con un barco francés que iba de Francia a Quebec, en el río de Canadá, y de allí a la Martinica para llevar provisiones, y le pareció que se le presentaba la oportunidad de cumplir su primera intención. Mas al llegar a Quebec se murió el capitán del barco y este no prosiguió el viaje. De modo que para el siguiente trayecto se había embarcado hacia Francia en aquel barco que luego se quemó y fue rescatado por nosotros en alta mar para después seguir viaje con nosotros hacia las Indias Orientales, como ya he dicho. Así, se había llevado una decepción en cinco viajes, sumados todos en uno, por así decirlo, además de algo que tendré ocasión de mencionar más adelante acerca de la misma persona.

Mas voy a dejar de perderme en digresiones con historias de otros hombres que no guardan relación con la mía. Regreso a cuanto concierne a nuestros asuntos en la isla. Una mañana se acercó a mí, pues se alojaba entre nosotros mientras estábamos allí, y resultó que era justo cuando yo salía de visita a la colonia de los ingleses, en la parte más alejada de la isla; digo que se acercó a mí y, con un semblante muy grave, me dijo que llevaba dos o tres días esperando una oportunidad de conversar conmigo, y que esperaba que no me iba a desagradar, pues le parecía que en cierta medida correspondería con mis planes generales, que consistían en la prosperidad de mi nueva colonia, y que tal vez le valiera la bendición de Dios en mayor medida de la que él había creído hasta entonces.

Yo reaccioné con algo de sorpresa a la última parte de su exposición y le contesté con cierta brusquedad: «Señor —le dije—, ¿cómo podéis decir que no merecemos la bendición de Dios tras haber visto las muy aparentes ayudas y las maravillosas salvaciones, de las que además os he ofrecido un extenso recuento?».

«Si me hicierais el favor, señor —insistió él, con todo el recato, mas también con presteza—, de escucharme, no encontraríais motivo para el desagrado, y mucho menos para pensar tan mal de mí, como si yo hubiera sugerido que vos no habéis recibido maravillosas ayudas y salvaciones; espero, por vuestro bien, que estéis en el camino de la bendición de Dios y sé que vuestro plan es extremadamente bueno y que prosperará. Mas, señor —añadió—, aunque para vos sería más de lo que parece posible, cabe que entre los suyos se hallen algunos que no hayan actuado igualmente bien; ya sabéis que en la historia de Israel, un tal Acán, en el campamento, bastó para que Dios les retirase a todos su bendición y volviera su mano contra ellos hasta tal punto que treinta y seis de sus miembros, pese a no estar involucrados en el delito, fueran objeto de la venganza divina y cargaran con el peso del castigo».

Me afectó sensiblemente ese comentario y le dije que la inferencia me

parecía justa y que todo su plan parecía tan sincero, y tan religiosa su naturaleza, que lamentaba haberle interrumpido y le suplicaba que continuara; al mismo tiempo, como parecía que cuanto ambos queríamos decir iba a llevar cierto tiempo, le expliqué que iba a la plantación de los ingleses y le pedí que me acompañara para que pudiéramos hablar por el camino. Me dijo que lo haría con la mejor voluntad, pues en ese lugar, en parte, ocurría precisamente aquello de lo que me quería hablar. De modo que echamos a andar y le insistí en que dijera cuanto quisiera con toda libertad y llaneza.

«Bueno, señor —dijo él—, permitidme que aclare algunas proposiciones como fundamento de cuanto debo decir, para que no discrepemos en los principios generales aunque podamos mantener opiniones distintas en la concreción de la práctica. Primero, señor, aunque discrepemos en algunos artículos doctrinales de la religión, y es una desgracia que así sea, especialmente en el caso al que nos enfrentamos, más adelante os demostraré que hay algunos principios en los que estamos de acuerdo: por ejemplo, en primer lugar, que hay un dios y que a ese dios, que nos ha dado algunas reglas generales para servirle y obedecerle, no debemos ofenderle de manera voluntaria y consciente, ya sea por omisión a la hora de hacer lo que nos ordena, o por obra al hacer lo que nos ha prohibido expresamente; más allá de lo que sean nuestras distintas religiones, este principio general es reconocido por todos, que la bendición de Dios no se otorga a quien peque presuntuosamente contra vuestros órdenes; y todo buen cristiano se preocupará con cariño de evitar que quienes están a su cuidado vivan en la negación total de Dios y de sus órdenes. El hecho de que vuestros hombres sean protestantes, sea cual fuere mi opinión al respecto, no me exime de preocuparme por sus almas y de esforzarme, si se me presenta la ocasión, para que vivan lo más cerca y con la menor contrariedad posible de su hacedor; especialmente si vos me dais permiso para interponerme hasta ese extremo en vuestro territorio».

Yo aún no podía imaginar a qué se refería y le dije que estaba de acuerdo en todo lo que había dicho y le agradecí que se preocupara tanto por nosotros; le supliqué que explicara los particulares de cuanto hubiera observado para que, como José (por usar la misma parábola que él), pudiera alejar de nosotros la maldición.

«Bueno, señor, entonces —propuso— me tomaré la libertad que me dais: hay tres cosas que, si no me equivoco, deben de entorpecer la bendición de Dios a vuestros esfuerzos en esta tierra y yo me alegraría, por vuestro bien y por ellas mismas, de verlas desaparecer. Y, señor —añadió—, prometo que estaréis totalmente de acuerdo conmigo al respecto de las tres en cuanto las nombre, sobre todo porque os convenceré de que a todas ellas, con gran facilidad y para vuestra mayor satisfacción, puede ponerse remedio».

No me dio ocasión de intercalar más cortesías y siguió hablando: «En primer lugar, señor —dijo—, tenéis aquí a cuatro ingleses que tomaron mujeres de entre los salvajes y las han convertido en sus esposas y han tenido muchos hijos con ellas y sin embargo no están casados de ningún modo legal según requieren las leyes de Dios y de los hombres; por tanto, desde ambos puntos de vista son adúlteros y viven en adulterio. Sé bien, señor —añadió—, que a esto objetaréis que no había clérigo ni sacerdote de ninguna clase o profesión para celebrar la ceremonia; tampoco pluma y tinta, o papel, para escribir un contrato de matrimonio y hacer que ambos lo firmaran. Y sé también, señor, lo que os ha dicho el gobernador español: me refiero al acuerdo que les obligó a aceptar cuando tomaron a estas mujeres, a saber: que consentirían en escogerlas y en mantenerlas separadas, lo cual, por cierto, no tiene nada de matrimonio, ni representa un acuerdo con esas mujeres como esposas, sino apenas un arreglo entre ellos para no pelearse.

»Mas, señor, la esencia del sacramento matrimonial —así lo llamó, como buen romano— consiste no sólo en el mutuo consentimiento de las partes para tomarse respectivamente como marido y mujer, sino en la obligación legal y formal que implica el contrato para impulsar al hombre y a la mujer en todo momento a darse reconocimiento y agradecimiento; obliga al hombre a abstenerse de otras mujeres, a no involucrarse en otros contactos mientras subsistan aquellos; y a proveer honestamente en toda ocasión, hasta donde su capacidad lo permita, a su mujer y a sus hijos; y obliga a la mujer a lo mismo, en condiciones similares, mutatis mutandis, por su parte.

»Entonces, señor —añadió—, cuando así lo deseen, o cuando se presente la ocasión, estos hombres pueden abandonar a esas mujeres, negar el reconocimiento a sus hijos, dejar que perezcan y tomar a otras mujeres y casarse con ellas aunque estas sigan con vida». Y aquí añadió con cierto ardor: «¿Cómo puede pensarse, señor, que este ilegítimo libertinaje honra a Dios? ¿Y cómo van a obtener la bendición divina vuestros esfuerzos en este lugar, por muy valiosos que sean, y por muy sincera que sea vuestra intención, si a estos hombres, que en estos tiempos son vuestros súbditos, bajo vuestro absoluto gobierno y dominio, se les permite vivir abiertamente en adulterio?».

Confieso que el asunto así me sorprendió, pero mucho más todavía los convincentes argumentos que aportaba. Porque era efectivamente cierto que, aunque no hubiera ningún clérigo disponible, un contrato formal entre ambas partes, suscrito ante testigos y confirmado por alguna señal simbólica a cuyo respeto se obligaran todos, así fuera apenas romper un palito entre ellos para establecer el compromiso de los hombres a reconocer a aquellas mujeres como esposas en toda ocasión y no abandonarlas nunca a ellas ni a sus hijos, y el de las mujeres igualmente con los maridos, habría supuesto un matrimonio legal y efectivo a los ojos de Dios y no haberlo hecho así implicaba una gran

negligencia.

Sin embargo, se me ocurrió que me libraría de mi joven sacerdote diciéndole que todo aquello se había hecho en mi ausencia; y que ya llevaban tantos años viviendo así que, si era adulterio, ya no tenía remedio porque nada podía hacerse.

«Señor —dijo él—, con perdón por tomarme la libertad, en eso tenéis razón: al haberse hecho en vuestra ausencia, no se os puede acusar de esa parte del delito. Mas, os suplico, no lleguéis a la conclusión de que, en consecuencia, no os asiste la obligación de hacer cuanto podáis para ponerle fin. No podéis más que pensar que, más allá de quién cargue con la culpa del pasado, toda la del futuro recaerá enteramente sobre vos. Porque sin duda ponerle fin está en vuestra mano y sólo en la vuestra».

Al principio estuve tan lento que no lo entendí bien e imaginé que ponerle fin significaba separarlos y no permitir que siguieran viviendo juntos; le dije que de ningún modo podía hacer eso, pues sembraría la confusión en toda la isla. Pareció sorprenderle que lo hubiera interpretado tan mal.

«No, señor —aclaró—. No digo que debáis separarlos, sino casarlos ahora de modo legal y efectivo. Y, señor, como no les sería fácil reconciliarse con mi modalidad del matrimonio, pese a que sería igual de efectiva incluso en función de vuestras leyes, tal vez la vuestra sea válida ante Dios y ante los hombres. Me refiero a un contrato escrito y firmado por el hombre, la mujer y todos los testigos presentes, que todas las leyes de Europa decretarían como válido». Me asombró ver tan verdadera piedad y tan sincero celo, además de la inusual imparcialidad de sus comentarios al referirse a su propia Iglesia, y la calidez con que se esforzaba por salvar a personas desconocidas con las que no había tenido la menor relación. Por salvarlas, digo, de transgredir las leyes de Dios; nunca había conocido a nadie parecido en ningún lugar. Mas volviendo a lo que dijo sobre casarlos por medio de un contrato escrito, que a mí también me parecía válido, le contesté que consideraba justo todo lo que había dicho, y muy amable por su parte; que lo hablaría con aquellos hombres ahora que iba a visitarlos. Y que no se me ocurría ninguna razón por la que pudieran tener el escrúpulo de que no fuera él quien los casara a todos; sabía bien que tendría tanta validez y autenticidad en Inglaterra como si los casara uno de nuestros propios clérigos. De lo que se hizo más adelante al respecto ya hablaré en su momento.

Entonces le urgí a contarme cuál era la segunda queja que debía manifestar, tras reconocer que quedaba en deuda con él por la primera y agradecersele de todo corazón. Me dijo que para la segunda se expresaría con la misma libertad y llaneza y que esperaba que yo me lo tomara igual de bien; se trataba de que, si bien mis súbditos ingleses, como él los llamaba, llevaban

casi siete años viviendo con esas mujeres y les habían enseñado a hablar inglés, e incluso a leerlo, y ellas eran, según podía apreciar, mujeres de un entendimiento aceptable y capaces de aprender, no se les había enseñado hasta entonces, sin embargo, nada sobre la religión cristiana; ni siquiera lo suficiente para saber que había un Dios, o unas ceremonias, ni de qué manera había que servir a ese Dios; o que su idolatría, la adoración de no se sabe qué seres, era falsa y absurda.

Eso, dijo, era una negligencia incomprensible por la que sin duda Dios les pediría cuentas; y tal vez incluso al fin les quitara de las manos aquella obra. Eso lo dijo de manera muy cálida y afectuosa. «Estoy convencido —afirmó— de que si esos hombres hubieran vivido en la tierra de salvajes de donde proceden sus esposas, las indígenas se habrían esforzado por convertirlos en idólatras y convencerlos para que adorasen al diablo más de lo que ellos, hasta donde se podía ver, se habían esforzado por enseñar a sus mujeres el conocimiento del Dios verdadero. Entonces, señor —añadió—, aunque yo no reconozca vuestra religión, ni vos la mía, ambos deberíamos alegrarnos de ver a los siervos del diablo y súbditos de su reino aprender los principios generales de la religión cristiana; que al menos oigan hablar de Dios y de un redentor, de la resurrección, de un reino futuro, cosas en las que creemos todos; al menos estarían mucho más cerca de ser acogidas por el regazo de la Iglesia verdadera que ahora, en pública profesión de idolatría y de adoración diabólica».

No pude esperar más. Lo tomé entre mis brazos y lo abracé con un exceso de pasión. «Cuán lejos he estado —le dije— de entender la parte más esencial de un cristiano, a saber: amar el interés de la iglesia de Cristo y el bien de las almas de los demás hombres. Apenas he reconocido en qué consiste ser cristiano».

«Oh, señor, no digáis eso —replicó él—. La culpa no ha sido vuestra».

«No —concedí—. Mas ¿por qué nunca lo entendí tan bien como vos?».

«Aún no es tarde —contestó—. No os apresuréis demasiado a condenaros».

«Mas..., ¿qué podemos hacer ahora? —pregunté—. Ya sabéis que yo me voy...».

«¿Dais vuestro permiso —preguntó el sacerdote— para que yo lo hable con esos pobres hombres?».

«Claro, de todo corazón —respondí—. Y les obligaré a hacer caso de cuanto digáis».

«En eso debemos dejarlos a merced de la piedad de Cristo; mas sí es asunto nuestro ayudarlos, animarlos e instruirlos; y si me dais permiso, y así lo

bendice Dios, no dudo que estas pobres almas ignorantes entrarán en la casa del gran círculo de la cristiandad, si no en la fe particular que todos abrazamos, y eso ha de ocurrir mientras dure vuestra estancia aquí».

Al oírlo le dije: «No sólo os doy mi permiso, sino también un millar de gracias por ello». Lo que siguió a este relato lo mencionaré de nuevo donde corresponda.

Entonces lo urgí al respecto del tercer artículo de que se nos acusaba: «Bueno, en realidad —dijo— es de la misma naturaleza y procederé (con vuestro permiso) con la misma llaneza que antes: se trata de esos pobres salvajes de allá abajo que son, si puedo decirlo así, súbditos conquistados. Existe una máxima, señor, que todos los cristianos, sea cual sea su Iglesia, o su pretendida Iglesia, aceptan o deberían aceptar. A saber: que el conocimiento del cristianismo debe ser propagado por todos los medios disponibles y en toda ocasión posible. Ese es el principio por el que nuestra Iglesia envía misioneros a Persia, India y China; y así nuestros clérigos, incluso los de rango superior, se involucran de buena voluntad en los viajes más peligrosos y en la más arriesgada convivencia con asesinos y bárbaros, para enseñarles el conocimiento del Dios verdadero y para impulsarlos a abrazar la fe cristiana. Ahora, señor, tenéis una oportunidad de traer a treinta y siete pobres salvajes de la idolatría al conocimiento de Dios, su creador y redentor, y me pregunto cómo podéis dejar pasar semejante ocasión de hacer el bien, algo que merece la entrega de la vida entera de un hombre».

Esta vez sí que me quedé aturdido y sin ni una palabra que decir; ante mí tenía un espíritu del verdadero celo por Dios y la religión, cualquiera que fuese la clase de sus principios particulares. En lo que a mí respecta, ni siquiera se me había ocurrido pensar algo así y creo que jamás lo habría pensado, pues yo veía a aquellos salvajes como esclavos que hubieran cumplido tal función en el caso de tener trabajo para ellos o, en caso contrario, nos habría encantado transportarlos a cualquier otro lugar del mundo; nuestro objetivo era librarnos de su presencia y cualquier país del mundo nos hubiera parecido bueno para ellos siempre que no regresaran al suyo. Mas volvamos al caso: digo que me confundieron sus comentarios y no supe qué contestarle. Me miró con mucha solemnidad al ver mi desconcierto:

«Señor —dijo—, si lo que he dicho os ofende lo lamentaré mucho».

«No, no —respondí—, sólo me ofendo conmigo mismo. Pero lo que más me asombra no es pensar que no me he dado cuenta antes de esto, sino reflexionar en qué medida puedo darme cuenta ahora. Ya sabéis, señor —añadí—, en qué circunstancias me hallo: me dirijo a las Indias Orientales en una embarcación contratada por comerciantes para quienes supondría una injusticia insufrible que detuviéramos el barco aquí, pues durante todo este

tiempo el sueldo y los víveres de los hombres correrían a cuenta de los contratantes. Es cierto que pedí permiso para pasar aquí doce días y que si me quedo más tiempo debo pagar treinta y dos libras esterlinas por día de retraso; tampoco puedo retrasar me más de ocho días y ahora ya llevo trece aquí. De modo que estoy absolutamente incapacitado para involucrarme en esa tarea, salvo que acepte quedarme aquí de nuevo; en cuyo caso, si ese barco naufragara en cualquier parte de su viaje yo quedaría exactamente en la misma situación en que me encontraba al principio y de la que tan maravillosamente fui salvado».

Reconoció que el asunto se complicaba mucho por mi viaje, mas dejó a juicio de mi conciencia decidir si la bendición de salvar treinta y siete almas no merecía aventurar todo lo que tenía en el mundo. Yo no lo tenía tan claro como él y le contesté así: «Vaya, señor, sin duda es algo valioso servir de instrumento a la mano de Dios para convertir a treinta y siete paganos al conocimiento de Cristo; mas como vos sois eclesiástico y estáis más acostumbrado a estas tareas, que parecen corresponder de manera natural a vuestra profesión, ¿cómo es que no os ofrecéis a hacerlo personalmente, en vez de presionarme para que lo haga yo?».

Al oírme se dio la vuelta, justo ante mí mientras íbamos caminando, me obligó a detenerme del todo e hizo una reverencia muy pronunciada: «Doy gracias a Dios y a vos de todo corazón, señor —dijo—, por darme tan evidente pie a ocuparme de tan bendito encargo; y si consideráis que así quedáis libre del mismo y deseáis que yo me ocupe, lo haré con la mejor voluntad y consideraré que dar al fin con una tarea tan gloriosa es una feliz recompensa por todos los peligros y dificultades que he corrido en este viaje tan interrumpido y decepcionante». Descubrí una especie de raptó en su rostro mientras eso me decía; los ojos chispeaban como en un incendio, el rostro se inclinaba y el color le iba y venía como si estuviera sufriendo un ataque; en pocas palabras, estaba agotado por la agonía de embarcarse en semejante tarea. Hice una pausa considerable antes de decidir qué debía decirle, pues realmente me sorprendía encontrar un hombre de semejante sinceridad y celo, capaz de dejarse llevar por este más allá que cualquier hombre ordinario, no sólo de su misma fe, sino de cualquiera. Mas después de considerarlo un rato, le pregunté con solemnidad si lo decía en serio, si por la mera posibilidad de llevar a cabo un intento con aquella pobre gente estaba dispuesto a aventurarse a pasar tal vez la vida encerrado en una isla silvestre, sin saber siquiera si iba a ser capaz de hacerles un bien o no.

Se volvió bruscamente hacia mí y me preguntó por qué lo consideraba una aventura.

«Vaya, señor —me dijo—, ¿por qué creéis que consentí en ir con vos a las Indias Orientales?».

«Ah —contesté—, eso no lo sé, salvo que fuera para predicar a los indios».

«Sin duda fue por eso —respondió—. ¿Y os parece que la posibilidad de convertir a estos treinta y siete hombres a la fe de Cristo no merece mi tiempo, incluso si jamás me vuelven a sacar de esta isla? ¿Salvar tal cantidad de almas no tiene infinitamente más valor que mi propia vida o la de otros veinte de mi misma profesión? Sí, señor —concluyó—. Daría las gracias todos los días a Dios y a la Virgen bendita si pudiera convertirme en el instrumento menos feliz para salvar las almas de estos pobres hombres, aunque nunca pudiera volver a sacar el pie de esta isla, ni ver mi país natal. Mas como me hacéis el honor —prosiguió— de encargarme esta tarea (a cambio de lo cual rezaré por vos todos los días de mi vida), tengo una humilde petición que haceros —dijo él—. Además».

«¿De qué se trata?», pregunté.

«Bueno —dijo él—, de que me dejéis a vuestro hombre, Viernes, para que me haga de intérprete y para que me ayude, pues en caso contrario no podré hablar con ellos, ni ellos conmigo».

Me inquietó sensiblemente que me pidiera a Viernes, porque no podía ni pensar en separarme de él por muy diversas razones. Había sido mi compañero de viajes; no sólo era leal conmigo, sino sinceramente afectuoso en extremo y yo había decidido hacer algo importante para él si me sobrevivía, como era probable. Además, sabía que, como había criado a Viernes para que fuera protestante, le confundiría bastante que ahora lo impulsara a abrazar otra fe; y nunca, mientras mantuviera los ojos abiertos, podría creer que su antiguo amo era un hereje. Eso podía arruinar al fin los principios del pobre hombre y ponerlo de nuevo en la senda de su primera idolatría.

En cualquier caso, una idea repentina me alivió en aquel trance, y fue la siguiente: le dije que no podía decir que estaba dispuesto a separarme de Viernes de ninguna manera; aunque una tarea que para él era más importante que su vida debía ser para mí más valiosa que la conservación de un sirviente o su pérdida. Mas por otro lado estaba convencido de que Viernes no consentiría en separarse de mí en modo alguno; y obligarlo a hacerlo sin su consentimiento sería una injusticia manifiesta, pues le había prometido conservarlo siempre a mi lado y él se había comprometido a no separarse jamás de mí, salvo que yo lo apartara.

Pareció preocuparle mucho, pues no tenía ningún acceso razonable a aquella gente porque no entendía ni una palabra de su lengua, ni ellos de la suya. Para superar esa dificultad le dije que el padre de Viernes había aprendido español, idioma que él también entendía, y le serviría de intérprete; quedó mucho más satisfecho y ya nada pudo persuadirlo de no quedarse para intentar convertirlos. Sin embargo, la Providencia dio un giro muy feliz a este

asunto.

Regreso ahora a la primera parte de sus objeciones. Cuando llegamos a donde estaban los ingleses, los hice acudir a todos; tras el relato de lo que había hecho por ellos, es decir, de las provisiones de primera necesidad que les había aportado y de cómo se habían distribuido, de lo que eran bien conscientes y estaban muy agradecidos, empecé a hablarles de la vida escandalosa que llevaban y les conté que el clérigo había tomado nota de ello; con el argumento de que era una vida muy poco religiosa y nada cristiana, primero les pregunté si estaban casados o eran solteros. Enseguida me explicaron su situación y me mostraron que dos de ellos eran viudos y los otros tres, solteros. Les pregunté con qué conciencia podían tomar a aquellas mujeres y yacer con ellas como habían hecho, y llamarlas esposas y tener con ellas tantos hijos sin estar legalmente casados. Todos dieron la respuesta que esperaba, es decir, que no había nadie que pudiera casarlos; que habían acordado delante del gobernador conservarlas como esposas y mantenerlas y reconocerlas como tales; y que, según su forma de verlo, se consideraban tan casados legalmente como si los hubiera unido un párroco con todas las formalidades del mundo.

Les dije que sin duda estaban casados a los ojos de Dios, y que estaban comprometidos en conciencia a conservar a sus mujeres como esposas; pero que, como las leyes de los hombres eran distintas, podían fingir que no lo estaban y así abandonar en adelante a sus esposas e hijos; y que sus esposas, por tratarse de mujeres pobres, desoladas, carentes de amigos y de dinero, no tenían modo de ayudarse a sí mismas. En consecuencia, les dije que, salvo que se me garantizase la honestidad de sus intenciones, no podía hacer nada por ellos; en cambio, me ocuparía de que cuanto hiciera fuese en beneficio de sus mujeres e hijos; y que si no me daban garantías de que se iban a casar con ellas no me podría parecer conveniente que siguieran juntos como hombre y mujer; porque era escandaloso para los hombres, al tiempo que ofensivo para Dios, de quien no podrían esperar bendición si seguían igual.

Todo eso ocurrió como esperaba: me dijeron, sobre todo Will Atkins, que parecía hablar en nombre de los demás, que amaban a sus esposas igual que si hubieran nacido en su tierra natal y que no las dejarían por nada del mundo; que verdaderamente creían que sus esposas eran tan virtuosas y recatadas, y hacían cuando podían por ellos y por los niños, como cualquier otra mujer, y que de ningún modo se iban a separar de ellas. Will Atkins añadió por su propia cuenta que si alguien lo sacaba de allí y le ofrecía llevarlo a Inglaterra y hacerlo capitán del mejor barco de la marina, no se iría con él si no podía llevarse a su esposa y a sus hijos; y que si en el barco había algún sacerdote estaba dispuesto a casarse con ella en aquel mismo momento de todo corazón.

Era justo lo que yo quería. En aquel momento el sacerdote no estaba

conmigo, pero tampoco andaba lejos. Así que, para ponerlo a prueba, le dije que un sacerdote había venido conmigo y que si era sincero podía casarlo a la mañana siguiente, y le mandé pensárselo bien y hablarlo con los demás. Dijo que, por cuanto a él concernía, no necesitaba pensar nada porque estaba bien dispuesto a hacerlo y encantado de que yo llevara conmigo un ministro; además, creía que todos los demás también estarían dispuestos. Entonces le dije que mi amigo, el ministro, era francés y no hablaba inglés, pero yo haría de intérprete entre ellos. Ni siquiera me preguntó si era un papista o un protestante, como yo ciertamente temía. Mas ya digo que no lo preguntaron. Así que nos despedimos: yo volví con mi clérigo y Will Atkins se fue a hablar con sus compañeros. Expresé al caballero francés mi deseo de que no les dijera nada hasta que el asunto estuviera maduro y le conté la respuesta que me habían dado.

Aún no había abandonado su territorio cuando vinieron a mí y me dijeron que habían estado pensando en cuanto yo les dijera: que estaban encantados de oír que me acompañaba un clérigo y que estaban más que dispuestos a darme la satisfacción que les pedía y casarse formalmente tan pronto como yo quisiera. Nada más lejos de su voluntad que separarse de sus esposas; las habían escogido con la más honesta de las intenciones. Así que los cité para la mañana siguiente y les encargué que mientras tanto hicieran saber a sus esposas el significado de la ley del matrimonio; y que no era sólo para evitar el escándalo, sino también para obligarlos a no abandonarlas jamás, en ninguna circunstancia.

Las mujeres tomaron fácilmente consciencia del significado del asunto y se dieron por satisfechas, como no podía ser menos; así que no fallaron a la hora de aparecer todas juntas en mi residencia a la mañana siguiente, donde saqué a mi clérigo; aunque no vestía hábito de ministro a la manera de Inglaterra, ni de sacerdote a la manera de Francia, sí llevaba una prenda negra, algo parecido a una casaca, con un fajín alrededor, y su apariencia no se distinguía mucho de la de un ministro; por lo que respecta al lenguaje, yo le hacía de intérprete.

Sin embargo, la seriedad con que se comportó con ellos y los escrúpulos que mostró por casar a las mujeres por no estar bautizadas y profesar la fe cristiana, hizo que reverenciaran su persona; después de eso no hizo falta averiguar si era o no un clérigo.

Desde luego, yo llegué a temer que sus escrúpulos le llevaran al extremo de negarse a casarlos; aún más, pese a todo lo que pude decirle, se resistía con pudor pero con mucha firmeza; al fin, se negó absolutamente a casarlos si no podía hablar antes con los hombres y también con las mujeres; aunque al principio yo estaba más bien en contra, al fin accedí de buena voluntad, pues percibía la sinceridad de sus intenciones.

Cuando se acercó a ellos les hizo saber que yo le había explicado las circunstancias y el plan deseado; que tenía la mejor voluntad de cumplir con su parte en esa función y casarlos tal como era mi deseo; pero que antes de poder hacerlo debía tomarse la libertad de hablar con ellos. Les dijo que desde el punto de vista de toda clase de hombres, y en el sentido de las leyes de la sociedad, habían pasado todo ese tiempo viviendo en adulterio, y que era cierto que sólo si consentían en casarse, o en separarse de manera efectiva en aquel mismo momento, podían ponerle final; sin embargo, había también una dificultad al respecto de las leyes del matrimonio cristiano, con la que él no estaba del todo satisfecho. A saber: la de casar a un cristiano profeso con una salvaje, idólatra y pagana, alguien sin bautizar; de todos modos, no veía que quedara tiempo para intentar persuadir a las mujeres para que se bautizaran, o para que profesaran la fe de Cristo, de la que dudaba que hubieran oído hablar y sin la cual no se las podía bautizar.

Me dijo que dudaba que ellos mismos fueran poco más que regulares como cristianos; que tenían escaso conocimiento de Dios y de sus caminos y por tanto no podía esperar que hubieran dicho gran cosa a sus mujeres a ese respecto; mas que no podría casarlos si no le prometían esforzarse por persuadir a sus mujeres de que se hicieran cristianas e instruir las como buenamente pudieran en el conocimiento y la creencia en el Dios que las había creado y en la adoración al Cristo que las redimía; que no tendría nada que ver en la unión de cristianos con salvajes, ni era coherente con los principios de la religión cristiana y estaba expresamente prohibido por la ley de Dios.

Escucharon todo eso con mucha atención y yo lo traduje de su boca con toda fidelidad, tan cercano a sus propias palabras como pude, añadiendo sólo de vez en cuando algo de mi cosecha para convencerlos de lo justo que era y de que yo pensaba como él; en todo momento distinguí con mucha lealtad entre lo que decía por mí mismo y lo que eran palabras del clérigo. Me respondieron que cuanto había dicho el caballero era muy cierto, que ellos mismos eran cristianos regulares y que nunca habían hablado de religión con sus esposas.

«Señor, caballero —dijo Will Atkins—, ¿cómo íbamos a enseñarles nada de religión? Caramba, si nosotros mismos no sabemos nada; además, señor —añadió—, si les fuéramos a hablar de Dios y de Jesucristo, y del cielo y el infierno, sólo serviría para que se rieran de nosotros y nos preguntaran en qué creíamos. Y si les dijéramos que creíamos en todo lo que les contábamos, como que la gente buena va al cielo y la mala se va al diablo, donde pensábamos ir nosotros, que creemos en todo eso y sin embargo somos gente tan malvada, pues es cierto que lo somos. Vaya, señor —siguió Will—, al oírnos se habrían empachado de religión: antes de enseñar a los demás, la gente ha de mostrarse religiosa».

«Will Atkins —le contesté—, aunque me temo que hay mucho de cierto en cuanto decís, podríais explicar a vuestra mujer que se equivoca; que hay un Dios y una religión mejores que los suyos; que sus dioses son ídolos; que no pueden oír ni hablar; que hay un gran Ser que hizo todas las cosas y puede destruir todo cuanto ha hecho; que recompensa a los buenos y castiga a los malos; que será él quien al fin nos juzgue por todo lo que aquí hacemos. No sois tan ignorante como para impedir que hasta la naturaleza os enseñe que todo esto es cierto. Y me daré por satisfecho si sabéis que todo eso es cierto y vos mismo lo creéis».

«Es cierto, señor —dijo Atkins—, mas ¿con qué cara puedo decir nada de todo eso a mi esposa, si ella me contestará de inmediato que no puede ser cierto?».

«¿Que no es cierto? —exclamé—. ¿Qué queréis decir?».

«Bueno, señor —respondió—. Ella me dirá que no puede ser cierto; que este Dios (del que yo le hable) no puede castigar o recompensar, ya que a mí no me ha enviado al diablo pese a haber sido tan malvado como ella sabe que he sido, incluso con ella, y con todo el mundo; y que debería sufrir por haber actuado siempre tan en contra de lo que afirmo que es bueno y de lo que debería haber hecho».

«Ciertamente, Atkins —dije yo—, me temo que cuanto decís es demasiado cierto». Con eso, hice saber al clérigo cuanto Atkins había dicho, pues estaba impaciente por saberlo.

«Ah —dijo el sacerdote—, decidle que hay una cosa que lo convertirá en el mejor ministro del mundo para su esposa y es el arrepentimiento; nadie predica el arrepentimiento como los verdaderos penitentes. No necesita más que arrepentirse y entonces estará mucho mejor cualificado para instruir a su esposa; entonces podrá decirle que no sólo hay un Dios, ecuánime juez del bien y del mal, sino que es un ser misericordioso y, con infinita bondad y paciencia, se abstiene de castigar a quienes le ofenden, con la esperanza de su gracia y sin desear la muerte del pecador, sino que vuelva y viva; que a menudo sufre al ver que los hombres se mantienen en el mal durante mucho tiempo e incluso les reserva la condena para el día de la retribución general; que es clara prueba de la existencia de Dios y de su reino futuro el hecho de que los hombres justos no reciban su recompensa, ni los malvados su castigo, hasta que lleguen al otro mundo; eso le llevará a enseñar a su esposa la doctrina de la resurrección y del juicio final; basta con que él se arrepienta para que se convierta en un excelente predicador del arrepentimiento para su esposa». Repetí todo eso a Atkins, que se mantuvo todo el rato muy serio y, según pudimos percibir fácilmente, más que ordinariamente afectado, Estaba ansioso y apenas podía esperar a que yo terminara: «Todo eso lo sé, amo —

dijo—, y aún mucho más; pero no he tenido la impudicia de hablar a mi esposa en esos términos, cuando Dios y mi propia conciencia saben que he vivido como si jamás hubiera oído hablar de Dios, o de su reino futuro o de nada parecido, y mi esposa aportaría pruebas irrefutables contra mí. Y hablar de mi arrepentimiento... ¡Ay de mí! —En ese momento soltó un suspiro profundo y vi que las lágrimas se asomaban a sus ojos—. Ya me coge de vuelta».

«¿De vuelta, Atkins? —le pregunté—. ¿Qué queréis decir?».

«Sé muy bien lo que quiero decir, señor —respondió—. Quiero decir que es demasiado tarde; y eso es demasiado cierto».

Conté a mi clérigo lo que me había dicho, palabra a palabra. El pobre sacerdote celoso (debo llamarlo así, pues sea cual fuere su opinión, tenía sin duda un afecto muy singular por el bien de las almas de los demás hombres; y sería difícil pensar que no sentía lo mismo por la suya)... Digo, este hombre celoso y cariñoso no pudo reprimir sus lágrimas. Sin embargo, tras recuperarse me dijo: «Hacedle sólo una pregunta: ¿le parece bien que ya sea tarde? ¿O le preocupa y desearía que no fuera así?». Trasladé la pregunta con franqueza a Atkins. Él contestó con gran pasión:

«¿Cómo se iba a sentir cualquier hombre en una situación que sin duda terminará en la destrucción eterna?». Estaba lejos de sentirse bien; al contrario, creía que en un momento u otro aquello sería su ruina.

Le pregunté qué quería decir y contestó que creía que antes o después debería cortarse el cuello para poner fin al terror que le daba.

El clérigo meneó la cabeza con semblante de gran preocupación cuando le conté todo eso, mas enseguida se volvió hacia mí y dijo: «Si ese es el caso, podéis asegurarle que no es demasiado tarde. Cristo le dará arrepentimiento. Mas os ruego —insistió— que le expliquéis que como a un hombre sólo puede salvarlo Cristo y el mérito de su pasión, que le procura la compasión divina, ¿cómo puede ser demasiado tarde para que un hombre reciba su piedad? ¿Acaso cree que es capaz de pecar más allá del poder, o del alcance, de la piedad divina? Haced el favor de explicarle que tal vez llegue un tiempo en que la piedad provocada ya no se esfuerce más y en el que Dios se niegue a escuchar; mas nunca es demasiado tarde para que los hombres pidan compasión; y a los que somos siervos de Cristo se nos exige que prediquemos la piedad en todo momento, en el nombre de Jesucristo, a todos aquellos que se arrepientan con sinceridad; así que nunca es tarde para arrepentirse».

Trasladé todo eso a Atkins y él me escuchó con gran seriedad; mas parecía como si quisiera poner fin a la conversación porque me dijo que quería ir a hablar un poco con su esposa; así que se fue un rato y nosotros hablamos con

los demás. Percibí que todos eran estúpidamente ignorantes de los asuntos de la religión; tanto como yo cuando me aparté de mi padre en un desvarío; y sin embargo, ninguno de ellos se negó a escuchar cuanto se dijo; y todos prometieron con seriedad que hablarían de ello con sus esposas y se esforzarían por convencerlas para que se hicieran cristianas.

El clérigo me sonrió cuando le conté la respuesta que me habían dado, mas estuvo un rato sin decir nada; pero al fin meneó la cabeza. «Nosotros, los siervos de Dios —dijo—, no podemos más que exhortar e instruir; y cuando los hombres acatan, se someten al reproche y prometen lo que les pedimos, no podemos hacer más: estamos obligados a aceptar sus buenas palabras. Mas creedme, señor —añadió—, no importa lo que os hayan contado de la vida de ese hombre al que llamáis Will Atkins, creo que es el único converso sincero entre ellos. Entiendo que es el único que de verdad se arrepiente. No pierdo la esperanza con respecto a los demás, pero ese hombre está absolutamente golpeado por el sentido de su vida pasada; no dudo que cuando acuda a hablar de religión a su esposa, se convencerá efectivamente a sí mismo; pues el intento de enseñar a los demás es a veces la mejor manera de enseñarse a uno mismo. Conozco a un hombre —prosiguió— que apenas tenía más que una noción sumaria de la religión y, siendo malvado y disoluto en extremo en toda su vida, se reformó por completo al intentar convertir a un judío. Y si ese pobre Atkins empieza a hablar seriamente de Jesucristo a su esposa, aunque sólo sea una vez, apuesto mi vida a que se convencerá a sí mismo hasta la conversión total y hará de sí un penitente; a saber hasta dónde puede llegar».

Tras decir eso, en cualquier caso, y después de que ellos prometieran, como se ha dicho más arriba, esforzarse por persuadir a sus esposas de abrazar el cristianismo, casó a las otras tres parejas; sin embargo, Will Atkins y su mujer aún no habían regresado. Como mi clérigo llevaba un rato esperando, sintió curiosidad por saber adónde había ido Atkins; se volvió hacia mí y me dijo: «Os ruego, señor, que salgamos de este laberinto y miremos; me atrevo a afirmar que en algún lugar encontraremos a ese pobre hombre, hablando seriamente con su esposa y enseñándole ya algo relativo a la religión». Empezaba a pensar como él, de modo que salimos juntos y lo llevé por un sitio que sólo conocía yo, donde los árboles estaban plantados tan juntos que resultaba difícil ver nada entre el follaje y aún más si se miraba desde fuera hacia dentro; al llegar al límite del bosque vi a Atkins, con su morena esposa salvaje, sentados a la sombra de un matorral, enfrascados en conversación. Me detuve hasta que el clérigo llegó a mi altura y luego, tras mostrarle dónde estaban, permanecimos quietos mirándolos un buen rato.

Observamos que él hablaba muy seriamente con ella y señalaba hacia el sol y a todas las zonas del cielo; luego la tierra y después el mar; finalmente se señaló a sí mismo, a ella, el bosque, los árboles.

«Ahora —dijo el clérigo— veréis que mis palabras han servido. El hombre está predicando a su esposa, fijaos; ahora le está diciendo que nuestro Dios los ha creado a él, a ella, los cielos, la tierra, el mar, los bosques, los árboles, etcétera».

«Creo que sí», contesté.

A continuación, vimos que Will Atkins se levantaba de un salto, caía de rodillas y alzaba ambas manos; supusimos que decía algo, mas no podíamos oírlo; estaba demasiado lejos. Permaneció de rodillas apenas medio minuto y luego se sentó de nuevo junto a su esposa y se puso a hablarle otra vez. Percibimos que ella lo escuchaba con mucha atención, pero no sabíamos si decía algo o no. Mientras el pobre hombre estaba de rodillas pude ver cómo las lágrimas corrían en abundancia por las mejillas del clérigo; y a duras penas pude yo reprimirme, mas a los dos nos causó una gran aflicción no estar lo suficientemente cerca para oír algo de cuando se decían.

Bueno, en cualquier caso no podíamos acercarnos más por miedo a molestarlos, así que decidimos seguir mirando hasta el final aquella conversación en silencio, y la situación nos habló con toda claridad sin necesidad de voz alguna. Él volvió a sentarse, como ya he dicho, a su lado y se puso a hablarle con gran intensidad. Dos o tres veces vimos que la abrazaba con pasión; en otra ocasión le vimos sacar un pañuelo y secarle las lágrimas; luego volvió a besarla con una especie de trance poco usual; tras varios de esos raptos vimos que se levantaba de nuevo con un salto repentino y le tendía la mano para ayudarla a ponerse en pie y, a continuación, tras llevarla de la mano uno o dos pasos, se arrodillaron juntos y permanecieron así un par de minutos.

Mi amigo ya no pudo aguantar más y exclamó: «¡San Pablo, san Pablo, detén los rezos!». Temeroso de que Atkins lo oyera, le supliqué que se contuviera un momento para que pudiéramos ver el fin de aquella escena que para mí, debo confesarlo, era lo más emocionante, y al mismo tiempo lo más agradable que había visto en mi vida. Bueno, luchó consigo mismo y se contuvo un rato más, pero le dio tal raptó de alegría al pensar que la pobre pagana se había hecho cristiana que ya no pudo contenerse más. Soltó varios sollozos; luego abrió las manos, trazó la señal de la cruz sobre el pecho y pronunció varias jaculatorias para agradecer a Dios aquel testimonio tan milagroso del éxito de nuestros esfuerzos; algunas las dijo en voz baja y no pude oír las bien; otras fueron audibles. Algunas en latín, otras en francés; luego, las lágrimas de alegría lo interrumpieron dos o tres veces y no pudo decir ni palabra. Mas le rogué que se calmara y nos dejara observar de modo más detallado y completo lo que estaba ocurriendo ante nuestros ojos, cosa que hizo durante un rato, y vimos que la escena aún no había terminado; cuando el pobre hombre y su esposa volvieron a levantarse vimos que él

seguía dirigiéndose a ella con gran intensidad; y por los movimientos de la esposa advertimos que lo que él decía la afectaba en gran manera, pues alzaba con frecuencia los brazos, se llevaba una mano al pecho y adquiría otras posturas de las que por lo común expresan una gran seriedad y atención. Eso se prolongó durante cerca de un cuarto de hora y luego se alejaron, de modo que ya no pudimos verlos más en situación.

Aproveché el intervalo para hablar con mi clérigo. Lo primero que le dije fue que estaba encantado de haber visto los detalles que ambos acabábamos de presenciar; que, pese a ser poco crédulo en esa clase de circunstancias, empezaba a pensar que todo había sido muy sincero, tanto por parte del hombre como de su esposa, por muy ignorantes que fueran ambos; y que esperaba que semejante principio tuviera un final aún más feliz.

«Y quién sabe —le dije—. Quizás estos dos, con el tiempo, por medio de la instrucción y el buen ejemplo, se trabajen a algunos de los demás».

«¿Algunos? —contestó él, volviéndose de prisa hacia mí—. Qué va, todos. Puede darlo por hecho. Si estos dos salvajes (pues, según vuestro relato, él no ha sido mucho mejor que eso) pueden abrazar a Jesucristo, no se detendrán hasta que hayan contagiado a todos los demás; porque la verdadera religión es comunicativa por naturaleza y una vez que alguien se hace cristiano ya no deja tras de sí pagano alguno si puede evitarlo».

Admití que ese pensamiento correspondía a un principio muy cristiano y era testimonio de su auténtico celo, así como de la generosidad de su corazón. «Sin embargo, amigo mío —le dije—, ¿me concedéis la libertad de plantear una dificultad? No puedo poner ni la menor objeción al afectuoso interés que mostráis por la conversión de esta gente del paganismo a la religión cristiana; sin embargo, no veo cómo puede consolaros si tenemos en cuenta que esta gente, según vuestro punto de vista, queda fuera de la protección de la Iglesia católica, sin la cual vos mismos creéis que no hay salvación posible; de modo que en vuestra opinión siguen siendo herejes y, por otras razones, tan perdidos como los propios paganos».

Contestó, con abundante candor y caridad cristiana, del siguiente modo: «Señor, yo soy católico, de la Iglesia romana, y sacerdote de la orden de San Benedicto, y abrazo los principios de la fe romana. Sin embargo, si queréis creerme, y no lo digo como un cumplido, ni por respeto a mis circunstancias y vuestra cortesía; digo, en cualquier caso, que no dejo de mirar a quienes se consideran reformistas con cierta caridad; no me atrevo a decir, aun a sabiendas de que es nuestra opinión general, que no podáis salvaros; de ningún modo pienso limitar la piedad de Cristo hasta el extremo de pensar que no puede recibirnos en el regazo de su Iglesia de algún modo imperceptible que nosotros no podamos reconocer. Y espero que vos tengáis la misma caridad

para con nosotros. Rezo a diario para que regreséis a la Iglesia de Cristo gracias a cualquier método que Él, que todo lo sabe, tenga a bien escoger. Mientras tanto, estoy seguro de que concederéis que es coherente que, como romano, distinga entre un protestante y un pagano; entre quien reconoce a Jesucristo, así sea de un modo que a mí no me parece acorde con la verdadera fe; y un salvaje, un bárbaro, que no conoce a Dios ni a Cristo ni al redentor en absoluto; y si no estáis bajo la protección de la Iglesia católica, esperamos que os encontréis más cerca de reingresar en ella que aquellos que ni siquiera conocen la existencia de Dios o de su Iglesia. Me regocijo, en consecuencia, cuando veo a este hombre, que como vos mismo decís ha sido un disoluto y casi un asesino, arrodillarse para rezar a Jesucristo, como suponemos que acaba de hacer, aun si no ha sido iluminado del todo: creo que Dios, de quien proceden todas estas obras, tocará con sensatez su corazón y lo acercará al mayor conocimiento de la verdad cuando corresponda; y si Dios influye para que este pobre hombre convierta e instruya a su mujer, una salvaje ignorante, no puedo creer que él mismo vaya a ser abandonado; ¿acaso no tengo razones para el regocijo cuanto más se acerquen al conocimiento de Cristo, aun si no llegan a entrar del todo en el regazo de la Iglesia católica en el momento en que yo lo desearía y queda en manos de la bondad de Dios el perfeccionamiento de su obra en el momento adecuado y a su manera? Por supuesto, me alegraría que todos los salvajes de América pasaran, como esta pobre mujer, a rezarle a Dios, aun si todos hubieran de convertirse en protestantes al principio, mejor que si continuaran siendo paganos y ateos; creo firmemente que Aquel que les ha arrojado las primeras luces, les mandará más adelante un rayo de su gracia celestial y los llevará hasta el umbral de su Iglesia cuando le parezca oportuno».

CAPÍTULO VII

Me asombró la sinceridad y el temperamento de ese papista, verdaderamente pío, tanto como me oprimió la fuerza de su razonamiento y a continuación se me ocurrió que si dicho temperamento fuera universal podríamos ser todos cristianos católicos, sin importar la fe particular que cada uno profesara; que un espíritu de caridad enseguida nos convencería de los principios correctos y, en pocas palabras, igual que él creía que esa caridad nos haría católicos a todos, yo le dije que si todos los miembros de su Iglesia mostraran la misma moderación que él tardarían poco en ser protestantes; y decidimos dejarlo ahí, pues nunca discutíamos del todo.

De todos modos, se lo dije de otra manera y tomándolo de la mano: «Amigo mío —le dije—, ojalá todos los clérigos de la Iglesia romana

estuvieran bendecidos por la misma moderación y compartieran una porción de vuestra caridad. Soy por entero de vuestra misma opinión, mas debo deciros que si predicarais esa doctrina en España, o en Italia, os pondrían en manos de la Inquisición».

«Tal vez fuera así —respondió él—. No sé qué harían en España y en Italia, más no diré que esa severidad los convierta en mejores cristianos, pues estoy seguro de que no hay herejía en el exceso de caridad».

Bueno, mientras no volvieran Will Atkins y su esposa, no teníamos nada más que hacer allí, así que desanduvimos el camino. Y al llegar los encontramos allí, esperando nuestra llamada. Al verlo pregunté a mi clérigo si debíamos desvelar a Atkins que lo habíamos visto en los matorrales; él opinó que no, pero que debíamos hablar con él y ver qué quería contarnos. Así que lo llamamos aparte a un lugar en el que sólo estábamos nosotros y empecé yo a hablar con él como sigue:

«Will Atkins —le dije—, por favor, ¿qué clase de educación habéis recibido? ¿A qué se dedicaba vuestro padre?».

W. A.: Era mejor hombre de lo que jamás pueda ser yo. Señor, mi padre era clérigo.

R. C.: ¿Qué educación os dio?

W. A.: Él me hubiera educado bien, señor; mas yo despreciaba toda educación, instrucción o corrección, como bestia que era.

R. C.: Es cierto, lo dice Salomón: «Aquel que desprecia el reproche, se comporta como una bestia».

W. A.: Sí, señor, sin duda yo era un bruto. Por el amor de Dios, maté a mi padre, señor. No hace falta hablar más: maté a mi padre.

Sacerdote: ¡Ja! ¿Un asesino?

[Aquí el sacerdote se sobresaltó (pues yo le traducía todas las palabras que se iban diciendo) y empalideció: al parecer, creía que Will había matado de verdad a su padre].

R. C.: No, no, señor, yo no lo creo así. Will Atkins, explicaos: no matasteis a vuestro padre con vuestras propias manos, ¿verdad?

W. A.: No, señor. No le corté el cuello, mas sí corté el hilo de todos sus consuelos y le acorté los días. Le partí el corazón con el pago más ingrato y desnaturalizado a cambio del trato más tierno y afectuoso que jamás dio padre alguno, ni recibió ningún hijo.

R. C.: Bueno, no os he preguntado por vuestro padre para provocar esta confesión: ruego a Dios que os conceda el arrepentimiento y que os perdone

este pecado y todos los que hayáis cometido. Mas os he preguntado porque veo que, pese a no tener gran formación, no sois tan ignorante como otros al respecto de la bondad de ciertas cosas; en materia de religión, lo que habéis aprendido supera con mucho a vuestra práctica.

W. A.: Aunque vos no hayáis provocado esta confesión sobre mi padre, señor, sí lo ha hecho mi conciencia; y siempre que miramos hacia atrás en nuestra vida, los pecados contra nuestros padres indulgentes son sin duda lo primero que nos afecta; las heridas provocadas son más profundas; y la carga que dejan pesa más sobre nuestra mente que cualquier otro pecado que podamos haber cometido.

R. C.: Habláis con demasiado sentimiento y sensibilidad para mí, Atkins. No puedo soportarlo.

W. A.: Soportadlo, señor. Me atrevo a decir que no sabéis de qué hablo.

R. C.: Sí, Atkins. Cada playa, cada monte, no, puedo afirmar que cada árbol de esta isla es testigo de la angustia de mi alma por mi ingratitud y el vil maltrato que di a un padre bueno y tierno; un padre muy parecido al vuestro, por cómo lo describís; y yo lo maté igual que vos, Will Atkins; mas por todo eso pienso que mi arrepentimiento también es menor que el vuestro, y con mucho.

[De haber sido capaz de contener mis pasiones, hubiera seguido hablando; mas me parecía que el arrepentimiento de aquel hombre era mucho más sincero que el mío y que debía abandonar allí la conversación y retirarme, pues estaba tan sorprendido con lo que él decía y pensaba que, en vez de dedicarme a enseñarle e instruirlo, se había convertido él en mi profesor e instructor del modo más sorprendente e inesperado].

Explicué todo eso al joven clérigo, que estaba en gran medida afectado por ello, y él me preguntó: «¿Acaso no os dije, señor, que si este hombre se convertía en un verdadero penitente yo dejaría de ser necesario aquí, pues él solo cristianizaría a toda la isla?». Mas como ya me había recuperado un poco renové mi conversación con Will Atkins.

«Pero, Will —le pregunté—, ¿cómo que sólo ahora os afecta este asunto?».

W. A.: Señor, me habéis propuesto una tarea que ha clavado un dardo en mi alma; he estado hablando de Dios y de religión con mi esposa, tal como me indicasteis, con la intención de hacer de ella una cristiana; y ella me dedicó un sermón que no olvidaré mientras viva.

R. C.: No, no; no es vuestra esposa quien predica; es que mientras le estabais planteando argumentos religiosos, vuestra conciencia os los ha lanzado de vuelta.

W. A.: Así es, señor; y con una fuerza que no se puede resistir.

R. C.: Os ruego, Will, que nos hagáis partícipes de cuanto se dijo entre vos y vuestra señora; pues algo sé ya.

W. A.: Señor, es imposible ofreceros el relato completo; estoy demasiado lleno para contenerme y sin embargo no tengo lengua capaz de expresarlo; mas sea lo que fuera lo que ella me ha dicho, por mucho que yo no sea capaz de contároslo, sí puedo afirmar que he decidido corregirme y reformar mi vida.

R. C.: Mas decidnos algo, al menos. ¿Cómo empezó, Will? Porque se trata de un caso extraordinario, sin duda; si ha obtenido esto de vos, sí que ha predicado un buen sermón.

W. A.: Bueno, primero le hablé de la naturaleza de nuestras leyes de matrimonio y de cuáles eran las razones que obligaban a hombres y mujeres a establecer esos compromisos que luego ninguno de los dos tiene capacidad de romper; que de lo contrario no podrían mantenerse el orden y la justicia y los hombres huirían de sus esposas, abandonarían a sus hijos, se mezclarían en plena confusión y no habría manera de mantener unida una familia, ni de que las herencias se transmitieran por descendencia legal.

R. C.: Habláis como alguien educado, Will. ¿Habéis logrado que entienda lo que significa la herencia y la familia? Entre los salvajes no saben qué es eso, mas igualmente se casan sin parar mientes en sus relaciones, en la consanguinidad o en la familia; dos hermanos, o peor aún, según me han contado, incluso padre e hija, y hasta hijo y madre.

W. A.: Creo, señor, que os han informado mal. Mi esposa me asegura que, por el contrario, lo aborrecen. Tal vez para otro tipo de relaciones no sean tan cuidadosos como nosotros; pero según me dice, en esas relaciones de las que habla nunca se tocan entre sí.

R. C.: Bueno, ¿y qué opina acerca de lo que le dijisteis?

W. A.: Ha dicho que le gustaba mucho; y que era mucho mejor que en su país.

R. C.: Pero ¿le habéis contado en qué consiste el matrimonio?

W. A.: Claro, claro, ahí empezó todo el diálogo. Le he preguntado si estaba dispuesta a casarse conmigo a nuestra manera. Me ha preguntado en qué consistía esa manera. Le he explicado que el matrimonio estaba dictado por Dios; entonces hemos tenido una conversación verdaderamente extraña, como nunca han tenido marido y mujer, creo.

[Nota: El diálogo entre W. Atkins y su esposa, según lo anoté por escrito justo después de que él me lo contara, se desarrolló como sigue]:

Esposa: ¡Dictado por tu Dios! ¿Cómo? ¿En tu país hay un Dios?

W. A.: Sí, querida; Dios está en todos los países.

Esposa: Tu Dios en mi país, no; mi país tiene el gran viejo dios Benamuckee.

W. A.: Chiquilla, no soy el más adecuado para decirte dónde está Dios. Dios está en el cielo, es el hacedor del cielo y de la tierra y de cuanto se encuentra en ellos.

Esposa: No hacer el cielo. No, tu dios no hizo la tierra. No hizo mi país.

[Will Atkins se rio un poco al oírle decir que Dios no había hecho su país].

Esposa: No reír. ¿Por qué reír de mí? Esto no para reír.

[Justa reprimenda de su esposa, pues al principio ella se lo había tomado más en serio que él].

W. A.: Tienes toda la razón; no me reiré más, querida. Esposa: ¿Por qué dices que tu Dios lo hizo todo? W. A.: Sí, hija, nuestro Dios hizo el mundo entero y a ti y a mí, y todas las cosas, pues es el único Dios verdadero; no hay más Dios que él; vive en los cielos para siempre.

Esposa: ¿Por qué no me lo has dicho antes?

W. A.: Tienes razón, sin duda; pero yo era un malvado desgraciado y no sólo había olvidado enseñarte nada hasta ahora, sino que yo mismo vivía sin Dios en mi mundo.

Esposa: ¿Mas si tienes gran dios en tu país y no lo conoces? ¿Ni le dices O? ¿Ni haces nada bueno por él? ¡No es imposible!

W. A.: Demasiado cierto es: vivimos como si Dios no estuviera en los cielos, o no tuviera poder en la tierra.

Esposa: Pero ¿por qué permite Dios que lo hagas?

¿Por qué no te obliga vivir bien?

W. A.: Todo es por culpa nuestra.

Esposa: Pero dices que es grande, muy grande, tiene grande poder; puede matar si quiere; ¿por qué no te mata cuando no le sirves, cuando no le dices O, cuando no eres buen hombre?

W. A.: Es cierto; podría matarme de golpe y yo debería esperármelo pues he sido un desgraciado malvado, es cierto. Mas Dios es misericordioso y no nos trata como merecemos.

Esposa: Pero, entonces, ¿no das gracias a Dios también por eso?

W. A.: No. Ciertamente, no he dado gracias a Dios por su piedad, del mismo modo que no le tuve miedo por su poder.

Esposa: Entonces tu Dios no Dios; yo no creer que él sea así, con tanto poder, tan fuerte; ¿que no te mate aunque le hagas enfadar tanto?

W. A.: ¿Qué? ¿Acaso mi perversa vida te va a impedir creer en Dios? ¡Qué horrenda criatura soy! Y qué triste verdad es esta, que las vidas horribles de los cristianos impiden la conversión de los paganos.

Esposa: ¿He de creer que tienes un mucho Dios allí arriba (señaló hacia el cielo) y aun así no eres bueno, no haces el bien? ¿Lo sabe él? Seguro que no sabe lo que haces.

W. A.: Sí, sí. Lo sabe y lo ve todo; nos oye hablar, ve lo que hacemos, sabe lo que pensamos aunque no lo digamos.

Esposa: ¿Qué? ¿No oye cuando juras, maldices, pronuncias feas palabras?

W. A.: Sí, sí, lo oye todo.

Esposa: ¿Dónde está entonces su gran fuerza y poder? W. A.: Es misericordioso; es todo cuanto podemos decir. Y eso demuestra que se trata del Dios verdadero; es Dios y no hombre, por eso no nos consume.

[Aquí Will Atkins nos dijo que le había horrorizado pensar que había podido decir a su esposa con tanta claridad que Dios ve, oye y conoce los pensamientos secretos de nuestro corazón y todo cuanto hacemos; y que aun así él se hubiera atrevido a hacer todas aquellas vilezas].

Esposa: ¡Misericordioso! ¿A qué te refieres?

W. A.: Es nuestro padre y creador; se compadece de nosotros y nos perdona.

Esposa: Entonces, si él nunca matar, nunca enfadar cuando tú hacer el mal, entonces él tampoco es bueno, o no es poderoso.

W. A.: Sí, sí, querida mía; es infinitamente bueno y grande, y también poderoso para el castigo; a veces, para mostrar su justicia y su venganza, da rienda suelta a su rabia para destruir a los pecadores y dar ejemplo; muchos se quedan solos con sus pecados.

Esposa: Pero no matar a ti todavía; entonces decirte, a lo mejor, que no matarte para que tú regatear con él, tú hacer cosas malas él no enfadar contigo, ¿aunque enfadarse con otros hombres?

W. A.: No, claro, todos mis pecados son una osadía contra su bondad; y sería infinitamente justo si me destruyera, como ha hecho a otros hombres.

Esposa: Bien, pero no matar, no hacerte muerte. ¿Qué le dices por eso?

¿No le das las gracias?

W. A.: Soy un perro ingrato, desagradecido. Es cierto.

Esposa: ¿Por qué no hacerte mucho más mejor? Dices que hacerte él.

W. A.: Él me creó, igual que creó el mundo entero; soy yo quien se ha estropeado, ha abusado de su bondad y ha hecho de mí una desgracia abominable.

Esposa: Yo gustar tu Dios conocer. Yo no hacer enfadar; no hacer cosas malas.

[Aquí Will Atkins dijo que se le había partido el corazón al oír a una pobre e ignorante criatura expresar el deseo de aprender a conocer a Dios, siendo él tan perverso que no podía ni decirle una palabra sobre Dios, más allá de algunas cosas que a ella le parecería poco razonable creer, visto su comportamiento; qué va, ella ya no podía creer en Dios porque alguien tan perverso como él no había sido destruido].

W. A.: Querida, quieres decir que te gustaría que te enseñara a conocer a Dios, no que él te conozca a ti; porque ya te conoce, y sabe todos los pensamientos que anidan en tu corazón.

Esposa: Pues entonces sabe lo que yo decir ahora: sabe que deseo conocerle; ¿cómo conoceré a mi creador?

W. A.: Pobre criatura; él ha de enseñarte, yo no puedo; rezaré para que él te enseñe a conocerlo; y a perdonarme por no ser digno de enseñarte.

[El pobre tipo estaba sumido en tal agonía porque ella hubiera expresado el deseo de aprender a conocer a Dios, y de conocerlo, que dijo que se había postrado de rodillas ante ella, y había rezado a Dios para que iluminara la mente de su esposa con la gracia del conocimiento de Cristo y con el perdón de sus propios pecados y la capacidad de aceptar que él era un indigno instrumento para instruirla en los principios de la religión. A continuación, se sentó de nuevo a su lado y continuaron el diálogo].

Nota: Eso ocurrió en el momento en que lo vimos arrodillarse y alzar las manos.

Esposa: ¿Para qué te arrodillas? ¿Para qué levantas las manos? ¿Qué dices? ¿Con quién hablas? ¿Qué es esto?

W. A.: Querida, doblo las rodillas en muestra de mi sumisión a Él, que me creó; le digo O, como tú lo llamas, y como dices que hacen los ancianos de tu tierra con el ídolo Benamuckee; o sea, le rezo.

Esposa: ¿Para qué decir O?

W. A.: Le he pedido que te abra los ojos y el entendimiento para que puedas conocerlo y para que él te acepte.

Esposa: ¿También puede hacer eso?

W. A.: Sí, puede; puede hacer cualquier cosa.

Esposa: ¿Pero él no oír?

W. A.: Sí, él nos mandó que le rezáramos; y prometió escucharnos.

Esposa: ¿Mandar? ¿Cuándo mandar? ¿Tú oír hablar? W. A.: No, no lo oímos; pero se nos ha revelado de muchas maneras.

[Aquí se vio en grandes dificultades para lograr que entendiera que Dios se nos había revelado por medio de la palabra; y cuál era esa palabra. Al fin, se lo dijo así]:

W. A.: Dios habló a unos cuantos hombres buenos en tiempos pasados, incluso desde el cielo, con palabras llanas; e inspiró a esos hombres buenos con su Espíritu; y ellos escribieron todas sus leyes en un libro.

Esposa: Yo no entender: ¿dónde estar ese libro?

W. A.: ¡Ay de mí! Mi pobre criatura, no tengo el libro; mas espero tenerlo antes o después, conseguirlo para que lo puedas leer.

[Aquí la había abrazado con gran afecto, mas con una pena inexpresable por no tener una Biblia].

Esposa: ¿Pero cómo demostrar a mí que Dios enseñó a esos hombres a escribir ese libro?

W. A.: Por la misma regla que nos sirve para saber que es Dios.

Esposa: ¿Qué regla? ¿Cómo saber?

W. A.: Porque él nos enseña y ordena sólo lo que es bueno, justo y santo y tiende a hacernos absolutamente buenos, así como absolutamente felices; y porque prohíbe, y nos ordena evitar, todo aquello que sea perverso, que sea malo por sí mismo o por sus consecuencias.

Esposa: Eso yo entender y quiere ver; si premiar cosas buenas, castigar lo perverso; enseñar las cosas buenas y prohibir las perversas; crear todas cosas, dar todas cosas; escuchar cuando decir O, como hacer ahora tú mismo; me hace buena si querer ser buena; perdonar y no matar cuando no portarme bien. Dices que hacer todo eso: sí, es un gran Dios; yo aceptar, pienso, creer que es un gran Dios; yo decir O a él contigo, querido.

Aquí el pobre hombre dijo que ya no podía aguantar más; la levantó y la hizo arrodillarse a su lado; y rezó a Dios en voz alta para pedir que la

instruyera en su conocimiento por medio del Espíritu; y que por la bondad de la Providencia, antes o después, si era posible, tuviera una Biblia para que pudiera leer la palabra de Dios y aprender a conocerlo por sus propias lecciones.

[Se trataba del momento en que le habíamos visto tomarla de la mano para ponerla en pie y luego arrodillarse juntos, como he contado antes].

Al parecer, luego tuvieron una serie de conversaciones demasiado largas para reflejarlas aquí; en particular, su esposa le hizo prometer que, ya que había confesado que su vida había sido una perversa y abominable provocación contra Dios, la iba a reformar para no enfadar nunca más a Dios, pues de lo contrario Él podría hacerle muerte, tal como ella lo decía, y entonces se quedaría sola y no podría aprender a conocer mejor a aquel Dios; y él sería desgraciado, pues así le había contado que se sentían los hombres malos después de la muerte.

Fue un relato extraño y muy emocionante para nosotros dos, mas en particular para el joven clérigo; efectivamente, se llevó una asombrosa sorpresa, mas quedó muy afligido porque no podía hablar con ella; no podía hablar inglés para que ella lo entendiera; y como el poco que hablaba era muy imperfecto, tampoco podía entenderla a ella. De todas formas, se volvió hacia mí y me dijo que creía que con aquella mujer se podía hacer algo más que casarla. Al principio no lo entendí, pero luego se explicó con más detalle: había que bautizarla.

Enseguida estuve de acuerdo con él en ese aspecto y fui partidario de que se hiciera de inmediato. «No, no, esperad, señor —dijo—. Aunque yo no dudaría en bautizarla, debo observar que Will Atkins, su marido, la ha traído, de manera maravillosa, al deseo de abrazar la vida religiosa; y le ha dado ideas justas de la existencia de un Dios, de su poder, su justicia y su piedad; sin embargo, quisiera saber por él si le ha dicho algo de Jesucristo y de la salvación de los pecadores; de la naturaleza de su fe en él y de la redención por medio de él; del Espíritu Santo de la resurrección, del juicio final y del reino futuro».

Llamé de nuevo a Will Atkins y se lo pregunté: sin embargo, el pobre hombre rompió a llorar de inmediato y nos contó que algo le había dicho de todos aquellos asuntos, pero él mismo era una criatura tan malvada y su conciencia le reprochaba tanto su vida horrible y alejada de Dios, que se había echado a temblar por miedo a que, al conocerlo mejor, ella prestara a esas cosas menos atención de la debida y terminara por condenar la religión en vez de acogerse a ella. Sin embargo, según dijo, ella le había asegurado que su mente estaba bien dispuesta a recibir las debidas impresiones de todas esas cosas y que, si yo conversaba con ella, me resultaría satisfactoriamente

evidente que mis esfuerzos no se iban a echar a perder.

En consecuencia, la hice llamar y, situándome como intérprete entre mi religioso sacerdote y la mujer, le rogué que empezara con ella. Estoy seguro de que ningún sacerdote papista ha predicado un sermón como aquel en estos últimos tiempos en el mundo: como le dije, me parecía que tenía todo el celo, todo el conocimiento y toda la sinceridad de un cristiano sin los errores de un católico romano; y que, como clérigo, lo consideraba igual que los obispos romanos antes de que la Iglesia romana se otorgara la soberanía espiritual sobre las conciencias de los hombres.

En pocas palabras, consiguió que la pobre mujer abrazara el conocimiento de Cristo y de la redención que nos ofrece, no sólo con asombro y extrañeza, como había hecho con las primeras nociones de Dios, sino con afecto y un sorprendente grado de comprensión, apenas imaginable y aún más difícil de expresar: ella misma pidió ser bautizada.

Mientras él se preparaba para bautizarla, le supliqué que llevara a cabo el oficio con cierta precaución para que el hombre no se diera cuenta de que pertenecía a la Iglesia romana, si era posible; para evitar las consecuencias negativas que se derivarían de las diferencias entre nosotros al respecto de la religión en que pretendíamos instruir a los demás. Me dijo que, como no disponía de una iglesia consagrada, ni de los utensilios apropiados para el oficio, yo mismo vería cómo lo hacía de tal modo que nadie pudiera apreciar que era católico romano si no lo sabía de antemano, y así fue: como apenas se dirigió unas pocas palabras a sí mismo en latín, que yo no pude entender, volcó un plato lleno de agua sobre la cabeza de la mujer, al tiempo que pronunciaba en francés y en voz muy alta el nombre «Mary» (el que su marido me había pedido que le diéramos, pues yo era el padrino), «yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»; de modo que nadie hubiera reconocido a qué religión pertenecía. Después dio la bendición en latín; sin embargo, Will Atkins creyó que hablaba en francés, o en aquel momento no se dio ni cuenta.

En cuanto hubo terminado, los casó; luego, celebrado ya el matrimonio, se volvió hacia Will Atkins y de manera muy afectuosa le exhortó no sólo a perseverar en la buena disposición mostrada, sino a apoyar las convicciones que había adquirido con la decisión de reformar su vida; le explicó que manifestar su arrepentimiento era en vano si no abandonaba las faltas; le hizo ver que Dios lo había honrado al usarlo como instrumento de la llegada de su esposa al conocimiento de la religión cristiana; y que tuviera cuidado en no deshonorar la gracia de Dios; y que si lo hacía, se encontraría con que la pagana era mejor cristiana que él: ¡la salvaje, convertida, y el instrumento, arruinado!

Les dijo muchas cosas buenas a ambos y luego los encomendó, en pocas

palabras, a la bondad divina; les dio de nuevo la bendición, mientras yo les repetía todo en inglés; y así terminó la ceremonia. Creo que fue el día más placentero y agradable que he pasado en toda mi vida.

Mas mi clérigo no había terminado todavía; continuamente daba vueltas en su pensamiento a la conversión de los treinta y siete salvajes; y de buena gana se hubiera quedado en la isla para ocuparse personalmente; sin embargo, lo convencí, en primer lugar, de que era del todo impracticable que se ocupara él; en segundo, que tal vez yo pudiera encargarme de que se hiciera, en su ausencia, a su satisfacción; de lo cual daré noticia en su momento.

Tras dejar de ese modo los asuntos de la isla bien encaminados, me preparaba ya para embarcar cuando el joven al que había rescatado de entre la famélica tripulación de aquel barco se acercó a mí y me dijo que había llegado a sus oídos que yo llevaba conmigo a un clérigo y que le había encargado casar a los ingleses con aquellas salvajes a las que llamaban esposas; que él también tenía una unión, esta entre cristianos, y deseaba verla cumplida antes de mi partida, pues esperaba que no me pareciera objetable.

Sabía que debía referirse a la joven criada de su madre, pues no había otra cristiana en toda la isla. Así que empecé a convencerlo para que no hiciera una cosa así con precipitación o por sentirse en soledad. Le hice ver que tenía una considerable posición en el mundo y buenos amigos, según me habían dado a entender él mismo y también la criada; que ella no sólo era pobre y sirvienta, sino también desigual a él, pues tenía veintiséis o veintisiete años, mientras que él no superaba los diecisiete o dieciocho; que muy probablemente, con mi ayuda, podría salir de aquella tierra desierta y regresar de nuevo a su país y, en ese caso, la probabilidad de que se arrepintiera de aquella elección era de mil a una, y el repudio de la circunstancia podría resultar desventajoso para ambos. Iba a decir más cosas, pero él me interrumpió con una sonrisa y me dijo, con gran pudor, que mis sospechas eran infundadas: que no se le había ocurrido nada parecido, pues su circunstancia presente estaba llena de melancolía y desconsuelo; que le encantaba oír que yo había pensado en alguna manera de llevarlos de nuevo a su país; que no tenía ningún interés en quedarse allí, pero el viaje que yo emprendía era exageradamente largo y arriesgado y lo hubiera alejado demasiado del alcance de todos sus amigos; que lo único que quería pedirme era que lo instalara en alguna pequeña propiedad en la isla; que le diera uno o dos sirvientes y algunos artículos de primera necesidad y él se instalaría como plantador en espera del buen momento en que, si yo alguna vez regresaba a Inglaterra, lo redimiría; esperaba que no me olvidara de él al regresar; que me daría algunas cartas para sus amigos de Londres, para hacerles saber lo bien que me había portado con él y en qué parte del mundo lo había dejado, y en qué circunstancias; y me prometió que, cuando lo redimiera, la plantación y todas las mejoras que él hubiera conseguido en ella,

fuera cual fuese su valor, serían mías por completo.

Fue un discurso muy bien presentado, teniendo en cuenta su juventud, y me resultó aún más aceptable cuando me aseguró que la unión no era para él. Le di todas las garantías posibles de que, si vivía lo suficiente para regresar sano y salvo a Inglaterra, entregaría sus cartas y me encargaría de sus asuntos con eficacia y que podía confiar en que yo nunca olvidaría en qué circunstancias lo dejaba. Sin embargo, yo seguía impaciente por saber quién era el que iba a casarse; fue entonces cuando me dijo que se trataba de mi Chico para Todo y Susan, su criada.

Me quedé muy agradablemente sorprendido cuando dijo quiénes formaban la pareja, porque sin duda me parecía muy apropiado. Ya he descrito el carácter de ese hombre; en cuanto a la criada, era una joven muy honesta, recatada, seria y religiosa; tenía una buena porción de sensatez; era bastante agradable como persona, hablaba con belleza e iba al grano; siempre con decencia y buenas maneras y no le costaba hablar cuando se le requería, ni se lanzaba con impertinencia cuando no le incumbía; muy aplicada y doméstica para cuanta tarea se le pusiera por delante; una excelente gestora, preparada incluso para haber sido gobernadora de toda la isla; sabía muy bien cómo comportarse con cualquier clase de gente que la rodeara y, si la hubiera podido encontrar allí, también con gente mejor.

Una vez propuesta la unión, los casamos aquel mismo día: y como yo hice de padre en el altar, por así decirlo, y la entregué, le di también una porción a ella, pues adjudiqué para ella y su marido una parcela de tierra grande y hermosa para su plantación: sin duda esa unión, junto a la propuesta que el joven caballero me había hecho para que le concediera una pequeña propiedad en la isla, me obligó a parcelarla para todos, de modo que más adelante no se fueran a pelear por la situación.

Dejé el reparto de tierras en manos de Will Atkins, quien por cierto se había convertido en el tipo más serio, grave y responsable, reformado por completo, pío y religioso en extremo y, en la medida en que se me pueda permitir que hable en tono positivo de un caso semejante, de verdad creo que era un penitente sincero y auténtico.

Lo dividió todo con tal justicia, y de manera tan satisfactoria para todos, que sólo me pidieron una escritura general de mi puño y letra, que yo hice redactar y firmé y sellé para ellos, en la que se establecían las fronteras y la situación de la plantación que correspondía a cada hombre y se daba testimonio de que por medio de aquel acto yo entregaba a varios de ellos el derecho a la entera posesión y transmisión en herencia de las respectivas plantaciones o granjas, con sus correspondientes ampliaciones, tanto para ellos como para los suyos; me reservaba el resto de la isla para mi propiedad y

establecía una determinada renta para cada plantación particular al cabo de once años si yo, o cualquiera en mi nombre, acudía a reclamarla presentando una copia compulsada de aquella misma escritura.

En cuanto al gobierno y las leyes con que debían manejarse, les dije que no me sentía capaz de darles normas mejores de las que pudieran otorgarse ellos mismos; sólo les hice prometerme que vivirían en amor y buena vecindad entre ellos; y luego me preparé para dejarlos.

Hay algo que no debo omitir y es que, instalados ahora en una especie de comunidad entre ellos, y con muchas tareas pendientes, se hacía extraño tener a treinta y siete indios viviendo en un rincón de la isla, independientes y, desde luego, desaprovechados; más allá de obtener provisiones para comer, cosa que ya de por sí les resultaba a veces demasiado difícil, no tenían asuntos ni propiedades que gestionar: en consecuencia, propuse al gobernador español que fuera a verlos con el padre de Viernes y les propusiera que se trasladaran y, o bien plantaran algo para ellos mismos, o bien se integraran en las familias como sirvientes, mantenidos por su trabajo sin llegar a ser esclavos del todo, pues de ninguna manera iba yo a permitir que se les esclavizara a la fuerza, ya que con su capitulación habían obtenido la libertad y por ser artículos de su rendición no podían incumplirse.

Aceptaron la propuesta con la mejor voluntad y vinieron muy alegres con él; así que les adjudicamos tierras y plantaciones y tres o cuatro de ellos las aceptaron. Los demás, en cambio, escogieron emplearse como sirvientes en las distintas familias que se habían instalado. Así, mi colonia quedó establecida del siguiente modo: los españoles poseían mi plantación original, convertida en capital de la isla, y extendida por ellos, a lo largo de la orilla del arroyo que se convertía luego en el riachuelo que tantas veces he descrito ya, hasta mi glorieta; a medida que aumentaban los cultivos, se extendían siempre hacia el este. Los ingleses vivían en la parte noreste, donde habían empezado Will Atkins y sus camaradas, y se extendían hacia el sur y el suroeste, en dirección a la parte trasera del territorio de los españoles; todas las plantaciones tenían mucha tierra disponible para anexionar, llegada la ocasión, de modo que no tenían que pelearse entre ellos por falta de espacio.

Todo el extremo oeste de la isla quedaba deshabitado, de modo que si desembarcaban allí los salvajes, podían llegar e irse tranquilamente si sólo lo hacían para sus barbaridades habituales: mientras no molestaran a nadie, nadie los molestaría; y sin duda, a menudo acudían a la playa y se volvían a ir enseguida, pues nunca llegó a mis oídos que los colonos hubieran sufrido nuevos ataques o disturbios.

CAPÍTULO VIII

Entonces se me ocurrió que había insinuado a mi amigo el clérigo que tal vez en su ausencia se pudiera resolver de manera satisfactoria para él la tarea de convertir a los esclavos; le dije que ahora el asunto me parecía bien encaminado, pues al estar los esclavos así repartidos entre los cristianos, suponiendo que cada uno de estos cumpliera su parte con los que le quedasen a mano, cabía la esperanza de que surtiera efecto.

Enseguida estuvo de acuerdo: «Suponiendo —dijo— que cada uno cumpla su parte. Mas ¿cómo conseguiremos que lo hagan?». Le dije que podíamos reunirlos y encargales la tarea, o hacerlo de uno en uno, y le pareció mejor la segunda opción. Así que nos dividimos la faena: él debía hablar con los españoles, que eran todos papistas, y yo con los ingleses, que eran protestantes. Y a todos les recomendamos muy seriamente y les hicimos prometer que nunca harían distinción entre papistas y protestantes a la hora de exhortar a los salvajes para que se convirtieran al cristianismo, sino que los instruirían en el conocimiento general de la verdad de Dios y de Cristo, su salvador: del mismo modo, nos prometieron que nunca mantendrían diferencias ni disputas entre ellos a propósito de la religión.

Al llegar a casa de Will Atkins (si puedo llamarla así, pues no creo que hubiera en el mundo otra casa como aquella, ni una obra semejante de cestería), digo que al llegar descubrí que la joven antes mencionada y la esposa de William Atkins habían intimado. Y aquella joven prudente y religiosa había perfeccionado la obra comenzada por Will Atkins; aunque no habían pasado más de cuatro días de lo que he relatado anteriormente, aquella salvaje recién bautizada era tan buena cristiana que prácticamente nunca he oído de un caso como el suyo en todas mis observaciones y conversaciones por el mundo.

A la mañana siguiente, antes de reunirme con ellos, lo primero que se me ocurrió fue que no había incluido una Biblia entre todos los artículos de primera necesidad que debía dejarles; ello demuestra que mi consideración por ellos era menor que la que mostrara por mí mi buena amiga, la viuda, cuando me envió un cargo de cien libras desde Lisboa, en el que incluyó tres biblias y un libro de oraciones. De todos modos, la caridad de aquella buena mujer tuvo un alcance mayor de lo que ella había imaginado, pues las biblias se reservaron para el consuelo y la instrucción de gente que iba a hacer mejor uso que yo de las mismas.

Me eché una de las biblias al bolsillo y, al llegar a la casa, o choza, de William Atkins, descubrí que la joven y la esposa bautizada de Atkins habían estado juntas hablando de religión (pues William me lo hizo saber con gran

alegría). Pregunté si aún estaban juntas y él me dijo que sí. Entonces entré en la casa, y él conmigo, y las vimos juntas, enfrascadas en una conversación muy solemne. «Ay, señor —dijo William Atkins—, cuando Dios tiene que reconciliar consigo a los pecadores, o ha de atraer a los ajenos, nunca quiere un mensajero; mi esposa ha encontrado una nueva instructora: yo sabía que era tan indigno como incapaz de ocuparme de esa tarea; esta mujer ha sido enviada por los cielos, por sí sola podría convertir a toda una isla de salvajes». La joven se sonrojó y se levantó para alejarse, mas yo le pedí que permaneciera quieta: le dije que llevaba un buen trabajo entre manos y que esperaba que Dios bendijera su tarea.

Hablamos un poco y me pareció que no tenían ningún libro, aunque no lo pregunté. En lugar de hacerlo, me llevé la mano al bolsillo y saqué mi Biblia.

«Tened —dije a Atkins—. Os he traído una ayuda con la que hasta ahora quizá no contabais». El hombre estaba tan confuso que no fue capaz de decir nada durante un rato; sin embargo, recuperándose, la cogió con las dos manos y se volvió hacia su esposa:

«Toma, querida —le dijo—, ¿acaso no te dije que nuestro Dios, pese a vivir allí arriba, podía oír lo que decimos? He aquí el libro por el que recé cuando nos arrodillamos juntos bajo el matorral; Dios nos ha oído y nos lo envía». Después de decir eso, el hombre cayó en tal trance de alegría apasionada que, entre la felicidad que le proporcionaba tener una Biblia y el afán por agradecerse, las lágrimas le corrían por la cara como a los niños cuando lloran.

La mujer se sorprendió y estuvo a punto de caer en un error del que ninguno de nosotros se daba cuenta, pues creía firmemente que Dios había enviado el libro a petición de su marido: es cierto que fue providencialmente así y que podría darse por hecho de modo consecuente; sin embargo, me pareció que no hubiera implicado ninguna dificultad en ese momento persuadir a la pobre mujer para que creyera que había llegado un mensajero urgente del cielo a propósito para entregar aquel libro en particular; sin embargo, era un asunto demasiado serio para usarlo para un engaño, así que me volví hacia la joven y le dije que no queríamos engañar a la conversa, siendo aún su conocimiento tan reciente e ignorante, y le suplicamos que le explicara que se puede decir en propiedad que Dios responde a nuestras peticiones cuando, por medio de su providencia, llegan a pasar cosas de ese tipo, tal como lo hemos pedido, de una manera particular; sin embargo, no esperamos envíos del cielo de una manera específica y milagrosa; por fortuna para nosotros mismos.

La mujer hizo con eficacia lo que le pedía; por eso puedo asegurar que en este caso no hubo artimañas sacerdotales; de lo contrario se me habría

antojado uno de los más injustificables fraudes del mundo; mas la sorpresa de alegría de Will Atkins era verdaderamente inexplicable y podemos estar seguros de que no implicaba engaño alguno. Sin duda, nunca ha habido en el mundo un hombre tan agradecido por nada de ese tipo como lo estaba él por aquella Biblia. Y creo que nunca hombre alguno se alegró por una Biblia con tan buenas razones; aunque había sido una criatura muy disoluta, desesperada, terca, indignante, furiosa y malvada en grado extremo, ese hombre se convirtió para todos nosotros en ejemplo vivo de cómo educar bien a nuestros hijos. Es decir, que los padres nunca deberían renunciar a la tarea de enseñar e instruir, ni tampoco desconfiar del éxito de sus esfuerzos, por muy obstinados, tercios o, al parecer, inmunes a la educación que fueran sus hijos. Porque si alguna vez Dios en su providencia toca las conciencias de esos hombres, la fuerza de su educación regresa a ellos y la temprana instrucción de los padres no se echa a perder, aunque puede pasar muchos años dormida, pues antes o después puede aportar sus beneficios.

Así ocurría con aquel pobre hombre. Por muy ignorante que fuera, por mucho que careciera de religión y conocimiento cristianos, había descubierto que ahora tenía que negociar con gente más ignorante que él mismo y que hasta la porción más pequeña que pudiera recordar de la instrucción que le había dado su buen padre le resultaba útil.

Entre otras cosas dijo que le había venido a la mente lo mucho que su padre solía insistir en el inexpresable valor de la Biblia, el privilegio y la bendición que significaba para las naciones, las familias y las personas; mas él no había tenido ni la menor noción de ese valor hasta ese momento, cuando necesitaba la ayuda del oráculo escrito para poder hablar con paganos, salvajes y bárbaros.

La joven también se alegró mucho de la aparición de la Biblia, aunque ella tenía una y el joven otra, ambas en el barco, entre las provisiones que aún no se habían desembarcado. Y ahora, como ya he dicho tantas cosas sobre esta joven, no puedo omitir el relato de una historia que trata más de ella que de mí, y que contiene algo muy informativo y digno de mención.

Ya he relatado las penurias a que se había visto reducida la pobre mujer; cómo había sufrido el hambre su señora hasta el punto de morir a bordo del barco que rescatamos en alta mar; y cómo, ante las tribulaciones sufridas por toda la compañía del barco, tanto la dama como su hijo y la criada habían sido mal provistos al principio y, al final, totalmente despojados de comida; es decir, llevados hasta el último extremo del hambre.

Un día, mientras conversaba con ella sobre las privaciones que habían sufrido, le pregunté si podía describir qué había sentido al pasar hambre y cómo lo había pasado. Me dijo que creía poder y luego contó su historia con la

siguiente claridad:

«Primero, señor —dijo—, lo habíamos pasado bastante mal durante unos cuantos días y habíamos sufrido mucha hambre, pero al fin nos quedamos sin nada de comida de cualquier clase salvo azúcar, un poco de vino y un poco de agua. Al cabo de un día de no recibir nada de comida, hacia el atardecer me sentí primero vacía y algo mareada de estómago, y al caer la noche me entraron ganas de bostezar y sueño; me tumbé en un sillón en el camarote grande para dormir y lo hice durante tres horas y me desperté algo recuperada porque me había tomado un vaso de vino antes de acostarme. Cuando llevaba unas tres horas despierta, hacia las cinco de la madrugada, me sentí vacía y de nuevo mareada y volví a acostarme, pero no pude conciliar el sueño, de tan débil y enferma como estaba; así continué todo el segundo día, con un extraño cambio; primero hambrienta, luego mareada, y con náuseas de vómito. La segunda noche, obligada a acostar me de nuevo sin haber tomado más que un trago de agua fresca, y mientras dormía, soñé que estaba en las Barbados y que el mercado estaba abarrotado de provisiones, de las que compraba algunas para mi señora y luego me iba a cenar con todas las ganas.

»Después de eso creía que mi estómago estaba lleno, como lo hubiera estado tras una buena cena, o durante la misma, pero al despertarme me encontré extremadamente desanimada al verme en manos del hambre: ya me había bebido el último vaso de vino que nos quedaba y le había puesto azúcar para que tuviera algo de espíritu con el que suplir la nutrición; mas al no haber sustancia alguna en mi estómago para dar trabajo a la función digestiva, resultó que el único efecto del vino era levantar unos humos desagradables desde el estómago a la cabeza; y durante un rato, según me dijeron, me quedé atontada y sin sentido como un borracho.

»Al tercer día, por la mañana, tras una noche de sueños incoherentes, extraños y confusos, y más en duermevela que durmiendo, me desperté famélica y furiosa del hambre; y me pregunto, si no llega a ser porque recuperé el entendimiento y lo conquisté, digo que me pregunto si, en el caso de haber sido yo una madre con un crío pequeño, su vida hubiera estado a salvo conmigo.

»Eso duró unas tres horas, durante las cuales estuve por dos veces enloquecida de ira como cualquier criatura de un manicomio, según me dijo mi joven señor, como él mismo podrá informaros.

»En uno de esos ataques de locura o enajenación, ignoro si por el movimiento del barco o por un tropezón mío, caí y me golpeé la cara contra una esquina de un camastro en el que yacía mi señora y la contusión hizo que me brotara la sangre por la nariz y el chico que atendía el camarote me trajo un cuenco pequeño. Me senté y perdí una buena cantidad de sangre y, mientras el

líquido me abandonaba sentí que me recuperaba y que la violencia de la llamarada, o de la fiebre en que estaba sumida, se calmaba, igual que la parte más rabiosa de mi hambre.

»Luego me mareé y sentí retortijones, pero no podía vomitar porque no tenía nada que devolver en la tripa. Después de sangrar un rato me desmayé y todos creyeron que estaba muerta; mas volví en mí poco después y entonces sentí un dolor tan horrendo en el estómago que no sabría describirlo, no era como un cólico, sino una comezón de la ansiedad por comer, algo parecido, supongo, a los anhelos de una mujer embarazada. Bebí otro trago de agua con azúcar, pero mi estómago lo rechazaba y me hizo devolverlo todo; luego bebí un trago de agua sin azúcar y ese sí lo retuve y después me acosté rezando con todo mi corazón para que Dios tuviera a bien llevarseme; y, tras calmar mi mente con esa esperanza, dormité un poco y luego, al despertar me, creí morir de tan ligera como estaba por los vapores del estómago vacío: encomendé mi alma a Dios y deseé seriamente que alguien me lanzara al mar.

»Durante todo ese tiempo mi señora estaba tumbada a mi lado expirando, según creo, pero lo sobrellevaba con mucha más paciencia que yo y dio hasta la última miga de pan a su hijo, mi joven señor, que se hubiera negado a aceptarlo, mas ella lo obligó a comer y creo que eso le salvó la vida.

»Hacia la mañana me volví a dormir y cuando me desperté caí primero en un violento ataque de llanto y luego en un segundo arranque de hambre violenta, de manera que me levanté con un hambre voraz y sumida en la más horrenda condición. Si mi señora llega a estar muerta, pese a lo mucho que la quería estoy segura de que hubiera comido un bocado de su carne con todo el regocijo y sin la menor preocupación, igual que había comido siempre la carne de cualquier criatura servida como alimento: una o dos veces estuve a punto de morderme el brazo. Al fin vi el cuenco lleno de la sangre que me había brotado por la nariz el día anterior; corrí hacia él y me lo tragué con tal prisa y un apetito tan voraz como si me hubiera parecido imposible que nadie bebiera sangre y temiera que en cualquier momento me la fueran a quitar.

»Sin embargo, cuando ya la había devorado me invadieron pensamientos de horror, aunque había servido para aplacar el ataque de hambre; bebí un trago de agua dulce y después permanecí calmada y recuperada durante unas horas. Era el cuarto día; así aguanté hasta la noche, cuando, en el espacio de tres horas pasé una y otra vez por todos esos estados diversos, a saber: mareada, adormecida, ansiosa de hambre, con dolor de estómago, muerta de hambre otra vez, y así cada cuarto de hora; y mis fuerzas gastadas en extremo. Por la noche me acosté y no encontré consuelo más que en la esperanza de morir antes de que amaneciera.

»No concilié el sueño en toda esa noche, mas el hambre se había

convertido ahora en enfermedad y me entró un cólico terrible, con calambres, como si en vez de comida el viento hubiera dado con el camino hasta mis tripas; en esa condición permanecí tumbada hasta la mañana, cuando me sorprendieron un poco los gritos y lamentos de mi joven señor, quien me advertía a gritos de que su madre había muerto. Me incorporé sólo un poco, pues no tenía fuerzas para poner me en pie, mas descubrí que no estaba muerta, aunque apenas parecía capaz de dar alguna pequeña señal de vida.

»Entonces tuve tales convulsiones en el estómago por falta de sustancia que no sería capaz de describirlas, con unos frecuentes tirones y pinchazos de hambre que sólo las torturas de la muerte podrían imitar. En esta condición me hallaba cuando oí que los marinos de cubierta gritaban: “¡Una vela! ¡Una vela!” y saludaban y daban botes como si estuvieran enajenados.

»No pude levantarme de la cama, y mucho menos mi señora; y mi señor estaba tan mareado que creí que fallecía; así que no podíamos abrir la puerta del camarote ni conseguir que nos contaran qué había ocasionado semejante combustión; tampoco habíamos mantenido ninguna conversación con la compañía del barco durante dos días, pues nos habían dicho que no les quedaba ni un bocado de comida en todo el barco; y luego nos dijeron que habían creído que estábamos muertos.

»Esa era la horrible condición en que nos hallábamos cuando fuisteis enviado a salvar nuestras vidas; vos, señor, sabéis tan bien como yo, o incluso mejor, en qué estado nos encontrasteis».

Así fue su relato y me pareció la descripción más clara que confieso haber oído jamás de lo que supone morir de hambre, y la encontré sobremanera entretenida; estoy en condiciones de creer que era cierto, pues el joven me contó una buena parte del mismo, si bien admito que no con tanta claridad y sentimiento como su criada, más bien porque parece que su madre lo alimentó aun a costa de la propia vida; mas la pobre criada, aunque su constitución era más fuerte que la de su señora, que tenía más edad y una complexión débil, pudo luchar con más fuerza; digo que se supone que la pobre criada debió de sentir el sufrimiento antes que su señora, a quien se permitía conservar los últimos bocados algo más de tiempo antes de cederlos para auxiliar a la criada. Sin ninguna duda, tal como se ha contado aquí, si no hubiera aparecido tan providencialmente nuestro barco, o cualquier otro, unos pocos días más habrían puesto fin a sus vidas, salvo que lo hubiesen evitado comiéndose entre sí; e incluso eso, en sus circunstancias, les hubiera servido durante bien poco tiempo, pues estaban a más de quinientas leguas de cualquier tierra o de cualquier posibilidad de auxilio salvo que se produjera de manera tan milagrosa como efectivamente se dio. Mas quede esto entre paréntesis; regreso a cómo dejé dispuestas las cosas entre la gente.

Primero debo observar aquí que por muchas razones no me pareció apropiado decirles nada del balandro que había construido y que pensaba dejar a su disposición, porque encontré, al menos en mi primer viaje, tal semilla de división entre ellos que vi con toda claridad que si sacaba el balandro y lo ponía en sus manos, al mínimo disgusto se habrían separado y alejado entre sí; o quizá se harían piratas y así convertirían la isla en una madriguera de ladrones, en vez de en una plantación de gente seria y religiosa, como yo deseaba; por la misma razón, tampoco les dejé los dos cañones que llevaba a bordo, ni los cañones extra del alcázar que mi sobrino había cargado: me parecía que tenían armas suficientes para defenderse en una guerra contra cualquiera que los quisiera invadir; mas no quería armarlos para una guerra ofensiva, ni para animarlos a desplazarse con la intención de atacar a otros, cosa que, al final, no habría supuesto más que ruina y destrucción para ellos y todas sus empresas. Me reservé el balandro, en consecuencia, y las armas, para darles otros usos que ya comentaré en su momento.

He terminado ya con la isla; los dejé a todos en buenas circunstancias y en situación floreciente y embarqué de nuevo el día 5 de mayo, tras haber pasado veinticinco días con ellos; como estaban todos resueltos a quedarse en la isla hasta que yo regresara para llevármelos, les prometí que enviaría nuevos auxilios desde Brasil, si encontraba la manera de dar con la ocasión; en particular, les prometí enviar algo de ganado, como ovejas, cerdos y vacas: nos habíamos visto obligados a matar las dos vacas y terneras que llevábamos desde Inglaterra por la excesiva duración del viaje, pues no teníamos heno para alimentarlas.

Al día siguiente, tras despedirnos con una salva de cinco cañonazos, zarpamos y llegamos a Bahía de Todos los Santos, en Brasil, al cabo de veintidós días; no encontramos nada digno de destacar en el trayecto, salvo que, tras unos tres días de navegación, con el viento en calma y una fuerte corriente que empujaba hacia el norte noreste y nos llevaba a una bahía, o golfo, en el lado de tierra, nos desviamos algo de nuestro curso; y una o dos veces nuestros hombres exclamaron que veían tierra al oeste; más de ningún modo podíamos decir si se trataba del continente o de alguna isla.

Aun así, al tercer día, hacia el atardecer, con el mar liso y el tiempo calmo, vimos que el agua parecía cubierta en dirección a la tierra con algo muy negro y no pudimos descubrir qué era; sin embargo, al cabo de un tiempo, nuestro primer oficial se subió hasta la mitad de un obenque y, mirando con algo de perspectiva, exclamó que se trataba de un ejército. Yo no podía ni imaginar qué quería decir por ejército y me apresuré demasiado a llamarlo estúpido, o algo parecido: «No, señor —dijo—, no os enojéis, pues se trata de un ejército con su correspondiente flota; pues creo que son un millar de canoas y vos mismo las veréis acercarse a remo, ya que vienen hacia nosotros a gran

velocidad y van llenas de hombres».

Me quedé algo sorprendido, igual que el capitán, mi sobrino; porque él había oído historias terribles sobre aquella gente en la isla y, como nunca había navegado por aquellos mares, no sabía qué pensar de ello, mas dijo dos o tres veces que nos devorarían a todos. Debo confesar que, teniendo en cuenta que el viento estaba en calma y con una fuerte corriente en contra que nos empujaba hacia la costa, a mí aún me gustó menos; sin embargo, le dije que no tuviera miedo, que mandara anclar el barco en cuanto estuviéramos suficientemente cerca para saber que debíamos tratar con ellos.

El tiempo seguía en calma y ellos se acercaron a buen ritmo; así que mandé anclar y coger un rizo en todas las velas. En cuanto a los salvajes, les dije que no debían temer de ellos más que el fuego; en consecuencia, debían sacar los botes y amarrarlos, uno cerca de la proa y el otro junto a la popa, y cargarlos de hombres y esperar a ver qué pasaba en esa posición; lo hice con la intención de que los hombres de los botes estuvieran listos, con mantas y cubos, para apagar cualquier fuego que aquellos salvajes pretendieran encender en la parte exterior del barco.

En esa disposición los esperamos y al poco rato llegaron hasta nosotros: nunca un cristiano se enfrentó a una visión tan horrible: mi oficial se había equivocado de largo al calcular cuántos eran, me refiero al millar de canoas: lo máximo que llegamos a contar cuando se acercaron fueron unas 126; aun así eran muchos los hombres, pues en algunas iban hasta dieciséis o diecisiete, o incluso más, y seis o siete en las que menos.

Al acercarse más a nosotros, parecían asombrados y maravillados ante algo que, sin duda, veían por primera vez y de lo que, al principio, según entendimos más adelante, ni siquiera sabían qué pensar. De todos modos, se aproximaron con atrevimiento y parecía que iban a rodearnos remando, pero nosotros avisamos a los hombres de los botes que no los dejaran acercarse demasiado. A consecuencia de dicha orden se produjo una escaramuza que no habíamos deseado, pues cinco o seis de las canoas grandes se acercaron tanto a nuestra chalupa que nuestros hombres les indicaron por gestos que se alejaran, cosa que ellos entendieron muy bien y cumplieron; mas cuando se retiraban nos llegaron unas cincuenta flechas que procedían de las canoas y uno de los tripulantes de la chalupa quedó malherido. Sin embargo, ordené que no disparasen en ningún caso; bajamos unas tablas al bote y el carpintero les preparó enseguida una especie de parapeto para defenderlos de las flechas de los salvajes, si volvían a disparar.

Al cabo de una media hora llegaron en grupo por la popa, tan cerca que distinguíamos con facilidad sus rasgos, aunque no podíamos adivinar sus intenciones; me resultó fácil comprobar que eran algunos de mis viejos

amigos, el mismo tipo de salvajes con los que había tenido relación. En poco tiempo remararon un poco más hacia mar abierto para quedar en perpendicular a nosotros, y entonces empezaron a remar directamente hacia el barco hasta que llegaron tan cerca que podían oírnos hablar. En ese momento ordené a todos los hombres que permanecieran juntos por si nos disparaban más flechas, y que tuvieran listas las armas; como estaban tan cerca que nos podían oír, mandé a Viernes a cubierta para que se dirigiera a ellos en su lengua y averiguase qué pretendían. No supe si lo habían entendido o no; el caso es que en cuanto los llamó, seis salvajes que iban en la primera canoa, la más cercana a nosotros, giraron el bote para quedar de espaldas, se agacharon y nos enseñaron las espaldas desnudas; no sabíamos si era un desafío o una mera muestra de desprecio, o una señal de descanso; mas de inmediato Viernes gritó que iban a disparar y, por desgracia para él, pobre tipo, soltaron unas trescientas flechas y, para mi inexpresable dolor, mataron al pobre Viernes, pues no tenían otro hombre a la vista. El pobre fue alcanzado por no menos de tres flechas, y otras tantas le cayeron muy cerca; ¡qué pésimos tiradores eran!

Tanto me molestó la pérdida de mi viejo y fiable sirviente y compañero que de inmediato mandé cargar cinco cañones con munición pequeña y cuatro con balas grandes, para mandarles una andanada como no hubieran oído en su vida. No estaban todavía a medio cable náutico de distancia cuando disparamos; nuestros cañoneros apuntaron tan bien que tres o cuatro canoas volcaron, según pudimos deducir, por un solo disparo. Los malos modales de mostrarnos la espalda no nos habían ofendido; tampoco sabía a ciencia cierta si ellos podían entender aquello que entre nosotros se entendería como el mayor desprecio. Yo había decidido disparar cuatro o cinco cañonazos cargados sólo con pólvora, sabiendo que eso bastaría para asustarlos; mas cuando nos empezaron a tirar flechas con toda la furia de que eran capaces, y sobre todo después de que mataran al pobre Viernes, a quien yo tenía en tanto amor y tanta estima, sin duda con pleno merecimiento por su parte, pensé que ya no sólo era justificable ante Dios y los hombres, sino que me hubiera encantado volcar todas las canoas que allí había y ahogar a todos sus tripulantes.

No puedo decir a cuántos matamos y herimos con aquella andanada, mas sin duda nunca se había visto entre una multitud tanto terror y tantas prisas; en total había unas trece o catorce canoas volcadas, con todos sus tripulantes nadando; los demás, enajenados de puro miedo, remaban para alejarse tan deprisa como pudieran, sin preocuparse apenas de aquellos cuyos botes habían quedado partidos o dañados por nuestra artillería: así que supongo que muchos se perdieron; y nuestros hombres rescataron a un pobre desgraciado que nadaba para salvar la vida. Al cabo de una hora, más o menos, habían desaparecido todos.

Los pequeños disparos de nuestro cañón debieron de matar y herir a una gran cantidad, pero, en resumen, nunca supimos cómo les había afectado; huyeron tan veloces que, al cabo de tres horas, más o menos, ya no veíamos más que tres o cuatro canoas que luchaban todavía; tampoco volvimos a ver nunca a los demás, pues aquella misma tarde se levantó una leve brisa y levamos anclas para partir hacia Brasil.

Teníamos ciertamente un prisionero, pero la criatura estaba tan amargada que se negaba a comer y hablar. A todos nos parecía bien que se muriera de hambre, mas yo encontré la manera de curarlo: hice que lo montaran en la chalupa y le hicieran creer que, si se negaba a hablar, lo volveríamos a tirar al mar para dejarlo donde lo habíamos encontrado; como no surtía efecto, lo tiraron de verdad y hasta se alejaron de él: entonces él los siguió, pues flotaba como un corcho, y los llamó en su lengua, aunque ellos no conocían ni una palabra de cuanto decía. En cualquier caso, al fin lo recogieron de nuevo y entonces empezó a ser más tratable; yo nunca había tenido la intención de que lo dejaran ahogarse.

De nuevo navegábamos, pero yo era la criatura más desconsolada sobre la tierra por la ausencia de mi Viernes; de buen grado habría regresado a la isla para llevarme a uno de los que quedaban allí, pero no podía ser; así que seguimos adelante. Teníamos, como ya he dicho, un prisionero; pasó largo tiempo sin que consiguiéramos hacerle entender nada, mas llegado el momento nuestros hombres le enseñaron algo de inglés y empezó a ser un poco más tratable; luego le preguntamos de qué país procedía, pero no supimos interpretar su respuesta; su habla era tan extraña, tan llena de guturales y articulada en la garganta de un modo hueco y extraño, que nunca conseguimos que pronunciase una palabra. Todos opinábamos que aquella lengua se podía hablar hasta con una mordaza, pues nunca nos pareció que hicieran el menor uso de los dientes, la lengua, los labios o el paladar; más bien formaban las palabras igual que el cuerno de caza forma una melodía, abriendo la garganta. En cualquier caso, más adelante, cuando conseguimos enseñarle a hablar un poco de inglés, nos dijo que iban, con sus reyes, a librar una gran batalla. Cuando mencionó a sus reyes le preguntamos cuántos eran. Dijo que había cinco nación (no pudimos hacerle entender el plural) y que se habían unido todas para luchar contra dos nación. Le preguntamos por qué se habían acercado a nosotros. Dijo: «Para hacer gran maravilla vista». Obsérvese que todos esos nativos, igual que los de África, cuando aprenden inglés añaden siempre una segunda «e» a las palabras que terminan con dicha letra, además de acentuarla: makeé, takeé, cosas por el estilo. Y no conseguíamos que dejaran de hacerlo; no, apenas conseguí que Viernes lo corrigiera, aunque al fin sí lo hizo.

Y ahora que nombro de nuevo al pobre hombre, debo despedirme de él: ¡el

pobre y honesto Viernes! Para enterrarlo con toda la decencia y solemnidad posibles, lo metimos en un ataúd y lo lanzamos al mar; hice que disparasen once cañonazos por él y así terminó la vida del sirviente más agradecido, leal, honesto y afectuoso que jamás tuvo hombre alguno.

Seguimos viaje con viento a favor hacia Brasil y, al cabo de unos doce días, avistamos tierra en una latitud de cinco grados al sur de la línea: se trataba de la tierra que quedaba más al noreste en esa parte de América. Mantuvimos rumbo sureste durante cuatro días, a la vista de la costa, hasta que distinguimos el cabo de San Agustín y, tres días después, llegamos a anclar en Bahía de Todos los Santos, lugar de mi vieja salvación, de donde venía tanto lo mejor como lo peor de mi destino.

Jamás un barco llegado a esa zona tuvo tan poca faena como el mío; sin embargo, nos costó grandes dificultades que se nos permitiera mantener la menor correspondencia con la costa. Ni siquiera mi socio, aún vivo y con gran autoridad entre la población, ni mis dos mercaderes albaceas, ni la fama de mi asombrosa supervivencia en la isla me valieron para obtener el favor; sin embargo, mi socio recordó que yo había dado quinientos moidores al prior del monasterio de los Agustinos y trescientos setenta y dos a los pobres, fue al monasterio y obligó al prior a ir a ver al gobernador y pedirle permiso para que yo, con el capitán y otro oficial, además de ocho marineros, y nadie más, pudiéramos desembarcar. Y todo con la condición, absolutamente aceptada por nuestra parte, de que ni siquiera intentáramos desembarcar ningún material o llevarnos de allí alguna persona sin permiso previo.

Fueron tan estrictos con nosotros en cuanto concierne al desembarco de bienes que tuve unas dificultades extremas para bajar a tierra tres fardos de artículos ingleses como telas finas y algo de lino que había llevado como regalo para mi socio.

Era un hombre muy generoso y de gran corazón, aunque (como yo) había empezado con muy poco; y aunque ignoraba que yo tuviera intención de darle nada, me envió a bordo un regalo de provisiones frescas, vino y confituras, por un valor de unos treinta moidores, incluido un poco de tabaco y tres o cuatro medallas finas de oro. Mas yo quedé al mismo nivel con mi regalo, que, como ya he dicho, consistía en telas finas, artículos ingleses, encajes, y ginebra holandesa. También le entregué otros tantos productos por valor de unas cien libras esterlinas para que los destinara a otros usos y le permití montar el balandro que había llevado conmigo desde Inglaterra, como ya he dicho, para el uso de mi colonia con la intención de enviar las provisiones a mi plantación.

En consecuencia, él reunió hombres y dejó montado el balandro en muy pocos días, pues todas las piezas estaban ya recortadas; entonces di a quien lo iba a capitanear las instrucciones idóneas para que encontrase el lugar; no tuvo

pérdida, según supe más adelante por el relato de mi socio. Pronto embarqué el pequeño cargamento que les había llevado y uno de nuestros marinos que había desembarcado conmigo se ofreció a bajar con el balandro e instalarse allí, tras una carta mía al gobernador español para que le concediera tierras en cantidad suficiente para iniciar una plantación y le diera algo de ropa y utensilios para plantar, actividad que dijo conocer porque había sido granjero en Maryland y, por si eso fuera poco, también bucanero.

Para animar a aquel hombre, le concedí cuanto deseaba: y encima le di el salvaje que habíamos tomado como prisionero de guerra para que fuera su esclavo, al tiempo que ordenaba al gobernador español que le diera su parte de todo cuanto quisiera, igual que a los demás.

Mientras alistábamos a aquel hombre para partir, mi viejo socio me habló de un tipo honesto, un plantador brasileño, conocido suyo, que se había puesto a malas con la Iglesia: «No sé qué le ocurre —dijo— mas, por mi conciencia, creo que en el fondo es un hereje; y se ha visto obligado a esconderse por miedo a la Inquisición». Me dijo que le encantaría tener la ocasión de escapar con su mujer y sus dos hijas; y que si yo le dejaba llegar a la isla y le adjudicaba una plantación, él le daría un pequeño capital con el que empezar, pues los oficiales de la Inquisición habían confiscado todos sus bienes y sus propiedades, y no le habían dejado más que los artículos de la casa y dos esclavos.

«Y aunque yo odio sus principios —añadió— no quisiera que cayera en sus manos, pues no cabe duda de que en ese caso lo quemarían vivo».

Se lo concedí de inmediato y mi inglés se unió a ellos: escondimos a aquel hombre, su mujer y sus hijas en el barco hasta que pudimos botar el balandro; y luego (tras haber cargado en el balandro todas sus provisiones unos días antes) montaron en él cuando ya estábamos fuera de la bahía.

Nuestro marinero quedó muy complacido con aquel nuevo socio. Sus recursos iniciales, a decir verdad, eran muy parecidos: ricos en utensilios y preparativos para una granja; mas nada para empezar, salvo lo que ya se ha contado más arriba. De todos modos, llevaban consigo unas cañas de azúcar y algo de material para plantarlas: él (me refiero al portugués) sabía mucho de eso.

Entre el resto de las provisiones que yo enviaba a mis habitantes de la isla, con aquel balandro les llegaban tres vacas lecheras y cinco terneras, unos veintidós cerdos, entre los que iban tres hembras preñadas, dos yeguas y un caballo semental.

Para mis españoles, en cumplimiento de mi promesa, comprometí a tres portuguesas para el viaje y les recomendé que se casaran con ellas y las

tratasen bien. Podía haberles conseguido más mujeres, pero recordé que el pobre hombre perseguido tenía dos hijas y sólo había cinco españoles sin pareja: los demás tenían sus propias esposas, aunque fuera en otro país.

Todo ese cargamento llegó bien y, como se podrá suponer, fue muy bien recibido por mis viejos habitantes, que ahora (tras aquellas incorporaciones) eran entre sesenta y setenta, sin contar a los niños pequeños, de los que había gran cantidad. Al regresar a Inglaterra, pasando por Lisboa, encontré en Londres cartas que todos ellos me habían enviado, por medio del balandro, desde Brasil, aunque ya daré detalles de eso cuando corresponda.

He terminado ya con mi isla y con cualquier comentario al respecto de la misma; quien lea el resto de mi relato hará bien en apartar sus pensamientos por entero de ella y esperar tan sólo las locuras de un anciano incapaz de hacer caso de las advertencias implicadas por los peligros que había sufrido, y menos aún por los de otros: los casi cuarenta años de desgracias y decepciones no bastaban para enfriarle el ánimo; la prosperidad, superior a cualquier expectativa, no le satisfacía; la aflicción y un sufrimiento que iba más allá de la irritación no eran suficientes para dotarlo de cautela.

CAPÍTULO IX

Tenía tan pocas razones para desplazarme a las Indias Orientales como un hombre libre por completo, y sin haber cometido crimen alguno, para presentarse ante el carcelero de Newgate y pedirle que lo encierre con los demás prisioneros y le niegue la comida. Si hubiera tomado una nave pequeña en Inglaterra y hubiera navegado directamente a la isla; si la hubiera cargado, igual que el otro barco, con todo lo necesario para la plantación y para mi gente; si hubiera obtenido una patente del gobierno de aquí para registrar mi propiedad, sujeta tan sólo a la ley inglesa, algo que me hubiese resultado sin duda posible; si hubiera cargado cañones y municiones, sirvientes y gente para plantar y, tras tomar posesión del lugar, lo hubiera fortificado y reforzado en el nombre de Inglaterra para luego aumentar su población, como podía haber hecho fácilmente; si a continuación me hubiese instalado allí y hubiera enviado el barco de vuelta, cargado de buen arroz, cosa que tampoco me habría costado hacer al cabo de seis meses, y hubiera ordenado a mis amigos que lo cargasen de nuevo para aprovisionarnos; si hubiera hecho todo eso y me hubiese quedado allí, al menos habría actuado como un hombre dotado de sentido común. Mas me poseía un espíritu vagabundo que se burlaba de las comodidades y me bastaba con ser el patrón de la gente que había dejado allí y con hacer por ellos lo que pudiera en una especie de altiva majestuosidad,

como un viejo monarca patriarcal; conseguirles provisiones, como si fuera el padre de toda la familia, así como de la plantación: mas nunca pretendí plantar nada en nombre de un gobierno o nación, o dar reconocimiento a ningún príncipe, o considerar que mi gente eran más súbditos de una nación que de otra; qué va, ni siquiera llegué a ponerle un nombre al lugar, sino que lo dejé como lo había encontrado: sin pertenecer a hombre alguno; y la gente no tenía más disciplina o gobierno que los míos: aunque tenía influencia sobre ellos como padre y benefactor, carecía de autoridad o poder para actuar o mandar nada en uno u otro sentido, más allá de cuanto ellos estuvieran dispuestos a cumplir por consentimiento voluntario. Y aun eso, si llego a quedarme allí, habría bastado: mas como me alejé de ellos y ya no volví por allá, las últimas cartas que recibí de algunos de los pobladores me llegaron por medio de mi socio, que luego les mandó otro balandro; y me envió noticias, aunque tardé cinco años en recibir su carta desde que fue escrita, de que no les iba demasiado bien y estaban descontentos con la duración de su estancia en la isla; que Will Atkins había muerto; que cinco de los españoles se habían ido; y que, si bien los salvajes no les habían molestado, habían tenido algunas escaramuzas con ellos; le habían suplicado que me escribiera para hacerme pensar en la promesa de sacarlos de allí para que pudieran ver de nuevo su país antes de morir.

Sin embargo, yo había partido en una misión imposible y quien quiera saber más de mí deberá contentarse con seguirme a lo largo de una nueva variedad de locuras, penurias y disparatadas aventuras en las que se observará la justicia de la Providencia y se verá con facilidad cómo puede el cielo empacharnos de nuestros propios deseos, convertir el más fuerte de nuestros anhelos en una aflicción y castigarnos con la mayor severidad precisamente con aquellas cosas cuya posesión nos parece que habría de procurarnos la mayor felicidad.

Que ningún hombre sabio se halague con la fuerza de su juicio, como si tuviera la capacidad de escoger una situación particular de la vida. El hombre es una criatura de vista corta, apenas ve lo que tiene delante; igual que sus pasiones no suelen ser sus mejores amigas, tampoco sus afectos particulares acostumbran a ser los peores consejeros.

Digo eso a propósito del impetuoso deseo que desde la juventud me impulsaba a deambular por el mundo y por lo evidente que ahora resulta que ese principio se conservó en mí a modo de castigo. Cómo me vino, la manera, la circunstancia y la conclusión que supuso, eso es fácil de relatar en un sentido histórico y con toda clase de detalles. Mas los fines secretos de la divina Providencia al permitir que nos apresuremos a seguir la corriente de nuestros propios deseos sólo los pueden entender quienes escuchan la voz de la Providencia y obtienen consecuencias religiosas sobre la justicia de Dios y

sus propios errores.

Tuviera o no razones para ello, el caso es que me fui. No es ahora el momento de ahondar más en la condición razonable o absurda de mi conducta, sino de centrarnos en la historia: me había embarcado para viajar, y eso es lo que hice.

Me limitaré a añadir que allí me abandonó mi honesto y ciertamente piadoso clérigo; había un barco listo para zarpar en dirección a Lisboa y me pidió permiso para embarcar en él; como él mismo observó, seguía destinado a no terminar ningún viaje que emprendiera. ¡Qué bien me hubiera ido si llego a partir con él!

Mas ya era demasiado tarde: bien está lo que nos manda el cielo. Si me hubiera ido con él, no habría tenido tantas cosas que agradecer y ustedes no habrían oído hablar jamás de la segunda parte de los viajes y aventuras de Robinson Crusoe; así que he de abandonar aquí las infructuosas quejas a mí mismo y seguir con mi viaje.

Desde Brasil fuimos directamente por el mar Atlántico hasta el Cabo de Bonne Esperance, o de Buena Esperanza, como lo llamamos nosotros, y tuvimos un trayecto tolerable, con rumbo general sureste; sufrimos alguna tormenta ocasional y vientos en contra. Pero mis desastres en el mar habían llegado a su fin: en el futuro, mis desventuras habrían de suceder en tierra firme, pues al parecer la tierra estaba tan preparada como el mar para convertirse en nuestro azote siempre que el cielo, que dirige las circunstancias de todas las cosas, lo considerase oportuno.

El nuestro era un viaje comercial y llevábamos a bordo un sobrecargo que debía dirigir todos los movimientos del barco al llegar al Cabo; sólo teníamos limitada la estancia a un cierto número de días en cada uno de los puertos, por quienes habían encargado el viaje. No era asunto mío y no intervine para nada; mi sobrino, el capitán, y el sobrecargo se encargaron de todas esas cosas como mejor les pareció.

No nos detuvimos en el Cabo más de lo necesario para cargar agua dulce y seguimos camino en dirección a la costa de Coromandel; estábamos ciertamente informados de que un barco de guerra francés de cincuenta cañones y tres mercantes grandes habían zarpado hacia las Indias: como yo sabía que estábamos en guerra con Francia, me daban un cierto miedo. Sin embargo, siguieron su camino y no volvimos a oír de ellos.

No entorpeceré el relato, ni al lector, con descripciones de lugares, diarios de nuestros viajes, variaciones de compás, latitudes, distancias meridionales, alisios, situación de puertos y asuntos por el estilo que suelen abundar en las historias de largas navegaciones, y que suelen volver agotadora la lectura y

son perfectamente inútiles para todos los lectores, salvo para quienes vayan a acudir en persona a esos sitios.

Baste con nombrar los puertos y lugares en que recalamos y lo que nos ocurrió mientras íbamos de uno a otro. Primero paramos en la isla de Madagascar, donde, aunque la gente era fiera y traicionera y, en particular, estaba muy bien armada con lanzas y arcos que usan con una destreza inconcebible, sin embargo nos fue muy bien con ellos por un tiempo: nos trataron con gran cortesía, y a cambio de algunas fruslerías que les dimos, como cuchillos, tijeras, y etcétera, nos trajeron tres novillos buenos y gordos, de edad mediana y tamaño medio, pero muy buena carne, que aceptamos en parte como provisiones frescas para dar cuenta de ellas y en parte para conservar en salazón en el barco.

Nos vimos obligados a permanecer un tiempo allí después de cargar provisiones: yo, que siempre tuve la curiosidad de mirar hasta en el último rincón del mundo adonde llegara, bajaba a tierra tan a menudo como podía. En la costa este de la isla una tarde acudimos a la orilla y la gente, que por cierto es allí muy numerosa, se acercó a nosotros en tropel y se nos quedó mirando desde la distancia; como habíamos comerciado libremente con ellos y nos habían tratado con amabilidad, nos pareció que no corríamos peligro; mas al ver tanta gente cortamos tres ramas de un árbol y las clavamos en el suelo a cierta distancia, gesto que al parecer en ese país no sólo es señal de tregua y amistad, sino que, al aceptarlo, la otra parte clava también tres palos, o ramas, lo cual significa que aceptan la tregua: pero entonces se establece una condición de la tregua; que tú no vas a pasar más allá de sus tres palos, ni vendrán ellos más acá de los tuyos; entonces, estás absolutamente a salvo tras tus tres ramas y todo el espacio que las separa de las de la otra parte se concede como mercado para hablar, traficar y comerciar libremente. Cuando vas a él no puedes llevar tus armas contigo; si son ellos los que acuden a ese espacio, clavan las jabalinas y las lanzas en los primeros palos y se acercan desarmados; mas si se ejerce la violencia contra ellos, rompiéndose así la tregua, van corriendo hasta las ramas, cogen sus armas y se acabó la tregua.

Una noche ocurrió que bajamos a la costa y acudió mucha gente, como suele suceder, pero todos eran muy amistosos y corteses. Llevaban ciertos tipos de provisiones, cuya entrega gratificamos con algunos juguetes que teníamos; sus mujeres también nos trajeron leche y raíces y diversas cosas, todas más que aceptables, y todo estaba en calma; nos hicimos una pequeña tienda, o choza, con ramas de árboles, y pasamos toda la noche tumbados en la playa.

No sé cuál sería la causa, pero yo no estaba tan satisfecho como los demás con eso de dormir en la playa; como el bote estaba anclado a tiro de piedra, al cuidado de dos hombres, hice que uno se acercara a la orilla y, tras conseguir

unas ramas para cubrirnos también en el bote, estiré la vela en el suelo del mismo y pasé toda la noche allí tumbado, bajo un techo de ramas.

Hacia las dos de la madrugada oímos que uno de nuestros hombres hacía un ruido terrible en la playa, pidiendo por el amor de Dios que acudiera el bote en su ayuda porque estaban a punto de morir asesinados: al mismo tiempo oí el fuego de cinco mosquetes, que era el número de armas que tenían, repetido tres veces; al parecer, los nativos de esa zona no se asustaban con tanta facilidad por las armas como los salvajes de América, donde yo había tenido tratos con ellos.

Durante todo ese rato yo no sabía qué estaba pasando; sin embargo, aquel ruido me sacó del sueño e hice avanzar el bote y decidí desembarcar con tres fusiles que teníamos a bordo y ayudar a nuestros hombres.

Enseguida llevamos el bote a la orilla; sin embargo, nuestros hombres tenían demasiada prisa, pues al verme llegar se lanzaron al agua para alcanzar el barco con la mayor prontitud posible y sólo cinco de ellos tenían fusiles: el resto, claro está, llevaba pistolas y espadas, pero les servían de bien poco.

Recogimos a siete de nuestros hombres con grandes dificultades, pues tres de ellos iban malheridos; y, aún peor, durante todo el rato que permanecemos en el bote para recoger a los nuestros corrimos tanto peligro como los que se habían quedado en la orilla, pues nos lanzaron una lluvia de flechas tan densa que nos daban ganas de levantar una barricada en el costado del bote con los bancos y dos o tres tablas sueltas que, para gran satisfacción por nuestra parte, estaban en el bote por puro accidente, o por obra de la Providencia.

Al parecer, si llega a ser de día, tienen una puntería tan certera que, a poco que hubieran podido ver la mínima parte de nuestros cuerpos, nos habrían acertado con toda seguridad. Gracias a la luz de la luna, nosotros alcanzamos a verlos en la orilla, lanzándonos dardos y flechas y, como teníamos preparadas las armas de fuego, les lanzamos una andanada y pudimos oír cómo algunos gritaban porque los habíamos herido; de todos modos, permanecieron en formación de batalla sobre la arena hasta que rompió el alba, que era cuando nos pareció que nos verían mejor y podrían apuntar.

En esas condiciones estábamos, sin saber ni cómo levar el ancla o izar la vela porque para ambas tareas había que ponerse de pie en el bote y en ese caso les hubiera resultado tan fácil acertarnos como a nosotros dispararle a un pájaro en un árbol con carga de metralla. Enviamos señales de apuro al barco y, aunque este se encontraba a una legua de distancia, mi sobrino, el capitán, oyó los disparos y vio con su catalejo en qué situación nos hallábamos y comprobó que estábamos disparando hacia la orilla y lo entendió muy bien; levó anclas a toda prisa y se acercó a la costa tanto como se lo permitía el barco y luego envió el otro bote con diez hombres para ayudarnos; sin

embargo, nosotros les gritamos que no se acercasen demasiado y les explicamos cuál era la situación. Aun así se pusieron bastante cerca y uno de ellos agarró un extremo de un cabo y, manteniendo siempre nuestro bote entre él y el enemigo para quedar oculto por completo, nadó hasta nosotros y ató el cabo a nuestro bote; a continuación, cortamos la cadena del ancla y, dejándola allí sumergida, nos remolcaron lejos del alcance de las flechas mientras nos cuidábamos de no asomar por fuera de la barricada que habíamos montado.

En cuanto nos situamos a media distancia entre el barco y la orilla y pudimos ponernos de través, pasamos justo ante ellos y les lanzamos una andanada, cargada con fragmentos de hierro y plomo, balas pequeñas y material por el estilo, aparte de la munición grande, y causamos un terrible destrozo entre ellos.

Una vez estuvimos a bordo y ya fuera de peligro, tuvimos tiempo de examinar las causas de aquella lucha; fue sin duda el sobrecargo, que había visitado a menudo esas tierras, quien me dio la pista; dijo que estaba seguro de que los nativos no nos habrían tocado después de pactar una tregua si no hubiéramos hecho algo que lo provocara. Al fin salió el asunto, a saber, que una anciana se nos había acercado a vendernos algo de leche y la había traído hasta la zona donde habíamos clavado nuestras ramas, acompañada por una joven que también traía raíces o hierbas; y mientras la anciana (nadie supo decir si era o no la madre de la joven) nos vendía la leche, alguno de los nuestros le soltó alguna ordinariez a la muchacha, lo que provocó grandes espavientos de la señora. Sin embargo, el marino se negó a soltar la presa y se la llevó fuera de la vista de la anciana, entre los árboles, donde ya era oscuro. La anciana se fue sin ella y, según suponemos, armó un gran vocerío entre los suyos; estos, al enterarse, nos echaron encima un gran ejército en tres o cuatro horas; y teníamos todas las probabilidades de haber sido destruidos.

Uno de nuestros hombres murió atravesado por una lanza que le tiraron justo al principio del ataque, cuando abandonaba la tienda que habíamos preparado; los demás salieron ilesos, salvo el tipo que había causado toda la desgracia, quien pagó cara su amante negra, pues no volvimos a oír de él en mucho tiempo. Nos acercamos a la orilla dos días después, pese a que se había levantado viento, e hicimos señales para avisarle; hicimos que nuestro bote navegara varias leguas arriba y abajo en paralelo a la orilla, mas fue en vano; así que nos vimos obligados a abandonarlo y considerar que, si sólo había sufrido él, la pérdida era menor.

De todas formas, yo no podía darme por contento sin aventurarme una vez más hasta la orilla, para saber si conseguía averiguar algo acerca de él o de los enemigos. Era la tercera noche tras los sucesos y yo estaba muy determinado a descubrir, si encontraba el modo de hacerlo, qué maldad había hecho y cómo quedaban las cosas para los nativos. Tuve la precaución de hacerlo por la

noche para que no pudieran atacarnos de nuevo; mas ciertamente tendría que haberme asegurado de que los hombres que iban conmigo iban a acatar mis órdenes antes de meterme en algo tan peligroso y desgraciado, pues me veía arrastrado a ello sin saberlo ni desearlo.

Escogimos a los veinte tipos más robustos que había en el barco, aparte del sobrecargo y yo mismo; llegamos a tierra dos horas antes de la medianoche en el mismo lugar en que se habían plantado los indios la noche anterior. Me había dirigido hacia allí porque mi intención, como ya he dicho, era principalmente ver si se habían retirado y si habían dejado algunas huellas tras su paso, o alguna prueba de la maldad que habíamos cometido con ellos: y me parecía que si podíamos sorprender a uno o dos de ellos tal vez consiguiéramos pactar algún intercambio para recuperar a nuestro hombre.

Desembarcamos sin el menor ruido y dividimos a nuestros hombres en dos grupos, uno comandado por el contramaestre y el otro por mí. Al desembarcar no oímos ni vimos a nadie, así que marchamos en fila india hacia el campo de batalla. Al principio no conseguíamos ver nada porque era muy oscuro; mas al fin nuestro contramaestre, que iba por delante del primer grupo, tropezó con un cuerpo y cayó al suelo. Eso le hizo quedarse quieto allí un momento pues, al saber por las circunstancias que allí era donde se habían plantado los indios, decidieron esperar mi llegada. Allí decidimos aguardar a que empezara a subir la luna, para lo cual sabíamos que faltaba menos de una hora, pensando que luego nos resultaría más fácil discernir el desbarate que les habíamos causado. Contamos treinta y dos cuerpos por el suelo, dos de los cuales no estaban muertos aún. A algunos el disparo les había arrancado un brazo o una pierna y a uno incluso la cabeza; supusimos que se habían llevado a los heridos.

Creyendo que habíamos descubierto todo lo que íbamos a encontrar, yo era partidario de volver a bordo; sin embargo, el contramaestre y su grupo me insistían en que habían decidido visitar el poblado indígena donde vivían aquellos perros, pues así los llamaban, y querían que yo fuera con ellos y pensaban que si los encontrábamos, pues aún les parecía posible, no les cabía duda de que conseguiríamos un buen botín y tal vez encontrasen también a Thomas Jeffrys, que así se llamaba el hombre que habíamos perdido.

Si hubieran venido a solicitar mi permiso, sabía muy bien qué respuesta darles, pues les habría ordenado que regresaran de inmediato a bordo, sabiendo que no era un riesgo adecuado para alguien que tenía a su cargo un barco, con todo su cargamento, y un viaje por hacer, cuyo éxito dependía mucho de la vida de los hombres; mas como me hicieron llegar noticia de que habían decidido ir, y sólo me preguntaban si yo y mi grupo los queríamos acompañar, lo rechacé categóricamente, y me levanté (pues estaba sentado en el suelo) para irme al barco. Uno o dos de los hombres empezaron a importunarme y, cuando me negué en redondo, se pusieron a rezongar que ya

no estaban bajo mi mando y que irían igualmente. «Ven, Jack —dijo uno de los hombres—, ¿vienes conmigo? Yo pienso ir». Jack contestó que sí; luego se sumó otro y después otro; en pocas palabras, me quedó sólo uno a quien, con gran dificultad, persuadí para que se quedara, de modo que el sobrecargo y yo, con un solo hombre, nos volvimos al bote, donde les había dicho que nos quedaríamos a esperarlos y nos ocuparíamos de recuperar a todos los que quedaran; pues les dije que lo que iban a hacer era una locura y di por hecho que algunos sufrirían el mismo destino que Thomas Jeffrys.

Como buenos marinos, me dijeron que se asegurarían de regresar y tendrían cuidado, etcétera. Así que se fueron. Yo les supliqué que tuvieran en cuenta el barco y el viaje; que sus vidas no les pertenecían; y que en cierta medida el viaje dependía de ellos; que si se malograban ellos el barco podía perderse sin su ayuda, y no podrían responder de ello ante Dios y los hombres. Les dije muchas más cosas al respecto, pero hubiera dado lo mismo que hablara con el palo mayor del barco. Estaban enloquecidos por su excursión, no hacían más que darme buenas palabras y suplicar que no me enfadase; decían que serían muy cautos y que no les cabía duda de que estarían de vuelta al cabo de una hora como mucho; porque, según dijeron, el poblado indígena no estaba a más de media milla, aunque luego resultó que tuvieron que recorrer más de dos millas antes de encontrarlo.

Bueno, se marcharon todos, como ya he dicho; y aunque el intento era desesperado y sólo los locos podían emprenderlo, por ser justo con ellos diré que partieron con tanta cautela como valentía. Iban armados con gallardía, eso es cierto: cada hombre llevaba un fusil o un mosquete, una bayoneta y una pistola: algunos llevaban machetes amplios, otros ganchos y el contramaestre y otros dos tenían hachas; además, entre todos llevaban trece granadas de mano. Nunca unos tipos tan valientes, y tan bien pertrechados, se metieron en una faena tan perversa en el mundo.

Cuando se fueron, su principal intención era el saqueo y tenían grandes esperanzas de encontrar oro; sin embargo, una circunstancia de la que ninguno de ellos era consciente los incendió en deseos de venganza y los convirtió a todos en diablos. Al llegar a las pocas casas indias de lo que ellos habían tomado por poblado, a menos de media milla, se llevaron una gran decepción porque no había más que doce o trece casas; y no sabían dónde estaba el poblado ni qué tamaño tenía. Así que debatieron qué hacer y tardaron un rato en decidir, pues si atacaban a aquellos primeros tendrían que cortarles el cuello a todos y las probabilidades de que alguno escapara eran de diez a una por ser de noche, aunque la luna ya había subido. Y si escapaba sólo uno, huiría a la carrera, despertaría a todo el poblado y se encontrarían ante un ejército entero. De nuevo, por otra parte, si se iban de allí y dejaban intactos a aquellos (pues estaban todos durmiendo), no sabían por dónde debían buscar el poblado.

De todos modos, esto último era lo más sensato; así que decidieron dejar aquellas casas y buscar el poblado como buenamente pudieran. Anduvieron un poco y encontraron una vaca atada a un árbol; enseguida concluyeron que les serviría de guía, pues estaban seguros de que la vaca tenía que pertenecer al pueblo que tenían por delante o al que acababan de dejar atrás y al desatarla verían hacia dónde se iba. Si se iba para atrás no habría nada que decir, pero si echaba a andar hacia delante no tenían más que seguirla; o sea, que cortaron la cuerda, que estaba hecha con cañas entretejidas, y la vaca echó a caminar delante de ellos. En pocas palabras, la vaca los llevó directamente hasta el pueblo, que consistía, según informaron, en más de doscientas casas, o chozas; y en algunas de ellas encontraron familias que convivían.

Allí lo encontraron todo en silencio y con una calma que sólo puede procurar el sueño y la conciencia de no haber tenido nunca un enemigo de esa clase. Entonces se reunieron para deliberar qué debían hacer y, en resumen, decidieron dividirse en tres grupos e incendiar tres casas en zonas distintas del poblado; cuando salieran los hombres, los atraparían y los atarían; si alguno se resistía, no hacía falta preguntar qué debían hacer; luego podrían mirar en todas las casas para saquearlas. Mas antes decidieron marchar en silencio por el poblado, ver cuál era su tamaño y plantearse si debían atreverse a atacarlo o no.

Así lo hicieron y, llevados por la desesperación, decidieron atreverse. Sin embargo, mientras se estaban animando entre ellos para ponerse en marcha, tres que iban un poco por delante llamaron en voz alta y avisaron que habían encontrado a Thomas Jeffrys. Fueron todos corriendo al lugar y vieron que así era, pues allí estaba el pobre tipo, desnudo, colgado por un brazo y con el cuello cortado. Había una casa india justo al lado del árbol, en la que encontraron a dieciséis o diecisiete de los principales indígenas que habían participado en la lucha contra nosotros, dos o tres de ellos heridos por nuestra munición; y nuestros hombres descubrieron que estaban despiertos dentro de aquella casa, y hablando en voz alta, pero no pudieron averiguar cuántos eran.

La visión de su pobre camarada destrozado los enfureció de tal modo, como ya he adelantado, que juraron cobrar venganza y no conceder cuartel a un solo indio que cayera en sus manos; pusieron manos a la obra de inmediato, mas no de modo tan enloquecido como se hubiera podido esperar por la rabia y la furia que sentían. Su primera intención fue conseguir algo que se incendiara rápido; mas tras buscar un poco entendieron que no sería necesario, pues la mayoría de las casas eran bajas y estaban techadas con cañas o juncos de los que abundan en esas tierras. De modo que enseguida prendieron unas chispas, humedeciendo un poco de pólvora en las palmas de las manos, y un cuarto de hora más tarde prendieron fuego al poblado por cuatro o cinco sitios distintos, en particular aquella casa en la que los indios no se habían acostado.

En cuanto empezó a brillar el fuego, las pobres criaturas asustadas salieron a toda prisa para salvar la vida, mas al hacerlo se encontraron con su destino, sobre todo junto a la puerta, donde los obligaban a regresar hacia atrás; el propio contraamaestre mató a uno o dos con su hacha; como la casa era grande y había muchos hombres dentro, no quiso entrar, pero pidió que le pasaran una granada de mano y la lanzó al interior: al principio se asustaron, pero al estallar provocó tal destrozo que soltaron unos gritos horrendos.

En pocas palabras, la mayoría de los indios que estaban en la parte abierta de la casa murieron o quedaron heridos por la granada, salvo dos o tres que se acercaron a la puerta, donde el contraamaestre y otros dos los esperaban con las bayonetas caladas en los cañones de sus armas, y se iban despachando a cuantos pasaban por ahí. Pero había otro compartimiento en la casa, donde el príncipe, o rey, o lo que fuese, descansaba en compañía de otros; allí permanecieron hasta que la casa, que para entonces ya estaba prendida por completo, se les desplomó encima y perecieron todos asfixiados o quemados.

En todo ese tiempo no hicieron ni un disparo porque no querían que la gente se despertara demasiado rápido, para poder ocuparse de todos; mas el fuego empezó a despertarlos a toda velocidad y nuestros compañeros se aseguraron de mantenerse juntos por grupos; porque el fuego ardía con tal rabia al ser todas las casas de material ligero y combustible, que apenas podían circular por las calles y tenían que ir detrás del fuego para asegurar la ejecución. Algunos salían de sus casas obligados por el fuego, y otros por puro miedo, y todos se encontraban a los nuestros junto a las puertas, listos para golpearles en la cabeza y sin dejar de gritarse mutuamente para recordar a Thomas Jeffrys.

Mientras ocurría todo eso, debo confesar que yo estaba muy inquieto, sobre todo cuando vi las llamas del poblado, que por ser noche cerrada parecían arder a nuestro lado.

Mi sobrino, el capitán, a quien sus hombres también habían despertado al ver el fuego, estaba muy inquieto porque ignoraba qué estaba pasando y si yo corría algún peligro; sobre todo porque también oyó disparos, pues en ese momento empezaron a usar las armas de fuego. Un millar de pensamientos sobre mí y el sobrecargo, y sobre nuestro posible destino, oprimían su mente; al fin, aunque no podía permitirse el lujo de perder más hombres, como no sabía a qué clase de dificultad nos enfrentábamos, cogió el otro bote y se acercó a la orilla con otros trece hombres.

Se llevó una sorpresa al verme en el bote con el sobrecargo y tan sólo otros dos hombres, pues uno se había quedado a cuidar del bote; aunque se alegró de que estuviéramos bien, estaba tan impaciente como nosotros por saber qué pasaba, pues el ruido continuaba y las llamas crecían. Confieso que era

prácticamente imposible para cualquier hombre reprimir la curiosidad por saber qué había pasado, o la inquietud por la seguridad de los hombres. En pocas palabras, el capitán me dijo que iría en ayuda de sus hombres, pasara lo que pasase. Discutí con él, como había hecho antes con los otros, mencionando la seguridad del barco, la posibilidad de poner en peligro el viaje, el interés de los propietarios y comerciantes, etcétera, y le dije que iría con mis dos hombres, tan sólo para ver si, desde la distancia, podíamos averiguar qué podía estar pasando y volver para contárselo.

Hablar con mi sobrino sirvió de tan poco como con los otros: insistió en que quería ir y dijo que sólo deseaba haber dejado apenas diez hombres en el barco, pues no podía ni pensar en la posibilidad de perder a su gente por falta de ayuda; prefería, según dijo, perder el barco, el viaje, la vida y todo; y así se marchó.

Yo mismo fui tan incapaz de quedarme atrás como lo había sido de persuadir a los demás para que no se fueran: así que, en pocas palabras, el capitán ordenó a dos hombres que volvieran remando hasta el barco con el auxiliar y reclutaran a otros doce y luego dejaran el bote anclado; de vuelta, seis hombres debían quedarse a vigilar los dos botes y los otros seis seguir nuestros pasos, de modo que en el barco quedarían sólo dieciséis, pues la compañía entera estaba formada por sesenta y cinco hombres, de los que dos se habían perdido en el primer enfrentamiento que había causado toda esa desgracia.

Como ya estábamos en marcha, se puede asegurar que nuestros pies apenas tocaban el suelo y que, guiados por el fuego, no seguíamos ningún sendero, sino que íbamos directos hacia el lugar de las llamas. Si antes nos había sorprendido el ruido de las armas, ahora los gritos de aquella pobre gente eran de naturaleza distinta y nos llenaban de horror. Debo confesar que nunca había participado en el saqueo de una ciudad, ni en la devastación de un pueblo; he oído el relato de cómo Oliver Cromwell tomó Drogheda, en Irlanda, matando a hombres, mujeres y niños; y he leído que el conde Tilly saqueó la ciudad de Magdeburgo y mandó cortar el cuello a veintidós mil personas de ambos sexos; mas nunca había tenido una noción real antes, ni me parece posible describir cómo era ni el horror que se apoderó de nuestras mentes al oírlo. De todos modos, seguimos avanzando y al fin llegamos al poblado, aunque no había manera de entrar en sus calles por culpa del fuego. Lo primero que encontramos fueron los restos de una choza, o casa, o mejor dicho sus cenizas, pues estaba consumida; y justo delante, claramente visibles a la luz del fuego, yacían muertos cuatro hombres y tres mujeres; nos pareció que había uno o dos más en la pira que aún ardía. En resumen, eran ejemplos de una ira bárbara y de una furia que iba más allá de lo humano, hasta tal punto que nos parecía imposible que los culpables fueran nuestros hombres; y si eran ellos

los autores, nos parecía que cada uno de ellos merecía la peor de las muertes. Mas eso no era todo; vimos que más adelante aumentaba el fuego, acompañado por el correspondiente aumento de griterío, sumiéndonos en una confusión absoluta. Avanzamos un poco y, para nuestro asombro, vimos a tres mujeres desnudas que lloraban de la manera más espantosa y volaban como si de verdad tuvieran alas, seguidas por dieciséis o diecisiete hombres, nativos, dominados por el mismo terror y la misma consternación, con tres de nuestros carniceros ingleses (pues no puedo darles mejor apelativo) a su zaga. Estos, al ver que no los iban a atrapar, les dispararon. Uno, alcanzado por el disparo, cayó delante de nosotros; cuando los demás nos vieron, creyendo que éramos enemigos y que los queríamos matar igual que quienes los perseguían, soltaron el más horrible aullido, sobre todo las mujeres, y dos cayeron al suelo como si los hubiera matado el miedo.

Al verlo se me cayó el alma a los pies y la sangre se me congeló en las venas; y creo que si los tres ingleses que los perseguían se hubieran acercado los habría mandado matar. Sin embargo, nos esforzamos por hacer entender a las pobres criaturas que huían que no les pensábamos hacer daño y se nos acercaron de inmediato, se postraron de rodillas con las manos alzadas y emitieron lastimosos quejidos para que los salváramos; les hicimos saber que lo haríamos y a continuación se quedaron todos juntos, apiñados detrás de nosotros para protegerse. Dejé que mis hombres se reunieran y les encomendé que no hicieran daño a nadie y que, si era posible, detuvieran a alguno de los nuestros y vieran qué diablo les había poseído y qué intenciones tenían; en pocas palabras, que los echaran de allí diciéndoles que si se quedaban hasta que saliera el sol se les echarían encima mil hombres. Digo que los dejé allí y me acerqué a los fugitivos, llevando sólo dos hombres conmigo. Desde luego, el espectáculo que se veía entre ellos era penoso: algunos tenían terribles quemaduras en los pies por haber pisoteado el fuego; otros llevaban las manos abrasadas; una de las mujeres se había caído en el fuego y había estado a punto de morir por las quemaduras cuando consiguió salir de nuevo; dos o tres de los hombres tenían cortes en la espalda y en los muslos, provocados por nuestros hombres en la persecución, y a otro le había atravesado el cuerpo una bala; murió mientras yo estaba allí.

Me hubiera gustado saber cuál era la causa de todo ello, mas no conseguía entender ni una palabra de cuanto me decían, aunque por signos percibí que algunos de ellos tampoco sabían cuál había sido el origen. Yo estaba tan aterrorizado en mi mente por aquel ataque indignante que no pude quedarme allí y tuve que volver a donde estaban los míos. Les dije lo que había decidido y les mandé seguirme, pero en ese mismo momento llegaron cuatro de nuestros hombres, con el contramaestre a la cabeza, corriendo por encima de los montones de cuerpos a los que ellos mismos habían dado muerte, todos cubiertos de sangre y polvo, como si les faltara gente por masacrar, cuando

nuestros hombres los saludaron en voz alta y uno de ellos, con mucho ruido, les hizo saber quién éramos. Entonces se acercaron a nosotros. En cuanto nos vio, el contraamaestre soltó un saludo, como un grito triunfal, pues creía que le llegaban refuerzos; y sin intentar siquiera escucharme dijo:

«Capitán, noble capitán. Me alegro de que hayáis venido; aún nos falta la mitad. ¡Villanos! ¡Perros del infierno! He de matar tantos como pelos tenía en la cabeza el pobre Tom. Hemos jurado no dejar escapar a ninguno; arrancaremos de raíz hasta su nombre de la faz de la tierra». Y siguió corriendo, sin aliento de tanta acción y sin darnos tiempo a pronunciar palabra.

Al fin, alzando la voz para silenciarlo un poco, exclamé: «¡Perro bárbaro! —le dije—, ¿qué haces? No permitiré que se toque a una criatura más, so pena de muerte. Te ordeno por tu vida que detengas tus manos y te quedes quieto, o serás hombre muerto en este mismo instante».

«Pero, señor —repuso él—, ¿sabéis lo que estáis haciendo? ¿O lo que han hecho ellos? Si queréis conocer la razón de lo que hemos hecho, venid aquí». Y entonces me mostró al pobre tipo colgado de un árbol y con el cuello cortado.

Confieso que entonces yo mismo sentí un impulso y que en otro tiempo me hubiera lanzado; mas me pareció que se habían dejado llevar demasiado lejos por la rabia y pensé en las palabras de Jacob a sus hijos, Simeón y Levi: «Malditos sean por su rabia, pues era feroz; y por su ira, pues era cruel». Mas ahora tenía una nueva tarea entre mis manos, pues los hombres que habían llegado conmigo acababan de ver lo mismo que yo y también tenía que contenerlos a ellos, igual que debería haber hecho con los otros; aún más, hasta mi sobrino cayó con él y me dijo, delante de los demás, que sólo le preocupaba la posibilidad de que el enemigo fuera demasiado numeroso, pues, por lo demás, creía que ninguno de ellos debía sobrevivir: se habían excedido al asesinar a aquel pobre hombre y había que tratarlos como asesinos. Al oír esas palabras, salieron corriendo ocho de mis hombres con el contraamaestre para terminar su sangrienta faena; y yo, al verme incapaz de contenerlos, me alejé pensativo y triste, pues no podía soportar aquella visión y mucho menos el ruido horrible y los gritos de aquellos pobres desgraciados que iban cayendo en sus manos.

No conseguí que volviera nadie conmigo, salvo el sobrecargo y dos hombres, y con ellos caminé hasta donde estaban los botes. Confieso que fue una gran locura por mi parte regresar prácticamente solo; pues ahora empezaba a rayar el día y había corrido la alerta por todo el país y había unos cuarenta hombres armados con lanzas y arcos en el lugarcito donde se levantaban las doce o trece casas que he mencionado antes; por casualidad me equivoqué y en vez de pasar por allí salí directamente a la orilla y cuando

llegué al mar era pleno día. Tomé de inmediato el bote auxiliar, me fui al barco y lo mandé de vuelta para ayudar a los hombres en cuanto pudiera suceder.

Al llegar al bote observé que el fuego ya estaba casi apagado y había disminuido el ruido; mas una media hora después de subir a bordo oí una andanada de las armas de nuestros hombres y vi un gran penacho de humo; según supe después, era el momento en que nuestros hombres se encontraron con aquellos cuarenta que, como ya he dicho, esperaban en el grupo de casas del camino; mataron a dieciséis o diecisiete y prendieron fuego a todas las casas, pero no se metieron con las mujeres ni con los niños.

Cuando los marinos llegaban de vuelta a la orilla empezaron a aparecer nuestros hombres: llegaban en un goteo, no en dos grupos; y su manera de aparecer, a medida que iban saliendo, amontonados, avanzando con dificultad por todas partes de tal modo que un pequeño grupo de hombres resueltos podía haberlos matado a todos.

Sin embargo, el miedo hacia ellos había corrido por todo el territorio. La gente estaba asombrada y sorprendida y tan asustada que creo que un centenar de hombres hubiera huido al ver a cinco de los nuestros. Además, en todos aquellos actos terribles no hubo ni un hombre que ofreciera una defensa digna de mención; estaban tan sorprendidos entre el terror al fuego y el ataque repentino de los nuestros en la oscuridad que ni siquiera sabían hacia dónde salir; porque si huían hacia un lado los esperaba un grupo y si se iban hacia atrás se encontraban con el otro; así que los tumbaban por todas partes. Tampoco hubo heridos entre los nuestros, salvo uno que se lesionó un pie y otro que se quemó demasiado una mano.

CAPÍTULO X

Yo estaba muy enfadado con mi sobrino, el capitán, y desde luego con todos los hombres, mas con él en particular por haber extralimitado sus deberes como comandante del barco, que además tenía en sus manos el destino del viaje, pero también por su manera de acrecentar la rabia de sus hombres, en vez de calmarla, en una empresa tan sangrienta y cruel. Mi sobrino me contestó con mucho respeto, mas me dijo que al ver el cuerpo del pobre marino, asesinado de modo tan bárbaro y cruel, no había podido dominarse ni gobernar su pasión; admitía que no debía haberlo hecho, como comandante del barco, mas era hombre y, llevado por su naturaleza, no lo había podido soportar. En cuanto al resto de los hombres, no estaban para nada bajo mi dominio y lo sabían perfectamente, así que hicieron caso omiso de mi enfado.

Al día siguiente zarpamos, así que nunca más supimos de ellos. Nuestros hombres discrepaban en el recuento de cuántos habían matado; unos decían una cosa; otros, otra. Sin embargo, según sus mejores relatos, sumándolo todo, habían matado o destrozado a unas ciento cincuenta personas: hombres, mujeres y niños. Y no habían dejado una sola casa en pie en todo el pueblo.

En cuanto al pobre tipo, Thomas Jeffrys, como estaba bien muerto, porque le habían cortado de tal modo el cuello que le caía de lado la cabeza, de nada servía llevárnoslo de allí, así que lo dejaron donde lo habían encontrado aunque lo bajaron de aquel árbol, de donde lo habían colgado por una mano.

Por muy justa que nuestros hombres considerasen aquella acción, yo me manifesté en contra y desde entonces siempre les dije que Dios condenaría nuestro viaje, pues consideraba que en aquel derramamiento de sangre había algo de asesinato; pues si bien es cierto que los otros habían matado a Thomas Jeffrys, no deja de serlo también que este había sido el primer agresor: había roto la tregua y había violado o pervertido a una joven del enemigo que había acudido a nuestro campamento con toda la inocencia y convencida de nuestra capitulación.

El contramaestre defendió aquella pelea cuando ya estábamos todos a bordo. Dijo que era cierto que parecía que hubiéramos roto la tregua, pero en realidad no era así, y que la guerra la habían empezado los propios nativos la noche anterior porque nos habían disparado y habían matado a uno de los nuestros sin previa provocación; así que, como estábamos capacitados para luchar contra ellos, también lo estábamos, y de manera extraordinaria, para ejercer la justicia contra ellos; aunque nuestro pobre hombre se hubiera tomado libertades con una joven, no tenían que haberlo matado, y menos de modo tan vil; y que no habían hecho más que cosas justas y permitidas por las leyes de Dios contra los asesinos.

Cualquiera hubiera dicho que eso debería haber bastado para advertirnos en contra de bajar a tierra entre paganos y bárbaros, mas es imposible que los humanos aprendan de su propia experiencia; esa experiencia parece ser más útil cuando se obtiene a muy alto precio.

Nos dirigíamos ahora al golfo de Persia y de allí a la costa de Coromandel, tan sólo para asomarnos al puerto de Surat. Pero el plan principal del sobrecargo se centraba en el golfo de Bengala, porque si llegaba tarde a cargar lo que debía exportar de allí tenía que subir hasta China y volver a pasar por esa costa de camino a casa.

El primer desastre que nos ocurrió fue en el golfo de Persia, donde cinco de nuestros hombres se aventuraron a bajar a tierra en el lado árabe del golfo y se vieron rodeados de árabes que mataron a unos y se llevaron a los demás como esclavos; la tripulación que iba en el bote no logró rescatarlos y apenas

tuvo tiempo de escapar. Empecé a explicarles que era una justa retribución del cielo por sus actos, pero el contraмаestre me dijo, con gran exaltación, que le parecía que me excedía en una censura que difícilmente podría apoyar en las Escrituras, y se refirió al capítulo 13 de san Lucas, versículo 4, donde nuestro Salvador nos hace saber que los hombres sobre los que se desplomó la torre de Siloé no eran más pecadores que los galileos; mas lo que de verdad me silenció en este caso fue que ninguno de los cinco hombres que habíamos perdido se contaba entre los que habían bajado a tierra en la masacre de Madagascar (así la llamaba yo, aunque nuestros hombres mostraban muy poca paciencia al oír la palabra «masacre») y por supuesto esa circunstancia, como ya he dicho, me hizo callar de momento.

Sin embargo, mis frecuentes sermones al respecto de ese asunto tuvieron peores consecuencias de lo que yo pensaba: el contraмаestre, que había liderado el ataque, se me acercó con gran determinación una vez y me dijo que le parecía que yo sacaba el asunto a relucir muy a menudo, que manifestaba reflexiones injustas y que había tratado muy mal a los hombres y a él en particular; que yo sólo era un pasajero y no tenía ningún mando en el barco, ni nada que ver con el viaje y por lo tanto no estaban obligados a soportarlo; que ellos no sabían si yo tenía algún plan perverso en mi cabeza y tal vez pensaba hacerles rendir cuentas cuando llegáramos a Inglaterra; en consecuencia, si yo no decidía poner fin al asunto y no preocuparme ya más por él y por sus cosas, abandonaría el barco; no le parecía seguro viajar conmigo entre los pasajeros.

Lo escuché con bastante paciencia hasta que terminó y luego le dije que sí confesaba haberme opuesto desde el principio a la masacre de Madagascar, pues pensaba llamarla siempre así; y que había manifestado libremente mi opinión en todo momento, aunque no más a él que a los demás; que era cierto que yo no tenía ningún mando en el barco, como también lo era que no ejercía ninguna autoridad, más allá de tomarme la libertad de opinar libremente sobre asuntos que nos concernían públicamente a todos: en cuanto a mi relación con el viaje, no era asunto suyo; era dueño de una considerable parte del barco y con ese criterio me consideraba con derecho a hablar, más incluso de lo que lo había hecho hasta entonces, y no tenía que rendirle cuentas a él ni a nadie; y empecé a exaltarme con él. Apenas respondió un poco en ese momento y me pareció que eso liquidaba el asunto. En ese momento navegábamos hacia Bengala; como tenía ganas de ver el lugar, bajé a tierra con el sobrecargo en el bote del barco para divertirme un poco; hacia el atardecer, me estaba preparando para regresar a bordo, cuando se me acercó uno de los nuestros y me dijo que no me preocupara de bajar hasta el bote porque tenían órdenes de no llevarme a bordo. Cualquiera puede imaginar la sorpresa que me llevé ante un mensaje tan insolente; y pregunté a aquel hombre quién le había mandado darme el recado. Respondió que había sido el timonel. No le dije nada más, pero sí le encargué que les hiciera saber que me había entregado el mensaje y

que yo no había respondido nada.

De inmediato salí a buscar al sobrecargo y le conté la historia, añadiendo lo que enseguida había intuido: es decir, que sin duda habría un motín en el barco. Le supliqué que fuéramos de inmediato al barco en un bote indio e informáramos al capitán; mas me podía haber ahorrado la información, pues antes de que yo se lo contara en tierra estaba ocurriendo ya a bordo: el contramaestre, el artillero, el carpintero y, en pocas palabras, todos los oficiales de grado inferior, en cuanto yo me fui en el bote habían subido al alcázar y habían pedido hablar con el capitán; allí el contramaestre soltó una larga arenga (porque el tipo hablaba muy bien) y, tras repetir todo lo que me había dicho a mí, dijo al capitán en pocas palabras que como yo había bajado pacíficamente a tierra se resistían a ejercer la violencia contra mí, cosa que hubieran hecho si llego a permanecer a bordo, para obligarme a irme. En consecuencia, les parecía apropiado decirle que se habían enrolado para servir en aquel barco bajo su mando y pensaban cumplir con lealtad; pero si yo no abandonaba el barco o el capitán me obligaba a hacerlo, se irían todos y ya no navegarían más con él. Al pronunciar la palabra «todos», volvió la cabeza hacia el palo mayor, según la señal acordada entre ellos, y todos los marinos, que estaban juntos, gritaron:

«¡Todos a una! ¡Todos a una!».

Mi sobrino, el capitán, era un hombre de espíritu y con gran presencia de ánimo y, aunque pueden estar seguros de que se llevó una sorpresa, les dijo con calma que se plantearía el asunto, pero que no podía hacer nada hasta que hubiera hablado de ello conmigo; les dio algunos argumentos para mostrarles que su propuesta era injusta y nada razonable, mas fue en vano; ellos juraron que bajarían todos a tierra si no se comprometía a librarlos del sufrimiento de verme regresar a bordo del barco, y se estrecharon las manos delante de él para confirmarlo.

Era una situación muy dura para él, que se sabía en deuda conmigo e ignoraba cómo me lo iba a tomar; así que empezó a hablarles en tono displicente; les dijo que yo era dueño de una parte muy considerable del barco y que, en justicia, no podía echarme de mi casa; que eso sería lo más próximo a tratarme como había hecho el pirata Kidd, que había armado un motín y había desembarcado al capitán en una isla deshabitada para huir con la embarcación; que, cualquiera que fuese el barco en que se enrolaran, si alguna vez regresaban a Inglaterra les saldría bien caro; que el barco era mío y él no pensaba echarme; y que prefería perder el barco, y el cargamento de todo el viaje también, antes que ser tan desagradecido conmigo; en consecuencia, podían hacer lo que quisieran. De todos modos, pensaba bajar a tierra y hablar allí conmigo, e invitaba al contramaestre a acompañarlo, pues tal vez pudieran arreglar el asunto conmigo.

Sin embargo, todos rechazaron la propuesta y dijeron que no querían tener nada más que ver conmigo, ni a bordo ni en tierra; y si yo regresaba al barco, se irían ellos a tierra. «Bueno —dijo el capitán—, si es lo que pensáis todos, dejad que vaya yo a tierra y hable con él». Así que vino a verme con esa historia poco después de que yo recibiera el mensaje del timonel.

Debo confesar que me alegró ver a mi sobrino, pues no dejaba de temer que recurriesen a la violencia para encerrarlo, izar velas y huir con el barco; en ese caso, yo habría quedado despojado por completo en un país remoto y sin ninguna ayuda; en resumen, me hubiera encontrado en peor situación que cuando estaba solo en la isla.

Mas parecía que no habían llegado a ese extremo, para mi gran satisfacción. Y cuando mi sobrino me contó lo que le habían dicho y cómo habían jurado y se habían estrechado las manos para confirmar que todos juntos abandonarían el barco si se me permitía regresar a bordo, le dije que no debía preocuparse porque yo me quedaría en tierra. Sólo deseaba que se cuidara y que me enviara a la orilla todo lo necesario y me dejara una cantidad de dinero suficiente, y yo encontraría la manera de volver a Inglaterra como buenamente pudiera.

Fue una novedad de mucho peso para mi sobrino, mas lo único que podía hacer era aceptarlo. Así que, en pocas palabras, él regresó al barco y tranquilizó a los hombres con la información de que su tío había cedido a su asedio y había pedido que se le enviaran sus propiedades del barco. Por lo tanto, el asunto quedó liquidado en muy pocas horas: los hombres regresaron a sus obligaciones y yo empecé a plantearme qué rumbo debía tomar.

Me encontraba ahora en el extremo más remoto del mundo, pues creo que puedo llamarlo así, ya que la distancia que me separaba de Inglaterra, por mar, era casi tres mil leguas mayor que cuando estaba en mi isla; aunque, es cierto, desde allí podía viajar por tierra, pasando por el país del Gran Mogol hasta Surat, y desde allí desplazarme a Basora por mar, subiendo por el golfo de Persia y luego tomar la senda de las caravanas por los desiertos de Arabia, hasta Alepo y Alexandreta, y de allí, de nuevo por mar, hasta Italia para entrar en Francia por tierra; esos trayectos, sumados, podían suponer al menos todo el diámetro del globo; aunque si se midiera supongo que resultaría ser mucho más.

También se me presentaba otra opción, que era esperar alguno de los barcos ingleses que llegaban a Bengala desde Aceh, en la isla de Sumatra, y conseguir pasaje de vuelta en uno de ellos; mas había llegado hasta allí sin conocimiento de la Compañía Inglesa de las India Orientales y por lo tanto me resultaría difícil salir de allí sin su permiso, salvo que me hiciera un gran favor el capitán del barco o algún oficial de la compañía; y yo era un perfecto

extraño para ambos.

Aquí tuve el placer particular, por hablar con ironía, de ver cómo el barco partía sin mí; un trato que, según creo, difícilmente recibió jamás un hombre en mis circunstancias, salvo que fueran piratas quienes huían con un barco y dejaban en tierra a quienes discreparan con su villanía. Sin duda, aquello era lo más parecido. De todos modos, mi sobrino me dejó dos sirvientes o, mejor dicho, un compañero y un sirviente. El primero era el ayudante del sobrecargo, a quien había convencido para que viajara conmigo; el otro era su propio sirviente. También encontré buen alojamiento en casa de una señora inglesa que alojaba a varios comerciantes, unos franceses, dos italianos, o más bien judíos, y un inglés. Allí me entretuve de muy buen grado y, para que no se me pudiera decir que me precipitaba en algo, me quedé más de nueve meses planteándome qué rumbo tomar y cómo organizarme.

Tenía algunos artículos ingleses de cierto valor y una considerable cantidad de dinero; mi sobrino me había proporcionado mil piezas de a ocho y una carta de crédito para obtener más, si lo necesitaba, para que no pasara estrecheces más allá de cuanto pudiera ocurrir.

Pronto me deshice de mis propiedades, y además con beneficios. Y tal como era mi intención original, compré allí muy buenos diamantes que, entre otras cosas, eran lo que más me convenía en esas circunstancias porque siempre podría llevar todo mi patrimonio conmigo.

Tras una larga estancia, en la que recibí muchas propuestas para regresar a Inglaterra pero ninguna me apeteció, el comerciante inglés que se alojaba conmigo, y con quien había contraído una relación íntima, se me acercó una mañana: «Compatriota —dijo—, tengo que comunicaros un proyecto que se me antoja bueno y, hasta donde yo sé, podría conveniros también cuando lo hayáis pensado a fondo.

»Estamos aquí apostados —dijo—, vos por accidente y yo por elección, en una parte del mundo muy alejada de nuestro país; sin embargo, se trata de una tierra en la que alguien como nosotros, que entendemos del comercio y los negocios, puede obtener gran cantidad de dinero; si a mil libras más sumáis vos otras tantas, alquilamos aquí un barco, el primero que nos parezca bien. Vos seréis el capitán y yo el mercader, e iremos a China en viaje de negocios. ¿Por qué habríamos de quedarnos parados? El mundo entero se mueve, da vueltas y vueltas; todas las criaturas de Dios, los cuerpos celestiales y terrenales, vibran en pleno ajetreo: ¿por qué habríamos de permanecer ociosos nosotros? No viven zánganos en el mundo —dijo—, sino hombres. ¿Por qué íbamos a ser como aquellos?».

Me gustó mucho su propuesta, más aún porque parecía expresarla con muy buena voluntad y de modo amistoso. Huelga decir que, por mis circunstancias

de abandono y desapego, pudiera estar más dispuesto a aceptar una propuesta de negocios, o de cualquier otra naturaleza. Por otro lado, el comercio no era mi elemento; sin embargo, tal vez sí pueda decir sin faltar a la verdad que, si bien el comercio no era mi elemento, sí lo era el vagabundeo: no podía pasar por alto ninguna propuesta de ver alguna parte del mundo que no hubiera visto hasta entonces.

De todos modos, pasó algo de tiempo hasta que encontramos un barco que nos pareció bien; y cuando conseguimos un navío no resultó fácil encontrar marinos ingleses; es decir, tantos como eran necesarios para gobernar el viaje y dirigir a los marineros locales que reclutásemos. Al cabo de un tiempo conseguimos un oficial, un contramaestre y un artillero ingleses; un carpintero holandés y tres vigías de trinquete: nos pareció que con ellos tendríamos suficientes, pues llevaríamos marinos indios para compensar.

Hay tantos viajeros que han escrito la historia de sus viajes y trayectos que no sería demasiado entretenido para nadie aportar un largo relato sobre los lugares a los que fuimos y la gente que allí habita; dejo eso a otros y refiero al lector a los diarios y libros de viaje de los ingleses, de los cuales, según veo, se han publicado muchos y cada día se nos prometen más aún. Baste con decir que primero fuimos a Aceh, en la isla de Sumatra; desde allí a Siam, donde intercambiamos algunos de nuestros artículos por opio y aguardiente de palma; el primero es una mercancía de gran valor entre los chinos y, en esa época, había allí una gran demanda; en pocas palabras, subimos hasta Susham; tuvimos un viaje fantástico, pasamos ocho meses fuera y regresamos a Bengala; quedé muy satisfecho con mi aventura.

Observo que en Inglaterra la gente admira a menudo a los oficiales enviados por la Compañía a la India, y a los comerciantes que permanecen allí, amasan muy buenos patrimonios y a veces regresan con fortunas de sesenta, setenta o cien mil libras cada uno. Mas, viendo las cosas con más detalle, no debe sorprendernos si pensamos en la incontable cantidad de puertos y lugares en los que se practica el comercio libre; y mucho menos si tenemos en cuenta que en todos esos puertos y lugares a los que arriban los barcos ingleses hay una demanda tan abundante y constante a causa del crecimiento de todos los demás países que se da una oportunidad segura para el beneficio, así como un mercado extranjero para los bienes exportados.

En resumen, tuvimos un muy buen viaje y yo gané tanto dinero con la primera aventura, y aprendí tanto del método idóneo para ganar más, que si hubiera tenido veinte años menos me hubiera tentado la posibilidad de quedarme allí y no hubiera pretendido otra cosa que aumentar mi fortuna; mas ¿qué significaba eso para un hombre que, en el lado menos bueno de los sesenta, tenía riqueza suficiente y había salido al extranjero más impulsado por un inquieto deseo de ver el mundo que por el celo de aumentar su patrimonio?

Y desde luego me parece que lo defino con gran justicia al llamarlo «inquieto deseo», pues era eso: cuando estaba en casa, me sentía inquieto por salir; y ahora que estaba fuera, inquieto por estar en casa. Y digo yo: ¿de qué me servían aquellas ganancias? Ya era bastante rico y no tenía ningún deseo de conseguir más dinero; y en consecuencia, los beneficios del viaje no me importaban demasiado ni me impulsaban a buscar futuras empresas. Por ello pensé que no había obtenido ningún progreso con aquel viaje, pues había regresado a casa, si puedo llamar así al mismo lugar del que había partido; en cambio mi ojo, que en palabras de Salomón nunca se daba por satisfecho con lo que veía, conservaba aún más deseos de viajar y seguir viendo. Había llegado a una parte del mundo nueva para mí, de la que además había oído hablar mucho; estaba decidido a ver tanto como pudiera y me parecía que luego ya podría afirmar que había visto todo lo que merecía la pena verse.

Sin embargo, mi compañero de viaje y yo teníamos ideas distintas: no lo menciono para insistir en la mía, pues reconozco que la suya era más justa y apropiada a los propósitos de la vida de un comerciante que, cuando se embarca en una aventura, hará bien en aferrarse a aquello que más probabilidades tiene de brindarle dinero. Mi nuevo amigo se mantuvo fiel a la naturaleza del asunto y hubiera estado feliz yendo, como el caballo del cartero, cada vez a la misma posada, ida y vuelta, siempre que pudiera obtener beneficio en ella; en cambio, mi idea, tan vieja como yo, era la locura de un muchacho vagabundo al que nunca le interesó ver dos veces la misma cosa.

Mas eso no era todo: sentía una especie de impaciencia por acercarme a casa, y sin embargo tenía la mayor indecisión imaginable: qué camino tomar. Mientras se prolongaban esas dudas, mi amigo, que siempre estaba buscando negocios, me propuso un nuevo viaje: esta vez a las islas de las especias, para llevar a casa un cargamento de clavo de Manila, o de por ahí: son lugares en los que, ciertamente, comercian los holandeses aunque las islas pertenecen en parte a los españoles. Sin embargo, no fuimos tan lejos, sino a otras islas en las que aquellos no tienen tanto poder como en Batavia, Ceilán y etcétera. No nos llevó mucho tiempo preparar el viaje: la mayor dificultad residía en convencerme para que participara. De todos modos, al final, como no se me ofrecía nada más, me pareció que obtendría más placer y satisfacción mental si me movía un poco y comerciaba con beneficios tan grandes y, si puedo decirlo, seguros, que si me quedaba quieto. Como esto último representaba para mí la parte más desgraciada de la vida, decidí emprender también ese viaje. Lo hicimos con gran éxito, parando en Borneo y en varias islas cuyos nombres ya no recuerdo, y regresamos a casa al cabo de seis meses. Vendimos las especias, principalmente clavo y nuez moscada, a comerciantes persas que se las llevaron al Golfo; con un beneficio de cinco por uno, en verdad ganamos una gran cantidad de dinero.

Cuando cerramos las cuentas, mi amigo me sonrió:

«Bueno —me dijo con una especie de amable burla de mi temperamento indolente—, ¿no es mejor esto que estar por aquí caminando sin nada que hacer y pasar el tiempo contemplando las tonterías y la ignorancia de los paganos?».

«Vaya, ciertamente —contesté—, amigo mío, creo que sí. Y empiezo a convertirme a los principios del comercio. Mas debo advertiros —añadí—, por cierto, que no sabéis lo que estáis haciendo. Porque si alguna vez supero mi resistencia y me embarco de corazón, pese a mi avanzada edad, os pienso hostigar arriba y abajo por todo el mundo hasta agotaros, pues perseguiré el beneficio con tal fruición que no os dejaré descansar jamás».

CAPÍTULO XI

Mas, por abreviar las especulaciones, poco después llegó un barco holandés que venía directamente de Batavia; era un navío de cabotaje, no un barco llegado de Europa, de unas doscientas toneladas de carga: al parecer, la tripulación había enfermado tanto que no tenían hombres suficientes para hacerse a la mar, y se quedaron en Bengala. Y, como si hubieran ganado ya suficiente dinero o, por otras razones, tuvieran ganas de volver a Europa, hicieron pública su voluntad de vender el barco: eso llegó a mis oídos antes que a los de mi nuevo socio y sentí grandes deseos de comprarlo. Así que me fui a verlo y se lo dije; se lo pensó un poco, porque no era dado a precipitarse, y tras cavilar me contestó: «Es un poquito grande, pero no importa: nos lo quedaremos». En consecuencia, compramos el barco: llegamos a un acuerdo con el propietario, pagamos y tomamos posesión de él. Después decidimos convencer a la tripulación, si era posible, para que se sumara a nuestros hombres en el desarrollo de nuestro negocio. Sin embargo, de repente, como no sólo habían cobrado la paga, sino también la parte que les correspondía del beneficio, según supimos más adelante, no hubo manera de encontrar a ningún hombre. Preguntamos mucho por ellos y al fin nos dijeron que se habían ido todos juntos, por tierra, hasta Agra, la gran ciudad donde residía el mogol; de allí pensaban viajar a Surat y luego por mar al golfo de Persia.

Nada me había molestado tanto en mucho tiempo como el haberme perdido la oportunidad de ir con ellos: porque me parecía que aquel viaje, en semejante compañía, hubiera sido al mismo tiempo seguro y entretenido y se hubiera adaptado en gran medida a mi plan general: habría visto mundo al tiempo que regresaba hacia casa. Sin embargo, quedé mucho más satisfecho unos días después, cuando supe qué clase de gente eran. En pocas palabras, su

historia era que el tipo al que llamaban capitán era tan sólo el artillero, no el comandante; que venían de un viaje de comercio durante el cual les habían atacado en tierra los nativos de Malaca, que habían matado al capitán y a tres hombres. Una vez muerto el capitán, aquellos hombres, once en total, habían decidido huir con el barco y, efectivamente, lo habían llevado hasta el golfo de Bengala, dejando al oficial y a cinco hombres en tierra. Más adelante sabremos de ellos.

Bueno, fuera cual fuese el modo en que ellos habían entrado en posesión del barco, a nosotros nos parecía que lo habíamos adquirido honestamente; sin embargo, confieso que no examinamos el asunto tan detenidamente como debíamos, pues nunca averiguamos más cosas de aquellos marinos que, si llegamos a hacerlo, habrían dudado en el relato e incurrido en contradicciones entre ellos y tal vez también en incoherencias. O, de una u otra manera, habríamos encontrado razones para sospechar. Sin embargo, el hombre nos mostró una factura del barco de un tal Emanuel Clostershoven, o emitida a ese supuesto nombre (pues ahora supongo que todo era fraudulento) y se atribuyó tal personalidad. Nosotros no lo discutimos y, con ese exceso de confianza, o al menos sin la menor suspicacia, cerramos nuestro acuerdo.

En cualquier caso, a continuación reclutamos algunos marineros ingleses y otros holandeses; decidimos emprender un segundo viaje al sureste en busca de clavo y cosas parecidas; es decir, entre las islas de Filipinas y Malaca; en resumen, por no llenar esta parte del relato de naderías, pues aún han de venir asuntos de mucha monta, me pasé, de principio a fin, seis años en aquel país, comerciando de puerto en puerto, aquí y allá, y con mucho éxito. Era ya el último año de mi relación con mi socio, y navegábamos en el mencionado barco hacia China, pero antes queríamos pasar por Siam a comprar arroz.

En aquel viaje el viento en contra nos obligó a pasar mucho tiempo dando bordos a un lado y otro por el estrecho de Malasia y entre las islas; nada más atravesar esos mares peligrosos, descubrimos que teníamos una vía de agua, mas por mucho que nos esforzáramos parecíamos incapaces de averiguar de dónde procedía. Eso nos obligó a buscar abrigo en algún puerto; como mi socio conocía la zona mejor que yo, mandó al capitán que entrase en el río de Camboya; como no quería cargar con el gobierno del barco en mis espaldas, yo había nombrado capitán al oficial inglés, un tal señor Thompson. Ese río queda en el lado norte de una gran bahía, o golfo, que llega hasta Siam.

Mientras estábamos allí bajábamos a menudo a tierra en busca de provisiones; un día se me acercó un inglés que, al parecer, era artillero de un barco de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales que navegaba por el mismo río hasta la ciudad de Camboya o sus alrededores. No sabemos qué lo llevaba hasta allí, mas se acercó y se dirigió a mí en inglés: «Señor —me dijo—, sois un extraño para mí, y yo para vos, mas tengo que deciros algo que os

será de mucha importancia».

Lo miré fijamente un buen rato y al principio él creyó que lo había reconocido, mas no era así.

«Si ha de ser tan importante para mí —le contesté— y no para vos, ¿qué os mueve a contármelo?».

«Me mueve —respondió— el peligro inminente que corréis y del que, según veo, no tenéis conocimiento».

«No me consta que corra riesgo alguno —aclaré—, salvo que no logro encontrar la vía de agua que tiene mi barco; mas me propongo ponerlo mañana en dique seco para ver si la encuentro».

«Pero, señor —insistió él—, con o sin vía de agua, tanto si la encontráis como si no, haréis bien en no sacarlo del mar mañana si escucháis lo que he venido a deciros. ¿Sabéis, señor, que la ciudad de Camboya queda unas quince leguas río arriba? ¿Y que hay dos grandes barcos ingleses a este lado, a unas cinco leguas, además de otros tres holandeses?».

«Bueno —respondí—, ¿y qué me importa?».

«Caramba, señor —insistió—, no es propio de un hombre enfrascado en semejantes aventuras llegar a un puerto sin examinar antes qué barcos se encuentran en él y averiguar si puede enfrentarse a ellos. Supongo que no creeréis que podéis vencerlos, ¿verdad?». Su conversación me pareció asombrosa, mas nada divertida, pues no conseguía adivinar qué quería decir. Así que respondí bruscamente para decirle:

«Señor, me gustaría que os explicarais. No se me ocurre ninguna razón por la que deba temer la presencia de los barcos de la Compañía, o de los holandeses; no soy ningún intruso, ¿qué pueden decirme?».

Me miró, medio enfadado, medio complacido; hizo una breve pausa, aunque sonreía.

«Bueno, señor —dijo entonces—, si os parece que estáis a salvo, corred vuestro riesgo. Lamento que el destino os haga sordo al buen consejo, mas os aseguro que si no os hacéis a la mar de inmediato, en cuanto suba la marea recibiréis el ataque de cinco chalupas llenas de hombres, y tal vez, si os apresan, os cuelguen de entrada por piratería, con la intención de examinar los detalles más adelante. Creía, señor —añadió—, que sería mejor recibido por prestaros un servicio de semejante importancia».

«Nunca seré desagradecido —afirmé— por un servicio, ni con la amabilidad de ningún hombre; mas escapa a mi comprensión que alguien tenga esos planes para mí; sin embargo, como afirmáis que no hay tiempo que perder y que existe ese perverso plan contra mí, me embarcaré en este mismo

momento y me haré a la mar si mis hombres son capaces de detener la vía de agua, o si veo que podemos navegar sin cerrarla. Sin embargo, señor —terminé—, ¿debo partir sin conocer la razón de todo esto? ¿No podéis iluminarme un poco más al respecto?».

«Tan sólo puedo contaros parte de la historia, señor —respondió—, pero tengo conmigo a un marino holandés y creo que podría convencerlo para que él os contara el resto. Sin embargo, hay poco tiempo. Así se resume la historia, aunque supongo que conocéis sobradamente la primera parte: a saber, que estabais con este barco en Sumatra; que allí el capitán fue asesinado por los nativos de Malaca, con tres de sus hombres; que vos, o algunos de quienes iban a bordo con vos, huisteis con el barco y, desde entonces, os dedicáis a la piratería. Ese es el resumen de la historia y os atraparán a todos como piratas, os lo puedo asegurar, y seréis ejecutados con poca ceremonia: ya sabéis que los barcos mercantes no tienen ninguna piedad con los piratas si caen en su poder».

«Eso sí es hablar claro —le dije— y os lo agradezco, y aunque no me consta que hayamos hecho nada de lo que decís, pues estoy seguro de que nos hicimos con el barco de modo justo y honesto, viendo la que se nos viene encima, por lo que contáis, y convencido de que lo decís con toda honestidad, mantendré la guardia».

«No, señor —insistió—. No habléis de mantener la guardia; la mejor defensa es escabullirse del peligro. Si tenéis en alguna estima vuestra vida y las de vuestros hombres, haceos a la mar sin falta en cuanto suba el agua y, al entrometerse la marea, estaréis demasiado lejos cuando ellos quieran bajar; porque ellos saldrán cuando el agua ya haya subido, y como han de navegar veinte millas hasta aquí, gracias a la marea dispondréis de dos horas de ventaja, sin contar con la distancia que hayáis recorrido para entonces: además, como vendrán en los botes, y no con sus barcos, no se atreverán a seguiros mar adentro, sobre todo si hace viento».

«Bueno —respondí—, habéis sido muy amable. ¿Qué puedo hacer para compensaros?».

«Señor —dijo él—, tal vez no estéis muy dispuesto a compensarme por no estar muy convencido de la verdad de cuanto os digo. Os haré una propuesta: se me deben diecinueve meses de paga por navegar a bordo del barco en que zarpé de Inglaterra; al holandés que va conmigo se le deben siete meses de paga; si os ocupáis de nuestra deuda, navegaremos con vos. Si no decidís nada más, nada pediremos; mas si os convencemos de que os hemos salvado la vida, y el barco, y las vidas de todos los hombres que navegan en él, dejaremos en vuestras manos la decisión».

Consentí enseguida y de inmediato me fui a bordo con los dos hombres. En

cuanto llegué al costado del barco, mi socio, que estaba a bordo, salió al alcázar y me llamó con gran alegría: «¡Eh! ¡Eh! ¡Hemos taponado la vía!».

«Ah, ¿sí? —le contesté—. Gracias a Dios. Pero levad anclas de inmediato».

«¿Levar? —preguntó él—. ¿Qué queréis decir? ¿Qué sucede?».

«No preguntéis —insistí—. Poned a todo el mundo a trabajar y levad anclas sin perder ni un segundo». Aunque se quedó sorprendido, llamó al capitán y le ordenó que levantara anclas de inmediato; aunque aún no había subido del todo la marea, soplaba ya una leve brisa de tierra y salimos hacia mar abierto. Entonces lo convoqué al camarote y le conté al fin la historia: llamamos a los hombres y ellos nos contaron el resto. Mas el relato ocupaba mucho tiempo y no habíamos terminado todavía cuando llamó a la puerta del camarote un marino y nos avisó que el capitán mandaba avisar que alguien nos perseguía. «¿Nos persiguen? —exclamé—. ¿Quién? ¿Con qué?». «Con cinco balandros, o chalupas —aclaró el tipo—, llenos de hombres».

«Muy bien —dije—. Entonces, está claro que algo de cierto hay». A continuación mandé reunir a todos los hombres en cubierta y les dije que había un plan para capturar nuestro barco y tomarnos por piratas; les pregunté si permanecerían unidos y a nuestro lado. Los hombres contestaron con buen ánimo, y todos a una, que vivirían y morirían con nosotros. Entonces pregunté al capitán cuál le parecía que sería la mejor manera de manejar aquella lucha, pues había decidido oponer resistencia hasta la última instancia. Contestó enseguida que la mejor manera consistía en mantenerlos alejados con los cañones, mientras pudiéramos, y luego dispararles con las armas de mano para evitar que nos abordaran; cuando eso ya no sirviera, debíamos retirarnos a nuestros camarotes cerrados; tal vez no llevaran material para forzar los mamparos y echársenos encima.

Mientras tanto, el artillero recibió órdenes de instalar dos cañones a proa y a popa, lejos del timón, despejar la cubierta y cargarlos con balas de mosquete, pedazos pequeños de hierro viejo y cuanto cayera en sus manos. Así nos preparamos para la batalla, mas durante todo ese tiempo seguimos navegando hacia mar abierto con buen viento y vimos que los botes se mantenían a distancia: eran cinco las chalupas que nos perseguían con todo el trapo desplegado.

Dos de ellas, inglesas según pudimos ver con el catalejo, se habían adelantado al resto, les habían sacado dos leguas de ventaja y se iban acercando considerablemente a nosotros; así que calculamos que llegarían a nuestra altura y disparamos una salva sin munición para que se detuvieran; también mostramos bandera blanca para parlamentar. Sin embargo, ellos siguieron acercándose hasta que se pusieron a distancia de tiro. Entonces

arriamos nuestra banderita blanca, pues no le habían dado respuesta, izamos la roja y les disparamos con munición; aun así, siguieron acercándose hasta tal punto que pudimos dirigirnos a ellos con una trompetilla que llevábamos a bordo. Entonces los llamamos y les advertimos que se mantuvieran alejados por su propia seguridad.

Daba lo mismo; se arrimaron a nosotros e intentaron meterse bajo nuestra popa para podernos abordar por el través. En ese momento, al ver que estaban decididos a causarnos una desgracia y entender que dependían de los barcos que llegaban detrás, ordené que diéramos un bordo, de modo que nos quedaran de costado; les disparamos cinco cañonazos de inmediato. Un bote quedó tan desequilibrado que golpeó la popa del que llevaba delante y le obligó a arriar la vela y a colocar a todos los tripulantes a proa para no hundirse; allí se quedó y ya tuvo bastante; sin embargo, al ver que el primer bote se nos seguía acercando, nos preparamos para dispararle.

Mientras todo esto ocurría, uno de los tres botes que llegaban por detrás se había adelantado a los otros dos y había llegado ya hasta el que estaba inutilizado para prestarle auxilio: vimos que rescataba a los hombres y de nuevo nos dirigimos al primer bote y propusimos una tregua para parlamentar y para averiguar qué intenciones traían. Mas no obtuvimos respuesta y comprobamos que se arrimaban a la popa. Al verlo, nuestro artillero, que era un tipo muy diestro, fue corriendo a por sus dos cañones de caza y los disparó; como falló el tiro, los hombres del bote gritaron, saludaron sombrero en mano y siguieron avanzando; mas el artillero se aprestó enseguida y disparó hacia ellos por segunda vez: aunque no tocó la estructura del barco, sí cayó entre la tripulación y nos resultó fácil ver que había causado graves daños; haciendo caso omiso, viramos de nuevo y les golpeamos con el costado del barco; disparamos tres cañonazos más y comprobamos que el bote estaba casi hecho añicos: en particular, el timón y la proa estaban bastante desencajados, de modo que hubieron de arriar velas de inmediato y quedaron sumidos en el desorden. Para colmo de su desgracia, nuestro artillero les largó dos cañonazos más: no pudimos ver dónde acertaba, mas comprobamos que el bote se hundía y algunos de sus tripulantes estaban ya en el agua. Al verlo, mandé que unos cuantos hombres subieran al bote auxiliar, que habíamos mantenido listo en el costado, con órdenes de recoger a algunos tripulantes, evitar que se ahogaran y subirlos a bordo de inmediato, porque veíamos que ya se acercaban los demás botes. Los tripulantes del auxiliar cumplieron las órdenes y rescataron a tres hombres; uno de ellos estaba a punto de ahogarse y tardamos bastante en recuperarlo. En cuanto los tuvimos a bordo desplegamos toda la vela posible y pusimos proa al mar abierto: pronto vimos que, cuando los otros tres botes se reunieron con los dos primeros, abandonaban la persecución.

Libre al fin de un peligro que parecía mucho mayor de lo que yo había

creído, pese a desconocer la razón que lo causaba, me aseguré de que cambiáramos de rumbo y nadie pudiera imaginar siquiera adónde nos dirigíamos: por eso nos mantuvimos en mar abierto hacia el este, bastante lejos de la ruta de todos los barcos europeos, ya se dirigieran a China o a cualquier otro lugar dentro de la zona de comercio de las naciones europeas.

Aprovechando que ya estábamos en alta mar, empezamos a parlamentar con los dos marinos para preguntarles qué significaba todo aquello. El holandés nos desveló el secreto enseguida al decirnos que el tipo que nos había vendido el barco, según nuestro relato, no era más que el ladrón que había huido con el mismo. Luego nos contó que el capitán, cuyo nombre no recuerdo pese a que lo mencionó, había muerto a traición en manos de los nativos de la costa de Malaca con tres de sus hombres: él mismo, el holandés, se había adentrado con otros cuatro hombres en el bosque, donde habían deambulado durante un buen tiempo, hasta que consiguió huir de manera milagrosa y nadar hasta un barco holandés que navegaba cerca de la costa, rumbo a China, y había enviado su bote a tierra para buscar agua dulce. No se había atrevido a salir a la orilla en la zona donde estaba el bote, pero por la noche se había zambullido un poco más adelante para nadar hasta él y conseguir que lo recogieran.

Luego nos contó que había ido a Batavia, adonde habían llegado dos marinos del barco, pues todos los demás habían desertado; este contó que el que había huido con el barco lo había vendido en Bengala a un grupo de piratas que lo usaban para sus tropelías y que ya habían atacado a un barco inglés y a otros dos holandeses con muy buen cargamento.

Entendimos que esto último nos concernía directamente; sabíamos que era falso pero, como bien dijo mi socio, si llegamos a caer en sus manos, con el enorme prejuicio que tenían en nuestra contra, cualquier intento de defendernos, o cualquier esperanza de que nos concedieran cuartel, habría sido en vano. Sobre todo si tenemos en cuenta que nuestros acusadores se erigían en jueces y que no podíamos esperar de ellos más que lo que la ira dictaba y la pasión descontrolada ejecutaba; en consecuencia, él opinaba que debíamos regresar directamente a Bengala, de donde habíamos partido, sin detenernos en ningún puerto, porque allí podríamos dar nuestra versión y demostrar dónde estábamos al llegar el barco, a quién se lo habíamos comprado y asuntos parecidos. Más importante aún: si nos veíamos obligados a defendernos ante los jueces apropiados contaríamos con la certeza de obtener un juicio justo; no nos colgarían primero para juzgarnos después.

Durante un rato compartí la opinión de mi socio, pero luego lo pensé con más seriedad y le dije que me parecía que correríamos un gran riesgo si intentábamos regresar a Bengala porque estábamos en el lado malo del estrecho de Malaca; y que si alguien daba la alarma podíamos estar seguros de

que nos atacarían por todos los lados, tanto los holandeses de Batavia como los ingleses de cualquier lugar; que si nos atrapaban huyendo nos habríamos condenado nosotros mismos y no les haría falta ninguna otra prueba. También pregunté la opinión del marino inglés, quien dijo que pensaba como yo y que sin duda nos iban a capturar.

Ese peligro asustó un poco a mi socio y a toda la compañía del barco y decidimos partir de inmediato a la costa de Tonkín y de allí hacia China, donde podríamos reanudar el plan inicial: comerciar, encontrar el modo de deshacernos del barco y regresar en los navíos locales que pudiéramos encontrar. Así se aprobó como el método más apropiado a nuestra seguridad y, en consecuencia, pusimos rumbo norte noreste y nos mantuvimos a más de cincuenta leguas de distancia del rumbo habitual hacia el este.

Eso, sin embargo, nos generó algún inconveniente: al principio, estando tan lejos de la costa, nos parecía que el viento soplaba en contra de manera más continua, vientos alisios, que así los llamamos, procedentes del este y del este noreste; de modo que el trayecto se alargaba mucho y no teníamos avituallamiento para tanto tiempo; y, peor aún, cabía el riesgo de que aquellos barcos ingleses y holandeses que habían enviado sus botes en nuestra persecución, y algunos de los cuales llevaban el mismo rumbo que nosotros, pudieran llegar antes. Y aun si eso no ocurría, algún otro barco dirigido a la China podría recibir información sobre nosotros y perseguirnos con el mismo rigor.

Debo confesar que en ese momento me sentía muy inquieto y creía que, desde que nos zafamos de la persecución de los botes, había estado en la situación más peligrosa que jamás había afrontado en toda mi vida pasada; en ninguna de mis muchas circunstancias había sido perseguido como ladrón, ni había hecho nada que me mereciera un trato de fraudulento o deshonesto, y mucho menos de ladrón. Yo mismo había sido mi principal enemigo; o, como bien podría decir, no había sido enemigo para nadie como para mí mismo. En cambio, ahora estaba metido en la peor situación imaginable, pues aunque era absolutamente inocente, no me encontraba en condiciones de demostrar esa inocencia; y si me llegan a capturar me habrían acusado de uno de los peores delitos; al menos, de uno tenido por tal entre la gente con quien tendría que tratar.

Eso me dio una gran ansiedad por escapar, aunque ignoraba en qué dirección; a qué puerto o lugar acudir. Mi socio, al verme así de desanimado, pese a que al principio había sido él quien más se preocupara, empezó a alentarme y, mientras me describía unos cuantos puertos de aquella costa, me dijo que arribaría a la costa de Cochinchina, o a la bahía de Tonkín, con la intención de dirigirse luego a Macao, ciudad que había sido propiedad de los portugueses y en la que vivían todavía muchas familias europeas, y a la que

solían acudir los misioneros con la intención de seguir viaje hacia China.

Entonces decidimos navegar hacia allí; en consecuencia, aunque fuera por medio de un rumbo tedioso e irregular, y con gran racionamiento de provisiones, llegamos a la vista de la costa una mañana a primera hora; tras pensar en las circunstancias por las que habíamos pasado y el peligro que habríamos corrido si no llegamos a escapar, decidimos ponernos al abrigo de un río pequeño que, sin embargo, tenía el calado suficiente para nuestro barco, y ver si conseguíamos, ya fuera por tierra o por medio del bote auxiliar, averiguar qué barcos había en los puertos cercanos. Desde luego, ese feliz paso supuso nuestra salvación, pues aunque no vimos al principio ningún barco europeo en la bahía de Tonkín, a la mañana siguiente entraron en ella dos naves holandesas y una tercera que nos pareció de la misma nacionalidad pese a no llevar la bandera desplegada, pasaron a unas dos leguas de distancia y, ya por la tarde, se acercaron a dos barcos ingleses que mantenían el mismo rumbo. Así que nos dimos cuenta de que estábamos rodeados de enemigos por todas partes. El lugar en que nos encontrábamos era bárbaro y salvaje, sus habitantes eran ladrones, incluso por profesión u ocupación, y si bien es cierto que no queríamos casi nada de ellos y apenas procurábamos su encuentro, salvo para conseguir algunas provisiones, nos costaba mucho evitar que nos ofendieran de muy diversas maneras.

Estábamos en un pequeño río de ese territorio, a unas pocas leguas de su límite norte, y navegamos con el bote hacia el noreste, hasta el cabo de tierra que se abre a la gran bahía de Tonkín; fue en ese recorrido costero cuando descubrimos, como ya se ha dicho, que estábamos rodeados de enemigos. Estábamos entre los habitantes más bárbaros de la costa, sin tratos con ninguna otra nación, dedicados sólo a comerciar con pescado y aceites y materias primas por el estilo; se comprobará que, como ya he dicho, eran los más bárbaros, por ejemplo, en el hecho de que entre otras costumbres tenían la siguiente: si algún barco tenía la desgracia de naufragar en sus costas, de inmediato capturaban a todos los tripulantes como prisioneros. Es decir, como esclavos; y no tardamos demasiado en encontrar una muestra de su bondad, en la ocasión que ahora contaré.

He observado antes que nuestro barco había tenido una vía de agua en alta mar y que no habíamos podido encontrarla; fuera como fuese, ya lo he explicado, se taponó inesperadamente en un momento oportuno, pues estábamos a punto de ser atrapados por los barcos holandeses e ingleses cerca de la bahía de Siam; sin embargo, como no nos parecía que el barco estuviera en tan buenas condiciones como deseábamos, decidimos, ya que estábamos allí, sacarlo a tierra, descargar todos los objetos de peso que llevábamos, que no eran muchos, limpiar el casco y, si era posible, descubrir dónde estaba aquella vía.

En consecuencia, tras aligerar el barco y llevar todos los cañones, y otros objetos móviles, a un costado, intentamos volcarlo para poder ver el casco; después de pensarlo bien, no nos habíamos atrevido a ponerlo en dique seco, ni tampoco habíamos encontrado un lugar idóneo para ello.

CAPÍTULO XII

Los nativos, que jamás habían visto nada parecido, bajaron asombrados hasta la orilla para mirarlo; al ver que el barco estaba tumbado sobre un costado de aquel modo, con la cubierta vuelta hacia tierra, y no ver a ninguno de los nuestros, que estaban trabajando por el lado del casco con plataformas, o desde los botes, concluyeron enseguida que el barco había naufragado y estaba embarrancado en el fondo.

Con esa suposición se nos echaron encima al cabo de dos o tres horas con diez o doce botes grandes, en alguno de los cuales iban hasta ocho o diez hombres, con la indudable intención de subir a bordo y saquear el barco y, si nos encontraban allí, llevársenos como esclavos para su rey, o como quiera llamarse, pues ni siquiera sabíamos quién los gobernaba.

Cuando llegaron al barco y empezaron a rodearlo a remo, descubrieron que estábamos trabajando duramente en el exterior del fondo del casco y del costado, limpiando, calafateando y tapando, como sabe hacer todo marino.

Se nos quedaron mirando un rato y nosotros, un poco sorprendidos, no pudimos ni imaginar qué intenciones tenían; mas como nos queríamos asegurar, aprovechamos la oportunidad para que algunos entraran en el barco y otros repartieran armas y munición a los que seguían trabajando, para que pudieran defenderse si se presentaba la ocasión; resultó más que necesario, pues tras debatirlo entre ellos durante un cuarto de hora al parecer decidieron que en realidad el barco había naufragado y que nosotros trabajábamos para intentar salvarlo, o para salvar nuestras vidas con la ayuda de los botes; y cuando bajamos las armas a los botes concluyeron que intentábamos rescatar algunas propiedades. A continuación dieron por hecho que todo eso les pertenecía y se echaron directamente encima de nuestros hombres, como si estuvieran en primera línea de una batalla.

Los nuestros, al ver que eran tantos, empezaron a asustarse porque nos encontrábamos en mala posición para defendernos, y nos llamaron a gritos para saber qué debían hacer. Yo mandé de inmediato a los que trabajaban en plataformas que las soltaran y escalasen ellos por la amura para entrar en el barco, al tiempo que ordenaba a los de los botes que nos rodearan a remo y

subieran a bordo, y los pocos que ya estábamos en cubierta trabajamos con todas nuestras fuerzas para levantar el barco. Sin embargo, ni los de las plataformas ni los de los botes pudieron cumplir esas órdenes antes de que se les echaran encima los cochinchinos y abordaran a nuestra chalupa con dos embarcaciones a remo y empezaran a apresar a sus tripulantes.

El primer hombre que capturaron era un marino inglés, robusto y fuerte, que pese a llevar un mosquete en las manos ni siquiera intentó disparar y lo posó en el interior del bote. Pensé que era un estúpido, pero resultó que sabía del asunto mucho más de lo que yo pudiera enseñarle, pues a continuación agarró al pagano y lo arrastró por pura fuerza para sacarlo de su bote y meterlo en el nuestro. Una vez allí lo cogió por las orejas y le golpeó la cabeza contra la borda con tanta fuerza que el tipo murió de inmediato entre sus manos; mientras tanto, un holandés que iba a su lado cogió el mosquete y empezó a soltar tales golpes con la culata que tumbó a cinco nativos que intentaban entrar en el bote. Sin embargo, eso era poco a la hora de resistirse a treinta o cuarenta hombres que se acercaban sin ningún miedo, pues ignoraban el peligro que corrían, y empezaban a lanzarse hacia el interior de la chalupa, defendida tan sólo por cinco hombres. Mas los nuestros obtuvieron una victoria absoluta gracias a un accidente que nos dio más risa que otra cosa y que ocurrió como sigue: nuestro carpintero, preparado para calafatear el exterior del barco, así como para cerrar las juntas que había enmasillado para detener las vías de agua, acababa de dejar dos ollas en el bote: una llena de brea hirviendo y la otra con resina, sebo y aceite y otras cosas que usan los artesanos para trabajar los cascos; el hombre que ayudaba al carpintero tenía un gran cazo de hierro en la mano, con el que iba repartiendo aquel material ardiente a los trabajadores. Dos enemigos entraron en el bote justo por donde estaba este, en la parte delantera, quien los untó de inmediato con un cazo de aquel material, hirviendo de tan caliente, y como iban medio desnudos quedaron tan quemados y escaldados que se fueron rugiendo como toros y, enloquecidos por el fuego, se echaron al mar. El carpintero lo vio y exclamó: «¡Bien hecho, Jack! ¡Dales un poco más!». Luego dio un paso adelante él mismo, cogió una mopa, la hundió en el bote de brea y él y su hombre la vertieron entre los nativos en tal cantidad que, en pocas palabras, de todos los hombres que iban en los tres botes no quedó ninguno que no estuviera quemado y escaldado de la manera más espantosa y penosa, y todos gritaban y aullaban tanto que jamás he oído un sonido peor ni, por supuesto, parecido; merece la pena observar que aunque el dolor genera una necesidad natural de gritar, cada nación tiene un modo particular de exclamar y hacer ruidos tan distintos de los demás como el lenguaje. No puedo dar al ruido que hacía esa gente otro nombre que el de «aullidos», ni encontrar una palabra que defina el tono con más exactitud, pues nunca había oído nada que se pareciera tanto al ruido que hacen los lobos a los que, como ya he explicado, oí aullar en el

bosque de la frontera del Languedoc.

Ninguna victoria me ha complacido tanto en mi vida; no sólo porque me tomó del todo por sorpresa y por la inminencia del peligro que nos acechaba, sino también porque la conseguimos sin derramar sangre, salvo la de aquel hombre al que nuestro tipo mató con sus propias manos y por el que me quedé muy preocupado; estaba harto de matar pobres salvajes desgraciados, incluso si era en defensa propia, pues sabía que acudían a nosotros en empresas que ellos consideraban justas y sin tener más información. Tal vez fuera justo, por lo necesario, pues no hay forzosamente maldad en la naturaleza, pero a mí me parecía una vida triste esa que nos obliga siempre a matar a criaturas iguales a nosotros para salvarnos; desde luego, lo sigo pensando. Incluso ahora estaría dispuesto a pasar grandes sufrimientos antes de quitar la vida incluso a la peor persona que pudiera hacerme daño. Y creo que la gente capaz de reflexionar y concedora del valor de la vida compartiría mi opinión si se detuviera a considerar seriamente el asunto.

Mas regresemos a mi historia. Mientras ocurría todo esto, mi socio y yo, que dirigíamos al resto de la tripulación, habíamos conseguido, con gran destreza, poner el barco casi vertical y, tras colocar los cañones en sus sitios de nuevo, el artillero me pidió que ordenara a nuestro bote que se apartara para que él pudiera disparar. Lo llamé y le pedí que no disparase, pues el carpintero haría el trabajo por él; en cambio, le encargué que calentara otra olla de brea, de lo que se ocupó nuestro cocinero, que estaba a bordo. Pero los enemigos estaban tan aterrados con lo que se habían encontrado en el primer ataque que ya no volvieron más; y suponemos que los que estaban más lejos, al ver que el barco navegaba ciertamente en vertical, se dieron cuenta de su error y renunciaron a la empresa al descubrir que no era lo que habían creído. Así nos libramos de aquella vivaz pelea y, tras conseguir algo de arroz, raíces y pan, con unos dieciséis buenos cerdos grandes a bordo, llegados dos días antes, decidimos no quedarnos más allí y hacernos a la mar, pasara lo que pasase; no teníamos la menor duda de que al día siguiente nos hubieran rodeado los villanos, acaso en cantidades mayores de las que podíamos manejar con la olla de brea.

En consecuencia, lo subimos todo a bordo aquella misma noche y a la mañana siguiente estábamos listos para navegar. Mientras tanto, anclados a cierta distancia de la orilla, ya no estábamos tan preocupados, pues ahora nos encontrábamos en condiciones de disparar, además de navegar, si se presentaba un enemigo. Al día siguiente, terminados nuestros trabajos a bordo y tras confirmar que todas las vías de agua estaban perfectamente selladas, izamos las velas. Hubiéramos ido a la bahía de Tonkín, pues queríamos averiguar qué podía saberse de los barcos holandeses que habían pasado por esa zona; mas no nos atrevíamos a permanecer allí, pues habíamos visto entrar

a varios barcos, tal como suponíamos, poco antes. De modo que mantuvimos rumbo noreste hacia la isla de Formosa, tan temerosos de topar con un mercante holandés o inglés como lo están estos de toparse con un barco de guerra argelino en el Mediterráneo.

Ya en alta mar, mantuvimos el rumbo noreste como si fuéramos hacia Manila o las Filipinas, y así lo hicimos para no interponernos en el camino de los barcos europeos; luego viramos de nuevo hacia el norte hasta que llegamos a los 22 grados y 20 minutos de latitud, para arribar directamente a la isla de Formosa, donde echamos el ancla con la intención de conseguir agua y provisiones frescas de los nativos, que eran muy corteses y educados en sus modales nos avituallaron con buena voluntad y se comportaron con nobleza y puntualidad con nosotros en todos los acuerdos y tratos, no como nos había pasado con otra gente, y tal vez se deba a los restos del cristianismo, que fue implantado allí por una misión holandesa de protestantes y es testimonio de algo que he observado: a saber, que la religión cristiana siempre civiliza a la gente y reforma los modales de quien la recibe, tanto si tiene el efecto de salvarlos como si no.

Desde Formosa seguimos navegando hacia el norte, manteniéndonos a distancia de la costa hasta que supimos que habíamos dejado atrás todos los puertos de China a los que suelen acudir los barcos europeos. Estábamos decididos a no caer, en la medida de lo posible, en manos de ninguno; sobre todo en aquellas tierras, donde, siendo nuestras circunstancias las que eran, acabaríamos inevitablemente en la ruina; más aún, a mí en particular me daba tanto miedo ser capturado por ellos que creo firmemente que hubiera preferido caer en manos de la Inquisición española.

Al llegar a los 30 grados de latitud decidimos entrar en el primer puerto comercial al que arribáramos y, cuando nos acercábamos a la costa, un bote navegó dos leguas para llegar hasta nosotros, con un piloto portugués a bordo que, sabedor de que éramos europeos, venía a ofrecer sus servicios, de lo que nos alegramos ciertamente y lo aceptamos a bordo; a continuación, sin preguntar siquiera adónde íbamos, se despidió del bote y lo envió de vuelta a la orilla.

Como a mí me parecía que podíamos escoger adónde queríamos que nos llevara el anciano, empecé a decirle que nos llevara hasta el golfo de Nanquín, que queda en el extremo norte de la costa de China. El viejo dijo que conocía muy bien el golfo de Nanquín, mas luego sonrió y preguntó qué se nos había perdido allí.

Le contesté que íbamos a vender nuestro cargamento y comprar porcelanas, telas de algodón, seda cruda y procesada, té y etcétera, y haríamos el mismo trayecto de regreso. Nos dijo que el mejor puerto para nosotros

hubiera sido Macao, donde habríamos encontrado con toda seguridad un mercado satisfactorio para nuestro opio y, con el dinero obtenido, habríamos podido comprar toda clase de mercancías chinas tan baratas como en Nanquín.

Como no conseguía que el anciano cortara su discurso, bastante obstinado y engreído, le dije que además de comerciantes éramos caballeros y que teníamos ganas de ir a ver la gran ciudad de Pekín y la famosa corte del monarca chino. «Vaya, entonces —contestó el anciano— deberían ir a Ningpo, donde, gracias al río que allí desemboca, se puede subir hasta una distancia de cinco leguas del gran canal. Ese canal es un río navegable artificial que pasa por el corazón del vasto imperio de la China, cruza todos los ríos, pasa por algunos montes destacables con la ayuda de represas y esclusas y llega hasta la ciudad de Pekín, con una extensión total de casi doscientas setenta leguas».

«Bueno —le dije—, señor portugués, eso ahora no nos interesa. La gran cuestión es si usted nos puede llevar hasta la ciudad de Nanquín, desde donde ya viajaremos a Pekín más adelante». Sí, dijo, podía hacerlo perfectamente y había un gran barco holandés que acababa de ir hacia allí. Eso me asustó un poco: la idea de un barco holandés representaba nuestro mayor miedo y hubiéramos preferido encontrarnos con el diablo, siempre que no se encarnara en una figura horrenda; dábamos por hecho que un barco holandés implicaba nuestra destrucción, pues no estábamos en situación de luchar contra ellos: todos los barcos que usan para el comercio en esa zona son de gran tamaño y mucho mejor armados que el nuestro.

El anciano, viéndome algo confundido y sumido en la preocupación al nombrar el barco holandés, me dijo: «Señor, no tenéis nada que temer de los holandeses. Entiendo que ahora no están en guerra con vuestra nación».

«No —contesté—, es cierto. Mas no sé qué libertades podrían tomarse sus hombres, tan lejos del alcance de las leyes de su país».

«Vaya —me insistió—, ustedes no son piratas, ¿qué van a temer? No se van a meter con unos pacíficos comerciantes, eso seguro».

Si hubo alguna gota de sangre que no se me subiera a la cara al oír esa palabra, sería porque la detuvo alguna barrera dispuesta en las venas para la circulación, pues me sumió en el desconcierto y la confusión mayores que imaginarse pueda; tampoco me fue posible disimularlo, y el anciano lo percibió enseguida.

«Señor —me dijo—, noto un cierto desorden en vuestros pensamientos a causa de mi conversación. Os lo ruego, id donde os parezca oportuno y confiad en que os prestaré tanto servicio como pueda».

«Caramba, señor —respondí—, es cierto, en este momento, estoy algo indeciso a la hora de resolver adónde dirigimos; aún más al oír cuanto habéis

dicho sobre los piratas. Espero que no los haya en estos mares; estamos en pésima situación para encontrarnos con ellos; ya ve que llevamos pocas armas y una tripulación bien escasa».

«Ah, señor —dijo el anciano—, no os preocupéis: no me consta que haya habido barcos piratas en estos mares durante los últimos quince años, salvo uno que fue avistado, según me cuentan, hará cosa de un mes en la bahía de Siam; mas podéis estar seguro de que se ha ido hacia el sur. Tampoco era un barco de gran poderío, ni preparado para la piratería. No estaba construido para guerrear, pero una tripulación de forajidos huyó con él después de que los nativos de Malaca mataran al capitán y a algunos de sus hombres en la isla de Sumatra, o cerca de ella».

«¿Qué? —exclamé, fingiendo no saber nada del asunto—. ¿Mataron al capitán?».

«No —contestó—, tengo entendido que no lo mataron ellos. Mas como luego huyeron con el barco, la creencia general es que lo traicionaron para que cayera en manos de los de Malaca y estos lo mataron; quizá la tripulación los animó a hacerlo».

«Bueno, en ese caso —respondí— merecerían la muerte tanto como si lo hubieran hecho ellos mismos».

«Claro —concedió—, la merecen, y sin duda la obtendrán si se cruzan con cualquier barco inglés u holandés, pues se han puesto todos de acuerdo en no dar cuartel al villano si se topan con él».

«Mas —le dije— decís que el pirata ha abandonado estos mares. Entonces, ¿cómo van a dar con él?».

«Bueno —respondió—, es cierto que dicen eso; mas ya os digo que estuvo en la bahía de Siam, en el río de Camboya, y lo descubrieron unos holandeses que habían navegado en él y que habían sido abandonados en la costa cuando huyeron los forajidos; unos mercantes ingleses y holandeses que había en el río estuvieron a punto de apresarlos. Bueno, si los botes que iban delante hubieran contado con un buen apoyo de los que los seguían, los hubieran apresado con toda seguridad. Mas al ver que sólo los alcanzaban dos botes, viraron para dispararles y los inutilizaron antes de que llegaran los otros; luego salieron a mar abierto y los demás no pudieron seguirlos, por eso se libraron. Mas tienen una descripción tan exacta del barco que lo reconocerían sin duda alguna; y dondequiera que lo encuentren han jurado no dar cuartel al capitán ni a sus marinos y colgarlos del penol de la verga».

«¿Qué? —exclamé—. ¿Los van a ejecutar con razón o sin ella? ¿Los cuelgan primero para juzgarlos después?».

«Ah, señor —respondió—, no hace falta perder el tiempo en asuntos formales con esa clase de villanos; que los aten de dos en dos, unidos por la espalda, y los lancen al mar; no es más que lo que en justicia merecen».

Como sabía que el anciano ya estaba a bordo y no podía hacerme ningún daño, le respondí bruscamente:

«Bueno, señor —le dije—, esa es precisamente la razón por la que quiero que nos lleve a Nanquín, y no de vuelta a Macao, ni a cualquier otra parte de estas tierras en la que pueda haber barcos ingleses u holandeses. Debe saber, señor, que esos capitanes de los barcos ingleses y holandeses son una panda de precipitados, vanidosos e insolentes que ni saben en qué consiste la justicia, ni cómo comportarse según dictan las leyes de Dios y de la naturaleza; orgullosos en el ejercicio de sus cargos e incapaces de entender su poder, son capaces de castigar el robo con asesinato, se arrogan el derecho de insultar a las víctimas de una falsa acusación y deciden que son culpables sin previa investigación; tal vez viva lo suficiente para reclamar cuentas a algunos de ellos en circunstancias en que se les pueda enseñar cómo debe ejecutarse la justicia sin que pueda tratarse como criminal a ningún hombre salvo que pueda mostrarse alguna prueba de que hubo tal crimen y él fue su autor».

A continuación le conté que aquel era el barco que habían atacado y le ofrecí el relato entero de la escaramuza que habíamos mantenido con los botes y del comportamiento absurdo y cobarde que estos habían mostrado. Le conté la historia de cómo habíamos comprado el barco y cómo nos habían engañado los holandeses. Le expliqué mis razones para creer que la historia de cómo los nativos de Malaca habían matado al capitán era falsa, al igual que la huida con el barco; que todo era una ficción para sugerir que aquellos hombres se habían convertido en piratas; y que deberían haberse asegurado antes de atreverse a atacarnos por sorpresa y obligarnos a ofrecer resistencia; añadí que deberían responder de la sangre derramada por aquellos a quienes habíamos tenido que matar en defensa propia.

El anciano se quedó asombrado al oír el relato y nos dijo que teníamos todo el derecho a desplazarnos hacia el norte y que el único consejo que podía darnos era que vendiéramos el barco en China, cosa que bien podía hacerse, y compráramos o mandáramos construir otro allí mismo. «Y —añadió—, aunque no consigáis un barco tan bueno, tal vez sí lo suficiente para volver con todas vuestras pertenencias a Bengala, o a cualquier otro lugar».

Le dije que seguiría su consejo cuando llegara a cualquier puerto en el que pudiera encontrar un barco de vuelta, o un cliente que me comprase el mío. Respondió que en Nanquín encontraría bastantes clientes para el barco y que un junco chino podría bastarme para el regreso; y que él me presentaría gente tanto para vender uno como para comprar el otro.

«Bien, señor —respondí—, mas si es cierto que conocen tan bien el barco como decís, siguiendo vuestras indicaciones yo podría convertirme en transmisor de un problema terrible para algún hombre inocente y honesto que tal vez acabara asesinado a sangre fría; pues, allá donde encuentren el barco y lo reconozcan, considerarán culpables a sus tripulantes; así, es probable que unos hombres inocentes sean superados y asesinados».

«Bueno —respondió el anciano—, ya encontraré el modo de evitarlo, pues conozco muy bien a todos esos comandantes de quienes habláis y a su paso los iré viendo. Me aseguraré de aclararles el asunto y hacerles saber cuánto se equivocaron; que la primera tripulación, si bien era cierto que había huido con el barco, no se había dedicado a la piratería; y, en particular, que aquellos no eran los mismos hombres que se habían quedado el barco, sino otros que lo habían comprado inocentemente para comerciar con él. Y estoy convencido de que me creerán, al menos, lo suficiente para actuar con más precaución en el futuro».

«Bueno —le dije—, ¿y les daréis un mensaje de mi parte?».

«Sí —respondió—, si me lo dais de puño y letra para que pueda demostrar que es de vuestra procedencia, y no de mi invención». Le contesté que se lo escribiría enseguida. Así que tomé pluma, tinta y papel y escribí con detalle la historia del asalto de los botes, sus pretendidas razones y su cruel e injusto desenlace; concluí advirtiendo a los comandantes que no sólo tenían algo de lo que avergonzarse, sino que además, si algún día regresaban a Inglaterra y yo estaba allí para verlo, deberían pagar muy caro, salvo que a mi regreso ya no estuvieran en vigor las leyes de mi país.

Mi viejo piloto lo leyó una y otra vez y me preguntó repetidamente si estaba dispuesto a mantenerlo. Le contesté que lo mantendría mientras me quedase algo en el mundo, con la certeza de que, antes o después, encontraría la ocasión de hacérselo pagar. Mas nunca llegó la oportunidad de que el piloto les llevara la carta porque él no regresó. Mientras hablábamos de todo eso llegamos directamente a Nanquín y, al cabo de unos trece días de navegación, anclamos en el extremo suroeste del gran golfo del mismo nombre; donde, por cierto, llegó casualmente a mis oídos que los dos barcos holandeses habían ido hasta allí en mi busca y que estaban seguros de que caería en sus manos. Consulté de nuevo con mi socio ante tal circunstancia y él se mostró tan desesperado como yo y afirmó que prefería verse a salvo en tierra, antes que en cualquier otro lugar. Sin embargo, en vez de quedarme perplejo, pregunté al viejo piloto si no habría algún riachuelo o algún puerto en el que pudiera refugiarme y llevar a cabo en privado mis negocios con los chinos sin temer al enemigo. Me contestó que, si estaba dispuesto a navegar unas cuarenta y dos leguas hacia el sur, había un pequeño puerto llamado Quinchang, en el que solían desembarcar los sacerdotes de la misión de Macao que acudían a

enseñar la religión cristiana a los chinos, y donde nunca entraba ningún barco europeo. Si me parecía bien refugiarme allí, ya consideraría qué dirección tomar cuando estuviera en tierra. Me dijo que debía confesar que no era lugar para comerciantes, aunque de vez en cuando se celebraba allí una feria cuando acudían los mercaderes japoneses a comprar mercancías chinas.

Estuvimos todos de acuerdo en regresar hacia ese lugar. Puede que no escriba bien el nombre del puerto, según lo llamaba el anciano, porque no lo recuerdo particularmente y lo perdí junto con los nombres de otros muchos lugares que había anotado en un pequeño cuaderno que se estropeó al mojarse en un accidente del que daré noticia cuando corresponda; mas sí recuerdo que los comerciantes chinos y japoneses con quienes mantuvimos tratos le daban un nombre distinto, mientras que el piloto portugués, como ya se ha dicho, lo llamaba Quinchang.

Como la decisión de desplazarnos hasta allí era unánime, levamos anclas al día siguiente, tras haber bajado tan sólo dos veces a tierra para conseguir agua dulce; en ambas ocasiones la gente se mostró muy correcta con nosotros y trajo abundantes artículos para vendernos: me refiero a provisiones, plantas, raíces, té, arroz y algunas aves; mas todo a cambio de dinero.

Como teníamos el viento en contra, tardamos cinco días en llegar al otro puerto, mas lo hicimos con gran satisfacción y yo me sentí alegre, y hasta podría decir que agradecido, al pisar a salvo tierra firme y decidir, junto con mi socio, que si era posible encontrar otro modo de desplazarnos con nuestras propiedades, aun si no era del todo satisfactorio, jamás volveríamos a bordo de aquel barco desgraciado; y desde luego debo admitir que, de todas las circunstancias de la vida en las que tengo alguna experiencia, ninguna hace tan absolutamente desgraciado a un hombre como la de vivir sometido a un miedo constante. Bien lo dicen las Escrituras: «El miedo del hombre es una trampa». Es una vida de muerte, en la que la mente queda hasta tal punto sometida que no es capaz de encontrar alivio; el espíritu animal se hunde y todo el vigor de la naturaleza, que habitualmente ayuda al hombre en otras circunstancias y se le hace presente ante las mayores exigencias, aquí fracasa.

Tampoco falló el miedo a la hora de despertar las fantasías y acrecentar los peligros; había convertido a los capitanes ingleses y holandeses en hombres incapaces de atender a razones, o de distinguir entre hombres honestos y villanos; o entre una historia de nuestra propia invención, sacada de la nada con el propósito de engañar, y el relato genuino de todo nuestro viaje, su progreso, sus intenciones. Porque teníamos muchos modos de convencer a cualquier criatura razonable de que no éramos piratas; los bienes que llevábamos a bordo, el rumbo que habíamos mantenido, la franqueza con que nos habíamos mostrado y entrado en tal y tal puerto; incluso nuestros modales, la escasa fuerza que llevábamos a bordo, la cantidad de tripulación, las pocas

armas y mínima munición, la cortedad de provisiones: todo eso hubiera servido para convencer a cualquiera de que no éramos piratas. El opio y otros artículos que llevábamos a bordo demostraban que el barco había estado en Bengala; los holandeses, que como ya he dicho tenían los nombres de toda la primera tripulación del barco, hubieran visto fácilmente que éramos una mezcla de ingleses, portugueses e indios, con sólo dos holandeses a bordo. Esas y otras muchas circunstancias particulares hubieran puesto en evidencia al entendimiento de cualquier comandante en cuyo poder pudiéramos caer, que no éramos piratas.

Sin embargo, el miedo, esa pasión ciega e inútil, surtió el efecto contrario y nos sumió en sus vapores; apabulló nuestro entendimiento y puso a trabajar nuestra imaginación para que esta creara un millar de situaciones horribles que tal vez no ocurrirían jamás. Primero dimos por supuesto, como sin duda habían hecho todos los que nos contaban la historia, que los marinos de los barcos ingleses y holandeses, pero sobre todo los holandeses, sentían tal ira ante la mera mención de un pirata, y sobre todo por cómo habíamos derrotado a los botes antes de huir, que no se iban a conceder el tiempo necesario para averiguar si éramos piratas o no; que nos iban a ejecutar de entrada, por así llamarlo, sin darnos espacio para la defensa. Pensamos que encontrarían tantas pruebas aparentes que apenas preguntarían nada más; para empezar, el barco era desde luego el mismo y algunos de aquellos marinos lo conocían o incluso habían navegado en él; además, en el río de Camboya, en cuanto supimos que venían a examinarnos nos enfrentamos a sus botes y huimos, de modo que no nos quedó duda de que estarían tan convencidos de nuestra condición de piratas como nosotros de lo contrario; y yo mismo había reconocido a menudo estar seguro de que, en caso de haberme encontrado en su lugar, habría interpretado como pruebas todas aquellas circunstancias; y no hubiera tenido el menor escrúpulo a la hora de descuartizar a toda la tripulación sin creer nada que pudieran ofrecer en su defensa, o acaso sin planteármelo siquiera.

Fuera como fuese, ese era nuestro miedo; y ni mi socio ni yo conseguíamos conciliar el sueño sin soñar con la soga y el penol, es decir, con la horca; con batallas y apresamientos; con matar y morir. Una noche me entró tal furia en mis sueños, convencido de que los holandeses nos habían abordado y yo estaba golpeando a uno de ellos, que pegué un puñetazo en el mamparo de mi camarote con tanta fuerza que me lesioné gravemente la mano, me partí los nudillos y me llené de cortes y magulladoras hasta el extremo de despertarme por el golpe y llegar incluso a creer que perdería dos dedos.

Otro miedo que tenía era el mal trato que recibiríamos si caíamos en sus manos. Entonces me acudía a la memoria la historia de la masacre Amboina y de cómo los holandeses eran capaces de torturarnos, igual que habían hecho allí con nuestros compatriotas; podían conseguir que nuestros hombres,

sometidos al terror de la tortura, confesaran crímenes que jamás habían cometido y se acusaran, junto a todos nosotros, de haber practicado la piratería; en ese caso, nos harían matar con una apariencia formal de justicia; y hasta podría ser que tuvieran la tentación de hacerlo para obtener el beneficio de nuestro cargamento, que en total alcanzaba un valor de unas cuatro mil o cinco mil libras.

Todo eso me atormentaba, igual que a mi socio, día y noche. Tampoco nos planteábamos que los capitanes de aquellos barcos no tenían ninguna autoridad sobre nosotros; y que, si nos rendíamos a ellos en condición de prisioneros, no podrían destruirnos, o torturarnos, sin responder por ello cuando llegaran a sus respectivos países. Eso, digo, no me daba ninguna tranquilidad: porque, si actuaban de dicho modo contra nosotros, ¿de qué nos iba a servir que luego rindieran cuentas? Si nos mataban primero, ¿qué satisfacción obtendríamos de su posterior castigo al regresar a casa?

No puedo sino anotar aquí lo que entonces reflexioné acerca de la variedad de las circunstancias particulares de mi pasado; lo duro que me parecía que yo, tras haber pasado cuarenta años en una vida de continuas dificultades para llegar al fin, según parecía, al puerto o refugio que todos los hombres buscan, es decir, a la paz y la plenitud, me hubiera enfrascado en aquellas nuevas penurias por mi propia y desgraciada elección; y que yo, que había escapado de tantos peligros en mi juventud, terminase ahora colgado en la edad madura y en un lugar remoto por un crimen que ni siquiera había tenido la intención de cometer y mucho menos había cometido; y en un lugar y unas circunstancias en que no parecía que el hecho de ser inocente hubiera de protegerme para nada.

Tras esos pensamientos, se me ocurrió algo relativo a la religión y me paré a pensar que aquello parecía dispuesto por la Providencia y que como tal debía considerarlo e incluso aceptarlo; que aun siendo inocente ante los hombres estaba muy lejos de serlo ante mi Creador; que debía repasar y examinar que otros crímenes de mi vida parecían obvios para concluir que la Providencia podía infligirme un justo castigo como retribución por ellos; y que si a Dios le había parecido bien descargar sobre mí semejante desastre, debía resignarme como se resigna uno al naufragio.

A veces también el valor natural ocupaba su lugar; entonces, me ponía a hablar conmigo mismo con la vigorosa resolución de no permitir que una panda de desgraciados sin piedad me diera un bárbaro maltrato a sangre fría; que habría sido mucho mejor caer en manos de los salvajes, que por ser comedores de hombres sin ninguna duda se habrían dado un banquete conmigo, antes que ser preso de aquellos que tal vez descargarán sobre mí su ira con torturas y barbaridades inhumanas; que, en el caso de los salvajes, siempre había mantenido la resolución de luchar hasta el último aliento y

ahora debía hacer lo mismo, pues era mucho más terrible, al menos para mí, la idea de caer en manos de aquellos hombres que la posibilidad de que otros me comieran. Porque los salvajes, dicho sea en justicia, no se comen a un hombre antes de que muera: lo matan primero, como hacemos nosotros con las reses. En cambio, aquellos hombres tenían muchas artes que iban más allá de la crueldad de la muerte. Cuando se me imponían esos pensamientos, caía sin falta en una especie de fiebre, con las agitaciones propias de un supuesto ataque: me hervía la sangre y mis ojos soltaban chispas como si estuviera enajenado; y siempre decidía que no aceptaría cuartel en sus manos; que al final, si no podía ofrecer más resistencia, volaría el barco con todo lo que contuviera y les dejaría bien poco botín del que ufanarse.

CAPÍTULO XIII

Mas tan grande era el peso de la ansiedad y la perplejidad que nos provocaban esos pensamientos cuando estábamos en alta mar, como nuestra satisfacción al vernos en tierra. Mi socio me contó que había soñado que llevaba una carga muy pesada sobre su espalda y debía subirla por una colina, pero descubría que no era capaz de sostenerla; entonces llegaba el piloto portugués, le aliviaba el peso de la espalda, la colina desaparecía y se encontraba por delante la tierra lisa y llana; y estábamos ciertamente así, como hombres recién aliviados de un gran peso.

Por mi parte, me libraba también un peso de mi corazón que ya no era capaz de soportar. Como he dicho antes, decidimos no volver a hacernos a la mar con aquel barco. Cuando llegamos a la costa, el viejo piloto, que ahora era nuestro amigo, nos consiguió alojamiento y un almacén para nuestros artículos. Por cierto, ambos lugares se parecían mucho: una pequeña casa, o choza, adjunta a otra más grande, todo construido con cañas y rodeado por una empalizada del mismo material para protegerlo de los rateros, pues al parecer no eran pocos en esas tierras. De todos modos, los magistrados nos concedieron a todos una pequeña guardia y teníamos con nosotros a un soldado con una especie de alabarda, o media pica, que montaba guardia ante nuestra puerta y a quien dábamos cada día una libra de arroz y una pequeña moneda, de un valor en torno a los tres peniques, para que nuestras propiedades estuvieran a salvo.

Aunque hacía ya tiempo que se había celebrado allí una feria, o mercado, resultó que quedaban tres o cuatro juncos en el río, más dos barcos de Japón que habían comprado artículos chinos y aún no se habían ido porque los comerciantes japoneses seguían en tierra.

Lo primero que hizo por nosotros nuestro piloto portugués fue presentarnos a tres misioneros de la Iglesia romana que estaban en el pueblo y llevaban allí un cierto tiempo convirtiendo gente al cristianismo; mas nos pareció que el suyo era un pobre empeño y que no iban a conseguir muy buenos cristianos. De todos modos, no era asunto nuestro. Uno de ellos era un francés al que llamaban padre Simón: se trataba de un hombre de muy buena condición, que se tomaba libertades en la conversación y no parecía tan serio y grave como los otros dos, de los cuales uno era portugués y el otro, genovés. El padre Simón era cortés, de trato fácil y muy agradable compañía; los otros dos, más reservados, parecían más austeros y se aplicaban con mucha seriedad al trabajo que les ocupaba: es decir, a hablar con los nativos e insinuarse entre ellos siempre que se presentaba la ocasión. A menudo comíamos y bebíamos con esos hombres y, aunque debo reconocer que la conversión de los chinos al cristianismo no tiene nada que ver con la verdadera conversión que se requiere para llevar a los paganos a la fe de Cristo, para lo que parece necesario algo más que darles a conocer su nombre, conseguir que digan algunos rezos a la Virgen María y a su hijo en una lengua que no entienden, y que se santigüen, y cosas parecidas; digo que debo confesar que esos religiosos, a los que llamamos misioneros, creen firmemente en la necesidad de salvar a esta gente y en su condición de instrumentos de la salvación; a cuenta de eso, no sólo se someten a la fatiga del viaje y a los riesgos de vivir en esos lugares, sino que a menudo se enfrentan a la mismísima muerte con las torturas más violentas por culpa de su trabajo. Sería una gran falta de caridad por nuestra parte, cualquiera que sea nuestra opinión sobre el trabajo por sí mismo y sobre su manera de desempeñarlo, si no tuviéramos buena opinión sobre su celo, pues es mucho el riesgo que corren y nula la perspectiva de obtener la menor ventaja para sí mismos.

Mas, por regresar a mi historia: ese sacerdote francés, el padre Simón, tenía al parecer el encargo, por orden del director de su misión, de subir a Pekín, sede real del emperador chino; sólo estaba esperando la llegada de otro sacerdote que debía reunirse con él desde Macao para acompañarlo; apenas acabábamos de conocernos y ya me estaba invitando a sumar me a su viaje y me decía que me iba a mostrar algunas cosas gloriosas del poderoso imperio, entre otras la mayor ciudad del mundo. «Una ciudad —dijo— con la que no pueden compararse ni vuestro Londres ni nuestro París». Se trataba de la ciudad de Pekín, que, debo confesarlo, es ciertamente grande y habitada por una población infinita. Mas como yo veía esas cosas con ojos distintos de los de los demás hombres, daré la opinión que me mereció en pocas palabras cuando, en el curso de mis viajes, me corresponda hablar particularmente de eso.

Vayamos primero con el fraile, o misionero: un día, mientras comíamos juntos y lo pasábamos muy bien, le mostré algo de inclinación a viajar con él.

Nos insistió mucho y con gran persuasión, a mí y a mi socio, para que aceptáramos.

«Pero, padre Simón —dijo mi socio—, ¿por qué deseáis tanto nuestra compañía? Ya sabéis que somos herejes y no nos amáis, ni podéis obtener placer alguno de nuestra compañía».

«Ah —contestó él—, tal vez con el tiempo se conviertan en buenos católicos; mi función aquí consiste en convertir paganos, a saber si también los puedo convertir a ustedes».

«Muy bien, padre —dije yo—, entonces se pasará todo el camino predicando».

«No les molestaré —contestó—. Nuestra religión no nos impide ser educados. Además —añadió—, todos estamos aquí como compatriotas y, en relación con el lugar en que estamos, ciertamente lo somos; si ustedes son hugonotes y yo católico, al fin podemos ser todos cristianos. Al menos —dijo—, todos somos caballeros y podemos conversar como tales sin molestarnos mutuamente». Me gustó mucho esa parte de su discurso y empezó a recordarme al sacerdote que había dejado en Brasil. Mas aquel padre Simón distaba mucho de él en el carácter, pues si bien tampoco cometía ni el menor delito de frivolidad, carecía del celo cristiano, la estricta piedad y el afecto sincero a la religión que caracterizaban a mi buen clérigo, de quien tanto he hablado.

Dejémoslo ahora, aunque él nunca nos dejaba y seguía proponiéndonos que viajáramos con él, pero antes teníamos que resolver otra cosa, pues mientras tanto necesitábamos deshacernos del barco y de la mercancía; empezábamos a dudar que lo consiguiéramos porque estábamos en un lugar de escaso negocio y en una ocasión estuve a punto de navegar hasta el río de Kilam y la ciudad de Nanquín, mas la Providencia parecía ocuparse ahora más que nunca de nuestros asuntos; desde aquel momento empecé a creer que podría, de un modo u otro, salir de aquella situación embarullada y regresar de nuevo a mi país, aunque ni se me ocurría cómo; y cuando a veces me ponía a pensar en ello era incapaz de imaginar cuál sería el método para lograrlo. La Providencia, digo, empezó entonces a despejar un poco el camino; su primera intervención fue que nuestro piloto portugués nos trajera un mercader japonés que empezó a preguntar qué mercancías teníamos; en primer lugar compró todo nuestro opio y nos concedió por él un buen precio, pagado en oro al peso con pequeñas monedas locales y con lingotes pequeños, de unas diez u once onzas. Mientras negociábamos con él por el opio, se me ocurrió que quizá le interesase también el barco; mandé que se lo propusiera el intérprete. El japonés se encogió de hombros la primera vez que se lo propusimos; sin embargo, unos días después vino a verme, trayendo de intérprete a uno de los

misioneros, y me dijo que quería hacerme la siguiente propuesta: nos había comprado una gran cantidad de mercancías sin tener la menor intención (ni haber recibido propuesta) de comprar el barco; en consecuencia, no tenía dinero para pagarlo. Sin embargo, si yo permitía que la actual tripulación siguiera navegando, él nos alquilaría el barco para ir hasta Japón y desde allí los enviaría a las islas Filipinas con otro cargamento que él mismo pagaría antes de que abandonaran Japón; a su regreso, nos compraría el barco. Empecé a escuchar su propuesta; mi mente seguía tan ansiosa por viajar que no pude evitar darle vueltas a la idea de irme con él y así navegar desde Filipinas hacia los Mares del Sur. En consecuencia, pregunté al mercader japonés si no quería contratarnos para ir hasta Filipinas y desembarcarnos allí. Dijo que no, que no podía hacerlo porque entonces no podría pagar el cargamento; sin embargo, al regresar el barco nos podía dejar en Japón. Aun así, yo era partidario de aceptar su propuesta y partir con él; mas mi socio, más sabio que yo, me convenció de lo contrario al describirme los peligros que cabía esperar tanto del mar como de los japoneses, que son gente cruel, falsa y traicionera; y además estaban los españoles de las Filipinas, aún más falsos, crueles y traicioneros que ellos.

Mas, por llegar a la conclusión de esta larga historia de nuestros asuntos, lo primero que debíamos hacer era debatirlo con el capitán del barco y con la tripulación y averiguar si estaban dispuestos a ir a Japón; mientras eso hacía, vino a verme el joven que, como ya he explicado, me había adjudicado mi sobrino para que me acompañara en mis viajes y me dijo que creía que aquel trayecto sería prometedor y que tenía grandes perspectivas y que se alegraría mucho si yo lo emprendía; en caso contrario, si le daba mi permiso, partiría él en calidad de mercader, o en la que yo tuviera a bien encomendarle; y si alguna vez regresaba a Inglaterra y yo me encontraba allí, vivo aún, me aportaría un relato fidedigno de sus éxitos, que podría yo hacer míos a voluntad.

En verdad no me apetecía nada separarme de él, mas considerando sus perspectivas de obtener beneficio, que eran considerables, y el hecho de que era un joven tan capacitado para triunfar como cualquier otro, me incliné por dejarlo ir; sin embargo, le dije que antes lo consultaría con mi socio y le daría respuesta al día siguiente. Mi socio y yo lo discutimos y él me hizo una oferta muy generosa: «Sabéis que este ha sido un barco cargado de mala suerte y que hemos resuelto no volver a navegar en él. Si vuestro administrador —pues así llamaba a mi hombre— se atreve a viajar, yo le cederé mi parte del barco y que haga con ella lo que pueda; y si vivimos lo suficiente para encontrarnos con él en Inglaterra y le ha ido bien en sus viajes, tendrá que rendirnos cuentas de la mitad de los beneficios obtenidos por la carga del barco y podrá conservar la otra».

Si mi socio, que no tenía ningún interés en aquel joven, le hacía semejante regalo, yo no podía más que ofrecerle lo mismo; y como toda la tripulación del barco estaba dispuesta a viajar con él, le cedimos la mitad de la propiedad del barco y tomamos nota del compromiso por escrito de rendir cuentas de la otra mitad; y así se marchó a Japón. El mercader japonés se comportó con él como hombre honesto, lo protegió en Japón y le consiguió licencia para desembarcar, algo que por lo general no consiguen los europeos en los últimos tiempos; le pagó puntualmente por la carga, lo envió a las Filipinas con una provisión de artículos de China y Japón y un sobrecargo que, tras negociar con los españoles, regresó con bienes europeos y una gran cantidad de clavo y otras especias; y allí no sólo le pagaron muy bien por su cargamento, y a muy buen precio, sino que, como no deseaba vender el barco todavía, el mercader lo llenó de bienes por su propia cuenta; así que con algo de dinero y de especias que había llevado consigo, volvió a Manila para traficar con los españoles, a quienes vendió muy bien su cargamento. Allí, tras haber establecido muy buenas relaciones consiguió liberar el barco; el gobernador de Manila le alquiló el barco para ir a Acapulco, en América, en la costa de México, y le dio licencia para desembarcar en Manila, viajar de allí a México y pasar a Europa con todos sus hombres en cualquier barco español.

Tuvo un muy feliz viaje a Acapulco, donde vendió el barco y, tras obtener permiso para viajar por tierra hasta Porto Bello, consiguió de algún modo los medios para irse a Jamaica con todo su tesoro; unos ocho años después regresó a Inglaterra con una enorme riqueza, aunque ya daré noticia de ello donde corresponda; mientras tanto, regreso a nuestros asuntos particulares.

Llegada la hora de separarnos del barco y de su tripulación, se nos planteó la necesidad, por supuesto, de decidir qué recompensa daríamos a los dos hombres que tan oportunamente nos habían avisado de los planes contra nosotros en el río de Camboya. Lo cierto era que nos habían prestado un considerable servicio y merecían buen trato por nuestra parte; aunque, dicho sea de paso, eran también un buen par de rufianes. Porque, habiéndose creído la historia de que éramos piratas y de verdad habíamos huido con el barco, habían venido a vernos no sólo para traicionar el plan que se estaba creando en nuestra contra, sino para hacerse a la mar con nosotros en tanto que piratas; y más adelante uno de ellos confesó que lo único que le había movido a hacerlo era la esperanza de convertirse en villano. En cualquier caso, eso no disminuía el servicio que nos habían prestado; en consecuencia, como les había prometido ser agradecido, primero ordené que se les pagara el dinero del que ambos se declaraban acreedores en sus respectivos barcos de procedencia: diecinueve meses de paga para el inglés y siete para el holandés; encima de eso, di a cada uno de ellos una pequeña suma de dinero en oro con la que se dieron por contentos. Luego nombré al inglés artillero del barco, pues el anterior se había convertido en segundo oficial y tesorero; al holandés lo hice

contra maestre; así que quedaron bien contentos y demostraron ser útiles, pues ambos eran buenos marinos, amén de tipos muy robustos.

Estábamos en tierras de China. Si ya me sentía desterrado y lejos de mi tierra en Bengala, donde con dinero tenía a mi disposición muchos medios para regresar a mi país, qué iba a pensar ahora tras alejarme otras mil leguas de casa y quedar totalmente desprovisto de cualquier perspectiva de regreso.

La única esperanza que nos quedaba era que al cabo de cuatro meses se iba a celebrar en aquel lugar otra feria y entonces estaríamos en condiciones de comprar toda clase de manufacturas del país e incluso cabía la posibilidad de que encontrásemos algunos juncos chinos o navíos de Nanquín a la venta, con los que marcharnos a donde quisiéramos con todas nuestras propiedades. Me gustaba mucho esa perspectiva y decidí esperar: además, como ya no éramos gente odiosa, si algún barco inglés u holandés recalaba por allí tal vez tuviéramos ocasión de cargar en él nuestros artículos y encontrar pasaje hacia algún otro lugar en la India, más cerca de casa.

Con esa esperanza decidimos permanecer allí; sin embargo, para entretenernos, hicimos dos o tres expediciones por la zona: primero, un viaje de diez días para ver la ciudad de Nanquín, que bien merecía la pena; dicen que vive en ella un millón de personas, extremo que yo, en cualquier caso, no creo; tiene una construcción regular, en la que todas las calles son estrictamente rectas y se cruzan en ángulos rectos, lo que otorga grandes ventajas a su configuración.

Sin embargo, cuando me pongo a comparar la miserable población de esos países con la nuestra; sus estructuras, su manera de vivir, su gobierno, su religión, su riqueza y su gloria (como la llaman algunos), debo confesar que ni siquiera me parecen dignas de mención, o del tiempo que empleo en escribirlo, o de quien venga luego a leerlo.

Llama mucho la atención que nos asombremos por la grandeza, las riquezas, la pompa, las ceremonias, el gobierno, las manufacturas, el comercio y la conducta de esta gente; no es que no deban ser motivo de asombro, o cuando menos de contemplación: sino que, al tener noción de la barbarie de esos países, y de cómo en ellos se impone la rudeza y la ignorancia, no esperamos encontrar nada parecido.

Por otra parte, ¿qué son sus edificios comparados con las construcciones reales de Europa? ¿Qué su mercadeo, con el comercio universal de Inglaterra, Holanda, Francia y España? ¿Qué sus ciudades, comparadas con las nuestras en riqueza, fortaleza, alegría en el adorno, riqueza de mobiliario e infinitud de variedades? ¿Qué son sus puertos, visitados por unos pocos juncos y barcazas, comparados con nuestra navegación, nuestras flotas mercantes, nuestras grandes y poderosas armadas? Nuestra ciudad de Londres mantiene más

comercio que todo su poderoso imperio. Un barco de guerra inglés, holandés o francés de ochenta cañones podría pelear con todo el poderío naval de China y destruirlo. Mas la grandeza de sus riquezas, de su comercio, el poder de su gobierno y la fuerza de sus ejércitos nos sorprenden porque, como ya he dicho, al considerarlos naciones bárbaras de paganos, poco más que salvajes, no esperamos encontrar semejantes cosas entre ellos; y sin duda esa es la ventaja con que se nos representa toda su grandeza y su poder; de otro modo, por sí misma no es nada, pues lo mismo que he dicho de sus barcos podría decirse de sus tropas y ejércitos; todas las fuerzas del imperio, por más que se juntaran dos millones de soldados en el campo de batalla, apenas harían más que destrozarse el territorio y morir de hambre. Si tuvieran que sitiarse una ciudad fuerte como las de Flandes, o luchar contra un ejército disciplinado, una línea de acorazados alemanes, o la caballería francesa derrotaría a todos los caballos de China; un millón de soldados de a pie no aguantarían en batalla frente a un cuerpo de nuestra infantería, siempre que este pudiera colocarse a modo de no quedar rodeado, por mucho que la desproporción fuera de veinte a uno; qué va, no estoy fanfarroneando si digo que treinta mil infantes alemanes o ingleses y diez mil caballos franceses derrotarían con claridad a todo el ejército de China. Igual puede decirse de nuestras ciudades fortificadas y del arte de nuestros ingenieros; en China no hay ni una fortificación que pueda aguantar durante un mes las baterías y los ataques de un ejército europeo; al mismo tiempo, todos los ejércitos de China juntos serían incapaces de tomar una ciudad como Dunquerque, salvo que consiguieran matar de hambre a sus habitantes; no, ni sitiándola diez años. Tienen armas de fuego, cierto, pero son incómodas, burdas e inseguras a la hora de disparar; tienen pólvora, mas no es fuerte; no tienen disciplina en el campo de batalla, ni práctica con las armas, ni habilidad para el ataque, ni temperamento para la retirada. Y por lo tanto, he de confesar que al volver a casa me resultaba extraño oír que nuestra gente decía tan buenas cosas del poder, la riqueza, la gloria, la magnificencia y el comercio de los chinos, porque yo había visto y sabía que eran una horda despreciable de esclavos ignorantes y sórdidos, sometidos a un gobierno cualificado tan sólo para dirigir a un pueblo como ellos; y, en pocas palabras, porque ya me he apartado demasiado de lo que me interesa, en pocas palabras, digo, si no estuvieran tan lejos de Moscú y el imperio moscovita no estuviera formado por una muchedumbre de esclavos tan rudos, impotentes y mal gobernados como ellos, el zar de Moscú hubiera podido echarlos del país con gran facilidad y conquistarlos en una sola campaña; y si el zar, de quien tengo entendido que es un príncipe joven y empieza a tener un aspecto formidable para el mundo, se hubiera dejado caer por allí en vez de atacar a los belicosos suecos, ningún poder de Europa habría competido con él ni se habría interpuesto; a estas alturas, ya podría ser emperador de China, en vez de haber sido derrotado en Narva por el rey de Suecia, con una desproporción de uno

por cada seis soldados. En cuanto a su fuerza, su grandeza, su navegación, comercio y agricultura, son imperfectas e impotentes si se comparan con sus equivalentes europeas. Lo mismo ocurre con su conocimiento, su aprendizaje, su habilidad para la ciencia; tienen globos y esferas y algún conocimiento de matemáticas; mas cuando acudes a averiguar su conocimiento... ¡qué miopes son sus mejores estudiantes! No saben nada del movimiento de los cuerpos celestes; su ignorancia es tan burda y absurda que cuando hay un eclipse de sol creen que un dragón ha asaltado la luna y ha huido con ella; y salen todos a repicar con todos los tambores y cacerolas del país, con la intención de que el monstruo se aleje, igual que hacemos nosotros con un enjambre de abejas.

Como esta es la única excursión de este tipo que he hecho en el relato de mis viajes, no entraré en más descripciones de países y de gente; no es asunto mío, ni entra en mis planes. En el relato de mis aventuras a lo largo de una vida de infinitas mudanzas y una gran variedad de cambios de los que tal vez nadie haya oído hablar, no diré nada de los lugares tremendos, los territorios desiertos, los numerosos pueblos por los que aún he de pasar, salvo en cuanto se relacionen con mi propia historia y mi preocupación por ellos lo haga necesario. En ese momento, hasta donde puedo calcular, estaba en el corazón de China, más o menos a unos cuarenta grados de latitud al norte de la línea, pues habíamos regresado ya de Nanquín.

Me apetecía ver la ciudad de Pekín, de la que tanto había oído hablar, y el padre Simón me importunaba cada día al respecto. Al fin habían puesto fecha a su partida y el otro misionero que debía acompañarlo había llegado ya de Macao y teníamos que decidir si queríamos ir o no; así que lo envié a mi socio y lo dejé por completo a su elección. Al fin este decidió en sentido afirmativo y nos preparamos para el viaje. Al partir contábamos con una buena ventaja para encontrar el camino, pues obtuvimos permiso para viajar en la comitiva de un mandarín, una especie de virrey o magistrado principal de la provincia en que reside, que viajan con gran pompa y muchos acólitos y reciben muchos homenajes de un pueblo al que ellos mismos empobrecen en gran medida, pues cuando pasan por un territorio obligan a sus habitantes a aportarles provisiones para ellos y para todo el séquito. Lo que me llamó particularmente la atención al viajar con su comitiva fue lo siguiente: aunque recibíamos suficientes provisiones del pueblo, tanto para nosotros como para los caballos, como corresponde al mandarín, teníamos que pagarlo todo a precio de mercado y el administrador del mandarín, o comisario de provisiones, se encargaba de cobrárnoslo; así que la licencia para viajar con su séquito, aunque era una muestra de bondad, tampoco suponía un gran favor por su parte, sino, desde luego, una gran ventaja para él si tenemos en cuenta que además de nosotros viajaban en el mismo grupo unas treinta personas más bajo su protección o, por así decirlo, en su convoy. Digo que suponía una gran ventaja para él porque el pueblo aportaba las provisiones a cambio de nada y

él nos las cobraba en dinero.

Estuvimos veinticinco días viajando hasta Pekín a través de un territorio de población infinita pero miserablemente descuidado: la agricultura, la economía y el modo de vida, todos muy miserables por mucho que se ufanen de ser muy trabajadores. Hablo de que viven en la miseria y a nosotros, que sabemos cómo vivir, nos lo parecería si hubiéramos de soportarla, o de compararla con nuestras circunstancias; no así a estos pobres desgraciados, que no conocen otra cosa. El orgullo de esta gente es infinito y sólo excedido por su pobreza, que se suma a lo que he llamado miseria. He de creer que los salvajes desnudos de América viven mucho más felices porque, al no tener nada, nada desean; mientras que estos son orgullosos e insolentes y la mayor parte son meros mendigos y esclavos. Su ostentación es inexpresable y se nota sobre todo en su ropa y en los edificios y en su manera de tener multitudes de sirvientes y esclavos y, algo ridículo hasta el máximo extremo, en su desprecio por todo el mundo menos ellos.

Debo confesar que me resultó más placentero el viaje más adelante, en las vastas tierras silvestres de la gran Tartaria, que allí; sin embargo, los caminos están bien pavimentados y conservados y son muy cómodos para los viajeros; mas nada me resultaba tan desagradable como ver a una gente tan altiva, imperiosa e insolente, sumida en la más burda simpleza e ignorancia, pues no es otra cosa su tan famosa ingenuidad. Mi amigo, el padre Simón, y yo solíamos presenciar esas ocasiones con gran alegría de ver el orgullo pedigüño de esa gente. Por ejemplo, al llegar a la casa de un caballero del campo, como lo llamaba el padre Simón, a unas diez leguas de la ciudad de Nanquín, tuvimos en primer lugar el honor de cabalgar unas dos millas con el dueño de la casa; él viajaba en un perfecto donquijotismo, una mezcla de pompa y pobreza.

El atavío de aquel grasiento Don era muy apropiado para un bufón; consistía en una tela de algodón sucia con todo el oropel propio de los bufones, como mangas colgantes, tafetanes y cortes y rajas por casi todas partes; cubría un grueso chaleco de tafetán, grasiento como el de un carnicero, que daba testimonio de que su alteza tenía que ser un exquisito desastre.

Su caballo era una pobre criatura flaca, famélica y coja, como las que en Inglaterra podrían venderse por treinta o cuarenta chelines; dos esclavos lo seguían a pie para ir dirigiendo a la pobre criatura: él llevaba un látigo en la mano y fustigaba a la bestia por la zona de la cabeza mientras sus esclavos lo hacían por la cola. Así pasó a nuestro lado con unos diez o doce sirvientes y nos contaron que se iba de la ciudad a su sede en el campo, una media legua más adelante. Seguimos avanzando con gentileza, pero la figura de aquel caballero cabalgaba por delante; cuando nos detuvimos cerca de una hora en un pueblo para reposar, al llegar a la sede de campo de aquel gran hombre, lo

vimos en un rinconcito junto a su puerta, tomándose un refrigerio; era una especie de jardín, pero nos fue fácil verlo y nos dio a entender que cuanto más lo mirásemos más contento se pondría.

Estaba sentado bajo un árbol parecido a una palmera, que lo protegía eficazmente con su sombra en la cabeza y por el lado sur, mas bajo el árbol había también un parasol grande que embellecía mucho el lugar. Su figura gruesa y corpulenta estaba apoltronada en un gran sillón de brazos mientras dos esclavas le servían la carne. Tenía otras dos cuyo oficio, según creo, pocos caballeros europeos aceptarían a su servicio: una alimentaba al caballero con una cuchara y la otra sujetaba el plato con una mano y con la otra iba retirando lo que cayera en la barba del ídolo y en el chaleco de tafetán; a aquel bruto grande y gordo le parecía indigno usar sus manos para cualquiera de esas actividades familiares que los reyes y monarcas del mundo prefieren hacer por sí mismos antes que verse importunados por los torpes dedos de sus sirvientes.

Me tomé un tiempo para pensar en los sufrimientos que pasan los hombres por culpa de su vanidad y en lo problemático que ha de resultar para un hombre con sentido común tener un temperamento altivo y tan mal manejado. Dejamos que el pobre desgraciado se regocijara con nuestras miradas, como si su pompa nos causara admiración, cuando en realidad sentíamos pena y menosprecio, y proseguimos nuestro viaje. Sólo el padre Simón tuvo la curiosidad de quedarse para informarse acerca de las exquisiteces que comía aquel juez campestre en su propia casa. Dijo que había tenido el honor de probarlas y, según creo, era un rancho que un perro de caza inglés apenas probaría si se lo ofrecieran. A saber: un amasijo de arroz hervido con un gran trozo de ajo y una bolsita llena de pimienta verde y de otra planta que tienen por ahí, parecida a nuestro jengibre pero que huele a almizcle y sabe a mostaza; todo eso iba junto, con un pequeño pedazo de cordero magro hervido; ese era el ágape de su alteza, con otros cuatro o cinco sirvientes más, que lo atendían desde la distancia. Si la comida que daba a estos era peor que la suya, salvo por las especias, ciertamente no debía de irles muy bien.

En cuanto al mandarín en cuyo séquito viajábamos, era respetado como un rey: siempre rodeado por sus caballeros y atendido con tal pompa en sus apariciones que apenas podíamos verlo más que a la distancia. Sin embargo, observé que todos los caballos que llevaba en su comitiva eran peores que las bestias de carga de Inglaterra; iban tan cubiertos de equipaje, mantos, jaeces y bagatelas por el estilo que no se podía ver si eran gordos o flacos. En pocas palabras, apenas se veía más que las pezuñas y la cabeza.

Yo estaba animado y, como todos los problemas y desconciertos que ya he relatado habían terminado, no tenía pensamientos de ansiedad. Eso hacía que el viaje me resultara aún más placentero; tampoco había tenido ningún accidente, salvo al pasar o vadear un pequeño río, donde mi caballo cayó y me

mandó a volar, como se dice; o sea, me tiró al agua. No era un río profundo, pero me dejó empapado. Lo menciono porque se me estropeó el cuaderno en el que había apuntado los nombres de diversas personas y lugares que había tenido ocasión de recordar y que, al no haberlo cuidado bien, quedó con las hojas podridas y ya no se pudieron leer las palabras, para gran pérdida por mi parte, como los nombres de algunos lugares por los que había pasado durante el viaje.

Al fin llegamos a Pekín. Yo no llevaba conmigo más que al joven que me había atribuido como sirviente mi sobrino, el capitán, y que había demostrado ser fiable y diligente; mi socio llevaba también un sirviente, familiar suyo. En cuanto al piloto portugués, como deseaba ver la corte, le regalamos el pasaje. Es decir, pagamos sus gastos para disfrutar de su compañía y emplearlo como intérprete, pues entendía el lenguaje de aquella zona y hablaba buen francés y algo de inglés; desde luego, aquel anciano nos resultaba de gran utilidad en todas partes. No llevábamos ni una semana en Pekín cuando apareció riendo:

«Ah, señor inglés —dijo—. Os tengo que decir algo que os alegrará el corazón».

«¿Qué alegrará mi corazón? —respondí—. ¿De qué puede tratarse? No conozco nada de estas tierras que pueda provocarme alegría o pena en grado extremo».

«Sí, sí —dijo el anciano en su inglés roto—, usted alegre, yo penoso». Quería decir apenado. Eso aumentó mi curiosidad.

«¿Por qué os va a apenar?».

«Porque —aclaró— vos me trajisteis aquí en veinticinco días de viaje y me dejaréis para que vuelva solo; ¿y cómo voy a llegar luego a mi puerto sin un barco, sin un caballo, sin pecunio?». Porque así llamaba él al dinero gracias a su inexacto latín, que tan a menudo provocaba nuestra risa.

En pocas palabras, nos dijo que había una gran caravana de comerciantes de Moscú y polacos en la ciudad y que se estaban preparando para viajar por tierra hacia Moscú al cabo de cuatro o cinco semanas, y estaba seguro de que nosotros aprovecharíamos la oportunidad de partir con ellos y dejarlo atrás para que volviera solo. Confieso que esas noticias me sorprendieron: se desparramó por toda mi alma una secreta alegría que no puedo describir, que no había sentido antes y que no he vuelto a sentir desde entonces. Durante un rato me quedé sin fuerzas para hablarle al anciano, mas al fin volví a él:

«¿Cómo lo habéis sabido? —le pregunté—. ¿Estáis seguro de que es cierto?».

«Sí —contestó—. Esta mañana me he encontrado por la calle un viejo

conocido, armenio, o lo que ustedes llaman griego, que va con ellos; venía de Astracán y planeaba ir hasta Tonkín, donde yo lo conocí en otro tiempo, mas luego cambió de idea y ahora está decidido a regresar con esa caravana a Moscú y luego bajar por el río Volga hasta Astracán».

«Bueno, señor —le dije—, no os inquietéis por la posibilidad de quedaros solo para la vuelta. Si hay un modo de que yo regrese a Inglaterra y vos os vais a Macao la culpa será vuestra por entero». Entonces fuimos juntos a averiguar qué pasaba y yo pregunté a mi socio qué le parecían las noticias del piloto y si las consideraba acordes con sus necesidades: me dijo que haría lo mismo que yo, porque había resuelto tan bien sus asuntos en Bengala y dejado sus propiedades en tan buenas manos que, mientras durase el viaje por China, si podía invertir en sedas que valiera la pena transportar, tanto crudas como procesadas, estaría encantado de ir a Inglaterra y luego regresar a Bengala en algún barco de la Compañía.

Una vez tomada esa decisión nos pusimos de acuerdo en que, si el piloto portugués nos acompañaba, correríamos con sus gastos hasta Moscú, o hasta Inglaterra, si le parecía bien: tampoco cabe decir que fuera un exceso de generosidad, aun si lo hubiéramos costeadado hasta más allá, pues los servicios que nos había prestado bien lo merecían, y más todavía; llevábamos en nuestros bolsillos algunos cientos de libras gracias a que él nos había procurado el mercader japonés. Así que lo debatimos entre nosotros y decidimos que queríamos gratificarle, lo cual, sin duda, era un acto de justicia; pero también queríamos conservar su compañía, pues era un hombre de gran utilidad en toda circunstancia. Por eso acordamos entregarle una cantidad de oro acuñado que, según mis cálculos, sumaba cerca de ciento setenta y cinco libras esterlinas entre los dos, aparte de correr con los gastos del pasaje, tanto suyo como del caballo, salvo aquellos en los que incurriera para llevar otro caballo que cargase con sus propiedades.

Tras llegar a ese acuerdo lo llamamos para contarle lo que habíamos decidido. Le expliqué que él se había quejado de que pretendíamos dejarlo solo para el viaje de vuelta y que le iba a contar nuestra decisión de que no volviese de ningún modo; como habíamos decidido regresar a Europa con la caravana, queríamos que viajara con nosotros y lo habíamos llamado para conocer su opinión. Él meneó la cabeza y dijo que era un viaje muy largo y no tenía pecunio para llegar hasta allí, ni para subsistir una vez alcanzado el destino. Le dijimos que lo creíamos y que, por esa misma razón, habíamos decidido hacer algo por él, para que viera hasta qué punto éramos conscientes del servicio que nos había prestado, así como de lo agradable que nos resultaba su compañía; entonces le conté el dinero que íbamos a darle, del cual podía disponer como nosotros del nuestro, y en cuanto al pasaje, si viajaba con nosotros lo dejaríamos a salvo en su destino (salvo pérdida de la vida o

accidente), ya fuera en Moscú o en Inglaterra, con todos los gastos a cuenta nuestra, salvo los necesarios para transportar sus propiedades.

Escuchó mi propuesta como transportado y nos dijo que iría con nosotros hasta el fin del mundo. De modo que, en resumen, nos preparamos todos para el viaje. Sin embargo, tanto nosotros como los otros mercaderes teníamos muchas cosas que hacer; en vez de prepararnos en cinco semanas tardamos cuatro meses y algunos días más en tenerlo todo listo.

CAPÍTULO XIV

A principios de febrero, según nuestro calendario, salimos de Pekín. Mi socio y el viejo piloto se habían ido en un viaje relámpago a nuestro primer puerto de arribada para deshacerse de algunos bienes que él había dejado allí; yo, con un comerciante chino al que había conocido en Nanquín y que había acudido a Pekín por asuntos suyos, me fui a Nanquín, donde compré noventa telas de fino damasco más otras doscientas de muy finas sedas de distintas clases, algunas de ellas entretejidas con oro, e hice que me lo llevaran todo a Pekín antes de que llegara mi socio; además, compramos una gran cantidad de seda cruda y otros artículos. Sólo con ellos, nuestro cargamento sumaba un valor de unas tres mil quinientas libras esterlinas a las que se añadía el té, algunas prendas finas de calicó y tres camellos cargados de nuez moscada y clavo, todo ello repartido entre un total de dieciocho camellos que compartíamos, aparte de los que montábamos nosotros; con dos o tres caballos de recambio y otros dos cargados de provisiones, sumábamos un total de veintiséis monturas en la comitiva.

Se trataba de una gran caravana formada, hasta donde me alcanza la memoria, por entre trescientos y cuatrocientos caballos y camellos y más de ciento veinte hombres muy bien armados y provistos para cualquier circunstancia. Pues igual que las caravanas del este sufren los ataques de los árabes, estas los de los tártaros, aunque no son tan peligrosos como los árabes, ni tan bárbaros como ellos cuando vencen.

La compañía estaba formada por gente de diversas naciones, principalmente moscovitas, pues habría unos sesenta que eran mercaderes o habitantes de Moscú, si bien algunos procedían de Livonia. Para nuestra particular satisfacción, había cinco escoceses que además parecían ser hombres de gran experiencia en los negocios, y de alguna importancia.

Cuando llevábamos un día de viaje, los guías, cinco en total, convocaron a todos los caballeros y comerciantes, es decir, a todos los pasajeros menos los

servientes, a lo que ellos llamaban un gran consejo. En él cada uno depositó una cantidad de dinero en un fondo común para los gastos necesarios en la compra de forraje por el camino si no podía obtenerse de otro modo, o para pagar guías, conseguir caballos y asuntos por el estilo. Allí se constituyó el viaje, como decían ellos: es decir, se nombraron los capitanes y oficiales que debían reunirse y dar órdenes en caso de ataque. Y cada uno conoció su lugar en la cadena de mando. Tampoco se trataba de una organización mayor de lo que el viaje requería, según se verá en su momento.

Estábamos en una parte del país densamente poblada y llena de alfareros y arcillistas: o sea, gente que trabajaba la tierra para hacer porcelana. Mientras yo avanzaba, el piloto portugués, siempre listo para decir algo que nos hiciera gracia, se me acercó con una sonrisa socarrona y me dijo que me iba a enseñar la mayor rareza de todo aquel territorio; y que, después de todas las maldades que yo había dicho sobre China, podría al fin decir que allí había visto algo imposible de ver en cualquier otro lugar del mundo. Yo estaba muy impaciente por saber de qué se trataba. Al fin me dijo que era la casa de un caballero construida por entero con loza de la China. «Bueno —respondí yo—, lo normal es construir los edificios con material del propio país. Así que todo es de loza de la China, ¿no?». «No, no —contestó—, quiero decir que está hecha de lo que ustedes llaman loza de la China; nosotros lo llamamos porcelana». «Caramba, eso sí puede ser. ¿Qué tamaño tiene?»

¿Podemos meterla en una caja y llevárnosla cargada en un camello? Si se puede, la compraremos». «¡En un camello! —exclamó el anciano piloto, alzando ambas manos—. Qué va, si dentro vive una familia de treinta personas».

Eso, por supuesto, despertó mi curiosidad por verla. Cuando la tuvimos a la vista, resultó que tan sólo era lo siguiente: una casa de madera o, como decimos en Inglaterra, construida con listones y yeso, sólo que el yeso era en realidad loza china; mejor dicho, estaba enyesada con la misma tierra que se usa para hacer porcelana.

El exterior, iluminado por un sol caliente, parecía vidrioso y tenía un bello aspecto, de una blancura perfecta en la que habían pintado figuras azules como se pintan las porcelanas en Inglaterra, y de consistencia dura, como si lo hubieran horneado. En cuanto al interior, todas las paredes, en vez de paneles de madera, tenían azulejos pintados y cocidos como los pequeños baldosines cuadrados que usamos en Inglaterra para los mosaicos, todos de la más fina porcelana y con figuras de extremada finura y una extraordinaria variedad de colores mezclados con oro; muchas baldosas componían una sola figura, pero estaban tan bien unidas con mortero que, al estar hechas de la misma tierra, era muy difícil ver dónde se juntaban dos piezas. Los suelos de las habitaciones eran del mismo material y tan duros como los suelos de baldosa que usamos

en distintas partes de Inglaterra, especialmente en Lincolnshire, Nottinghamshire, Leicestershire y etcétera, duros como la piedra y suaves, aunque sin cocer ni pintar salvo en las habitaciones pequeñas, como los vestidores, recubiertos por completo por los mismos azulejos; los techos y, en pocas palabras, todo el enyesado de la casa entera, eran de la misma arcilla; por fin, el tejado estaba recubierto de azulejos iguales, aunque de un negro oscuro y brillante.

Era una casa de porcelana, ciertamente, y merecía ser llamada así con toda sinceridad y en un sentido literal. Si no hubiera estado de viaje me podría haber quedado unos días para ver y examinar los detalles. Me dijeron que había fuentes y estanques de peces en el jardín, todos con el fondo y los laterales pavimentados de la misma manera, y bellas estatuas situadas en hileras junto a los senderos, hechas por entero con tierra de porcelana y luego cocidas.

Como se trata de una de las singularidades de la China, cabía esperar que sobresalieran en ella; sin embargo, estoy seguro de que en lo que más sobresalen es en los relatos que inventan en torno a ella, pues me contaron cosas tan increíbles sobre sus logros en la manufactura de loza que ni me molestaré en reproducir por saber que no pueden ser ciertas. En particular, uno me habló de una mujer que había hecho un barco de porcelana, con todos sus aparejos, mástiles y velas, tan grande que podía llevar a cincuenta hombres. Si me hubiera añadido que lo habían botado y había viajado hasta Japón, acaso hubiera contestado algo; mas yo sabía de qué iba la historia que, en pocas palabras, y pidiendo perdón por decirlo, era pura mentira. Así que sonreí y no contesté nada.

Esa extraña visita me alejó un par de horas de la caravana, por lo cual el hombre que aquel día dirigía la misma me impuso una multa por valor de tres chelines y me dijo que, de habernos encontrado a tres días de distancia de la muralla por fuera, y no por dentro como era el caso, se habría visto obligado a imponerme una multa cuatro veces mayor y exigir mis disculpas ante el consejo al día siguiente; de modo que prometí ser más disciplinado pues, sin duda, como entendí más adelante, las órdenes pensadas para mantener la disciplina eran absolutamente necesarias para la seguridad común.

Tardamos dos días más en cruzar la gran muralla china, fortificación construida contra los tártaros; se trata de una gran obra que recorre montes y montañas en una pista infinita, donde las rocas son insuperables y hay tales precipicios que ningún enemigo podría colarse; y si lo hiciera, ninguna muralla podría detenerlo. Dicen que su extensión es de casi mil millas inglesas aunque el territorio no supera las quinientas, medido en línea recta, sin tener en cuenta las curvas y los giros que traza la muralla. Mide unas cuatro brazas de alto y otras tantas de ancho en algunas zonas.

Me quedé allí una hora, más o menos, sin contravenir las órdenes, pues ese fue el tiempo que tardó la caravana en trasponer la puerta. Digo que me quedé una hora mirándola por todos lados, de cerca y de lejos; me refiero a cuanto tenía a la vista. El guía de la caravana, que había alabado la muralla como gran maravilla del mundo, se mostró muy ansioso por oír mi opinión. Le dije que era un invento excelente para mantener alejados a los tártaros y él no pareció entender en qué sentido lo decía, pues lo tomó como un cumplido. En cambio, el viejo piloto se echó a reír:

«Ah, señor inglés —dijo—, habláis en colores».

«¿En colores? —exclamé—. ¿Qué queréis decir?».

«Bueno, decís cosas que parecen blancas por un lado y negras por el otro; alegres por un lado, tristes por el otro. A él le decís que está bien para alejar a los tártaros; a mí, que sólo sirve para alejar a los tártaros. Os entiendo, señor inglés. Os entiendo —dijo, bromeando—. Pero el señor chino os entiende a su manera».

«Bueno —respondí—, señor, ¿creéis que resistiría a un ejército de nuestros compatriotas con una buena artillería; o a nuestros ingenieros, con dos compañías de mineros? ¿Acaso no la derrumbarían en diez días para que un ejército pudiera entrar en batalla? ¿O la volarían por los aires sin dejar ni rastro de ella?».

«Ya, ya —contestó—. Eso ya lo sé».

El chino tenía un gran interés en saber qué había dicho yo y di permiso al portugués para que se lo contara al cabo de unos cuantos días, pues para entonces ya estábamos casi fuera del país y él estaba a punto de abandonarnos; cuando supo lo que había dicho yo, se quedó aturdido el resto del viaje, y mientras siguió con nosotros no volvimos a oír su buena historia sobre el poder y la grandeza de China.

Tras cruzar aquella enorme nadería llamada muralla, parecida al muro de Adriano, construido por los romanos y tan famoso en Northumberland, empezamos a encontrar un territorio menos populoso, con la gente confinada en pueblos y ciudades fortificados, pues eran objeto de las incursiones y el acoso de los tártaros, que movilizan grandes ejércitos para robar y, en consecuencia, no encuentran resistencia entre los desprotegidos habitantes de un territorio abierto.

Allí empecé a entender la necesidad de viajar juntos en caravana; vimos varias tropas de tártaros que deambulaban por ahí; sin embargo, cuando conseguí verlos con claridad me pareció imposible que el imperio chino pudiera ser conquistado por unos tipos tan despreciables: son una mera horda o muchedumbre salvaje, incapaz de mantener el orden y entender ninguna

disciplina o formación de batalla.

Sus caballos son pobres criaturas famélicas a las que nadie ha enseñado nada ni sirven para nada: eso lo supimos en cuanto los vimos por primera vez, cosa que ocurrió cuando ya habíamos entrado en la parte más inhóspita del territorio. Nuestro jefe de aquel día concedió permiso a unos dieciséis hombres para que fuéramos a cazar, como ellos lo llamaban: ¡y eso que sólo cazábamos ovejas! En cualquier caso, merecía el nombre de caza, porque son las criaturas más salvajes y de paso más ágil que jamás he visto; sólo que no corren mucho rato y uno puede empezar la caza con la certeza de obtener trofeo porque siempre aparecen en rebaños de treinta o cuarenta cabezas y, como verdaderas ovejas, se mantienen juntas al huir.

Mientras nos dedicábamos a esa extraña variedad de caza nos topamos con unos cuarenta tártaros: ignoro si cazaban corderos como nosotros, o si buscaban otro tipo de presas, mas en cuanto nos vieron uno de ellos hizo sonar con fuerza una especie de cuerno, con un sonido bárbaro que jamás había oído antes ni, por cierto, deseo volver a oír. Todos dimos por hecho que era para llamar a sus amigos y así era: menos de un cuarto de hora después apareció una tropa de otros cuarenta o cincuenta hombres a una milla de distancia; mas, al parecer, nosotros terminamos antes la faena.

Daba la casualidad de que venía con nosotros uno de los comerciantes escoceses de Moscú y, en cuanto oyó el cuerno, nos dijo en pocas palabras que no teníamos más remedio que cargar de inmediato contra ellos, sin perder tiempo; nos hizo formar en línea y nos preguntó si estábamos decididos. Le contestamos que estábamos dispuestos a seguirlo. Ellos se nos habían quedado mirando como pura muchedumbre, reunidos sin orden alguno, sin dar muestras de ninguna disciplina; en cuanto nos vieron avanzar lanzaron sus flechas, que, por otra parte, y afortunadamente, no nos acertaron: al parecer no apuntaban mal, pero habían errado el cálculo de la distancia, pues sus flechas nos caían delante pero tan bien dirigidas que, si llegan a volar otras veinte yardas, más o menos, hubiéramos tenido varios heridos, o incluso muertos.

Nos detuvimos de inmediato y, aunque estaban muy lejos, disparamos y cambiamos sus flechas de madera por nuestras balas de plomo; después de tirar avanzamos al galope, decididos a caerles encima, espada en mano, tal como nos había indicado el escocés. Desde luego, no era más que un comerciante pero en esa ocasión se comportó con tal vigor y valentía, y al mismo tiempo con tal frialdad, que nunca he visto en acción a un hombre más capacitado que él para el mando. En cuanto llegamos a su altura les disparamos las pistolas en plena cara y luego desmontamos; mas ellos huyeron entre la mayor confusión imaginable. Su única resistencia quedó a nuestra derecha, donde permanecían tres de ellos que llamaron a los demás por gestos para que regresaran; llevaban una especie de cimitarra en las manos y el arco

colgado a la espalda. Nuestro bravo comandante, sin pedir que nadie le siguiera, galopó hacia ellos, descabalgó a uno con el fusil, mató al segundo con la pistola y provocó la huida del tercero; así terminó nuestra pelea. Sin embargo, nos esperaba una desgracia: a saber, las ovejas que íbamos persiguiendo se habían marchado. Ninguno de los nuestros había muerto o estaba herido; en cambio, entre los tártaros habían muerto unos cinco y no supimos a cuántos habíamos herido. En cambio, sí sabíamos que al enemigo le asustaba mucho el ruido de las armas, porque habían huido y jamás intentaron atacarnos de nuevo.

Durante todo ese tiempo estábamos en los dominios de China y por eso los tártaros no se mostraron demasiado atrevidos a continuación; mas al cabo de unos cinco días entramos en un vasto desierto que requería tres días de marcha con sus respectivas noches: nos vimos obligados a cargar agua en grandes botas de cuero y a acampar toda la noche, como tengo entendido que se hace en los desiertos de Arabia.

Pregunté a los guías en qué dominio estábamos y me dijeron que era una especie de frontera que podría llamarse Tierra de Nadie, pues formaba parte de la gran Karakatay, o Gran Tartaria, pero China se lo adjudicaba; nadie se ocupaba allí de proteger el territorio de las incursiones de los ladrones; y en consecuencia lo consideraban el peor desierto que debíamos cruzar en toda la marcha, pese a que habría otros más grandes.

Mientras cruzábamos aquella tierra inhóspita que, debo confesarlo, a primera vista me resultó aterradora, vimos en dos o tres ocasiones pequeñas partidas de tártaros que parecían dedicarse a sus asuntos y no tener ninguna intención con respecto a nosotros; así, como aquel hombre que conoció al diablo, si ellos no tenían nada que decirnos, tampoco nosotros a ellos: los dejábamos partir.

Una vez, sin embargo, un grupo se acercó lo suficiente para detenerse a contemplarnos. Ignorábamos si lo hacían para decidir qué hacer, si atacarnos o no; mas cuando nos adelantaron a cierta distancia montamos una retaguardia de cuarenta hombres y nos mantuvimos preparados, permitiendo que la caravana se adelantase más o menos media milla. Al cabo de un rato se marcharon, aunque no sin lanzarnos cinco flechas antes de partir, una de las cuales hirió a un caballo y lo incapacitó; lo dejamos allí al día siguiente, pobre criatura, tan necesitada de un buen veterinario. Suponemos que lanzaron más flechas y debieron de quedar cortas; mas en ese momento no vimos más flechas ni más tártaros.

Desde entonces viajamos durante casi un mes por caminos que al principio no eran demasiado buenos pese a que seguíamos en los dominios del emperador de China; solíamos detenernos en las poblaciones, algunas de ellas

fortificadas por las incursiones de los tártaros. Al llegar a una de estas poblaciones (nos costó dos días y medio llegar a la ciudad de Naum) yo quise comprar un camello, de los que se venden muchos a lo largo del trayecto, así como caballos, porque, dada la gran cantidad de caravanas que pasan por ahí, hay una gran demanda. La persona con la que hablé para que me consiguiera un camello hubiera ido a buscarme uno. Sin embargo yo, como un estúpido, me puse estricto y me empeñé en ir con él. El lugar quedaba unas dos millas fuera de la ciudad, donde al parecer dan de comer a los camellos y a los caballos protegidos por una guardia.

Yo recorrí la distancia a pie en compañía de mi viejo piloto y un chino que, en verdad, sólo deseaba un poco de variedad. Al llegar al lugar, encontramos un terreno bajo y pantanoso, rodeado por un muro de piedras apiladas sin mortero ni tierra entre ellas, como en un parque, con una pequeña escolta de soldados chinos a la puerta. Tras escoger un camello y negociar el precio, me alejé. El chino que iba conmigo llevaba el camello cuando de repente aparecieron cinco tártaros a caballo: dos atraparon al tipo y le quitaron el camello, mientras los otros tres se encaraban a mí y a mi viejo piloto; habían visto que íbamos desarmados, pues yo no llevaba conmigo más arma que mi espada, que difícilmente podía defenderme de tres hombres a caballo.

El que llegaba primero se detuvo bruscamente cuando desenfundé la espada (pues son unos cobardes irredentos); mas un segundo que llegaba por mi izquierda me dio un golpe en la cabeza que no sentí hasta un rato después y que, cuando recobré el sentido, me hizo preguntar qué me había pasado y dónde estaba, pues me dejó tumbado en el suelo; sin embargo, mi infalible piloto, el portugués (así la Providencia, sin que la busquemos, encarga nuestra salvación a extraños, invisibles para nosotros) llevaba en el bolsillo una pistola cuya existencia yo ignoraba tanto como los tártaros; supongo que en caso contrario no nos habrían atacado: los cobardes siempre son más valientes cuando no hay peligro.

El anciano, al verme caer, se plantó con gran valor ante el tipo que me había golpeado, sostuvo el arma con una mano, tiró de él hacia abajo por pura fuerza bruta con la otra, acercándose un poco, le pegó un tiro en la cabeza y lo soltó muerto allí mismo; de inmediato se acercó al que nos había detenido, como ya he dicho, y antes de que pudiera adelantarse de nuevo (porque todo ocurrió como si sólo hubiera transcurrido un instante) le atacó con la cimitarra que siempre llevaba encima, pero en vez de acertar al hombre le hizo un tajo a su caballo en un lado de la cara. La pobre bestia, enfurecida por las heridas, se negó a ser gobernada por su jinete, por muy bien sentado que este fuera; echó a volar y se lo llevó bien lejos del alcance del piloto; luego, a cierta distancia, se encabritó sobre las patas traseras, lanzó al suelo al tártaro y cayó encima de él.

En ese intervalo llegó el pobre chino que había perdido el camello, mas no tenía armas: de todos modos, al ver al tártaro en el suelo con su caballo encima, echó a correr hacia él y agarró un arma blanca bien fea que llevaba en un costado, algo parecido a un hacha sin serlo, se la arrancó y se preparó para sacarle los sesos tártaros a golpes. Sin embargo, mi anciano aún tenía que encargarse del tercer tártaro; al ver que no huía como había esperado, ni tampoco se acercaba a pelear con él como temía, sino que se quedaba quieto por completo, el anciano también se detuvo y se puso a manipular sus aparejos para volver a cargar la pistola; en cuanto la vio el tártaro, no sabemos si supuso que era la misma de antes u otra, pero el caso es que salió pitando y concedió a mi piloto, a quien desde entonces llamamos campeón, una victoria total.

Para entonces yo ya empezaba a despertarme. Al principio creí salir de un dulce sueño, mas como ya he dicho antes me preguntaba dónde estaba, qué hacía tumbado en el suelo y qué estaba pasando; en pocas palabras, unos instantes después, al recuperar el conocimiento sentí un dolor, aunque no sabía dónde; me llevé la mano a la cabeza la retiré ensangrentada; entonces noté el dolor de cabeza y, un instante después, regresó la memoria y todo se me hizo presente de nuevo.

De inmediato me puse en pie de un salto y agarré la espada, mas no había ningún enemigo a la vista. Vi a un tártaro muerto en el suelo, con su caballo muy quieto a su lado; miré más allá y vi a mi campeón y salvador, que había ido a ver qué hacía el chino y volvía con su arma blanca en una mano. El anciano, al verme en pie, se me acercó corriendo y me abrazó con gran alegría, pues hasta entonces había creído que estaba muerto; al verme ensangrentado se dio cuenta de que estaba herido; mas no era gran cosa, sólo lo que llamamos una cabeza pesada; tampoco en los días siguientes me molestó demasiado el golpe, salvo en el lugar de la herida, que por otra parte se curó en dos o tres días.

De todos modos no obtuvimos gran cosa de aquella victoria, pues perdimos un camello y ganamos un caballo; lo más notable, al regresar al pueblo, fue que el hombre exigió que le pagáramos el camello; discutí con él y me llevaron a una audiencia con un juez de paz chino. Concedámosle que actuó con gran prudencia e imparcialidad y, tras escuchar a las dos partes, preguntó con gravedad al chino que había ido conmigo a comprar el camello a quién prestaba sus servicios. «No soy un sirviente —respondió él—, sólo he venido con el extranjero». «¿A petición de quién?», quiso saber el juez. «Del extranjero», contestó el hombre. «Vaya, entonces durante ese tiempo eras su sirviente. Y como habían entregado el caballo a su sirviente era como si se lo entregaran a él, de modo que debe pagarlo».

Confieso que el asunto quedó tan claro que no tuve nada que decir;

admirado de ver una explicación tan exacta del asunto y un razonamiento tan justo sobre sus consecuencias, pagué gustosamente por el camello y hasta mandé traer otro. Pero obsérvese que lo mandé traer: esta vez no fui a buscarlo yo mismo. Ya había tenido bastante.

La ciudad de Naum es una frontera del imperio chino. Dicen que está fortificada, y lo está según lo que allí se entiende por fortificación: me atreveré a afirmar que todos los tártaros de Karakatay, que según creo se cuentan por millones, no podrían derribar los muros con sus arcos y sus flechas; mas si decías que era fuerte y luego recibía un ataque con cañones, los que saben de qué va esto se reirían de ti.

Como ya he dicho, queríamos pasar unos dos días en esa ciudad, pero el camino se llenó de mensajeros enviados con urgencia para explicar a todos los viajeros y caravanas que se detuvieran hasta que se les adjudicara una escolta, porque un grupo inusual de tártaros, que alcanzaba en total los diez mil hombres, había aparecido en la carretera, a unas treinta millas de la ciudad.

Eran pésimas noticias para los viajeros; de todos modos, el gobernador lo hizo todo con cuidado y nos encantó saber que tendríamos escolta. Efectivamente, dos días después nos llegaron doscientos soldados de un fuerte chino por la izquierda y otros trescientos de la ciudad de Naum, y con ellos nos atrevimos a avanzar: los trescientos de Naum marchaban por delante, los doscientos por la retaguardia y nuestros hombres a ambos lados de los camellos que cargaban con nuestro equipaje, y toda la caravana en el centro. En ese orden, y preparados para la batalla, nos pareció que seríamos un buen rival para los completos diez mil tártaros mogoles, si es que estos aparecían; mas al día siguiente, cuando al fin aparecieron, todo fue bien distinto.

CAPÍTULO XV

A primera hora de la mañana, al salir de un pueblito bien situado, llamado Changu, tuvimos que cruzar un río y nos vimos obligados a hacerlo con balsas. Si los tártaros hubieran tenido algo de inteligencia, era el mejor momento para atacarnos porque se desarmó la caravana y la retaguardia se atrasó; mas no aparecieron.

Al cabo de unas tres horas, cuando habíamos entrado ya en un desierto de unas quince o dieciséis millas de longitud, vimos que se acercaba algún enemigo por la nubecilla de humo que levantaba, y desde luego que se acercaba, pues venían picando espuelas.

Los chinos que nos escoltaban por delante, que tanto se habían ufanado el

día anterior, empezaron a trastabillar, pues los soldados iban mirando a sus espaldas con frecuencia, signo claro entre soldados de su predisposición a la fuga. Mi viejo piloto pensaba lo mismo que yo y, como estaba cerca, me llamó:

«Señor inglés —dijo—, hay que animar a esos tipos, porque si no serán nuestra ruina; si vienen los tártaros, no lo aguantarán».

«Lo mismo opino —contesté—. Mas ¿qué podemos hacer?».

«¿Hacer? Dejemos que cincuenta de nuestros hombres avancen, los flanqueen por las dos alas y los animen, y lucharán como hombres valientes en compañía de valientes: de otro modo, todos se darán la vuelta». De inmediato cabalgué hasta nuestro líder y se lo dije, y resultó ser de nuestra misma opinión; en consecuencia, cincuenta de los nuestros se avanzaron por el ala derecha y otros cincuenta por la izquierda y los demás montaron una línea de reserva. Así avanzamos, dejando que los últimos doscientos conformaran otro grupo y vigilaran los camellos, y si hacía falta, que enviaran a cien hombres en apoyo de los últimos cincuenta.

Por decirlo en pocas palabras, llegaron los tártaros y eran incontables; no supimos cuántos, pero nos pareció que por lo menos eran diez mil. Primero llegó un grupo a comprobar nuestra situación y cruzó por delante de nuestra línea. Como vimos que estaban a distancia de tiro, nuestro líder ordenó que las dos alas avanzaran deprisa y les lanzaran una salva por cada lado, y así se hizo. Sin embargo, ellos se fueron, supongo que para contar la recepción que les esperaba. Seguro que aquel saludo les revolvió el estómago, pues se detuvieron de inmediato, dedicaron un rato a considerar el asunto y luego, tras girar todos a la izquierda, renunciaron a sus planes y no volvieron a decirnos nada por el momento; algo muy conveniente en nuestras circunstancias, que no eran las mejores para librar batalla contra un ejército tan numeroso.

Dos días después llegamos a la ciudad de Naum, o Naum. Dimos gracias al gobernador por sus cuidados y recolectamos dinero por un valor de cien coronas, más o menos, que entregamos a los soldados que nos habían escoltado. Pasamos allí un día. Aquello era un cuartel en el que había novecientos soldados. La razón de su existencia era que, en épocas anteriores, la frontera moscovita había quedado más cerca de allí, pero luego aquellos habían abandonado esa parte del territorio (que se extiende unas doscientas millas al oeste de la ciudad), tan desolada e inservible, y, sobre todo, tan remota y tan difícil de proteger con tropas. Quedaban todavía unas dos mil millas para llegar a Moscú.

Luego pasamos por varios ríos grandes y dos desiertos horribles; tardamos dieciséis días en cruzar uno que, como ya he dicho antes, merecía llamarse Tierra de Nadie. El 13 de abril llegamos a la frontera de los dominios

moscovitas. Creo que la primera ciudad, o pueblo, o fortaleza, o como quiera llamarse, era Argún, en la orilla oriental del río Argún.

No pude sino sentir una satisfacción infinita: habíamos llegado a lo que yo llamaba un país cristiano; o, al menos, a un país gobernado por cristianos; pues aunque los moscovitas, en mi opinión, apenas merecen el nombre de cristianos (por mucho que pretendan serlo, y bien devotos), sin duda se le ocurriría a cualquier hombre que viajara por el mundo como yo y que tuviera alguna capacidad de reflexión; digo que se le ocurriría que es una bendición llegar a ese mundo en el que el nombre de Dios y de un redentor es conocido, venerado y adorado, y no a donde la gente, abandonada por el cielo en manos de sus duros engaños, adora al diablo y se postra ante maderos y pedruscos; venera a los monstruos, a los elementos, a animales de horribles figuras, estatuas o imágenes de monstruos. No habíamos pasado por ningún pueblo o ciudad que no tuviera su pagoda, sus ídolos, sus templos: ¡gente ignorante, capaz de venerar incluso lo que sus propias manos han creado!

Ahora llegábamos a donde, al menos, se notaba una apariencia de celebración cristiana, donde se hincaba la rodilla ante Jesús; donde, con mayor o menor ignorancia, al menos se reconocía la religión cristiana y se rezaba al nombre del Dios verdadero; hasta el último rincón de mi alma se regocijaba al verlos. Saludé al bravo comerciante escocés que he mencionado antes y se lo agradecí por primera vez. Luego, lo tomé de la mano y le dije: «¡Bendito sea Dios, volvemos a estar entre cristianos!».

Él sonrió y dijo: «No os alegréis demasiado pronto, compatriota. Estos moscovitas son una especie extraña de cristianos; aparte del nombre, durante unos cuantos meses de viaje todavía veréis poca cosa de sustancia».

«Bueno —insistí—, pero sigue siendo mejor que el paganismo y la adoración del diablo».

«Mas os digo —respondió— que, salvo los soldados rusos de los cuarteles y unos pocos habitantes de las ciudades del camino, todo el resto del país, durante más de mil millas todavía, está habitado por paganos de la peor clase, y de los más ignorantes». Y así resultó ser.

Habíamos entrado ya en la mayor extensión de tierra sólida, si algo sé de la superficie del globo, que se pueda encontrar en cualquier parte del mundo; al menos mil doscientas millas nos separaban del mar por el este; como mínimo dos mil hacia el fondo del mar Báltico, por el oeste; cinco mil millas enteras hasta el mar Índico, o de Persia, por el sur; unas doscientas hasta el mar de hielo, por el norte; qué va, si hay que creer a cierta gente tal vez no haya mar por el noreste hasta después de rodear el polo, siendo ya, en consecuencia, el noroeste; en cuyo caso se trataría de un continente de tierra que llegaría hasta América, aunque ningún mortal sabe por dónde; de todos modos, podría

aportar algunas razones por las que creo que eso también es un error.

Al entrar en los dominios moscovitas, durante mucho tiempo hasta que llegamos a la primera población digna de mención, no había nada que observar, aparte de lo siguiente: primero, que todos los ríos discurren hacia el este. Según entendí por los mapas que llevaban algunos miembros de la caravana, estaba claro que todos aquellos ríos iban a dar al gran Yamour o Amur. Este río, por su curso natural, ha de desembocar en el mar del este, u océano de la China. La historia nos cuenta que la boca del río se taponaba con unas espadañas de crecimiento monstruosos, de unos tres pies de ancho y veinte o treinta de alto. Permítaseme decir que no me creo nada de eso; sin embargo, no sirve de nada navegar en ese sentido, pues no hay ningún comercio porque los tártaros, a quienes pertenece en exclusiva esa tierra, no tratan más que con ganado; por eso nunca he sabido de nadie que tuviera la curiosidad suficiente para bajar hasta la desembocadura en botes o subir desde la misma con algún barco; sin embargo, es cierto que este río, en su discurrir hacia el este, en una latitud de sesenta grados, lleva consigo una vasta aportación de otros ríos y encuentra, en esa latitud, un océano en el que vaciarse; así que estamos seguros de que allí hay algún mar.

Unas leguas al norte de ese río hay varios ríos importantes cuyas corrientes circulan hacia el norte igual que el Yamour hacia el este; se sabe que todos ellos unen sus aguas en el gran río Tártarus, que debe su nombre a las naciones más norteñas de los tártaros mogoles, quienes, según los chinos, fueron los primeros tártaros del mundo, y quienes, según alegan nuestros geógrafos, son los Gog y Magog mencionados en la historia sagrada.

El hecho de que esos ríos discurrieran hacia el norte, como todos los demás que no he mencionado todavía, puso en evidencia que el océano del norte rodea la tierra también por ese lado; de modo que no parece en absoluto racional pensar que la tierra puede extenderse hasta empalmar con América por allí; o que hay comunicación entre los océanos del norte y del este. Pero no voy a decir más al respecto: así lo observé en aquel momento y dejo aquí la consecuente constancia.

Avanzábamos desde el río Argún en jornadas cómodas y moderadas, y estábamos visiblemente agradecidos de que el zar de Moscú se hubiera ocupado de que se construyeran pueblos y ciudades en tantos lugares como fuera posible, en los que mantienen cuartel sus soldados, algo parecido a los soldados estacionarios que los romanos situaban en los países más lejanos del imperio, algunos de los cuales, por lo que he leído, se instalaron específicamente en Bretaña para mayor seguridad del comercio y para el alojamiento de los viajeros; aquí era lo mismo. Sin embargo, al llegar a esos pueblos y a sus cuarteles siempre encontrábamos gobernadores rusos que se confesaban paganos, de los que sacrifican animales a sus ídolos y adoran al

sol, la luna y las estrellas, o a toda la corte de los cielos; aún más, de todos los descreídos y paganos que he conocido, estos eran los más bárbaros, con la única excepción de que no comían carne humana como los salvajes de América.

Encontramos algunos ejemplos de ello en el territorio entre Argunsk, por donde entramos a los dominios moscovitas, y una ciudad que pertenece a tártaros y rusos a la vez, llamada Nerchinsk, un espacio en el que se alternan desiertos y bosques, y que nos costó veinte días cruzar. En un pueblo cercano al último de esos lugares tuve la curiosidad de ir a ver cómo vivían: de la manera más brutal e insufrible. Creo que ese día habían celebrado algún gran sacrificio, porque encima del viejo tocón de un árbol había un ídolo de madera, espantoso como un diablo, o al menos como cualquier objeto que se nos ocurra que puede hacerse para representar al diablo. Tenía una cabeza que, desde luego, ni siquiera se parecía a ninguna criatura que jamás haya visto el mundo; orejas grandes como cuernos de cabra, e igual de altas; ojos grandes como una moneda de una corona; la nariz parecía el cuerno retorcido de un carnero y una boca con cuatro esquinas, como la de un león, con horribles dientes ganchudos como la parte baja del pico de un loro. Lo habían vestido de la manera más asquerosa que se pueda suponer; la ropa del torso era de piel de oveja, con la lana por fuera; un gran gorro tártaro en la cabeza, con dos agujeros para dejar pasar los cuernos; era de unos ocho pies de altura pese a no tener pies ni piernas ni guardar sus partes proporción alguna.

Aquel espantapájaros estaba colocado en las afueras del pueblo, y cuando me acerqué había dieciséis o diecisiete criaturas, no sé si hombres o mujeres porque no se les distinguía por la ropa, ni del cuerpo ni de la cabeza; estaban todos tumbados en el suelo en torno a aquel formidable bloque de madera informe. Vi tan poco movimiento entre ellos como si hubieran sido troncos de madera, igual que su ídolo; al principio, en verdad llegué a pensar que así era; mas cuando me acerqué un poco se pusieron en pie de un salto y soltaron un aullido como si fueran una jauría de sabuesos de voz profunda y se alejaron caminando como si los estuviéramos molestando. Un poco alejado de aquel monstruo, y ante la puerta de una tienda, o choza, hecha por completo con pieles secas de oveja o de vaca, había tres carniceros, o eso me pareció. Porque al acercarme más descubrí que llevaban grandes cuchillos en las manos y en medio de la tienda se veían tres ovejas muertas y un novillo o ternero. Al parecer, eran sacrificios en honor de aquel leño insensible que hacía las veces de ídolo. Y aquellos tres hombres, sacerdotes del mismo. Y los diecisiete desgraciados postrados en el suelo eran la gente que había brindado el sacrificio y estaban rezando por ello.

Confieso que su estupidez y su embrutecida adoración de un duende me impresionaron más que nada que haya visto en mi vida; ver a la criatura mejor

y más gloriosa de Dios, a la que este ha concedido tantas ventajas desde su mera creación, más que a los demás frutos del trabajo de sus manos, investido con un alma tan razonable, y esta a su vez adornada con capacidades y facultades adaptadas tanto a honrar a su Hacedor como a ser honrados por él; digo, verla hundida y degenerada hasta un extremo que supera la estupidez y le hace postrarse de terror ante una nadería, un mero objeto imaginario que ellos mismo habían vestido, y al que concedían con su imaginación, adornado sólo con telas y trapos; y que todo eso sea consecuencia de la mera ignorancia, impulsada a la devoción infernal por el propio diablo; es este quien, de tanto envidiar al Creador por el homenaje y la adoración que le rinden sus criaturas, las engaña para que hagan cosas tan burdas, excesivas, sórdidas y brutales que uno diría que hasta la naturaleza se asombra.

¿Mas de qué valía todo aquel asombro, las reflexiones? Las cosas eran así y yo podía verlas con mis propios ojos; no quedaba espacio alguno para el asombro, ni para creer que era imposible. Toda mi admiración se volvió ira: cabalgué hasta la imagen del monstruo, o como se lo quiera llamar, y corté por la mitad con mi espada el gorrito que llevaba en la cabeza, de tal manera que quedó colgado de un cuerno; uno de los hombres que iban conmigo agarró la piel de oveja que lo recubría y dio un tirón y, hay que ver, el griterío y los aullidos más espantosos recorrieron el pueblo y me llegaron voces de doscientas o trescientas personas, así que me alegré de salir corriendo, pues vimos que algunos llevaban arcos y flechas; mas desde aquel momento decidí que volvería a visitarlos.

Nuestra caravana pasó tres noches en aquel pueblo, que quedaba a unas cuatro millas, para conseguir algunos caballos que nos hacían falta, pues varios de los que llevábamos habían quedado cojos y agotados por la dureza del camino y por nuestra larga marcha a través del último desierto. Así que allí tuvimos algo de tiempo para llevar mi plan a la práctica. Comunicué mi proyecto al comerciante escocés de Moscú, de cuyo coraje había tenido suficiente testimonio, como ya se ha contado. Le describí lo que había visto y la indignación que me embargaba desde entonces al pensar que la naturaleza humana pudiera ser tan degenerada. Le dije que estaba decidido, si conseguía reunir a cuatro o cinco hombres bien armados para acompañarme, a ir y destruir aquel ídolo vil y abominable; para que se dieran cuenta de que no tenía poder ni para defenderse y, en consecuencia, no podía ser objeto de adoración, ni merecía rezo alguno y aún menos podría ayudar a quienes le brindaban sacrificios.

Se rio de mí. Me dijo: «Tal vez vuestro celo sea bueno; mas ¿qué os proponéis con él?».

«¡Proponer! —dije yo—. Vindicar el honor de Dios, insultado por esa idolatría del diablo».

«Mas no sé cómo vais a vindicar el honor de Dios —contestó— ante una gente que no será capaz de entender lo que queréis decir con ese gesto, salvo que podáis también hablarles y explicárselo. Y además lucharán contra vos, os lo aseguro, pues son gente desesperada, sobre todo cuando se trata de defender su idolatría».

«¿Y no podríamos —insistí— hacerlo por la noche y luego dejarles las explicaciones por escrito en su propia lengua?».

«¡Por escrito! —exclamó—. Vaya, si se juntan cinco naciones de ellos no habrá ni uno que sepa ni lo que son las letras ni cómo leer una sola palabra en cualquier lengua, ni siquiera en la suya».

«Maldita ignorancia —le dije—. De todos modos, estoy muy decidido a hacerlo; tal vez la naturaleza saque conclusiones para ellos y les haga entender que idolatrar a seres tan horrendos es propio de las bestias».

«Mirad, señor —contestó—, si vuestro celo os impulsa a ello con tanto ardor, debéis hacerlo; mas a continuación os diría que tengáis en cuenta que estas hordas de salvajes son súbditos, por la fuerza, del zar de Moscú; si lo hacéis, las probabilidades de que acudan por millares al gobernador de Nerchinsk son de diez a una: se quejarán y exigirán compensación, y si él no puede dársela, diez a una a que se rebelan, cosa que ocasionaría una nueva guerra con todos los tártaros del territorio».

Confieso que esto me hizo barajar algunos nuevos pensamientos durante un rato; mas seguía percutiendo la misma cuerda todavía. Durante todo aquel día me sentí inquieto por poner en marcha mi proyecto. Hacia el atardecer, el mercader escocés se cruzó conmigo por casualidad en un paseo por el pueblo y quiso hablar conmigo.

«Creo —me dijo— que os he disuadido de vuestros buenos planes. Desde entonces estoy algo preocupado por eso, pues aborrezco los ídolos y la idolatría tanto como vos».

«Es cierto —le concedí— que me habéis disuadido un poco en cuanto a la posibilidad de ejecutarlo, mas no habéis conseguido que deje de pensar en ello, y sigo creyendo que lo haré antes de abandonar este lugar, aunque puedan entregarme a ellos a modo de compensación».

«No, no —dijo él—, no quiera Dios que seáis entregado a semejante banda de monstruos. Nadie haría eso; sin duda, sería como asesinaros».

«Ah, ¿sí? —dije—. ¿Cómo me tratarían?».

«¿Tratar? Os contaré lo que le hicieron a un pobre ruso que se enfrentó a ellos por su idolatría, exactamente igual que vos, y a quien tomaron preso tras incapacitarlo con una flecha de tal modo que no pudo huir. Lo cogieron, lo

desnudaron por completo y lo situaron encima del ídolo monstruoso, lo rodearon entre todos y le dispararon tantas flechas como cabían en su cuerpo; luego lo quemaron, con todas las flechas clavadas en la carne, como sacrificio ofrecido al ídolo».

«¿Y era el mismo ídolo?», pregunté.

«Sí —contestó—. Exactamente el mismo».

«Bueno —dije yo—, os voy a contar una historia». Y entonces le relaté la historia de nuestros hombres en Madagascar, de cómo habían quemado y saqueado un poblado y matado a hombres, mujeres y niños porque los nativos habían asesinado a uno de los nuestros, como ya he contado. Al terminar añadí que me parecía que debíamos hacer lo mismo en aquel pueblo.

Escuchó la historia con mucha atención; mas cuando terminé de hablar de hacer aquello a todo el pueblo me dijo: «Os equivocáis mucho; no era este mismo pueblo. Era casi a cien millas de aquí; mas era el mismo ídolo porque lo llevan en procesión por todo el país».

«Bueno —respondí—, entonces el ídolo debería recibir castigo por ello —insistí—. Y lo recibirá si sobrevivo a esta noche».

En pocas palabras, al encontrarme tan decidido me dijo que le gustaba el plan y que no me dejaría ir solo; vendría conmigo, mas antes iría a buscar algún tipo bien robusto, algunos de sus compatriotas, para que nos acompañara. «Uno —dijo— tan famoso por su celo como se pueda desear a la hora de enfrentarse a asuntos tan diabólicos como este». Por resumir, me trajo a otro escocés, camarada suyo, al que llamaba Capitán Richardson, y yo le conté el relato completo de lo que había visto y también de lo que pretendía; él me dijo enseguida que iría conmigo aun si le costaba la vida. Nos pusimos de acuerdo en ir los tres solos. Yo, por supuesto, se lo había planteado a mi socio, mas él se había desentendido. Había dicho que estaba dispuesto a ayudarme lo máximo posible, y en cualquier circunstancia, para defenderme; pero que aquella aventura se salía bastante de su camino. O sea, como digo, decidimos poner manos a la obra los tres solos, con mi sirviente, y ejecutar el plan aquella noche, hacia las doce, con todo el secretismo imaginable.

De todos modos, tras volverlo a pensar decidimos retrasarlo hasta la noche siguiente porque la caravana se iba a poner en marcha por la mañana y supusimos que el gobernador no podría ofrecerles ninguna compensación si ya estábamos lejos de su alcance. El comerciante escocés, tan firme en su decisión de sumarse al plan como atrevido en su ejecución, me trajo una casaca tártara hecha con pieles de oveja y un gorrito con un arco y flechas, y había conseguido otros iguales para sí y para su paisano, de modo que la gente, si nos veía, no pudiera determinar quiénes éramos.

La primera noche estuvimos mezclando un poco de materia combustible con aguardiente, pólvora y todo el material por el estilo que pudimos encontrar; con una buena cantidad de brea en un botecillo, una hora después de la puesta de sol iniciamos nuestra expedición.

Llegamos al lugar hacia las once de la noche y descubrimos que aquella gente no había tenido ningún celo del peligro que acechaba a su ídolo. Era una noche nublada, pero la luna arrojaba la luz suficiente para ver que el ídolo permanecía exactamente en el mismo lugar y en igual posición que antes. Parecía que todo el mundo estaba descansando: sólo había luz en la choza grande, o tienda, por así llamarla, donde habíamos visto a los tres sacerdotes que tomamos equivocadamente por carniceros; al acercarnos a su entrada vimos gente que hablaba, como si fueran cinco o seis; en consecuencia, concluimos que si le pegábamos fuego al ídolo aquellos hombres podían salir de inmediato y llegar corriendo al lugar para salvarlo de la destrucción que pretendíamos, y no sabíamos qué hacer con ellos. Primero se nos ocurrió llevárnoslo y quemarlo lejos de allí, pero cuando llegamos a tocarlo nos pareció demasiado abultado para cargarlo; de nuevo nos quedamos sin saber qué hacer. El segundo escocés era partidario de pegar fuego a la choza y golpear en la cabeza a los que estaban dentro cuando salieran. Sin embargo, yo no pude sumarme: estaba en contra de matarlos, si era posible evitarlo. «Bueno, entonces —propuso el comerciante escocés—, yo os diré lo que vamos a hacer: intentaremos hacerlos prisioneros, atarles las manos y obligarlos a mirar mientras destruimos su ídolo».

Resultó que llevábamos con nosotros una buena cantidad del bramante o cordel que usábamos para atar los leños, así que resolvimos atacar a aquella gente de entrada, con el mínimo ruido posible. Lo primero que hicimos fue llamar a la puerta y, cuando uno de los sacerdotes acudió a ella, lo atrapamos de inmediato, le tapamos la boca, le atamos las manos a la espalda y lo llevamos hasta el ídolo, donde lo amordazamos para que no pudiera hacer ningún ruido, le atamos también los pies y lo dejamos en el suelo.

Dos de nosotros nos quedamos junto a la puerta, a la espera de que saliera otro salvaje a ver qué había pasado; sin embargo, esperamos hasta que volvió el tercero de los nuestros y como no salía nadie, volvimos a llamar suavemente a la puerta. De inmediato llegaron dos más y los tratamos exactamente de la misma manera, aunque nos vimos obligados a ir todos juntos y dejarlos tumbados junto al ídolo, algo separados entre sí; al volver vimos que acudían otros dos a la puerta, y hasta un tercero se quedaba detrás de ellos. Agarramos a aquellos dos y los atamos de inmediato y cuando el tercero dio un paso atrás y soltó un grito, mi comerciante escocés salió tras él, sacó una mezcla que habíamos preparado para que echara mucho humo y apestara y la tiró entre la gente; para entonces el otro escocés y mi hombre se habían ocupado de

maniatar a los dos primeros, atándolos juntos además por los codos, los habían llevado hasta el ídolo, los habían dejado allí para que vieran si el ídolo los auxiliaba y luego habían regresado con nosotros a toda prisa.

Cuando la mezcla que habíamos echado llenó de humo la choza y quedaron todos casi sofocados, tiramos una bolsita de cuero con otra composición que ardía como una vela; entramos tras ella y vimos que sólo quedaban cuatro personas que al parecer eran dos hombres y dos mujeres y, como suponíamos, se habían dedicado a alguno de sus sacrificios diabólicos. En pocas palabras, aparecieron muertos de miedo, al menos tanto como para quedarse sentados temblando y alelados, amén de incapaces de hablar por el humo. En resumen, los apresamos, los atamos como a los demás, todo ello sin ruido, aunque debería haber dicho que primero los sacamos de la casa, o choza; efectivamente, soportar aquel humo nos resultaba tan imposible como a ellos. A continuación los llevamos a todos ante el ídolo; al llegar, nos pusimos manos a la obra con él: para empezar, lo untamos por todas partes, ropa incluida, con brea y otro material parecido, hecho con una mezcla de sebo y azufre; luego le tapamos los ojos, las orejas y la boca con pólvora; después le pusimos una gran cantidad de pez griega en el gorro. Al fin, le echamos encima todo el material combustible que habíamos llevado con nosotros, y miramos alrededor por si encontrábamos algo más que nos ayudara a quemarlo. Entonces mi escocés recordó que junto a la tienda, o cabaña, en que estaban aquellos hombres, había un montón de forraje seco, no recuerdo si de paja o juncos. Salieron corriendo él y el otro escocés y recogieron sendas brazadas. Tras terminar con eso, cogimos a todos los prisioneros y, con los pies desatados y la mordaza suelta, les obligamos a permanecer de pie y los situamos delante de su ídolo monstruoso antes de pegarle fuego.

Nos quedamos junto a él un cuarto de hora, más o menos, hasta que la pólvora de los ojos, la boca y las orejas estalló y, según pudimos percibir, rajó la figura y la dejó deformada; en pocas palabras, hasta que vimos que se quemaba del todo y quedaba convertido en un mero bloque de leña; luego le acercamos el forraje seco encendido y vimos que pronto se consumiría, así que empezamos a pensar en irnos de allí. Sin embargo, el escocés dijo: «No, no debemos irnos porque estos pobres desgraciados engañados se tirarán todos al fuego y se quemarán con el ídolo». Así que resolvimos quedarnos hasta que se consumiera también el forraje y luego nos alejamos y los dejamos allí.

Por la mañana aparecimos entre nuestros compañeros de comitiva, muy ocupados en los preparativos de viaje, y nadie podía sugerir que no hubiéramos estado en nuestras camas, como se supone que hacen los viajeros, preparándonos para las fatigas del trayecto de la nueva jornada.

Mas no terminó así el asunto, porque al día siguiente llegó una gran multitud, no sólo de aquel pueblo, sino de otros cientos, hasta donde yo sabía,

a las puertas de la ciudad; de la manera más indignante, pidieron compensación al gobernador ruso por el insulto a los sacerdotes y el incendio del gran Cham-Chi-Thaungu: ese era el difícil nombre que atribuían a la criatura idolatrada. La gente de Nerchinsk quedó sumida al principio en una gran consternación, pues decían que los tártaros no eran menos de treinta mil y que en pocos días llegarían otros cien mil.

El gobernador ruso envió mensajeros para apaciguarlos y les dirigió cuantas buenas palabras se puedan imaginar. Les aseguró que no sabía nada de aquello y que ni un alma había salido del cuartel; que no podía haber sido nadie de allí y que si le concretaban de quién se trataba él dispensaría un castigo ejemplar. Ellos contestaron con altanería que todo el país reverenciaba al gran Cham-Chi-Thaungu, habitante del sol, y ningún mortal se atrevería a ejercer la violencia contra su imagen, salvo algún bellaco cristiano, pues al parecer así los llamaron, y en consecuencia declaraban la guerra contra ellos y todos los rusos, pues estos, dijeron, eran bellacos y cristianos.

El gobernador, sin perder la paciencia, con la intención de evitar una quiebra y que se le pudiera alegar causa alguna para la guerra, pues el zar le había encargado estrictamente que tratara a los conquistados con amabilidad y cortesía, siguió ofreciéndoles tan buenas palabras como pudo; al final les dijo que aquella mañana había partido una caravana hacia Rusia y que tal vez fuera alguno de sus componentes quien les había ofendido; si con eso se daban por convencidos, enviaría alguien tras ellos para que investigara. Eso pareció apaciguarlos un poco y el gobernador mandó gente en pos de nosotros y nos transmitió un relato detallado de cómo estaban las cosas, insinuando además, que si lo había hecho alguien de nuestra caravana haría bien en escapar. Y que, tanto si lo habíamos hecho como si no era así, debíamos avanzar tan rápidamente como fuéramos capaces; y que entre tanto él los mantendría entretenidos mientras pudiera.

Fue muy amable por parte del gobernador. De todos modos, cuando llegaron a la caravana, nadie sabía nada de aquel asunto; en cuanto a los culpables, nadie sospechó de nosotros en absoluto, nadie nos hizo siquiera una pregunta. De todos modos, de momento, el capitán de la caravana hizo caso de la sugerencia del gobernador y estuvimos marchando, o viajando, dos días y dos noches sin ninguna parada digna de mención hasta que llegamos a parar a un pueblo llamado Plothus; tampoco es que allí nos detuviéramos demasiado, pues nos apresuramos a seguir hasta Jerawena, otra colonia del zar de Moscú donde esperábamos hallarnos a salvo; mas debe observarse que allí empezamos, con una marcha de dos o tres días, a entrar en un vasto desierto sin nombre, del que ya hablaré en su momento, y que si llegamos a seguir todavía en él probablemente nos habrían destruido a todos. Durante el segundo día de marcha desde Plothus, gracias a las nubes de polvo que veíamos por

detrás a una gran distancia, algunos de los nuestros empezaron a darse cuenta de que nos perseguían; habíamos entrado en el desierto y pasado cerca de un gran lago llamado Schanks Osier, cuando nos dimos cuenta de que un gran grupo de caballos aparecía por el otro lado del lago, al norte, mientras que nosotros íbamos hacia el oeste. Observamos que se alejaban hacia el oeste como nosotros. Habían dado por hecho que iríamos por el norte del lago, mas por suerte nosotros habíamos escogido el sur; durante dos días no volvimos a verlos porque, convencidos de que seguíamos llevándoles la delantera, habían avanzado hasta llegar al río Uda: es un río muy grande cuando sigue hacia el norte, pero donde nosotros llegamos a él lo encontramos estrecho y vadeable.

Al tercer día se dieron cuenta de su error, o recibieron información sobre nosotros, y se nos echaron encima hacia la hora del crepúsculo. Para nuestra gran satisfacción, acabábamos de escoger un lugar de acampada que parecía muy cómodo para pasar la noche, pues como estábamos en un desierto de más de quinientas millas de extensión, aunque sólo fuera el principio del mismo, no había ninguna población en la que alojarse y, desde luego, no esperábamos encontrar ninguna hasta que llegáramos a la ciudad de Jerawena, para lo cual nos faltaban aún dos días de marcha; el desierto, de todos modos, estaba bordeado por algunos bosques y un riachuelo que desembocaba en el gran río Uda. Fue en un espacio estrecho que se abría entre dos bosquecillos pequeños pero muy densos donde instalamos el campamento para pasar aquella noche, esperando que nos atacaran.

Nosotros éramos los únicos que sabíamos por qué nos perseguían; sin embargo, como es habitual que los tártaros mogoles salgan a patrullar el desierto, las caravanas siempre se fortifican contra ellos por la noche, igual que contra los ejércitos de ladrones; por lo tanto, que nos persiguieran no era ninguna novedad.

Sin embargo, en ninguna otra noche de nuestro viaje habíamos tenido un lugar de acampada tan ventajoso como aquel, pues quedábamos entre los dos bosques y el riachuelo que corría justo por delante de nosotros; no podían rodearnos ni atacar por ningún sitio, más que por delante o por la retaguardia; nos preocupamos de fortalecer la vanguardia tanto como pudimos poniendo las monturas, camellos y caballos, en una línea junto a la orilla del río; por la retaguardia talamos algunos árboles.

En esa posición acampamos para pasar la noche, mas el enemigo se nos echó encima cuando aún no habíamos terminado de situarnos: no nos asaltaron cual ladrones, como esperábamos, sino que enviaron tres mensajeros para exigir la entrega de los hombres que habían abusado de sus sacerdotes y quemado a su dios Cham-Chi-Thaungu, para que pudieran quemarlos; a continuación, dijeron, se irían y no nos harían ningún daño. En caso contrario, nos quemarían a todos. Nuestros hombres parecieron muy afectados por aquel

mensaje y empezaron a mirarse entre ellos para ver quién tenía más cara de culpable, pero nadie, la palabra era «nadie», nadie lo había hecho. El jefe de la caravana mandó responder que estaba seguro de que no lo había hecho nadie del campamento; que éramos comerciantes pacíficos en viaje de trabajo; que no les habíamos hecho ningún daño, ni a ellos ni a nadie más; y que en consecuencia debían buscar más allá a los enemigos que les habían lastimado, pues no éramos nosotros: expresó su deseo de que no nos molestaran porque, en caso contrario, nos íbamos a defender.

Lejos quedaron de darse por satisfechos con aquella respuesta y por la mañana, al romper el día, llegó una gran multitud al campamento; al vernos en una situación tan ventajosa no se atrevieron a pasar más allá del arroyo por nuestra vanguardia, donde ellos estaban, y se limitaron a mostrar cuántos eran, cosa que, efectivamente, nos aterró: los que menos habían contado hablaron de diez mil. Allí se quedaron, mirándonos un buen rato, y luego soltaron un gran aullido y lanzaron una nube de flechas hacia nosotros. Sin embargo, estábamos bien parapetados para un ataque así, pues nos protegíamos con el cargamento: no recuerdo que hubiera ningún herido.

Un rato después vimos que se movían hacia la derecha y los esperamos por la retaguardia, pero un tipo astuto, un cosaco, como los llaman, de Jerawena, pagado por los moscovitas, llamó al jefe de la caravana y le dijo: «Yo enviaré a toda esa gente a Shilka». Era una ciudad a cuatro o cinco días de viaje hacia el sur, por lo menos, y quedaba bastante atrás. Así que cogió el arco y las flechas, montó en su caballo y se alejó trotando desde la retaguardia como si regresara a Nerchinsk; luego, dio un gran rodeo y llegó al ejército de los tártaros, como si lo hubieran enviado expresamente para contarles una larga historia: que los que habían quemado su Cham-Chi-Thaungu se habían ido a Shilka con una caravana de bellacos, pues así los llamó; es decir, de cristianos, y que estaban decididos a quemar el dios Seal Isarg, que pertenecía a los tungusos.

Como aquel tipo era prácticamente tártaro y hablaba su lengua a la perfección, fingió tan bien que todos se lo creyeron y se largaron, con la prisa más violenta, hacia Shilka, que al parecer quedaba a cinco días de viaje hacia el sur; menos de tres horas después habían desaparecido por completo de nuestra vista y nunca volvimos a oír de ellos, ni a saber siquiera si habían llegado a ese lugar llamado Shilka.

Así que llegamos a salvo hasta la ciudad de Jerawena, en la que había un cuartel moscovita. Allí descansamos cinco días, pues la caravana estaba fatigada en exceso tras el último día de marcha y la falta de descanso por la noche.

Desde aquella ciudad se extendía un desierto aterrador que nos exigió

veintitrés días de marcha. Allí nos aprovisionamos con algunas tiendas para acomodarnos mejor por las noches, y el jefe de la caravana consiguió dieciséis carruajes locales, o carretas, para acarrear el agua y las provisiones; aquellas carretas servían de defensa cada noche, alrededor de nuestro pequeño campo: si llegan a aparecer los tártaros, salvo que fueran verdaderamente muy numerosos, no hubieran podido hacernos ningún daño.

Ya se puede suponer que necesitábamos descansar después de aquel largo viaje, porque en el desierto no vimos ni un árbol ni una casa, apenas algún que otro matorral; vimos, por supuesto, abundantes cazadores de martas cibelinas, como las llaman. Son tártaros de la Tartaria mogola, a la que pertenece ese territorio; con frecuencia atacan a las caravanas pequeñas, pero nunca vimos a ningún grupo numeroso. Yo tenía curiosidad por ver las pieles de las martas que cazaban; mas nunca pude hablar con ninguno de ellos porque no se atrevieron a aproximarse; tampoco nosotros nos atrevimos a separarnos de la caravana para acercarnos a ellos.

Tras cruzar aquel desierto llegamos a un territorio bastante bien poblado; es decir, encontramos poblaciones y castillos instalados por el zar de Moscú con cuarteles de soldados estacionales para proteger a las caravanas y defender de los tártaros un territorio por el que en caso contrario hubiera sido demasiado peligroso viajar. Las órdenes de ofrecer protección a las caravanas y a los comerciantes son tan estrictas que si se sabe de la presencia de tártaros en la zona siempre se envían destacamentos de los cuarteles para garantizar la seguridad de los viajeros entre una estación y la siguiente.

Así, el gobernador de Udinsk, a quien tuve oportunidad de rendir visita por medio del comerciante escocés, que lo conocía, nos ofreció una guardia de cincuenta hombres, en caso de que nos pareciera que corríamos algún peligro, hasta la siguiente estación.

Hasta entonces yo siempre había pensado que, a medida que nos acercáramos a Europa, encontraríamos territorios más poblados y pueblos más civilizados; sin embargo, descubrí que me había equivocado en ambos casos, pues aún debíamos cruzar la nación de los tungusos, en los que veríamos las mismas muestras de paganismo y barbarismo que antes, o peores aún; sólo que, al haber sido conquistados por los moscovitas y reducidos por completo, no eran tan peligrosos; pero en rudeza de modales, idolatría y politeísmo, no hay pueblo del mundo que los haya superado jamás. Todos van vestidos con pieles de animales, que usan también para construir sus casas. Ni las asperezas del rostro ni la ropa permiten distinguir a los hombres de las mujeres; en invierno, cuando el suelo se cubre de nieve, viven bajo tierra, en casas como subterráneos que se comunican entre sí por medio de cuevas o cavidades.

Si los tártaros tenían su Cham-Chi-Thaungu para todo un pueblo o país,

estos tenían ídolos en cada choza o cueva; además, adoran a las estrellas, el sol, el agua, la nieve y, en pocas palabras, todo aquello que no entienden, y entienden bien pocas cosas; así que se ponen a brindar sacrificios a casi todos los elementos y a casi cualquier objeto poco común.

Mas no he de describir gente y territorios más que en lo que concierne a mi historia. No me ocurrió nada peculiar en todo aquel territorio, cuya extensión calculo, desde el último desierto que he mencionado, en unas cuatrocientas millas, la mitad de las cuales se extendían a lo largo de otro desierto que nos llevó doce días de marcha severa, sin ver casas, árboles ni matorrales. De nuevo nos vimos obligados a cargar con todas nuestras provisiones, agua y pan incluidos. Tras cruzar ese desierto y seguir viaje dos días más, llegamos a Yeniseysk, ciudad o estación moscovita situada en el río Yenisey. Ese río, según nos dijeron, recorre Europa desde Asia, aunque nuestros cartógrafos, por lo que me cuentan, no se ponen de acuerdo al respecto; en cualquier caso, se trata sin duda de la frontera oriental de la antigua Siberia, que ahora conforma una sola provincia del vasto imperio moscovita, aunque su tamaño equivale al de todo el imperio de Alemania.

Y sin embargo, allí comprobé que seguían prevaleciendo la ignorancia y el paganismo, salvo en los cuarteles moscovitas. Todo el territorio entre el río Obi y el Yenisey es tan pagano por completo, y su población tan bárbara como el más remoto pueblo tártaro; qué va, más que cualquier nación de Asia o de América, que yo sepa. También descubrí, y comenté a los gobernadores moscovitas con los que tuve ocasión de hablar, que los paganos no son más sabios, ni están más cerca del cristianismo, por hallarse bajo gobierno moscovita. Ellos reconocieron que era cierto pero adujeron que no era cosa suya; que si el zar esperaba convertir a sus súbditos siberianos, tártaros o tungusos, tendría que enviarles clérigos en vez de soldados; y añadieron, con más sinceridad de la que yo esperaba, que les parecía que a su monarca no le importaba tanto convertir a aquella gente en cristianos como en súbditos.

Desde aquel río hasta el gran Obi, cruzamos un enorme territorio, silvestre y desolado; no puedo afirmar que sea «un suelo bárbaro»; sólo está yermo de gente y necesita buena dirección; aparte de eso es por sí mismo un territorio muy agradable, fértil y plácido. Todos los habitantes que encontramos en él eran paganos, salvo los enviados desde Rusia; porque esta es la tierra, y me refiero a las dos orillas del río Obi, a la que se destierra a los criminales moscovitas que no son condenados a muerte; es prácticamente imposible que jamás consigan salir de allí.

No tengo nada especial que contar de mis asuntos particulares hasta que llegamos a Tobolsk, capital de Siberia, donde pasé algo de tiempo a causa de lo que a continuación contaré.

Llevábamos ya casi siete meses de viaje y el invierno se empezaba a acercar a toda prisa, por lo que mi socio y yo celebramos una reunión sobre nuestros asuntos particulares en la que nos pareció adecuado, considerando que nos dirigíamos a Inglaterra, y no a Moscú, plantearnos qué hacer con nuestro destino. Nos hablaron de trineos tirados por ciervos que podrían llevarnos por la nieve en pleno invierno; es cierto que los hay y sería increíble relatar los detalles, pues los rusos viajan más en invierno que en verano gracias a ellos, porque en esos trineos pueden desplazarse día y noche: la nieve, una vez helada, es un manto universal para la naturaleza y provoca que los montes, valles, ríos y lagos sean lisos y duros como la piedra; corren sobre esa superficie sin preocuparse de lo que pueda haber debajo.

Mas no tuve ocasión de proseguir un viaje invernal de esa clase: yo iba a Inglaterra, no a Moscú, y había dos posibilidades para mi ruta: o bien tenía que seguir con la caravana hasta llegar a Jaroslaw, distanciar me al oeste por Narva y el golfo de Finlandia, para luego, ya fuera por mar o por tierra, llegar a Gdansk, donde probablemente podría vender mi cargamento de porcelana con buenos beneficios; o bien, abandonar la caravana en un pueblecito del río Dvina, desde donde en apenas seis días de navegación llegaría a Arcángel, y allí tenía garantías de embarcarme a Inglaterra, Holanda o Hamburgo.

Bueno, emprender cualquiera de esos dos trayectos en invierno hubiera sido absurdo; por el lado de Gdansk habría encontrado el Báltico congelado, sin posibilidad de cruzarlo; y desplazarse por tierra en esos países era mucho menos seguro que entre los tártaros mogoles; lo mismo por Arcángel, pues todos los barcos se habrían ido en octubre y hasta los comerciantes que viven allí en verano se retiran hacia Moscú por el sur cuando se van los barcos; así que no iba a encontrar más que fríos extremos y provisiones escasas y me vería obligado a permanecer en una ciudad vacía todo el invierno; así que, en resumen, me pareció que me convenía mucho más despedirme de la caravana y juntar provisiones para el invierno allí donde estaba, a saber: en Tobolsk, Siberia, en una latitud de sesenta grados, donde estaba seguro de disponer de las tres cosas que permiten superar un invierno frío: muchas provisiones, tantas como podía proveer el territorio; una casa caliente con suficiente combustible y una compañía excelente. De todo ello aportaré un relato completo en su momento.

Estaba en un clima muy distinto del de mi querida isla, donde no había sentido frío, salvo durante mi ataque de fiebre. Al contrario, me había costado un esfuerzo llevar la ropa pegada a la espalda y sólo había encendido fuegos al aire libre y por necesidad de cocinar. Ahora me hice tres buenos trajes con casacas o abrigos por encima, largos hasta los pies y con botones en las muñecas para cerrar las mangas, todo ello forrado con pieles para que dieran buen abrigo.

En cuanto a la casa, he de confesar que me disgusta mucho la costumbre inglesa de encender fuegos en todas las habitaciones de las casas, en chimeneas abiertas que, cuando se apaga el fuego, mantienen la frialdad del aire en la habitación. Sin embargo, cuando tomé un piso en un buen edificio de la ciudad mandé construir una chimenea parecida a un horno en el centro de seis habitaciones distintas, para que hiciera las funciones de estufa. El tubo por el que desaparecía el humo iba en una dirección, la puerta que daba a la estufa estaba en otra y todas las habitaciones se mantuvieron igual de calientes sin ver fuego. Así es como calientan los baños en Inglaterra.

Por esos medios siempre teníamos el mismo clima en todas las habitaciones y conservábamos un calor parecido; por mucho frío que hiciera sin aquel sistema, con él siempre estábamos igual. Y si embargo no veíamos ningún fuego ni nos incomodaba. Lo más maravilloso de todo era que fuese posible encontrar buena compañía en una tierra tan bárbara que se parece a la de más al norte de Europa, junto al mar de hielo y a muy pocos grados de Nueva Zembla. Mas ya he observado que ese es el territorio al que destierran a los criminales de Moscú; aquella ciudad estaba llena de nobles, príncipes, caballeros, coroneles y, en resumen, todos los grados de la nobleza, la alta burguesía, los militares y los cortesanos de Moscú. Allí estaba el famoso príncipe Galifken, o Galoffken, y su hijo: el viejo general Robostisky, y varias otras personas de nota, además de algunas mujeres.

Gracias a mi comerciante escocés, de quien, por otra parte, me despedí allí, entré en contacto con diversos de esos caballeros, algunos de primer rango; en las largas noches de invierno que allí pasé, recibí la visita de algunos.

CAPÍTULO XVI

Una noche, conversando con cierto príncipe, uno de los ministros de Estado desterrados por el zar de Moscú, empecé a contar mi caso particular. Él me había hablado de muchas cosas: de su grandeza, de su magnificencia y sus dominios, del poder absoluto del emperador de los rusos. Yo lo interrumpí y le dije que yo era un príncipe mayor y más poderoso de lo que jamás había sido ningún zar de Rusia, aunque mis dominios no eran tan grandes, ni tan numerosos mis súbditos. El grande de Rusia me miró un poco sorprendido y, con los ojos fijos en mí, empezó a preguntar qué quería decir.

Le dije que su asombro cesaría en cuanto se lo hubiera explicado. Primero, le dije que tenía absoluta disposición de las vidas y fortunas de todos mis súbditos; que pese a mi poder absoluto no había en todos mis dominios ni un desafecto con mi gobierno ni conmigo. Él meneó la cabeza y dijo que en eso,

sin duda, superaba al zar de Moscú. Le expliqué que todas las tierras de mi reino eran mías y todos mis súbditos no sólo eran mis inquilinos, sino que lo eran de manera voluntaria; que todos estaban dispuestos a luchar hasta la extenuación por mí y que jamás un tirano, pues como tal me reconocía, había sido tan universalmente amado, y tan horriblemente temido al tiempo, por sus súbditos.

Tras entretenerlo un rato con esos enigmas sobre el gobierno, abrí la caja y le conté la historia de mi larga residencia en la isla y de cómo me había manejado, tanto yo mismo como quienes estaban bajo mi poder, tal como he detallado en mi relato. La historia les impresionó sobremanera, sobre todo al príncipe, quien con un suspiro me dijo que toda la grandeza de la vida consistía en ser dueños de nosotros mismos; que no él no hubiera cambiado una vida como la mía por la del zar de Moscú, que encontraba más felicidad en el retiro al que parecía desterrado allí que en la alta autoridad de que había gozado en la corte del zar, su señor; que la cima de la sabiduría humana estaba en someter el temperamento a las circunstancias y en conseguir una calma interior frente al peso de la mayor tormenta exterior. Al llegar allí al principio, dijo, solía arrancarse los pelos de la cabeza y rasgarse las vestiduras, como otros antes que él; sin embargo, algo de tiempo y consideración le habían enseñado a mirar hacia su interior, y en su entorno, antes que a las cosas de fuera; consideraba que la mente humana, si apenas una vez reflexionaba sobre el estado de la vida universal y sobre lo poco que este mundo se ocupaba de la verdadera felicidad, era perfectamente capaz de generar una felicidad propia, plenamente satisfactoria y adaptada a los mejores fines y deseos, con muy poca ayuda del mundo; que el aire para respirar, los alimentos para mantener la vida, la ropa para abrigarse y la libertad para el ejercicio que garantiza la salud, completaban, en su opinión, todo lo que el mundo podía darnos, y aunque la grandeza, la autoridad, la riqueza y los placeres que algunos disfrutaban en el mundo, y de los que él había gozado su porción, tenían muchas cosas que nos resultan agradables, él observaba que todas esas cosas gratificaban principalmente nuestros afectos más burdos, como la ambición, el orgullo, la avaricia, la vanidad y la sensualidad; todas ellas, desde luego, mero producto de la peor parte del ser humano y faltas en sí mismas por contener las semillas de toda clase de delitos; ninguna guardaba relación con cualquiera de las virtudes que nos convierten en hombres sabios, o de las gracias que nos distinguen como cristianos. Ahora, privado de la felicidad imaginaria que había disfrutado en el pleno ejercicio de todos esos vicios, dijo, tenía tiempo para mirar ese lado oscuro, en el que encontraba toda clase de deformidades, y estaba convencido de que sólo la virtud hace a un hombre verdaderamente sabio, rico y grande y lo protege en su camino a una felicidad superior en un reino futuro; en eso, dijo, eran más felices en su destierro que todos sus enemigos con posesión plena de toda la riqueza y el poder que ellos (los

desterrados) habían dejado atrás.

«Y tampoco, señor —dijo—, me atengo a esto en un sentido político, por la necesidad que provocan mis circunstancias, que algunos consideran miserables; mas si algo sé de mí mismo es que no volvería, ni siquiera si me llamara mi señor el zar y me ofreciera restituirme en toda mi anterior grandeza; digo que no volvería, igual que dudo que mi alma, cuando sea liberada de la prisión del cuerpo y haya saboreado el glorioso reino del más allá, quiera regresar a la cárcel de la carne y la sangre en que ahora está encerrada y dejar el cielo para mezclarse con el polvo y la suciedad de los asuntos humanos».

Lo dijo con tal vehemencia, tanta solemnidad y un espíritu tan emocionado que se le notaba en el semblante y era evidente que manifestaba el verdadero sentir de su alma; desde luego, no cabía dudar de su sinceridad.

Le dije que yo me había tenido en otro tiempo por una especie de monarca en mis antiguas circunstancias, de las que ya le había aportado un relato, pero que él me parecía no sólo un monarca, sino un gran conquistador; porque quien obtiene la victoria sobre sus propios deseos desorbitados y consigue el dominio absoluto de sí mismo y logra que la razón domine por entero su voluntad, es sin duda más grande que quien conquista una ciudad. «Mas, mi señor —le dije—, ¿puedo tomarme la libertad de preguntaros algo?».

«De todo corazón», respondió.

«Si se os abriera la puerta de la libertad —dije entonces—, ¿no aprovecharíais para libraros de este exilio?».

«Esperad —respondió—, vuestra pregunta es sutil y requiere distinciones serias y justas para darle una respuesta sincera, y os la daré desde el fondo de mi corazón. Nada de cuanto conozco en este mundo podría impulsarme a librarme de este estado de destierro, salvo dos cosas: primero, el disfrute de mis relaciones; segundo, un clima algo más cálido. Mas os aseguro que regresar a la pompa de la corte, la gloria, el poder, la prisa de un ministro de Estado, la riqueza, la jovialidad y los placeres; es decir, a los caprichos de un cortesano, si mi señor me anunciase en este mismo momento que me reinstaura en todo aquello que se me prohibió, os aseguro, si en algo me conozco, que yo no abandonaré esta tierra inhóspita, estos desiertos, estos lagos helados, a cambio del palacio de Moscú».

«Pero, mi señor —dije yo—, tal vez no se os haya desterrado sólo de los placeres de la corte y del poder, la autoridad y la riqueza de que disponíais antes, sino que también os perdéis algunas comodidades de la vida: vuestro patrimonio, acaso confiscado, y vuestros bienes, saqueados, y acaso las provisiones que tenéis aquí no sean suficientes para las exigencias ordinarias

de la vida».

«Claro —contestó—. Es decir, si dais por hecho que soy un señor, o un príncipe, y sin duda lo soy. Mas ahora tenéis que considerarme sólo como hombre, criatura humana sin ninguna distinción sobre las demás, y entonces no puedo sufrir ninguna carencia, salvo que me visiten la enfermedad y el desánimo. En cualquier caso, por dejar la pregunta fuera de toda discusión posible: veis nuestros modales; en este lugar hay cinco personas de rango elevado, vivimos perfectamente retirados, adaptados a la situación del destierro; tenemos algo, rescatado del naufragio de nuestras fortunas, que nos libra de la mera necesidad de cazar para comer; en cambio, los pobres soldados que están aquí sin esa ayuda viven tan plenamente como nosotros. Van a los bosques y cazan martas y zorros; el trabajo de un mes los mantiene durante un año y, como la vida no es tan cara, tampoco es difícil conseguir lo suficiente para nosotros; así que esa objeción queda descartada».

No dispongo del espacio suficiente para el relato completo de la muy agradable conversación que sostuve con este hombre, grande de verdad; a lo largo de la misma demostró que su mente estaba tan inspirada por un conocimiento superior de las cosas, tan bien apoyada en la religión y en una generosa ración de sabiduría que su desprecio por el mundo era realmente tan grande como había comentado, y siempre se mantenía igual, como se verá en la historia que contaré a continuación.

Llevaba ocho meses allí y me parecía que era un invierno oscuro y terrible. El frío era tan intenso que no podía ni mirar hacia fuera si no estaba envuelto en pieles y llevaba una máscara de piel en la cara, o mejor una capucha, con apenas un agujero para respirar y dos para mirar. La poca luz del sol que teníamos, según calculábamos, durante tres meses no superaba las cinco horas al día, o seis como máximo; aunque con el suelo continuamente nevado y un tiempo despejado, nunca estábamos del todo a oscuras. Nuestros caballos eran cuidados (mejor dicho, descuidados por el hambre) bajo tierra; en cuanto a nuestros sirvientes (pues contratábamos sirvientes para que se ocuparan de nuestros caballos y de nosotros), de vez en cuando teníamos que descongelarles dedos de las manos y de los pies, para que no se les muriesen y se les cayeran.

Es cierto que, de puertas adentro, estábamos calientes, con las casas cerradas, las paredes gruesas, las ventanas pequeñas y todos los cristales dobles. Nuestra comida consistía principalmente en carne de ciervo, seca y curada en la correspondiente estación; pan bastante bueno, aunque horneado como si fuera de galleta; distintas variedades de pescado seco y algo de cordero y de búfalo, que da una carne bastante buena. Todas las reservas de provisiones para el invierno se preparan y curan durante el verano. Bebíamos agua mezclada con aguardiente en vez de coñac; como lujo, hidromiel en vez

de vino; aunque hay existencias de este último, y de buena calidad. Los cazadores, que se aventuraban a salir con cualquier tiempo, nos traían carne fresca de venado, muy grasa y de buen gusto; a veces también carne de oso, aunque no nos gustaba demasiado. Teníamos una buena provisión de té, con el que invitábamos a los amigos, como ya se ha contado, y, en pocas palabras, vivíamos bien y alegremente si tenemos en cuenta las circunstancias.

Ya estábamos en marzo y los días eran bastante más largos y el tiempo, al menos, tolerable, así que otros viajeros empezaron a preparar trineos para desplazarlos sobre la nieve y a alistarlos todo para partir; mas como yo me había decidido, tal como he contado, por Arcángel y no por Moscú o el Báltico, no me moví, pues sabía muy bien que los barcos del sur no se acercan a esa parte del mundo hasta mayo o junio, y si llegaba allí a principios de agosto, sería cuando empezaran a prepararse los barcos para partir; en consecuencia, digo, no tuve prisa por partir, como otros. En resumen, vi a mucha gente, en fin, a todos los viajeros, partir antes que yo. Parece que cada año salen desde allí hacia Moscú para comerciar; es decir, para acarrear pieles, comprar artículos de primera necesidad que luego traen de vuelta para aprovisionar sus negocios; otros también iban con la misma misión a Arcángel; mas también estos, como luego tenían que recorrer las ochocientas millas de regreso, salieron todos antes que yo.

Hacia finales de mayo empecé a prepararme para empacarlo todo y mientras lo hacía se me ocurrió que, ya que toda aquella gente había sido desterrada a Siberia por el zar de Moscú, pero al llegar allí eran libres para desplazarse a donde quisieran..., ¿por qué no se iban entonces a cualquier lugar del mundo que les pareciera adecuado? Y empecé a examinar qué podía ser lo que les impedía intentarlo.

Mas mi asombro se terminó cuando traté el asunto con la persona antes mencionada, quien me respondió lo siguiente: «Considerad primero —dijo— el lugar en que estamos, y luego, la situación en que nos hallamos, especialmente —añadió— la mayoría de la gente que llega aquí desterrada. Estamos rodeados —dijo— por algo más fuerte que los barrotes y las cerraduras; por el norte hay un océano innavegable, jamás ha sido surcado por barco alguno, ni siquiera por un bote; si los tuviéramos, no sabríamos adónde ir con ellos. Por todos los demás lados —dijo él—, hemos de cruzar más de mil millas a través de los dominios del propio zar, por caminos del todo impracticables, salvo por los caminos que el propio gobierno ha construido, y a través de poblaciones en las que se acuartelan sus tropas. O sea, que no podríamos ir por el camino sin ser descubiertos y tampoco tendríamos otra manera de subsistir; de modo que es en vano intentarlo».

Por supuesto, quedé silenciado de inmediato y entendí que estaban en una cárcel tan segura como si los hubieran encerrado en el castillo de Moscú; de

todas formas, me dio por pensar que yo podía ciertamente convertirme en instrumento para lograr la huida de aquella persona excelente y que me resultaría fácil llevarlo conmigo, pues en aquellas tierras no había quien lo vigilase, y como yo no iba a Moscú, sino a Arcángel, y llevaba una caravana que no estaba obligada a descansar en los pueblos estacionarios del desierto, sino que pensaba acampar donde me sorprendiera la noche, podía fácilmente llegar sin interrupción a Arcángel, donde podría embarcarlo con toda seguridad en algún barco inglés u holandés, y llevármelo a salvo conmigo; en cuanto a su subsistencia, y otros detalles, yo me ocuparía de eso hasta que él pudiera proveer por sí mismo.

Me escuchó con mucha atención y me miró seriamente mientras yo hablaba; ah, yo veía en su rostro que cuanto le estaba diciendo le hacía fermentar el ánimo; cambiaba con frecuencia de color, tenía los ojos rojos y le palpitaba el corazón de tal modo que hasta se le notaba en el semblante; tampoco pudo contestarme de inmediato cuando terminé y, como corresponde, me quedé esperando su respuesta; al cabo de una pequeña pausa, me dio un abrazo y dijo: «¡Qué desgraciados somos! Somos unas criaturas tan desorientadas que incluso nuestros mayores actos de amistad se nos convierten en trampas y nos vuelven tentadores de los demás. Mi querido amigo —dijo—, vuestra oferta es tan sincera y está tan llena de bondad, es tan desinteresada y está tan calculada para mi beneficio que yo demostraría muy poco conocimiento del mundo si no reconociera la deuda que establezco con vos por ella. Mas ¿creéis en lo que tan a menudo os he dicho acerca de mi desprecio por el mundo? ¿Creísteis cuando desnudé mi alma y os dije que aquí había alcanzado un grado de felicidad que me sitúa por encima de cuanto el mundo pudiera darme o hacer por mí? ¿Creísteis que era sincero cuando os dije que no volvería ni aunque me llamaran para recuperar cuanto fui en la corte, incluido el favor de mi señor, el zar? ¿Creísteis, amigo, que soy un hombre honesto, o un hipócrita fanfarrón?». Ahí se detuvo, como dispuesto a escuchar cuanto yo quisiera decirle; sin embargo, poco después me di cuenta de que había parado porque estaba emocionado: había una gran lucha en su corazón y no podía continuar. Yo estaba, lo confieso, asombrado por aquel hombre y por sus palabras, y expuse algunos argumentos para insistirle en que se liberase; le dije que debía contemplarlo como una puerta abierta por el cielo para su salvación y una citación de la Providencia, que se encarga del cuidado y la buena disposición de todas las cosas, para hacerse el bien a sí mismo y hacerse útil en el mundo.

Para entonces ya se había recuperado del todo.

«¿Cómo sabéis, señor —dijo, con calidez—, si en vez de una citación del cielo puede ser un amago de algún otro instrumento que se me representa con todo el atractivo de sus colores, con el despliegue de felicidad como una

liberación que en sí misma podría ser una trampa y conducir directamente a mi ruina? Aquí estoy libre de la tentación de regresar a la miseria de mi antigua grandeza; allí, no estoy seguro, pues todas las semillas del orgullo, la ambición, la avaricia y la lujuria, que sé que siguen en mi naturaleza, podrían revivir y echar raíces y, en pocas palabras, abrumarme de nuevo. Entonces el prisionero feliz al que ahora veis como dueño de la libertad de su alma, sería un miserable esclavo de sus sentidos en plena posesión de toda su libertad personal. Apreciado señor, dejadme pertenecer en este bendito confinamiento, desterrado de los crímenes de la vida, en vez de adquirir una apariencia de libertad a expensas de la libertad de mi razón y de la felicidad futura que ahora tengo a la vista, pero que podría, en el futuro, perder de vista, me temo. Porque no soy más que carne, un hombre, un mero hombre, tengo pasiones y afectos y es tan probable que me posean y me venzan como a cualquier otro hombre. ¡No seáis mi amigo y mi tentador al mismo tiempo!».

Si antes me había sorprendido, ahora estaba bastante aturdido y guardé silencio mientras lo miraba, y, desde luego, admiré lo que veía. La lucha en su alma era tan grande que, si bien hacía un frío extraordinario, le entró un sudor violento y me pareció que necesitaba despejar su mente. Así que le dije una o dos palabras más, le anuncié que lo dejaba para que se lo pensara y que lo esperaría; luego me retiré a mis aposentos.

Al cabo de unas dos horas oí que había alguien ante la puerta de mi habitación, o cerca de ella, y estuve a punto de abrirla. Mas la abrió él y entró: «Mi querido amigo —dijo—, casi me habéis hecho trastabillar, pero ya me he recuperado; no os toméis a malas que no acepte vuestra propuesta; os lo aseguro, no es por falta de conciencia de la bondad que representa por vuestra parte, y he venido a ofreceros el más sincero agradecimiento. Sin embargo, espero haber obtenido una victoria completa sobre mí mismo».

«Mi señor —dije—, espero que estéis plenamente convencido de que no os habéis resistido a la llamada de los cielos». «Señor —replicó—, si hubiera venido de los cielos, el mismo poder me habría influenciado para aceptarla; mas espero, y estoy plenamente convencido, que sean los cielos quienes me hacen rechazarla, y al despedirme tendré el convencimiento infinito de que me dejáis aquí como un hombre honesto todavía, aunque no libre».

No pude sino mostrarme de acuerdo y asegurarle que no perseguía fin alguno, más allá de un sincero deseo de servirle. Me abrazó con gran pasión y me aseguró que era consciente de ello y que siempre lo reconocería, y a continuación me ofreció un buen regalo de martas cibelinas, excesivo sin duda para que yo pudiera aceptarlo de un hombre en sus circunstancias: y las habría rechazado, pero se negó a aceptarlo.

A la mañana siguiente le envié a mi sirviente con un pequeño regalo hecho

de té, dos piezas de damasco de la China y cuatro lingotes pequeños de oro japonés, que no pesaban entre todas más de seis onzas, o algo parecido; valían bastante menos que sus martas, que al llegar a Inglaterra descubrí que valían casi doscientas libras. Él aceptó el té, una pieza de damasco y un lingote que tenía un sello hermoso, de cuño japonés, y creo que se lo quedó por su rareza, pero no quiso nada más. Y, por medio del sirviente, mandó aviso de que deseaba hablar conmigo.

Cuando fui a verlo me dijo que yo ya sabía todo lo que habíamos hablado y él esperaba que no le insistiera más en aquel asunto; mas que, como le había hecho una oferta tan generosa, quería saber si tendría la bondad de mantenerla para otra persona que me iba a presentar, por quien él sentía una gran preocupación. Le dije que no podía asegurar que me inclinara por hacer tanto por alguien que no fuera él, a quien tenía en especial estima, y que me hubiera encantado ser el instrumento de su liberación; de todos modos, si me hacía el favor de nombrar a la persona en cuestión, le daría mi respuesta con la esperanza de que, si esta le disgustaba, mantuviera su agrado por mí. Me dijo que se trataba de su hijo único, al que yo no había visto, pero que estaba en la misma situación que él, a más de doscientas millas de distancia, al otro lado del Obi; mas, si yo estaba de acuerdo, enviaría a buscarlo. Sin dudar ni un instante le dije que lo haría. Con algo de ceremonia le hice entender que lo hacía todo por él; que, viendo que no podía convencerlo, le mostraría mi respeto preocupándome por su hijo; mas son cosas demasiado tediosas para repetir las aquí. Al día siguiente mandó a alguien a buscar a su hijo y unos veinte días después llegó este con el mensajero, seguidos por seis o siete caballos cargados con muy ricas pieles que, sumadas, alcanzaban un gran valor.

Sus sirvientes llevaron los caballos hasta la ciudad, pero dejaron al joven señor a cierta distancia hasta la noche, cuando se presentó de incógnito en nuestros aposentos y su padre pudo presentármelo. En pocas palabras, allí acordamos cómo íbamos a viajar y todo lo que correspondía para el trayecto.

Yo había comprado una cantidad considerable de martas, zorros de piel negra, buenos armiños y otras pieles de gran riqueza; digo que los había comprado en esa ciudad en trueque por algunos de los artículos que había llevado desde China: en concreto, por el clavo y la nuez moscada, de los que vendí allí la mayor parte y el resto en Arcángel por un precio mucho mejor que el que hubiera conseguido en Londres; como mi socio se dio cuenta del beneficio y se dedicaba al comercio de manera más particular que yo, quedó encantado con nuestra estancia allí en función del comercio que hizo.

Estábamos a principios de junio cuando dejé aquel lugar remoto, una ciudad, creo, apenas conocida en el mundo, y, desde luego, tan lejana de las rutas del comercio que no me sorprende que no se hable de ella. Nos habíamos

convertido en una caravana pequeña, formada tan sólo por treinta y dos monturas entre caballos y camellos, y todos pasaban por míos, aunque once eran propiedad de mi nuevo huésped. También era natural que tomara más sirvientes que antes, y así el joven caballero pasó por ayudante mío; no sé si yo quedaba entonces como un gran hombre, ni me importó averiguarlo. Teníamos por delante el peor y más largo desierto de cuantos se cruzaban en aquel viaje; desde luego, digo que era el peor porque el sendero era muy profundo en algunas zonas y bastante irregular en otras; lo mejor que podíamos decir era que no nos parecía que debiéramos temer las tropas de tártaros, o de ladrones, porque nunca pasaban a este lado del río Obi, o sólo muy de vez en cuando. Mas resultó ser lo contrario.

Mi joven caballero llevaba consigo a un fiel sirviente moscovita, o mejor dicho siberiano, que conocía el terreno a la perfección y que nos guio por caminos privados para que evitáramos entrar en los principales pueblos y ciudades del camino, como Tiumen, Solikamsk y otras varias; los cuarteles moscovitas que en ellas se encuentran son muy curiosos y estrictos en su vigilancia de los viajeros y en sus registros para evitar que cualquiera de los desterrados de nota logren escapar y regresar a Moscú; de ese modo, al mantenernos fuera de las ciudades, todo nuestro viaje fue un desierto y nos vimos obligados a acampar y descansar en las tiendas, cuando en las poblaciones hubiéramos encontrado buen alojamiento; el joven caballero era tan consciente de eso que no permitía que durmiéramos a la intemperie cuando estábamos cerca de alguna ciudad; se quedaba él en el bosque con su sirviente y fijábamos algún lugar de reencuentro.

Acabábamos de entrar en Europa, después de pasar el río Kama, que en esa zona hace de frontera con Asia, y la primera ciudad del lado europeo se llamaba Solikamsk, que significa «gran ciudad del Kama». Allí esperábamos notar alguna diferencia evidente en la gente, en sus maneras, sus hábitos, su religión y sus negocios, pero nos equivocábamos: como teníamos por delante un vasto desierto que en algunas zonas llega a medir setecientas millas de extensión, aunque sólo doscientas por donde lo cruzamos nosotros, apenas encontramos pequeñas diferencias entre aquel territorio y el de los tártaros mogoles hasta que logramos cruzar aquel lugar horrible; la mayoría de la gente eran paganos, apenas mejores que los salvajes de América; sus casas y aldeas, llenas de ídolos; su modo de vida, bárbaro por completo, salvo en ciudades como las ya mencionadas, donde hay cristianos de la Iglesia griega, pues así se llaman a sí mismos. Mas incluso estos tienen su religión tan mezclada con reliquias de la superstición que en algunos lugares cuesta distinguirla de la mera brujería o hechicería.

Mientras cruzábamos un bosque, convencidos en nuestra imaginación de habernos librado al fin de todos los peligros, estuvimos a punto de ser

asaltados, saqueados y asesinados por una tropa de ladrones. Ignoro si eran bandas errantes de ostiacos, una variedad de tártaros, o salvajes de las orillas del Obi que se habían alejado hasta allí; o si eran los cazadores de martas de Siberia; mas iban todos a caballo, llevaban arcos y flechas y al principio eran cuarenta y cinco. Se acercaron como hasta dos tiros de mosquete y, sin preguntar nada, nos rodearon con sus caballos y nos miraron muy serios de arriba abajo. Al final se interpusieron en nuestro camino. Al verlo, nos situamos en línea delante de nuestros camellos, aunque en total no éramos más de dieciséis; así organizados, nos detuvimos y mandamos al sirviente siberiano del joven caballero a ver quiénes eran. El más decidido a mandarlo era precisamente su dueño, pues temía que se tratase de una patrulla siberiana enviada en su busca. El hombre se acercó a ellos con una bandera de tregua y los llamó: mas aunque hablaba varios de sus lenguajes o, mejor dicho, dialectos, no pudo entender una palabra de cuanto le decían. De todos modos, tras advertirle por señas que si se acercaba más correría peligro, o eso creyó entender, porque le amenazaban con disparar si seguía avanzando, el hombre volvió con tan poca información como si no hubiera ido, salvo por el hecho de que, según dijo, le parecía por su ropa que eran tártaros calmucos, o pertenecían a las hordas circasianas; y que en el gran desierto debía de haber más, aunque nunca le había constado que nadie los viera tan al norte.

Poco nos consolaba eso; en cualquier caso, no había nada más que hacerle; a nuestra izquierda, a un cuarto de milla de distancia, había una pequeña arboleda bastante densa, cerca del camino. De inmediato decidí que debíamos avanzar hasta aquellos árboles y fortificarnos como buenamente pudiéramos; en primer lugar, consideraba que los árboles nos protegerían en buena medida de las flechas; en segundo, no podrían cargar contra nosotros cuerpo a cuerpo; de hecho, fue mi viejo piloto portugués quien lo propuso, pues él tenía esa excelente virtud de ser el más rápido y el más capacitado para dirigirnos y animarnos en situaciones de gran peligro. Avanzamos de inmediato, tan rápido como pudimos, y alcanzamos el bosquecillo, mientras que los tártaros, o ladrones, pues no sabíamos cómo llamarlos, permanecieron donde estaban y no intentaron impedirnoslo. Al llegar, descubrimos con gran satisfacción que se trataba de un terreno pantanoso y pegajoso que tenía, por el otro lado, un gran manantial de agua que se alejaba en un arroyuelo para juntarse más adelante con otro de su mismo tamaño y conformar, en resumen, el nacimiento o fuente de un río importante que más allá recibe el nombre de Wirtzka. Los árboles que crecían en torno al manantial apenas superaban los doscientos, pero eran muy grandes y estaban muy juntos; nada más entrar allí nos vimos perfectamente a salvo del enemigo, a no ser que desmontaran y nos atacaran a pie.

Mas para ponérselo aún más difícil, nuestro portugués, con una aplicación infatigable, cortó ramas grandes de árboles y las dejó colgando, sin arrancarlas

del todo, cruzadas entre árboles para conformar una valla continua que casi nos rodeaba por completo.

Allí nos quedamos algunas horas, vigilando las reacciones del enemigo sin notar que intentaran moverse siquiera; cuando quedaban unas dos horas para el anochecer se nos echaron directamente encima; aunque no nos habíamos dado cuenta hasta entonces, descubrimos que se les había unido más gente, de modo que eran casi cuatro veintenas de jinetes, de los que, de todos modos, nos pareció que algunos eran mujeres. Se acercaron hasta medio tiro de nuestro bosquecillo y entonces disparamos algunos mosquetes sin munición y los llamamos en ruso para que dijeran qué querían y para mandarles que se retiraran; sin embargo, como si no entendieran lo que les decíamos, se acercaron con doble furia hasta el borde de la arboleda sin imaginar que estábamos tan bien protegidos por nuestra barricada que no podrían entrar. El viejo piloto era nuestro capitán, igual que antes había sido nuestro ingeniero; nos pidió que no disparásemos hasta que estuvieran a buena distancia de tiro, para asegurar la matanza; y que, cuando al fin lo hiciéramos, nos asegurásemos de apuntar bien. Le pedimos que diera él la orden y la retrasó tanto que algunos de ellos estaban ya tan sólo a dos picas de distancia cuando disparamos.

Apuntamos tan bien (o la Providencia dirigió nuestros disparos con tal acierto) que en la primera andanada matamos a catorce y herimos a unos cuantos, así como a varios caballos: todos habíamos cargado al menos dos o tres balas en cada arma.

Se llevaron una terrible sorpresa por nuestro fuego y se retiraron de inmediato a unas cien varas de distancia; eso nos dio tiempo para volver a cargar y, al ver que se mantenían en su lugar, salir en incursión y atrapar cuatro o cinco caballos, cuyos jinetes, era de suponer, habían muerto; al ver los cadáveres pudimos entender fácilmente que eran tártaros, aunque no supimos de qué país, ni cómo habían hecho una excursión tan inusualmente larga.

Al cabo de una hora hicieron amago de atacarnos de nuevo y rodearon nuestro bosquecillo para ver por qué otro lado podían entrar; mas como siempre nos encontraban listos para encararnos a ellos, se fueron de nuevo y nosotros decidimos permanecer en aquel lugar toda la noche.

Pueden estar seguros de que dormimos bien poco. Dedicamos la mayor parte de la noche a reforzar nuestra posición y colocar barricadas en las entradas del bosque; luego, manteniendo una estricta vigilancia, esperamos la luz del día y, cuando llegó, nos trajo un descubrimiento nada grato; el enemigo, a quien dábamos por desalentado a causa de la recepción que habían encontrado anteriormente, había aumentado ahora en no menos de trescientos

miembros y había instalado once o doce tiendas, o chozas, como si estuviera decidido a sitiarnos. Y el pequeño campamento que habían montado quedaba en la llanura abierta, a unos tres cuartos de milla de nosotros. Desde luego, el descubrimiento nos sorprendió; y confieso que entonces me di por perdido: yo y todo lo que tenía. La pérdida de mis propiedades no me afectaba tanto (aunque eran considerables) como la idea de caer en manos de aquellos bárbaros en la parte final de mi viaje, tras haber superado tantas dificultades y peligros; ya casi a la vista del puerto que había de darnos seguridad y salvación. En cuanto a mi socio, estaba iracundo: declaró que perder sus propiedades suponía la ruina, que prefería morir antes que ser sometido al hambre por asedio y que apostaba por luchar hasta el último aliento.

El joven caballero, tan gallardo como jamás se ha visto, también apostaba por luchar; y mi viejo piloto opinaba que, en la situación en que nos encontrábamos, podríamos ofrecerles resistencia; así que pasamos el día debatiendo qué debíamos hacer; sin embargo, hacia el atardecer descubrimos que el número de enemigos seguía creciendo. Acaso habían salido a cazar en varios grupos y los primeros habían enviado algún explorador para pedir ayuda y avisar a los demás de la presencia del botín; por lo que sabíamos, a la mañana siguiente podían ser más todavía. Así que empecé a preguntar a la gente que venía con nosotros desde Tobolsk si no existía algún otro camino, más privado que aquel, por el que pudiéramos escaparnos por la noche y tal vez retirarnos a alguna ciudad, o conseguir ayuda para que nos escoltaran por el desierto.

El sirviente siberiano del joven caballero nos dijo que si pretendíamos evadirnos sin luchar él se comprometía a sacarnos de allí por la noche hacia un camino que avanzaba por el norte hasta el río Petrof, por donde no tenía la menor duda de que conseguiríamos escapar sin que los tártaros se dieran ni cuenta. Sin embargo, añadió, su señor le había dicho que él no volvería, que prefería luchar. Le dije que había malinterpretado a su señor, pues un hombre tan sabio no podía amar la lucha por sí misma; que yo sabía que su señor era muy valiente porque ya lo había demostrado, pero que su señor era demasiado inteligente para desear que diecisiete o dieciocho hombres se enfrentaran a quinientos, salvo forzados por una inevitable necesidad; y que si le parecía posible que huyéramos por la noche, no teníamos más que intentarlo. Contestó que si su señor le daba esa orden él perdería la vida antes de incumplirla. Enseguida acudimos a su señor en privado, lo convencimos para que se la diera y de inmediato nos preparamos para ponerla en práctica.

Al principio, en cuanto empezó a oscurecer, encendimos una fogata en nuestro pequeño campamento y la mantuvimos encendida y la preparamos para que ardiera toda la noche y los tártaros concluyeran que seguíamos allí; sin embargo, en cuanto se hizo oscuro del todo, es decir, en cuanto pudimos

ver las estrellas (pues nuestro guía se negaba a moverse hasta entonces), con todos los caballos y camellos cargados de antemano, seguimos a nuestro nuevo guía; pronto comprobé que se guiaba por la estrella del norte, o polar, pues durante un trecho todo el camino era llano.

Tras dos horas de duro viaje empezó a clarear un poco; no había sido una noche oscura del todo, pero empezó a ascender la luna. Así que, en resumen, la noche era más clara de lo que hubiéramos deseado. Hacia las seis de la mañana siguiente habíamos recorrido casi cuarenta millas, aunque la verdad es que casi destrozamos a los caballos. Allí encontramos un pueblo ruso llamado Kermazinskoy, donde pudimos descansar y no supimos nada de los tártaros calmucos en todo el día. Un par de horas antes de anoecer volvimos a salir y viajamos hasta las ocho de la mañana, aunque no tan deprisa como antes; hacia las siete cruzamos un pequeño río, llamado Kirtza, y llegamos a una ciudad grande habitada por rusos, y muy poblada, llamada Urdona. Allí llegó a nuestros oídos que algunas tropas, u hordas, de calmucos habían salido al desierto, mas estábamos ya por completo fuera de peligro, para nuestra gran satisfacción, como puede darse por hecho. Allí nos vimos obligados a conseguir caballos de refresco y, como necesitábamos descansar, nos quedamos cinco días; mi socio y yo acordamos dar al honesto siberiano que nos había llevado hasta allí el valor de diez pistolas por guiarnos.

Al cabo de otros cinco días llegamos a Veussima, en el río Vichegda, que desemboca en el Dvina, y felizmente nos encontramos muy cerca del fin de nuestro viaje por tierra, pues navegando por ese río se puede llegar en siete días a Arcángel. Desde allí nos fuimos a Yarensk, donde se juntan ambos ríos, el día 3 de julio; conseguimos dos barcasas para el equipaje y una gabarra para acomodarnos nosotros. Embarcamos el día 7 y llegamos todos sanos y salvos a Arcángel el 18, después de un año, cinco meses y tres días de viaje, si incluimos nuestra estancia de ocho meses y unos cuantos días en Tobolsk.

Allí nos vimos obligados a esperar seis semanas hasta que llegaran los barcos y aún nos hubiéramos demorado otro mes si no llega a ser por un navío de Hamburgo que se adelantó a los ingleses; decidimos, tras cierta consideración, que la ciudad de Hamburgo podía ser tan buen mercado como Londres para nuestras mercancías, y procedimos a contratar la carga; embarcamos nuestros bienes y pareció natural que yo subiera a bordo a mi ayudante para encargarse de ellas; de ese modo, el joven caballero tuvo ocasión de esconderse y no bajar de nuevo a tierra mientras permanecemos allí; todo ello para que no lo vieran en la ciudad, donde algunos mercaderes de Moscú sin duda lo habrían visto y descubierto.

Zarpamos de Arcángel el 20 de agosto del mismo año y, tras un viaje sin ningún suceso extraordinario, llegamos al Elba el 13 de septiembre. Allí mi socio y yo logramos una excelente venta de nuestras mercancías, tanto las

procedentes de China como las martas y otras de Siberia; tras dividir el beneficio de nuestras propiedades, mi parte subía a 3. 475 libras, 17 chelines y 3 peniques, pese a las pérdidas que habíamos sufrido y los costes soportados; conviene no olvidar que eso incluía los diamantes que, por valor de unas seiscientas libras, había comprado en Bengala.

Allí se despidió de nosotros el joven caballero y se fue Elba arriba para llegar a la corte de Viena, donde había decidido pedir protección y donde podría entrar en contacto con los amigos de su padre que siguieran vivos. No se marchó sin dar todas las muestras posibles de gratitud por el servicio que le había prestado, ni manifestarse consciente de mi amabilidad hacia el príncipe, su padre.

Para concluir: después de quedarme cuatro meses en Hamburgo, llegué por tierra a La Haya, donde embarqué en el paquebote y llegué a Londres el 10 de enero de 1705, tras diez años y nueve meses fuera de Inglaterra.

Y aquí, resuelto a no angustiarme más, me preparo para un viaje más largo que todos estos, tras haber vivido setenta y dos años de una variedad infinita y aprendido lo suficiente para reconocer el valor del retiro y la bendición de terminar nuestros días en paz.

FINIS

Freeditorial 